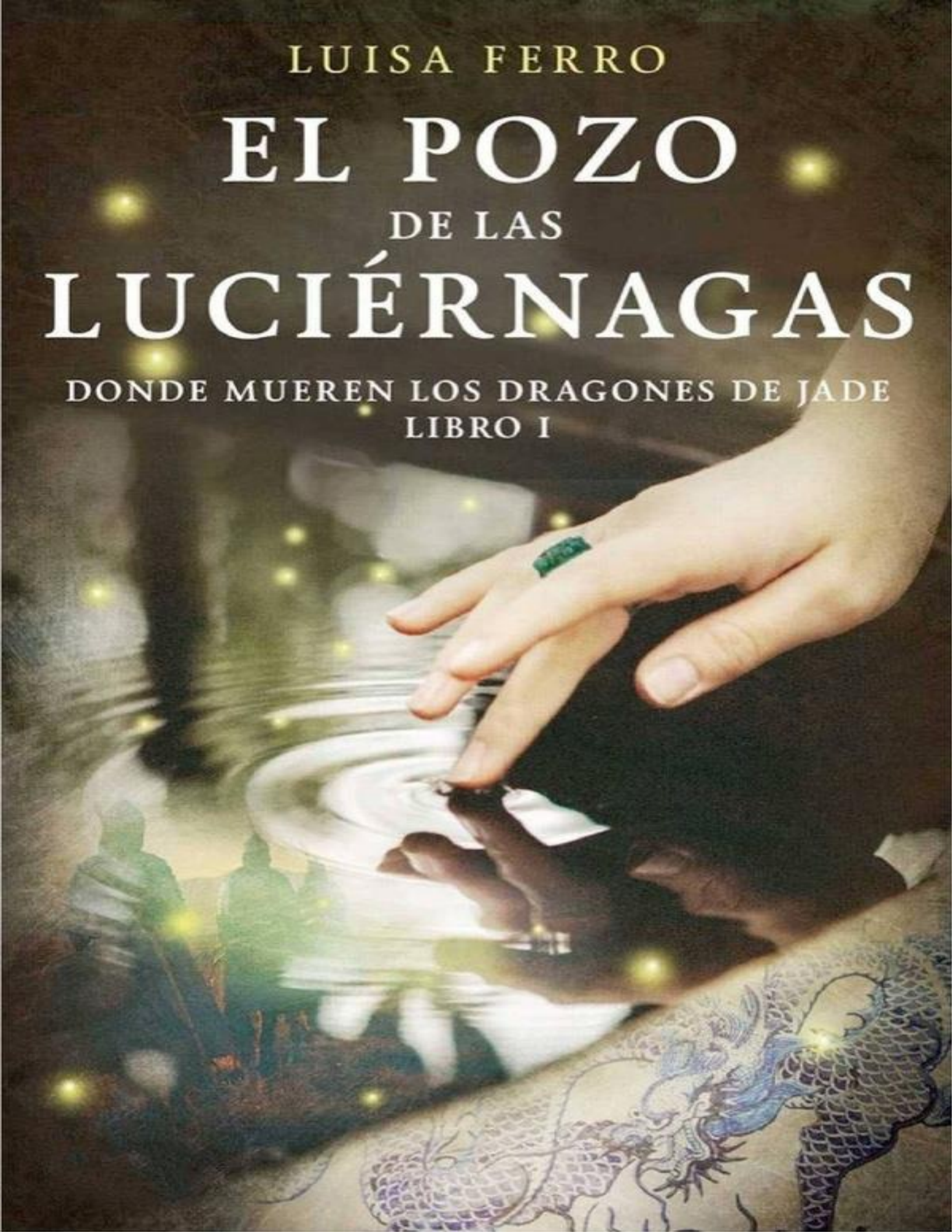


LUISA FERRO

# EL POZO DE LAS LUCIÉRNAGAS

DONDE MUEREN LOS DRAGONES DE JADE  
LIBRO I



China, siglo XIII. La guerra contra los mongoles es un eco lejano todavía, mientras la pacífica existencia de Akame transcurre entre hierbas curativas y las clases de medicina que imparte su padre a un grupo de estudiantes. Acaba de cumplir diecisiete años y es la única descendiente de su linaje. Lo que más desea es llegar a ser la sexta generación de médicos del clan Zeng. No en vano ha recibido una esmerada educación. Nada hace presagiar el modo en que cambia su vida con la llegada de un hijo varón a la familia. Su sueño se convierte en algo inconcebible para una mujer que debe someterse a la estricta disciplina de las tradiciones: el vendado de los pies, los casamientos forzados y el deber de tener hijos varones. Una cultura patriarcal que la obliga a la sumisión absoluta y la renuncia. Sin embargo, para alguien que ha nacido bajo el signo del tigre, no es tarea fácil doblegarse. Porque ser mujer no le prohíbe tener sueños. Podrán negarle practicar la medicina, privarla del amor verdadero, truncar sus esperanzas y su fe en sí misma, pero su auténtico destino le asignará el lugar que le pertenece en una sociedad que se lo ha robado todo. Mas un giro inesperado pone en peligro el futuro por el que tanto ha luchado. Algo temible se aproxima: las hordas de Kublai Kan están sembrando de cadáveres el camino que lleva a la capital del Imperio, y lo harán de manera lenta e implacable. Sus órdenes: que no quede ni un solo miembro de la dinastía Song del Sur bajo el cielo azul.

Luisa Ferro

---

# **El Pozo de las Luciérnagas**

Donde mueren los dragones de jade.

Libro

I

Título original: *El Pozo de las Luciérnagas*  
Luisa Ferro, 2022

---

Revisión: 1.0

 17/06/2022

*Para mi madre, Ana, diestra en la lucha y la supervivencia.*

*Para los servicios del área de Ginecología Oncológica, Oncología y Oncología  
Radioterápica del Hospital Universitario de Fuenlabrada. En especial, a las  
doctoras Blanca Ludeña Martínez y Laura Rodríguez Lajusticia.*

Esta novela está ambientada en la China imperial (Imperio medio o Edad de Oro de China), cuando gobernaba la dinastía Song del Sur o Song Meridional (960-1279). La acción coincide con las últimas dos décadas de las incursiones mongolas —de las cuatro que fueron en total— que se llevaron a cabo para conquistar el Imperio del Centro, el único territorio de la etnia *han* a salvo del dominio de Kublai Kan, nieto de Gengis Kan.

Con un elenco de más de treinta personajes históricos y otros tantos de ficción, *El Pozo de las Luciérnagas* llevará al lector desde la capital del Imperio del Centro hasta el último reducto donde los supervivientes de la dinastía Song del Sur buscaron refugio para huir del asedio al que fueron sometidos por los mongoles: la isla de Yaishan. Fue allí donde, según los expertos, acaeció una de las batallas navales más grandes de la historia: la batalla de Yamen.

Esta es, por tanto, una novela contada desde el punto de vista chino, el bando perdedor.

Para la romanización, tanto de los nombres propios chinos como de topónimos o localismos, he utilizado los sistemas Wade-Giles y *pinyin*. Asimismo, he respetado algunos nombres propios o comunes tal y como los hallé en mis búsquedas.

Los nombres y apellidos en chino no se escriben en el mismo orden que en Occidente. El apellido va en primer lugar y a continuación el nombre propio.

Los nombres o apodos de la mayoría de las criadas, eunucos y adivinos están en español.

Para determinar el tiempo en el que se desarrolla la acción de la novela me he guiado por el calendario lunar. Cada lunación (de 28 a 31 días) equivale a un mes.

Al final del libro figura un glosario para indicar el significado de algunas palabras y expresiones chinas. Incluye términos relativos a meses del año y horas del día.

# I

19 DE MARZO DE 1279 DE LA ERA CRISTIANA  
SEGUNDO MES DEL PRIMER AÑO DEL REINADO DEL EMPERADOR  
HUAIZONG  
DESEMBOCADURA DEL RÍO PERLA (CHINA).  
BATALLA NAVAL DE YAMEN

## Prólogo

Las cenizas azules de un imperio flotaban en una densa nube de humo. Eran los restos de las naves de guerra chinas tras la última batalla contra las fuerzas navales de los Yuan, los invasores mongoles. Yo podía oler esas cenizas mientras intentaba respirar; apestaban a «droga de fuego» y a sangre corrompida. El viento arrastraba pavesas y trozos de estandarte. El frío mordía mi rostro como un animal hambriento; sin embargo, el mar ardía y el cielo era un espejo donde las llamas se multiplicaban. Oía, con una nitidez aterradora, los gritos de algunas damas que pedían auxilio agarradas a los maderos que flotaban a la deriva. Otras ya no gritaban. Eran de color añil, con sus hijos colgando todavía de sus pechos yermos. Centenares se habían arrojado al agua cometiendo suicidio. Una forma honrosa de morir, pues serían veneradas como mujeres virtuosas en los altares de sus ancestros.

Ya no distinguía a nuestros soldados. Eran una enorme marea de cadáveres sin rostro. Cerré los ojos aterrada y las imágenes de las últimas horas de asedio volvieron a mí como hojas devueltas por una ráfaga de aire helado. En mis oídos todavía resonaban los cánticos guturales y profundos de los mongoles, el sonido seductor del *morín khuur* exhalando negras melodías que traspasaban el alma. El choque del acero, el silbido de las flechas sobre nuestras cabezas, el estallido de las «bombas de trueno». Voces ahogadas por el rugido del mar; el ruido sordo de los cadáveres al caer: cuerpos cenicientos a la fría luz de la luna.

Gritos infantiles me devolvieron a la realidad. Una manita asomaba a duras penas entre los remolinos de espuma. Tiré de ella con todas mis fuerzas y un rostro lívido emergió a la superficie. Mi corazón se paralizó. Era el emperador niño Huaizong. Aterrado, se agarró a mí y enlazó sus piernas a mi cintura sin apenas dejarme respirar. Tosía y boqueaba. Tenía unas profundas ojeras y tiritaba sin control.

—¡No dejes que me ahogue, Akame! —gritó desesperado.

Ambos nos hundimos en el agua helada. Jiras de burbujas nos envolvieron. Si no lograba liberarme de su abrazo, nos esperaba la muerte. Me lo quité de encima como pude y me aferré de nuevo al arca de madera. Agité las piernas para acercarme más a su majestad. Mis lotos dorados me dolían a rabiar. Él volvió a tragar otra bocanada de agua. Estaba exhausto, pero logró alcanzar la cola de mis túnicas de seda, que flotaban hinchadas.

—¡Agarraos fuerte al baúl! —supliqué.

Notaba que el arcón se hundía cada vez más.

Por unos instantes, sumidas en la niebla, me pareció escuchar voces entrecortadas por el

viento.

«... Señor de los Diez Mil Años...».

«... Su majestad imperial...».

Iban y venían como los sonidos estridentes de los cuernos de batalla del enemigo. Herían a victoria.

El emperador niño me miró con los ojos idos, ajeno a la corriente que nos zarandeaba y a las voces traidoras que lo reclamaban para darle muerte. Si lo encontraban, clavarían su cabeza en una pica y la exhibirían ante Kublai Kan. En la mirada del Hijo del Cielo pude ver el terror, el miedo cerval que se apodera de aquellos que creen que van a morir con absoluta certeza. He visto ese mismo miedo reflejado en los ojos de los soldados después de varias semanas de asedio. Lo he visto en los enfermos desahuciados, en las mujeres con un mal parto, en los ancianos a los que les ha llegado su hora. Es la fuga de la esperanza; la aceptación de lo inevitable. Una mirada de doble filo donde la claridad de la muerte los hace ser insensibles a la propia vida; indiferentes al dolor. Su majestad estaba tan agotado que se le cerraban los párpados como a una cría de dragón. Imaginé su gran lucha por la vida al verse atrapado entre los fuertes brazos de Lü Xiufu, consejero del canciller, que se había arrojado al mar para suicidarse con él y, de ese modo, evitar que lo hicieran prisionero o lo asesinaran de forma deshonrosa.

Elevé una súplica a la diosa Tianhou. Ella entendería mi desesperación por poner a salvo al emperador. Rasgué con los dientes un trozo de mi túnica y se lo pasé por debajo de los brazos, luego lo amarré a los cerrojos metálicos del baúl. Me fijé que llevaba al cuello un cordón con el sello imperial. Se lo quité y dejé que el mar se lo tragara.

La quilla de un sampán se acercó hasta nosotros. Eran los soldados del general Zhang Hongfan, comandante en jefe de las tropas de Kublai Kan. Cubrí el rostro del emperador niño con la amplia bocamanga de mi bata para ocultarlo de ellos. Los largos garfios que utilizaban para comprobar la identidad de los muertos batieron el agua a nuestro alrededor. Cerré los ojos. Noté que la percha se enganchaba en mis vestiduras y me zarandeaba sin piedad. La luz acusadora de un farol descendió sobre mí. Creí desfallecer de pánico. Casi ni respiré hasta que el largo gancho de hierro se dio por vencido y me creyó muerta. Los carroñeros se alejaron dejando tras de sí una estela de sangre.

El mar exhaló un gruñido de protesta. Tal vez tuviese prisa por cobrarse más vidas. Nuestros cuerpos flotarían más allá de la Boca de los Mares, más allá del puerto de Mui Wo y la larga cadena de islas que recorren la península de Leizhou. Puede que aún más lejos. Lo último que verían mis ojos sería el anochecer que ya se intuía entre las columnas de humo y la niebla espesa que comenzaba a engullirlo todo. El susurro de la profundidad de las marismas me arrullaba. Su eterna voz se me metía en las entrañas como si fuese la misma de la comadrona que me vio nacer.

El agua busca el agua. Mi mirada buscaba el agua clara de los ojos de mi amado, pero lo único que hallaba era oscuridad.

Con mi último aliento me aferré a mis recuerdos. Ellos lograrían que me mantuviera cuerda mientras todo se desvanecía a mi alrededor.

# 1

Mis recuerdos siempre han estado asociados a los olores y al sonido de los pucheros que hervían en los fogones de la farmacia de mi padre. El olor de la miel, el del vino de arroz amarillo y los vapores del carbón vegetal que se quemaba en los vientres de hierro forjado de los hornillos. A mí siempre me parecieron benignos dragones de enormes fauces. Aquellos hervidores suponían gran parte de mi mundo. Un mundo tan pequeño y cerrado como un suspiro de anciana viuda.

Mi padre era el honorable maestro Zheng. Pertenecía a la quinta generación de una familia de médicos. Esto lo hacía merecedor de un gran prestigio en la ciudad de Lin'an, la capital del Imperio Song del Sur, donde tenía abierta la consulta y regentaba una farmacia. Ambas formaban parte de la planta baja de nuestra vivienda situada en la calle Qinghefang, una de las más bulliciosas destinada a los comercios.

Crecí rodeada de voces. Las que procedían del puerto: una gran dársena donde las gabarras, los sampanes y los juncos navegaban en las aguas del río Qiantang pugnando con los navíos mercantes de soberbias velas que provenían de un brazo del Gran Canal. Ambos discurrían paralelos a la muralla de la ciudad. En torno a los diques de contención se apiñaban las casas flotantes.

El puerto era una jerga de voces extranjeras que se mezclaban con las más familiares: las de los vendedores de pescado, los cacharrereros, los videntes y los rapsodas ciegos. Tenderetes que se extendían a lo largo del amarradero y que se perdían en los comercios de los artesanos: un laberinto de angostas callejuelas.

Tampoco era ajena a otra clase de voces: las que surgían de los bazares que lindaban con la muralla y la entrada sur de la ciudad. Allí estaban las tierras de placer y las cantantes. A las damas nos estaba prohibido hablar de ellas. Tal vez por eso, a mí se me antojaban misteriosas y llenas de secretos. Sus calles albergaban toda clase de mendigos, maleantes, vagos, prostitutas y soldados. Estos últimos celebraban su día de permiso en las incontables casas de té, donde se bebía y se apostaba.

Desde la ventana de mis aposentos se podía contemplar el lago del Oeste. Estaba separado de la ciudad por la muralla. La pagoda de Leifeng asomaba como un guardián magnánimo, envuelta en la bruma que desprendían los bosques de bambú y los alcanforeros de las montañas. Era una delicia para los ojos ver el colorido de las barcas de recreo, con sus toldos bordados y sus vistosas cabezas de dragón en las quillas. A través de mi balcón se colaba el sonido estridente de

los címbalos de los bonzos, el del gong de los templos y el canto repetitivo de los sutras. Mi ciudad olía a incienso y a los mil aromas y hedores que irradiaba la vida.

La farmacia de mi padre tenía en la entrada una enorme portada de piedra adornada con dragones y cabezas de león, donde colgaba un letrero de madera de cedro con el nombre de la botica: «Farmacia del Pez de Oro», escrito en elegantes caracteres rojos. Sus puertas daban al patio delantero, cuyo pórtico de aleros acampanados cobijaba varios bancos y mesitas para hacer más confortable la espera de los pacientes. En el centro del patio, y bordeado por un sencillo jardín de plantas ornamentales, había un pequeño estanque con una cascada artificial en miniatura adornada con piedras *caishi*, las llamadas flores de lluvia.

Longyan, mi eunuco, servía té para hacer más llevadera la espera y proporcionaba toallas húmedas en los días de más calor. Se esforzaba en atender sobre todo a las damas. Ellas tenían un espacio aparte, separado por varios biombos para evitar ser objeto de miradas indiscretas. Algunas eran criadas de las damas que pertenecían al séquito de la emperatriz viuda Xie, la consorte del difunto emperador Lizong. Eran sirvientas con pies de loto, nada usuales. Sus pasos eran tan cortos que casi parecían dar pequeños saltitos. Sin embargo, los pies grandes de las criadas corrientes se posaban con fuerza y jamás vacilaban. De cualquier modo, para un médico estaba prohibido examinar a ninguna mujer. Así lo dictaban las leyes confucianas. En la consulta había varias figurillas anatómicas de marfil. Una se desmontaba y podían verse los órganos internos femeninos. Ellas señalaban con un puntero la parte del cuerpo que les dolía y se les tomaba el pulso con un biombo de por medio.

Yo miraba con admiración a las damas desde mi escondrijo. Y parte de aquel entusiasmo se lo debía a Longyan, que solía contar historias sobre la corte a las concubinas de mi padre. Él tenía varios amigos eunucos que trabajaban en la Ciudad Imperial y siempre estaban al tanto de las intrigas que se gestaban tras los altos muros. No era raro que, cada semana, tras la visita que solía hacer a un eunuco llamado Avispa, nos hiciera una relación de todo lo que había acontecido.

—La emperatriz viuda Xie ha encargado que le traigan desde Japón unos botones de plata con incrustaciones de ámbar. Según las modistas imperiales, son de un gusto exquisito y los llevará en la capa que estrenará en la Fiesta de los Faroles. —Hizo una pausa ante las exclamaciones de asombro de las concubinas. Luego prosiguió—: Avispa también me ha contado que ya han llegado las nuevas telas de seda para las damas de compañía. Hubo un revuelo increíble por una pieza de brocado. Todas la querían. La emperatriz Quan en persona tuvo que poner orden porque ni el jefe de eunucos podía con ellas. Imaginad, señoras, el terrible lío que se formó.

Aquellos chismes hacían las delicias de las dos concubinas y la esposa oficial de mi padre. Yo aprovechaba que estaban entretenidas para escabullirme. Pero siempre era seguida de cerca por Luna de Plata, la criada de Longyan, que apenas era unos años mayor que yo.

Era para mí una costumbre, pues desde que comencé a dar mis primeros pasos me escapaba de las habitaciones interiores destinadas a las mujeres de la casa y bajaba a la farmacia. Me maravillaba contemplar las altas alacenas con los tarros de porcelana alineados contra la pared, las hileras de cajones con los nombres de las hierbas escritos en una exquisita caligrafía. Sacos de arpillera repletos de herbajes de toda calaña y condición. Jaulas con serpientes, sapos, tortugas, gusanos de seda, nidos de golondrina... Serones a rebosar de hongos y raíces de

ginseng. Me encantaba colarme en los laboratorios donde los hornillos funcionaban sin interrupción y recrearme con las tajaderas de piedra y los cortadores de afiladas hojas, cuyo sonido me era tan familiar como el olor que emanaban las molineras al convertirlas en polvo. El bullicio que reinaba allí era para mí el aliento de la vida.

Mi padre me enseñó que la medicina tradicional tenía un vínculo con la filosofía, las matemáticas y la caligrafía. Curar estaba inspirado en el concepto confuciano: «Salvar vidas con amor y actuar con la nobleza del caballero». El lema de nuestra casa era ofrecer productos de primera calidad a precios razonables y jamás engañar al cliente. Estas eran sus premisas y las que seguían a rajatabla todos sus empleados. Pronto aprendí que las fórmulas que se preparaban eran individualizadas. Eso suponía que cada persona, aunque estuviera aquejada de la misma enfermedad, necesitaba una receta diferente.

Fue él mismo quien me inició en la lectura y la escritura con apenas cuatro años. Cuando pude leer con soltura, averigüé que el mundo exterior era grande y cautivador, y que no terminaba en las montañas que rodeaban el lago del Oeste ni en las puertas de entrada a mi ciudad. Y que, ni mucho menos, acababa en las celosías de las habitaciones interiores destinadas a las mujeres. Con diez años ya había leído los Cinco Clásicos del confucianismo, otros tantos volúmenes de poesía clásica e innumerables libros de recetas.

Tampoco resultaba nada extraño verme al final de los bancos donde mi padre impartía clases a un grupo reducido de estudiantes. Desde allí escuchaba y aprendía, a pesar de que los conocimientos de medicina no se trasfieren a las hijas, sino a los hijos; aunque era común que se les enseñaran a las nueras, siempre y cuando los descendientes masculinos no desearan dedicarse al oficio. Ellas sí pertenecían a la familia, las hijas, no. Nosotras, al casarnos, pasábamos a formar parte del linaje de nuestros maridos. Por tanto, no esperaba que mi padre me hiciera merecedora del legado de las recetas familiares. Ciertamente yo era su única descendiente y había recibido una buena educación, pero él todavía podía tener hijos varones, dado que disponía de dos concubinas, una de ellas todavía en edad fértil.

Aun así, yo no era del todo ajena a esas fórmulas. Había presenciado muchas veces cómo las elaboraba y, en secreto, comencé a recabar los ingredientes en un librito que guardaba a buen recaudo en el escritorio de mi gabinete de leer, ubicado en una de las pagodas del jardín de los aposentos interiores. Era conocedora de que jamás tendría un aprendizaje formal y que tampoco me estaría permitido acudir a una escuela de medicina por ser mujer. No obstante, sentía fascinación por el oficio de mis antepasados y grandes deseos de aprender.

Tal vez por eso no fui consciente de las graves limitaciones que ello me reportaría en el futuro. Era testaruda, impetuosa y difícil de doblegar. Al menos eso me repetía madre hasta la saciedad, desde mi más tierna infancia.

—No eres un varón, Akame. Las damitas no pueden corretear por ahí como los potrillos. Hablaré seriamente con tu padre para que te prohíba entrar en la botica. O, mejor, reprenderé a tu eunuco con diez latigazos, a ver si cesa en su empeño de alentar tus ensoñaciones. Suerte tiene la dama Zhu de no poder ver lo mala hija que eres.

De todas las consortes de mi padre, la dama Zhu fue la única que le había dado descendencia viva. Por desgracia, murió al darme a luz. Aunque no hubiese sido así, la esposa oficial, la dama Lin, tenía derecho a criarme como si fuera su propia hija, ya que ostentaba el puesto de mayor rango entre las mujeres. Mi educación corría por su cuenta, sobre todo en lo concerniente a las

labores del hogar. El aprendizaje en el bordado cobraba especial importancia para nosotras, si bien no estaba mal visto que aprendiéramos algo de caligrafía y dibujo. Sin embargo, nos inculcaban que nuestro destino estaba escrito y que debíamos obedecer las tradiciones. Entre ellas estaban las tres obediencias: «Una mujer debe obediencia a su padre. Luego, al casarse, obediencia al marido y, cuando este fallece, obediencia al hijo», y las cuatro virtudes: el don de la palabra, la apariencia, las labores del hogar y la castidad.

La cualidad de ser virtuosas no era una elección. Según nuestra doctrina, nacer mujer siempre era un castigo por los pecados cometidos en vidas anteriores y conllevaba no ser amadas. No merecíamos serlo. Nuestro único fin era concebir hijos varones y servir a un esposo. Y una buena esposa jamás debía entrometerse en los asuntos de su marido. «Los hombres deben ocuparse de las cuestiones de fuera de casa, y las mujeres de las de dentro del hogar». Desde niñas nos repetían que éramos una carga para los padres, pues debían alimentarnos y educarnos para otra familia. Una vez casadas, vivíamos en casa de nuestro esposo, pasábamos a ser parte de su clan y debíamos obediencia absoluta a él y a nuestra suegra.

Como no pude conocer a mi madre natural, la dama Zhu, las esposas de mi padre solo me contaron que su ataúd salió de la casa familiar por una puerta secundaria, como correspondía a una concubina de bajo rango, pues únicamente el féretro de la primera esposa puede hacerlo por la principal. Longyan, sin embargo, me contó el pasado de mi madre cuando comencé a hacer preguntas sobre ella. Me explicó que antes de ser la concubina de mi padre, lo había sido del general Wu Huan. Este falleció en una de las campañas militares de los Song del Sur. Tenía dieciocho concubinas con sus respectivas criadas, y tres eunucos que se ocupaban de ellas. Su esposa oficial, la dama Wu Yao, madre de sus dos únicos descendientes varones, se hizo cargo de la herencia. Eso le daba derecho a disponer del futuro de las concubinas de su marido y de las hijas de estas. Podía venderlas como esclavas o como flores a un burdel u ordenar que se retiraran a un convento budista para que su manutención no supusiera un gasto.

Este hubiese sido el destino de mi madre de no haber ordenado a Longyan, que por entonces era uno de los eunucos del fallecido general, que fuera a hablar con mi padre, al cual conocía por ser el médico de la familia. Él le suplicó que la tomara como concubina para así impedir su fatal destino a manos de la vengativa primera dama del militar. Padre se apiadó de ella conmovido por el amargo sino que le esperaba y accedió de buen grado a la proposición.

Gracias a los dioses, la viuda Wu aceptó la oferta que le propuso mi padre: una generosa cantidad de piezas de plata, media docena de gansos y varios rollos de seda. No obstante, impuso un requisito: que se llevara también al eunuco que había mediado en la negociación. Lo consideraba un traidor y un espía. No en vano el dicho popular reza: «Jamás te fíes de un eunuco». Aprovechó la ocasión para deshacerse de él. Desde entonces, Longyan pasó a ser el servidor personal de mi madre natural hasta la muerte de esta. Después lo heredé yo.

Era a la dama Lin a la que tenía que llamar «madre», así lo ordenaba la tradición. Sin embargo, Longyan había cuidado de mí desde que nací y le tenía un gran cariño. Tanto que yo solía decir que tenía tres madres: la dama Zhu, la dama Lin y mi adorado Longyan.

Nunca le importó que lo llamara con un nombre de fruta. Yo tenía dos años cuando lo motejé así por primera vez. Él tenía dieciocho. Imagino que se me ocurrió ese apodo al observar en él cualidades muy parecidas a las de esa jugosa fruta, pues era muy dulce y desprendía un delicado aroma a rocío de *meigui*. Solía perfumarse igual que una anciana dama. También se cuidaba el

cutis con polvos de jazmín y mantenía una palidez de nácar gracias a las infusiones de osmanto que tomaba a diario. Poseía una belleza exótica que no pasaba desapercibida para nadie. Sus expresivos ojos tenían un tono inusual. Eran del color de la miel y tan cambiantes que el mote Longyan, «ojos de dragón», le quedaba como un sombrero con alas a un emperador.

No tenía una fisonomía de hombre. Sus rasgos eran diferentes. De hecho, no era varón ni mujer. Desde que tuve uso de razón lo escuché decir que él pertenecía a un género distinto. No tenía barba, su piel era fina, su nuez apenas se apreciaba y poseía una voz aguda, pero preciosa para el canto. A los que eran como él se los llamaba Tong Jing, «muchacho puro», pues fueron castrados de forma absoluta siendo todavía muy niños. Muchos opinaban que los Tong Jing jamás crecían por dentro y que eran niños eternos, altaneros, caprichosos, con tendencia al mal humor y, sobre todo, mentirosos. Otros, sin embargo, los consideraban seres demoniacos, ya que no eran masculinos ni femeninos. En el caso de Longyan, nada menos cierto. Él era alegre y afectuoso y siempre ideaba mil maneras de entretenernos con sus canciones, su música o sus leyendas. Nadie como él para llevar las cuentas de la casa, manejar a los criados y contener las iras y enredos de las esposas de mi padre.

Longyan fue castrado a la edad de diez años. Esta práctica se usaba desde antiguo en muchas partes del mundo. La infligían como castigo para los delincuentes y los prisioneros de guerra, pero también se practicaba entre las familias pobres que no veían otra salida para poner fin a su miseria, pues de ese modo sus hijos varones podían entrar a servir en la corte, en las dependencias de las concubinas, o como criados de grandes señoríos fuera de la Ciudad Imperial.

La emasculación era muy peligrosa, ya que se arriesgaban a morir desangrados o de una grave corrupción en las heridas, incluso también a consecuencia de la obstrucción de la uretra. En cualquiera de estos casos la muerte que les esperaba era terrible.

Muchos eunucos ya ancianos contaban sus vivencias al igual que las ancianas damas solían rememorar sus partos en las habitaciones de las mujeres. Hablaban entre ellos, pero jamás delante de extraños. Los ajenos, a su vez, se guardaban de comentar en presencia de eunucos nada relacionado con esta práctica, pues era considerada tabú.

Cuando tuve la edad suficiente como para no espantarme, se me presentó la ocasión de leer sobre ella en uno de los libros de mi padre. La practicaba un especialista, que solía ser barbero. Emborrachaba al paciente para mitigar en lo posible el dolor. Tras ser sujetado por cuatro hombres, se procedía a un vendado prieto en el vientre y en la parte alta de los muslos. Acto seguido, se seccionaban los testículos desde su base, de un corte rápido y limpio, con un cuchillo curvo. Se efectuaba la misma operación con el «tallo de jade». Luego se procedía a introducir una cánula de plomo en el conducto urinario, que había quedado al aire tras la castración, para que no se cerrara y el paciente pudiera expulsar la orina. Por último, se cauterizaban las heridas con cenizas calientes y se colocaba sobre ellas un emplasto de pimienta y sésamo, el cual se sellaba con cera.

La cánula debía permanecer puesta durante tres días, en los cuales el sujeto tenía prohibido hacer pis. Transcurrido ese tiempo, se le permitía orinar. Esa era la señal definitiva de que se salvaría. Otros no superaban esa fase y morían con la vejiga reventada, entre terribles dolores.

La gran mayoría de los eunucos guardaban su *pao* o tesoros de la virilidad en un tarro de barro sellado con cera para que al morir los enterraran con él, o dejaban dicho antes de su muerte que les cosieran el despojo, pues según la doctrina taoísta ningún hombre puede entrar

incompleto en el cielo.

Al año más o menos de haber sido emasculados, ya eran capaces de controlar sus micciones. De no hacerlo, eran castigados por sus amos. Se los sometía al látigo o a la vara de cerezo. Algunos morían a consecuencia de las heridas de los latigazos o quedaban lisiados de por vida. Por eso, muchos solían llevar paños atados a la cintura, para evitar que esas pérdidas de orina se hicieran visibles en los momentos más inoportunos. También se perfumaban en exceso para enmascarar en lo posible el hedor. Muchos eunucos sufrían grandes humillaciones por esta cuestión.

Longyan entró a servir en casa del general Wu Huan poco después de su operación. Fue objeto de una férrea disciplina por parte del eunuco jefe. Le inculcó todo su saber. Así se crio y se formó. Su espalda surcada por las cicatrices del látigo era el testigo mudo de todo el dolor acumulado a lo largo de los años. Él siempre se quejó de que nadie le dio a elegir si quería convertirse en eunuco. Su familia eligió por él. Una familia a la que, después de ser castrado, jamás volvió a ver.

## 2

Cuando cumplí los seis años todo mi mundo infantil cambió de repente. La farmacia, el laboratorio, la voz dulce de Longyan cantando una nana, el jardín de las mujeres, sus riñas y reconciliaciones, madre y el sonido de las llaves que colgaban de su cinturón. Pequeñas cosas que me eran familiares y en las que se asentaba mi infancia se desmoronaron como un palacio de arena. El mundo real pasó a formar parte de mi vida de niña. Una realidad que me exigía ser alguien que todavía no era. Había llegado el momento de iniciar el rito de los lirios. Así lo estipuló el adivino que me examinó para elegir la fecha más propicia para vendarme los pies.

Mi educación cambió de la noche al día. Tuve que empezar a demostrar que era una buena hija. No debía hacer preguntas incómodas y tenía la obligación de aceptar mi destino, fuera el que fuese. Pasaba la mayor parte del tiempo en las habitaciones interiores destinadas a las mujeres.

—Seis años son demasiados para que se rompa el empeine con facilidad —se quejó la dama Lin a mi padre—. Aunque no seré yo quien discuta lo dictado por el adivino. No conviene que la mala suerte se cebe con la familia por desoír el mandato de los dioses.

Supe entonces que, por el mero hecho de haber nacido mujer, mi sino sería el sufrimiento y la obediencia. Madre me lo recalcó a diario para que se grabara a fuego en mi memoria. Esos serían los dos signos distintivos que marcarían mi personalidad futura y que demostrarían a la familia de mi esposo que yo era fuerte porque había soportado el dolor del vendado. Ligarme los pies me convertiría en una valiosa candidata para concertar un matrimonio próspero. Con unos pies de loto perfectos, no importaría si no era del todo hermosa.

Madre contrató los servicios de un «vendedor de pies» de bastante prestigio en Lin'an. Ella decidió que sería mejor para todas las mujeres de la casa que lo hiciera alguien ajeno.

—Alome, ya sabes que, si te niegas, deshonorarás a tus antepasados y a tu padre —rezongó—. Él se verá obligado a desposarte con un hombre de menor rango que el tuyo. Y, quién sabe, puede que acabes siendo una *san po tsai*.

Ser una niña esposa era lo peor que podía pasarle a una mujer. Era colocarla en una escala más baja que la de una concubina del peor rango. Todos los miembros varones de la casa tenían derecho a yacer con ella a su antojo y sería tratada peor que una esclava. La mayoría de ellas se veían obligadas a cuidar a sus futuros maridos, pues solían ser cinco o seis años menores.

No creí a madre cuando me dijo algo tan cruel. Mi padre jamás permitiría que me vendieran a otro clan.

Y aunque las niñas de familias acomodadas sabían que tarde o temprano les llegaría el vendado de los pies, yo tenía un miedo atroz. Había escuchado hablar de ello a las criadas, pues, a pesar de que ellas no lo hubiesen vivido en carne propia, sí habían sido testigos de muchos vendados. Todas ellas coincidían en que era algo espantoso. Además contaba con la mala experiencia de haber visto morir a varias niñas en la consulta de mi padre a consecuencia de múltiples complicaciones en el proceso: gangrenas en las piernas o dolencias que se habían derivado a otros órganos internos del cuerpo.

En la mayoría de los casos las pacientes morían. Otras pequeñas salvaban la vida, pero sufrían graves deformidades en los pies que les impedían andar.

En mi caso, el rito de los lirios fue algo terrible. El proceso principal duraba alrededor de seis meses y se dividía en cuatro fases: *shi chan* (la puesta a prueba), *shijin* (el forzado), *jin chan* (cigarra) y el *guo wan* (terminación). Imposible olvidar el crujido de mis dedos al romperse y el olor nauseabundo de la carne podrida. Me cambiaban los vendajes cada día. Me sumergían los pies en agua caliente y los frotaban con alumbre. Cada semana me cortaban las uñas para que no se clavarán en la planta del pie. El vendado en forma de ocho se apretaba cada vez más hasta adaptar el pie a la forma deseada: el de un capullo de loto. Estrecho y puntiagudo. Me los masajeaban y los suavizaban con ungüentos olorosos. Otra venda, atada de igual modo, arqueaba el empeine, llevando el talón hacia mis cuatro dedos doblados. Me forzaron a llevar dos juncos bien atados para que se doblgaran. El dolor se acrecentaba al caer la tarde. Fueron incontables mis noches en blanco. El pobre Longyan no se movía de mi lado, me contaba historias fantásticas para que me olvidara del sufrimiento y me enseñó a jugar al ajedrez, al *mahjong* y al go. Creí que no sobreviviría a esos primeros meses.

Mi eunuco oraba en silencio ante la estatuilla de Guanyin, diosa de la misericordia y la fertilidad. Las concubinas bordaron zapatitos en miniatura y se los ofrendaban con devoción. Todas las mujeres de la casa me animaban con frases cariñosas y vaticinios de un futuro maravilloso que a mí se me antojaba muy lejano. Me ofrecían melón glaseado de Guangdong, pastelillos de arroz glutinoso, ñame relleno de dátiles o pasteles de judías dulces.

—Sé fuerte, Alome —me alentó madre—. Piensa que cuando te vean caminar, la imagen que recrearás en la mente de todos los hombres será la de un tierno sauce agitado por la brisa primaveral.

La dama Yan, la primera concubina, me colocó otro cojín bajo los pies y me acarició la frente.

—Tu marido se volverá loco de pasión. Entonces, todo tu sufrimiento se verá recompensado.

¿Mi marido? ¿Pasión? ¿Qué podía saber yo de todo eso con apenas seis años?

La segunda concubina, la dama Lixue, se tumbó junto a mí y me cogió la mano con dulzura.

—Cuando estés frente a tu suegra, lo primero que querrá ver serán tus pies. Te subirá el dobladillo de la falda con su larga uña de oro y comprobará que sean tan pequeños como la palma de su mano. De no ser así, llenarás de vergüenza a la familia de tu esposo.

Había un repertorio de más de cincuenta y ocho expresiones, ordenadas en cinco formas, para definir los pies vendados: pétalos de loto, luna nueva, bóveda armoniosa, sombra de bambú, castaña de agua... Y una escala del uno al nueve para designar su categoría. Tanto madre como el resto de las concubinas fueron enseñándome cómo debía proceder en el cuidado de los pies, pues ellas, a su vez, habían sido aleccionadas por sus madres o por las matronas de su casa natal.

Me mostraron los trucos en el vendaje para que la presión estuviera compensada y no se cortara la circulación de la sangre e impedir así que se formara la gangrena o el pus. Cómo cortarme las uñas evitando en lo posible las heridas. También insistieron en el modo de darme los masajes y en la frecuencia de los baños aromáticos para mitigar el mal olor, aunque en la práctica sería Longyan el encargado de llevarlo a cabo.

La cruel verdad era que mis pies tendrían que estar vendados el resto de mi vida, embutidos en diminutos zapatos de seda que jamás me quitaría ni para dormir. Mi marido nunca podría verlos sin las ligaduras, pero sí tocármelos y fantasear con ellos en los juegos de alcoba.

Cuando al fin mis pies dejaron de crecer y los empeines se arquearon completamente, yo tenía doce años. A partir de ese momento mi educación se intensificó. El bordado copaba gran parte de las horas del día. Pero yo no descuidé mis estudios de medicina tradicional. No lo hice ni en los peores momentos. En cuanto me fue posible caminar, bajé a la escuela de mi padre y volví a mi puesto, al final de la sala, como oyente. La única diferencia fue que Longyan colocó un biombo al fondo del aula y puso un diván para que yo pudiera echarme sin ser vista.

Mis pies ya no eran los mismos. Mi cuerpo había crecido ajeno a esos apéndices diminutos y torpes. Presentía que, si no hacía algo para remediarlo, las piernas terminarían siendo tan delgadas como palillos a causa de la inmovilidad forzada. Serían iguales a las de la dama Lin y las concubinas: esquejes raquíuticos. Tomé la decisión de fortalecerlas a base de paseos por el jardín. Con el paso de los años logré que se volvieran más fuertes y cuando cumplí los diecisiete ya no me limitaba a caminar por los jardines interiores de las mujeres. Hacía incursiones hasta el patio de mi padre, donde estaba su pabellón del té. Él solía recibir allí a sus amigos más íntimos y los obsequiaba con bellas cantantes. Bebían vino *samshoo*, charlaban y reían hasta altas horas de la madrugada. No era ningún secreto, aunque él intentaba que esas fiestas fueran de lo más reservado. Para ello, incluso prescindía de los criados.

Longyan, al ver que me acercaba demasiado al pabellón, se cuadró ante mí cortándome el paso.

—Amita, creo que ya habéis caminado bastante por hoy. Pronto sonará el gong anunciando la hora del cerdo. Vuestro padre tiene invitados. No sería aconsejable que os descubriera. Se enfadaría mucho y lo avergonzaríais.

Le chisté para que guardara silencio.

—Solo un ratito más, Longyan. Hace demasiado calor para dormir.

Me acerqué sigilosamente hasta una de las puertas correderas, que estaba entreabierta. Se escuchaba una música suave de fondo y las voces de mi padre y sus amigos. Eran más fuertes de lo acostumbrado y nadie reía como otras veces. No hizo falta acercarme demasiado para escuchar lo que decían.

—Todavía no nos han declarado la guerra formalmente —dijo Xiong Kun, uno de sus alumnos predilectos.

—No seas ingenuo —le contestó Jintao Huo, el comerciante de tinta—. Sin las ciudades gemelas de Xiangyang y Fancheng ya no hay obstáculos para Kublai Kan. Hanyang y Vuchan caerán también. ¿Cuánto crees que tardarán en llegar a la capital?

—Todavía hay esperanza —respondió el maestro Cao, amigo de mi padre—. El emperador ha mandado a Lü Shimeng a negociar con los mongoles. Implorará el regreso del comandante Lü Wenhuan para así pactar una tregua.

—No logrará nada de él —se apresuró a responder Jintao Huo—. ¡En el clan Lü solo hay traidores! La corte depositó demasiada confianza en ellos. Las tres fronteras estaban protegidas por gente de su clan.

—No estoy de acuerdo —rebatí el estudiante—. Los Lü han rendido las ciudades después de cinco largos años de asedio. Las provisiones y los suministros no llegaban. El cerco de los mongoles era inamovible. Sus armas eran poderosas y sus fuerzas navales también.

—Tan poderosas como la tentación de rendirse al enemigo a cambio de nombramientos y de oro —dijo mi padre—. Sé que tu admiración hacia los Lü es grande, joven Xiong, y tu objetividad está nublada, igual que la de la corte. Ellos también creyeron que la lealtad de los Lü sería tan fuerte como la confianza que depositó en ellos el emperador Duzong. Hay que aceptarlo: nos ha vendido a Kublai Kan. Abrirá camino al enemigo hasta Lin'an. Ese traidor conoce a la perfección los puntos débiles de nuestras defensas y se los mostrará uno por uno hasta que consigan la rendición absoluta del Imperio.

Se hizo un silencio tenso en el que solo se escuchó la suave melodía de la *pipa* que tocaba una cantante. Longyan me dirigió un gesto apremiante para que nos fuéramos de allí, pero yo no le hice ningún caso. Estaban hablando de guerra. Yo no era ajena a ella. La conocía a través de las narraciones de algunos libros que había leído y también de las lecciones de historia que solía impartirme Longyan. En ellas se hablaba de traiciones, de la ambición desmedida de algunos hombres, de masacres, violencia y destrucción. Imaginando aquello se me erizaba el vello de la nuca. No pude evitar seguir escuchando.

—No será así —le contestó el maestro Cao—. Los Song llegarán a un acuerdo económico con los mongoles y todo volverá a la normalidad. Se les incrementarán los estipendios de oro y seda y aceptarán pactar.

—Te equivocas, amigo mío. Esos tiempos pasaron. Ya no se conforman con unas migajas. Lo quieren todo. He oído que Kublai Kan anhela ser el emperador de China. No desea fronteras que limiten sus reinos.

Al escuchar ese nombre de nuevo, la curiosidad me pudo.

—Longyan, ¿quién es Kublai Kan?

Él cabeceó, reprochándome ese defecto tan mío, pero no se negó a contestarme.

—Es un bárbaro que toma el té con sal y viste a la manera china.

Le regalé un gesto escéptico.

—Ya no soy una niña, Longyan, y esto no es un cuento para entretener a las concubinas de mi padre mientras bordan —le reproché muy seria—. Dime quién es.

—Es un demonio como lo fue su abuelo Gengis Kan. A ese sí lo conocéis. Os hablé de él en una de las clases.

Hice memoria y asentí. Era un bárbaro que pasaba a cuchillo a sus prisioneros y empalaba a todo el que se le opusiera. Había conquistado grandes territorios a sangre y fuego. Solo la muerte lo separó de conseguir su sueño: sentarse en el trono del mundo.

—Las ciudades gemelas son la puerta del río Yangtzé —me explicó—. Son los bastiones de nuestro Imperio. Con ellas bajo el control de los mongoles tienen el camino libre para llegar hasta Lin'an y apoderarse de la capital. Obligarán a la Cámara de los Zhou a rendirse. Ya habéis oído a vuestro padre, quiere convertirse en el emperador de China y no se detendrá ante nada ni ante nadie.

Sentí un gran escalofrío. Noté en el gesto de mi eunuco un atisbo de arrepentimiento por haber usado demasiada vehemencia al contarme aquello. Ambos prestamos atención a lo que decían dentro del pabellón. El ambiente se estaba caldeando todavía más.

—Han salido a la luz dolorosas verdades sobre nuestro canciller Jia Sidao —dijo en tono grave el comerciante de tinta.

—Son rumores malintencionados para hacerlo caer en desgracia —defendió el estudiante.

—No lo creo, muchacho —intervino el maestro Cao—. Hace cinco años, en la campaña militar de Yozhou, nuestro canciller aseguró haber derrotado al ejército mongol, pero no fue así. Mintió vilmente. Lo que ocurrió en realidad fue que Kublai se vio forzado a retirar sus tropas porque recibió la noticia de la muerte de su hermano Mongke y era imprescindible que acudiera a Mongolia para la elección de un nuevo kan. De ahí que decidiera firmar una tregua con Jia Sidao. Este quiso apuntarse una victoria que jamás existió. Mintió al Consejo Dinástico. Su majestad imperial Lizong murió sin saber la verdad de este feo asunto. Y no solo eso. Cuando se produjo la sucesión imperial y él tuvo que renunciar a sus puestos, tal y como manda la tradición, hizo creer a todos que los mongoles habían organizado una invasión a gran escala. Esto provocó el pánico en la corte e inmediatamente recobró sus cargos. Una inteligente maniobra, sin duda, pero carente de todo honor y cordura.

—¡Si eso que dices es cierto, el Grillo tiene los días contados! —exclamó Jintao Huo.

Miré a Longyan perpleja ante el apodo del canciller.

—¿Grillo?

—Sí, amita. Así lo llaman a sus espaldas. Es un gran entendido en insectos, incluso escribió un libro sobre peleas de grillos.

El tono de la conversación creció por momentos.

—Si tanto abogas por el honor de nuestro primer ministro —prosiguió mi padre—, tendrás que esmerarte en el empeño, mi buen Xiong. Tú, como alumno aventajado de mi escuela, estarás al tanto de los males que aquejan a su majestad el emperador. Ese mal de fuego en el estómago que lo atormenta desde hace tiempo no es más que el fiel reflejo de los excesos a los que ha sometido su cuerpo. Una vida licenciosa que Jia Sidao ha promovido desde que el Hijo del Cielo no era más que un joven. La indolencia de nuestro emperador es fruto de la falta de motivación para gobernar.

—Eso que estáis diciendo es muy grave, maestro Zheng —dijo el estudiante.

—No soy ningún traidor al llamar a las cosas por su nombre. Estoy siendo franco. ¿Acaso mi joven alumno se siente intimidado por esta muestra de confianza?

Xiong no contestó.

—No es mi intención ser ave de mal agüero —prosiguió mi padre tras su silencio—, pero me temo que la corte no va a quedar impasible ante estos rumores que cada vez cobran más fuerza. El pánico a una invasión se extenderá como una mancha de tinta y me temo que rodarán cabezas.

—¿Habláis de una sublevación en la corte?

Antes de contestarle, mi padre se levantó para coger más vino y le sirvió.

—No lo sé. Solo espero que la cordura prevalezca por encima del gusto de algunos por el sabor amargo de la sangre. No es momento de luchas internas, sino de permanecer unidos y frenar el avance de aquellos que nos odian y desean nuestra aniquilación. En esto no hay disputas, todos amamos esta tierra. El Imperio del Centro es nuestro hogar.

Temblé de la cabeza a los pies ante aquellas palabras. Longyan me ofreció su antebrazo para que me apoyara.

—Amita, no debéis preocuparos. Las guerras son muy largas. Nuestro ejército arrasará a los mongoles y jamás invadirán Lin'an.

De repente, la corredera del pabellón se abrió con un movimiento rápido. Me faltó el aliento pensando que mi padre aparecería allí y me descubriría, pero respiré hondo al comprobar que quien se asomaba era el estudiante Xiong Kun. Sus ojos se detuvieron en los míos igual que los de un astuto gato al descubrir un ratoncillo curioso. Al percatarse de que era yo, sonrió.

Había tenido suerte. Xiong Kun era como un miembro más de la familia.

Llevaba años siendo el aprendiz predilecto de mi padre. A pesar de pertenecer a una familia muy modesta, donde no había médicos, se había ganado el puesto a pulso. Era muy estudioso y trabajador. Mi padre lo apreciaba de veras.

Me apresuré a rogarle silencio con un gesto. Él correspondió a mi apuro con una mueca de complicidad. Entornó la puerta corredera y nosotros nos alejamos rápidamente del jardín.

Al entrar en mi aposento me encontré con la sorpresa de que madre me estaba esperando sentada frente al tocador. Me dio la impresión de que andaba físgando mis cosas. Cuando se dio cuenta de mi presencia, me dirigió ese mohín tan suyo de eterna amargura. Cogió uno de mis abanicos y se dio aire mirándome fijamente.

—¿Dónde has estado, Alome?

Longyan se apresuró a responder.

—Hemos dado un paseo por el jardín, mi señora, hacía mucho calor y...

—No creo haberte preguntado a ti —arguyó ella cortante, con una mueca de advertencia.

—Madre, es tal y como dice Longyan. Tenía mucho calor.

—Sabes que no debes maltratar tus pies con largos paseos. Una damita no debe salir de noche fuera de sus aposentos. Si tienes calor, manda a tu eunuco que te abanique o que te ponga hielo en las muñecas.

—Así lo haré la próxima vez. Pero es que...

—Recuerda que el silencio es la mejor virtud de una dama —me recriminó sin levantar el tono de voz, mirándome a los ojos con frialdad—. Esta tarde he hablado con tu padre. Está de acuerdo conmigo en que ha llegado la hora de buscarte marido. Ya tienes diecisiete años. A tu edad yo había dado a luz dos hijos varones y tuve la desgracia de verlos morir.

Sentí un vuelco en el estómago. Una mezcla de sentimientos difícil de definir. ¿Un marido? En los últimos meses mi padre había coqueteado con la idea de que, si él no lograba engendrar un heredero, me buscaría un novio entre sus aprendices de medicina. Un joven que tuviera las dotes necesarias para considerarlo como un hijo y que estuviera dispuesto a ser adoptado por él. Este llevaría el apellido de mi familia y heredaría todos sus bienes. Y me constaba que entre sus estudiantes había varios candidatos bastante dignos que estarían muy honrados en aceptar su propuesta. Esta opción me permitiría seguir viviendo en el hogar familiar y proseguir con mis estudios de medicina. Todo el esfuerzo de mi familia por educarme no se iría a otro clan, se quedaría en el hogar de los Zheng. Incluso bromeó con la posibilidad de que yo misma eligiera al aspirante.

Respiré hondo, sofocada por la emoción, el temor y la duda. Yo, secretamente, ya tenía a mi preferido. Xiong Kun era muy apuesto y educado, además de un estudiante ejemplar.

—¿Y padre ya ha elegido quiénes serán los candidatos?

Ella apretó los labios en una fina línea. Parecía no comprender.

—Me refiero a los estudiantes de medicina seleccionados... —dejé caer ante su extrañeza.

—Tu padre ha desechado esa ridícula idea —dijo con indolencia—. Tiene otros planes más ventajosos para la familia. El yerno de los Zheng no será un aprendiz de medicina. Ya es hora de que tus caprichos lleguen a su fin y empieces a comportarte como una buena hija.

No podía creerlo. El corazón me latía en las sienes.

—Madre... Estudiar medicina no es un capricho. No hay nada que desee más que quedarme en esta casa, con mi familia.

—Creo haberte educado bien. Te he enseñado de qué modo debe comportarse una dama y todas las normas relativas a la etiqueta. En qué momento debes hablar y cuándo no. Te he transmitido todo lo que sabía sobre pautas de conducta y cortesía. Harás lo que se te ordene sin rechistar. Pasado mañana vendrán la casamentera y el adivino. Intentarás mostrarte ante ellos elegante y educada. Si me avergüenzas, te pesará.

—Pero... Siempre pensé que me buscaríais un marido que estuviera dispuesto a llevar el apellido Zheng y que tomara las riendas del negocio cuando padre faltara. ¿Quién se hará cargo de las recetas familiares si yo me marcho de aquí?

Ella hizo un gesto de condescendencia sin dejar de jugar con las varillas del abanico. A pesar de superar con creces la cincuentena, aún era hermosa. Su talle era el de un tierno bambú y su cabello conservaba un intenso tono negro.

—La dama Lixue está embarazada —anunció sin preámbulos—. Dará a luz en «el último mes». Tu padre está muy ilusionado y cree que será un varón. Y si no lo es, ella podrá intentarlo de nuevo. Es joven todavía.

Se levantó con la elegancia de una emperatriz y dejó el abanico sobre el tocador.

—Buenas noches, mi preciosa *guixiu*. —Dedicó a Longyan una leve inclinación de cabeza a modo de despedida y salió de mis aposentos.

Odiaba que me llamara *guixiu*. Ese era el apelativo cariñoso que les asignaban las matronas a las recién nacidas. Significaba «belleza destinada a los cuartos interiores». Era su forma de recordarme que mi sitio estaba entre las mujeres. Y que ni siquiera se me ocurriera asomarme al mundo de los hombres.

Antes de acostarnos, Longyan oró de cara a la pared como hacían los monjes budistas. Luna de Plata, sin embargo, se metió en su futón en cuanto madre salió del cuarto. Ella dormía en el suelo, al igual que Longyan. Cuando mi eunuco terminó sus rezos, extendió su colchón a los pies de mi cama y me dijo:

—Mañana acudiremos al templo del Alma Escondida, amita. Donaremos algunos *jin* de aceite para las lámparas y varios *qián* más para mechas. Pediremos a los bonzos que las mantengan encendidas varios días. Rogaremos por un matrimonio ventajoso para vos y por la paz del Imperio.

Yo asentí con tristeza mientras soplaba la vela y daba las buenas noches.

Pero era incapaz de dormir. Demasiadas emociones juntas. Me sentía despreciada como hija. La posibilidad de la guerra atenazaba mi corazón, y la incógnita sobre quién sería mi marido invadía mi espíritu provocándome una sensación de miedo y angustia. A través de la ventana llegaban el canto de los grillos, el penetrante aroma del osmanto, las voces apagadas de los

criados de la farmacia, que jugaban al *mahjong* mientras hacían guardia... Cualquier otra noche, eso hubiese sido suficiente para arrastrarme al sueño.

Luna de Plata se levantó, seguramente alertada por mis suspiros y el ruido al removerme en el colchón. Se acercó al tocador y cogió el frasco de linimento de *baiyao*. Luego se subió a la cama y se arrodilló a mis pies para darme masajes en las piernas. Al poco me quedé al fin dormida.

### 3

Al día siguiente, Longyan me despertó más temprano de lo habitual. Me ofreció un cuenco de agua caliente con varias hojas de té para enjuagarme la boca y me acercó el bacín y una toalla húmeda. Luna de Plata me quitó los escarpines de dormir y me puso los zapatos de seda púrpura bordados con peonías. Luego esperó pacientemente junto al tocador, al tiempo que mi eunuco llenaba la palangana con agua de la tetera y le añadía unas hojas de limonero. Ambos se dieron la vuelta cuando comencé a asearme. Entretanto, Longyan me fue poniendo al corriente de las novedades del día.

—He hablado ya con vuestra madre. Nos da permiso para acudir al templo. Me ha entregado doscientos *qián* para sus ofrendas particulares. Al oírla, las concubinas también me han dado algunas sartas de monedas. He llenado una bolsa entera con las peticiones de todas las mujeres de esta casa. He mandado a la cocinera que nos prepare algún platillo ligero y varios aperitivos fríos. Tendremos que comer por los alrededores del templo. El viaje es largo, pero regresaremos antes del anochecer.

Una vez seca, y tras ponerme la ropa interior, me vestí con un sencillo *hanfu* de seda color albaricoque con bordados de colibrís y le pedí a Luna de Plata que me anudara la ancha faja con un gracioso lazo. Me senté frente al tocador y Longyan me peinó con un recogido en la parte delantera de la cabeza, sujeto con varios pasadores de flores, y el resto del cabello me lo dejó suelto. Mientras me lo cepillaba para darle brillo, bromeaba.

—Dentro de poco ya podréis llevar un recogido alto como las damitas que están prometidas.

Luna de Plata se tapó la boca para ocultar una risilla floja. Seguramente ella ya estaba al tanto de mi futuro compromiso. Puse los ojos en blanco y meneé la cabeza con hartazgo. A partir de ese momento me esperaban una buena retahíla de bromas y consejos bienintencionados por parte de las mujeres de la casa. Era algo ineludible.

Antes de desayunar, llevé las ofrendas al altar familiar y prendí una varilla de incienso para mostrar mis respetos a los ancestros. Pensé que, para bien o para mal, mi vida iba a cambiar. Cuando me marchara de mi hogar natal ya no podría orar a los antepasados de mi padre, tendría que honrar a los de mi esposo. ¿Quién se ocuparía entonces de poner un cuenco de arroz junto a la tablilla espiritual de mi madre, la dama Zhu?

Tras desayunar un buen tazón de *congee* y varias ciruelas saladas nos dispusimos a salir por una de las puertas traseras que daban al jardín. Longyan me recordó que me llevara un chal grueso y mi capa forrada de piel de conejo por si refrescaba al atardecer. Me eché al hombro mi

pequeña caja de hierbas y remedios. Nunca salía de casa sin ella.

Luna de Plata colocó en el palanquín la cesta de comida y se apresuró a tomar asiento.

—Lo lamento, muchacha —le dijo Longyan, haciéndole un gesto para que saliera de la silla de manos—. Será mejor que te quedes aquí y limpies el cuarto de la amita. Cuando acabes, ve a la cocina y ayúdas con la comida. Recuerda que pronto te buscarán un marido y si él comprueba que no sabes ni preparar una sopa, te molerá a palos. Aplícate en aprender, porque si no puede que acabes en la casa de un carnicero.

Ella se encogió de hombros como si aquello no le importara lo más mínimo. Sin embargo, a mí me dio un escalofrío. Un carnicero era considerado impuro por el hecho de dar muerte a los animales. Ser su esposa suponía un deshonor. Luna de Plata sería vendida a cualquier hombre que pagara el precio estipulado y tendría suerte si algún criado de otra casa se mostraba interesado por ella y su amo accedía a pagar lo acordado. A mí no me permitirían llevármela a la casa de mi futuro marido, puesto que en realidad era la criada de Longyan y la perdería al venirse a vivir conmigo. Él me pertenecía y era parte de mi dote. Donde fuera yo, iría mi eunuco. Me alegré por ello. Desde que nací, jamás se había separado de mi lado.

Tras salir del patio, la silla de manos avanzó a través de las callejuelas de los comercios. Hasta mí llegó el chapoteo incesante de las gabarras y los juncos que intentaban hacerse un hueco para avanzar por los canales de agua que atravesaban la ciudad desde el suburbio sur al suburbio norte. Lin'an tenía más de una veintena de canales con sus correspondientes esclusas, puentes y dársenas de carga y descarga. Desplazarse por ellos era la mejor opción para llegar a los distintos mercados, a las calles principales y a las siete puertas de entrada que custodiaban la muralla.

Salimos por la puerta noroeste, que daba al lago del Oeste. Mientras lo bordeábamos, recorrí la cortinilla al escuchar los golpes de las palas de madera de las lavanderas. Algunas cantaban. Sus voces se enredaban con el sonido de las campanas de los templos y el trino de los pájaros. Mis ojos se perdieron en las redes llenas de los pescadores, en sus sencillas balsas de bambú. Un grupo de niñas recogían junquillo para hacer cestos. Otras recolectaban hierba y pequeñas ramas que luego pondrían a secar al sol para alimentar los fogones. Pensé que ellas no necesitaban palabras para entender a sus madres: leían sus gestos y sabían lo que tenían que hacer. Pisaban el cieno oscuro del lago con los pies descalzos. Imaginé cómo sería la sensación de notar la arena al enredarse entre mis dedos. ¿Había yo sentido alguna vez algo parecido? Por unos instantes envidié a aquellas niñas de pies grandes y piel tostada por el sol.

Los portadores nos dejaron lo más cerca posible del templo del Alma Escondida. Estaba situado al noroeste del lago, oculto en un estrecho valle entre dos cumbres, la montaña Wulin y el pico Beigao, y rodeado por colinas, bosques de alcanforeros y espesos campos de bambú. A nuestra izquierda había un riachuelo del cual emanaba una densa neblina que se extendía a través de las rocas que adoptaban extrañas formas. Unas semejabán dragones surcando los cielos, tigres al acecho de una presa o monos en traviesas posturas. Longyan no dudó en llevarme a cuestras cuando el camino se hizo demasiado escabroso para mí o los pasadizos que atravesábamos se me hacían imposibles de cruzar. Por suerte no había mucha gente, porque no era un día de celebración, y nuestra subida fue tranquila y amena. A través de las riberas y en las faldas de las colinas nos salían al paso cuevas y tallas budistas esculpidas en la propia roca caliza. Surgían de las paredes, al abrigo de la oscuridad de los senderos, y se extendían ladera arriba hasta la

cumbre. Algunas esculturas parecían mirarme severamente desde las alturas.

Al otro lado del puente que cruzaba el riachuelo se encontraban los diferentes pabellones y templos, todos ellos con sus correspondientes salas de meditación. Era bastante común que llegaran peregrinos de otras ciudades. Incluso algunos se hospedaban allí durante días para realizar un retiro espiritual. El aire estaba cargado del perfume de las varillas de incienso que se quemaban en grandes trípodes de bronce. Algunos fieles escribían sus peticiones a los dioses en pequeños papeles y las depositaban en los altares de los templos.

Nos detuvimos ante el Bodhisattva Maitreya, rodeado de madreselvas. Era tan grande que tuve que alzar la vista para abarcarlo con la mirada. Me sonreía con indulgencia.

Proseguimos camino hasta la cueva de la diosa de la misericordia. Decidimos entrar para hacer nuestras ofrendas. La gruta era angosta y sinuosa. Se apreciaba un estrecho sesgo de luz que provenía de una grieta abierta en el techo. Todo el mundo la conocía como el Hilo de los Cielos. Y no siempre era visible. Las velas del altar otorgaban algo más de claridad y nos guiaron hasta Guanyin. Su figura se alzaba omnipotente sobre un pedestal horadado en la misma roca. El verdín lo cubría todo y la humedad del río nos envolvió con su frescor. Su murmullo cobraba fuerza en el interior de la caverna. Era tal la sensación de sosiego que sentí, que tardé algún tiempo en darme cuenta de que no estábamos solos. Un grupo de muchachas se arremolinaba en torno a una joven que sollozaba. Estaba apoyada en el saliente de una roca, junto a la hilera de diminutas estatuillas que surgían cerca del techo. Al vernos, se mostraron turbadas. Por su atuendo sencillo, imaginé que eran campesinas o criadas. Caminamos hacia la figura de la diosa con toda discreción, pero mis ojos resbalaron hacia el pañuelo ensangrentado que llevaba en la mano una de ellas.

—Disculpad, ¿os sentís bien? —les pregunté.

Todas bajaron la mirada. La que lloraba me contestó.

—Me he resbalado con la humedad del suelo y me he cortado con la arista de una roca.

Quitó la mano que cubría la mancha de sangre de su túnica.

Me acerqué hasta ella. Sus amigas se hicieron a un lado para dejarme pasar.

—Permite que te cure —le dije armándome de valor—. Tengo algunas vendas en mi caja. Soy hija del honorable maestro Zheng. Tiene abierta una consulta en Lin'an.

Ella me miró un tanto extrañada, sin hacer ningún gesto que me diera a entender que conocía a mi padre. Tras un titubeo, pidió a una de sus amigas que acercara un par de asientos de tijera. La joven se apresuró a desplegarlos y la ayudó a acomodarse. Yo me senté frente a ella. Luego miró recelosa a Longyan. Le pedí a mi eunuco que saliera unos instantes. Obedeció con una pequeña inclinación de cabeza.

—Eres muy niña —me dijo la muchacha—, ¿no te da miedo la sangre?

Negué enérgicamente con la cabeza y sonreí.

La sarga de su *hanfu* estaba rasgada. Se lo levanté muy despacio para que no se sintiera intimidada. Procedí a levantarle también el *zhongyi*. Me extrañé al comprobar que era de satén de seda. Fruncí el ceño. Aquella ropa interior no correspondía al barato tejido de su vestimenta ni al sencillo alfiler de madera que sujetaba su cabello. Mis ojos se detuvieron en sus pies. Llevaba unas zapatillas de basta arpillera, pero eran tan diminutos como los de una dama.

Ella misma se bajó la media para dejar al aire la herida. Me fijé en la finura de la piel de sus manos. Eran delicadas, con una perfecta manicura. Centré mi atención en el feo corte de su

muslo derecho. Contuve la hemorragia presionándolo con un lienzo. Apenas se atrevió a mirar. La sola visión de la sangre la espantaba, al igual que a sus amigas, que lanzaron una exclamación.

La joven les hizo un aspaviento para que nos dejaran a solas.

—La sangre es muy escandalosa —le dije para tranquilizarla—, aunque la herida no reviste gravedad.

Se la limpié con agua de rosas y le puse un poco de ungüento de miel y jengibre. Luego le coloqué un apósito y se lo vendé alrededor del muslo para sujetarlo. Cuando terminé, le entregué el tarro de pomada, dispuesta a darle mis recomendaciones.

—Es conveniente lavarla a diario, poner un poco de este ungüento para que no se emponzoñe y cambiar las vendas hasta que cierre. Después es mejor que esté al aire para que cicatrice bien. Con el tiempo, apenas se notará.

—Así lo haré, honorable sanadora —dijo con una leve inclinación de cabeza al tiempo que sacaba de la bocamanga de su túnica un pañuelo atado y me lo ponía en las manos con un gesto de gratitud—. Esto es en pago a tus servicios.

Me sentí abrumada, más por el título que me había otorgado que por su generosa dádiva. Un calor sofocante se adueñó de mis mejillas.

—Yo... Jamás he cobrado honorarios. Mi deseo es sanar y salvar vidas, solo eso —le respondí, devolviéndole el pañuelo.

Ella sonrió y volvió a ponérmelo en las manos.

—Nobles ideales los tuyos, muchacha. Por favor, no desprecies mi plata. Me sentiría muy ofendida. Has hecho un buen trabajo y las medicinas son caras.

Ante sus palabras, no tuve más remedio que aceptar el pago. En mi fuero interno me sentí halagada. Era la primera vez que alguien ajeno a mi casa natal alababa mi trabajo.

Dio varias palmadas y al momento sus amigas regresaron junto a ella. Luego se dirigió a mí:

—Ya puedes ordenar a tu eunuco que entre. Parece muy educado y elegante. No te ofendas. Resulta extraño que alguien de tu posición tenga uno. No imaginaba que ejercer la medicina diera para tanto. Tu padre debe de ser un médico muy afamado en Lin'an, y muy rico, al parecer.

—Mi padre en verdad es un gran médico y goza de mucho prestigio, pero el eunuco no es de su propiedad. Es mío. Lo heredé al morir mi madre. Bueno, es una larga y triste historia...

—Todas tenemos largas y tristes historias que contar —dijo animándome a proseguir.

Le relaté ese pequeño pasaje de la vida de mi madre y de Longyan. La lucha de ambos por impedir que la viuda del general Wu Huan la vendiera a un prostíbulo. La nobleza que demostró mi padre al aceptar salvarla de tan fatal destino. Después, alentada por sus muestras de cariño, también le conté su muerte al darme a luz.

Ella y sus amigas se sintieron conmovidas.

—Ve a llamar a tu eunuco —me indicó—, iremos al mirador y compartiremos nuestra comida con vosotros.

Así lo hice e informé a Longyan de la invitación a comer. Él no puso reparos. Estaba complacido.

—¿Os encontráis ya mejor, señorita? —le preguntó con una inclinación de cabeza.

—Sí. Tengo menos molestias, gracias.

Ayudó a las jóvenes a llevar las sillas de tijera y las cestas que cargaban. Pasamos a través de

una salida de la cueva. Debajo del despeñadero pasaba el río. Desde allí podía contemplarse toda la hermosura del lago del Oeste. Los tejados grises de las villas de recreo asomaban entre la espesa vegetación de las laderas de los montes.

—Preparad algo de té. Estoy sedienta —pidió a sus amigas.

Ellas se apresuraron a sacar una pequeña estufa para hervir agua que apoyaron sobre una roca plana. La alimentaron con un poco de carbón vegetal. Sacaron unos pastelillos salados de grasa de ganso fritos que no estaban al alcance de cualquier bolsillo. Pero lo que terminó de asombrarme fue que sirvieron té negro con esencia de bergamota en tazas de *qingci* craquelado. Longyan me miró con un gesto suspicaz que no le pasó desapercibido a la joven, que hundió la mirada en el suelo y se sinceró.

—En realidad no soy quien aparento. Viajo de incógnito. Soy una concubina imperial.

Longyan, al escuchar aquello, se arrodilló con un *kautou* y posó nueve veces la frente en el suelo. El protocolo obligaba a rendir a la dama pleitesía de alteza.

Ella, apremiada por su gesto, le ordenó que se levantara.

—Por favor, sigamos con el juego, buen eunuco. No imagináis lo terrible que sería que alguien me descubriera.

Nos contó que era una de las concubinas del emperador Duzong. Se calificó a sí misma como *shufei*: concubina pura de segundo grado, por debajo de la emperatriz, y con derecho a engendrar hijos del emperador. También ostentaba el título de señora talentosa, pues tenía gran habilidad en el dibujo y sus bordados eran muy afamados en la corte.

—Será más seguro para todos que no os dé mi nombre imperial. Podéis llamarme Mariposa Blanca.

Sus ojos se perdieron en el paisaje cautivador del lago. La luz del sol caía en tonos sepia sobre sus aguas. El perfume de los árboles de la canela nos llegaba a rachas dispersas.

—Ser concubina imperial es un gran honor; sin embargo, entraña un sacrificio sin límites —prosiguió—. Conozco concubinas que jamás llegaron a conocer al antiguo emperador. Son ya venerables ancianas. Viven en su palacio, ajenas al mundo exterior. Matan el tiempo bordando zapatos y ropa para los príncipes. Algunas, sin embargo, han perdido la razón y pasan sus días y sus noches deambulando por los corredores de los aposentos como poseídas por algún espíritu oscuro.

Su bello rostro se entristeció. Yo le dirigí un gesto afectuoso. Sentía su pena y su miedo.

—Durante nuestra estancia en palacio, a ninguna concubina se nos permite comunicarnos con el mundo exterior, ni siquiera por correo. Vivimos recluidas en el Hougong o Palacio Posterior, donde los hombres tienen prohibida la entrada. Si estamos enfermas, tampoco puede entrar un médico en nuestros aposentos. Una *nushih* o maestra es la encargada de apuntar la descripción de nuestros síntomas en un papel y el jefe de eunucos le presenta la nota a un médico imperial. Este, a su vez, escribe la prescripción y la forma de administrarla y se la entrega a él.

Que un médico no pudiera proceder al examen de la enferma o a una palpación era un problema serio para llegar a un diagnóstico, pero que tampoco tuviera la oportunidad de hacerle el cuestionario pertinente no lo era menos. En el arte de la medicina tradicional el interrogatorio al enfermo era clave. Me dirigí a ella poniendo cuidado en observar las reglas de cortesía al hablar, dado el rango que ostentaba.

—Entonces, perdonad mi curiosidad, ¿cómo habéis podido venir hoy al monte Wulin?

—Urdiendo un engaño. Pedí permiso a su majestad para que me dejara visitar a mi familia, alegando que mi madre se encontraba muy enferma. Ella ya estaba sobre aviso. Aunque para hacerle llegar una carta tuve que sobornar a varios eunucos. Una vez en la mansión de mis padres, burlé a la escolta imperial que custodia las puertas vistiéndome de sirvienta y escapando por una de las entradas del servicio. Cuando luego regrese, tendré que obrar del mismo modo.

—¿Y por qué arriesgaros así?

—Necesitaba pedirle a la diosa Guanyin un hijo. Ya he visitado muchas pagodas y tengo mis aposentos llenos de estatuillas de niño, pero los dioses no me han escuchado. De niña venía a menudo a este templo con mi madre. Tal vez la diosa de la misericordia se apiade de mí y escuche mis ruegos.

Eran muchas las mujeres que acudían a los templos a llevarse un hijo. En algunas pagodas se exponían pequeñas figuras hechas de arcilla con la forma de un niño. Las mujeres podían elegir una a su gusto, le pasaban una sarta de monedas por el cuello, a modo de collar, el bonzo le daba un nombre y ellas se la podían llevar con la seguridad de quedar pronto embarazadas.

—No es un mero deseo caprichoso —prosiguió—. Siento verdadero pavor al pensar en el futuro que me espera si al final resulto ser yerma. Su majestad quiere más príncipes. Si no consigo engendrar, me repudiará. Ahora gozo de su favor, mas sé que no tardará en codiciar a otras más bellas que yo.

Me fue imposible no apiadarme de ella. La vi como un hermoso fénix encerrado en una jaula de jade.

—A lo mejor yo puedo ayudaros, alteza —dije con timidez—. Sé que solo soy una humilde jovencita sin título, pero me he aplicado mucho en los estudios y he observado a mi padre en su tarea desde que era muy pequeña.

—¿En serio crees que puedes ayudarme?

Asentí con vehemencia ante la severa mirada de Longyan, que me lanzaba una tácita advertencia. Se había quedado pálido.

—Creo que puedo llegar a un diagnóstico favorable —dije con toda la determinación de que pude hacer acopio, aunque me temblaban las piernas por mi osadía.

Las damas de Mariposa Blanca me miraron boquiabiertas. Ella hizo un aparte para consultarles su decisión. Longyan frunció los labios en un mohín de reproche, como diciéndome con esos ojos suyos tan cambiantes: «Os estáis metiendo en un buen lío, señorita. Su alteza no es una de las concubinas de vuestro padre».

La contestación de la dama no se hizo esperar.

—Acepto que trates mi enfermedad, sanadora Zheng.

Sentí un vuelco en el corazón. Ya no había vuelta atrás.

—Entonces necesitaré haceros varias preguntas. Espero que me contestéis con toda sinceridad. Es importante.

Ella miró a Longyan y este se retiró discretamente para concedernos la intimidad necesaria.

—¿Son normales vuestros ciclos lunares?

—No. Sangro de tarde en tarde y es muy doloroso.

—¿Habéis sufrido algún aborto?

—No, pero no descarto que me hayan hecho tomar algún bebedizo para impedir que engendre. Sé que a algunas concubinas les suministran cenizas de loto a escondidas para evitar

que se queden embarazadas. No todas las concubinas elegidas para el Hougong tienen derecho a concebir hijos del emperador. Algunas, para alcanzar un estatus superior al que ostentan, urden tretas y sobornan a los jefes de eunucos para poder pasar una sola noche con su majestad.

Aquello me espantó.

Intenté centrarme en mi tarea. Le hice varias preguntas más sobre sus ciclos lunares. Luego quise saber sus hábitos alimenticios; el té que consumía y cuántas horas dormía. Ella me contestó sin poner objeciones.

—Si os parece bien, ahora os tomaré el pulso —le dije solicitando su brazo.

Una de sus damas colocó un pequeño cojín para que lo apoyara. Yo posé los dedos índice, corazón y anular sobre su muñeca y me concentré en sentir sus latidos. Enseguida percibí que el pulso sumergido era débil. Este punto correspondía a la zona del cuerpo que se comprende entre el ombligo y los pies.

—Veréis, Mariposa Blanca, yo diría que para alcanzar vuestro objetivo habrá que acometer dos frentes. El primero y más importante es estabilizar los ciclos lunares. Vuestro *qi* está muy débil. Os recetaré un tónico para fortalecerlo. Una vez hayamos conseguido que sangréis todas las lunas, el siguiente paso será lograr que engendréis. Aunque lo más probable sea que lo consigáis mientras dure el tratamiento, siempre y cuando seáis buena paciente y la receta se elabore de la forma prescrita.

Ella asintió con una sonrisa radiante. Yo le devolví un gesto de aprobación y proseguí con mi diagnóstico.

—Vuestras emociones tienen un papel muy importante en el desarrollo de la enfermedad. Debéis intentar no preocuparos tanto. También es aconsejable que mantengáis el vientre y el ombligo calientes cuando estéis con el ciclo lunar. Abrigaos bien esa zona, sobre todo por la noche. Y una última recomendación: la receta que os he prescrito lleva ginseng, sería conveniente que durante el tratamiento toméis menos té, si no, vuestro reposo nocturno se verá alterado.

Me cogió las manos con una amplia sonrisa de gratitud.

—En verdad sois maravillosa, pequeña sanadora.

Pidió varias piezas de plata a una de sus damas. Yo me negué en redondo.

—Por favor, con lo que me habéis dado por curaros antes ya es suficiente. Me sentiré mal si me obligáis a aceptarlo.

Ella accedió reticente. Me dispuse entonces a escribir los ingredientes de la receta y las pautas para elaborarla. Algunas hierbas tendrían que ser cocidas en miel y otras en vino. Longyan abrió su estuche de pintura. En él llevaba varios pinceles, una piedra de moler tinta y varios rollos de papel de arroz. Me tomé mi tiempo para que mis caracteres fueran lo más claros posible y cuando terminé se lo entregué con una reverencia.

—Antes de despedirnos, te pediré una última cosa, sanadora Zheng. Te ruego que guardes el secreto de nuestro encuentro —me imploró, aunque no era necesario. Yo jamás traicionaría la confianza que ella había depositado en mí—. Nadie debe enterarse de mi problema de salud. Hasta ahora he conseguido engañar al jefe de eunucos con las fechas de mis ciclos lunares, pero sé que si se enterara haría todo lo posible para evitar mis encuentros con el Hijo del Cielo. Siempre nos advierte que la simiente del Dragón no se puede desperdiciar en juegos de alcoba que no servirán para engendrar herederos.

—Perded cuidado, alteza. Mis labios están sellados.

Yo, a cambio, le pedí que cuando llevara dos meses de tratamiento mandara algún mensaje a la farmacia de mi padre poniéndome al corriente del desarrollo de su enfermedad. Debía comprobar si la receta era efectiva o necesitaba alguna modificación. Ella aceptó hacerlo, a pesar de que le resultaría muy difícil, dada la estricta disciplina a la que estaba sometida. Después me hizo un último regalo. Una botella de vino de flor de ciruelo.

—Cinco bendiciones —me deseó a modo de despedida—. Tómallo en alguna celebración especial y acuérdate de mí, sanadora Zheng.

Después de despedirnos, Longyan y yo tuvimos que darnos prisa para llegar a tiempo a los templos donde depositaríamos las peticiones de las mujeres de mi casa. Nos demoramos más de lo previsto en nuestra visita a las monjas budistas. Ya anochecía cuando al fin nos reunimos con los portadores que nos llevarían de regreso a Lin'an.

Ya en el palanquín, no pude resistirme a mirar dentro del pañuelo que me había entregado la concubina imperial. Sabía que me estaba dejando llevar por mi orgullo, pero me picaba la curiosidad.

Eran dos piezas de plata.

Las dejé escurrir entre mis dedos. Longyan las miró como si fueran reliquias de un pasado remoto. Tenían grabadas en los lomos una flor de gardenia. A mí me parecieron tan bonitas que pensé que las guardaría el resto de mi vida. El encanto del pañuelo donde estaban envueltas no se quedaba atrás. Estaba elaborado en gasa de seda y lucía un laborioso bordado de hilos de oro y plata que representaba un ave fénix. Aquel era el símbolo de las emperatrices y las concubinas imperiales.

—¿Crees que Mariposa Blanca será feliz si consigue un hijo? —le pregunté a Longyan.

—Me temo que en la vida de las concubinas suele reinar la amargura, amita. Ellas suponen para muchos hombres una esperanza de amor verdadero cuando se ven atrapados en un matrimonio de conveniencia. Son un escape a la oposición de la familia por la diferencia de clases. En Japón, a las concubinas favoritas se las llama «Refugio». Un apelativo hermoso, con un gran significado. Sin embargo, para ellas implica la larga espera, la sumisión absoluta y la renuncia. No tienen derecho a opinar sobre asuntos familiares y tampoco pueden criar a sus propios hijos, los cuales les son arrebatados al nacer por la esposa oficial.

Sí, Longyan tenía razón. Muchos hombres no amaban a sus esposas y buscaban consuelo en sus concubinas. Pero ¿dónde se refugiaban ellas en busca del amor verdadero? ¿Dónde me cobijaría yo si mi futuro marido resultaba ser un mal esposo, zafio, feo o viejo? En ninguna parte.

El camino de vuelta se me pasó en un suspiro. Estaba demasiado emocionada por lo ocurrido en el monte Wulin como para pensar en otra cosa.

Los fanales de las tiendas y de los puestos ambulantes estaban prendidos cuando llegamos a las inmediaciones de la farmacia. A pesar de lo tarde que era, el patio delantero estaba a rebosar de pacientes.

Longyan torció el gesto.

—O vuestro padre lleva muy retrasada la consulta hoy, o es que a todo el mundo le ha dado por ponerse malo al mismo tiempo.

—A lo mejor ha tenido que salir a visitar a algún enfermo y ha dejado al cargo al estudiante

Xiong Kun. Aunque él es muy diligente y me extraña esta acumulación de pacientes.

Él asintió con los ojillos entornados mientras el palanquín doblaba la esquina de la calle para llegar hasta la puerta de atrás.

Tras los portones, el olor familiar de las flores de osmanto me trajo la agradable sensación de estar de nuevo en casa. Varios quemadores del jardín estaban prendidos, y los ruiseñores de las jaulas todavía trinaban, ajenos al anochecer.

Al entrar, escuchamos los gritos de la cocinera regañando a Luna de Plata y la voz atiplada de la dama Yan cantando los pasajes de su ópera favorita, acompañada al arpa por Caracola, su criada, con más interés que arte. También llegó hasta mí el bullicio sin fin que provenía del fondo del pasillo, donde los laboratorios de la farmacia se comunicaban con el pasaje que daba a las dependencias de las mujeres.

«Sí —pensé—, estoy en casa».

Longyan llamó a Luna de Plata y esta acudió presta para escabullirse de los regaños de la cocinera.

—Lleva las cosas de la amita a su habitación y prepáranos algo de té, que venimos muy cansados.

Nos disponíamos a subir la escalera cuando nos sorprendió ver a Albaricoque, la criada de la dama Lixue, tirada boca abajo junto a la puerta del sótano. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar. A través de la tela de su túnica se apreciaban varias líneas verticales de color rojo a la altura de los muslos. Las marcas indiscutibles de que había sido castigada con la vara de cerezo. Me dio una lástima horrible. La pequeña apenas había cumplido los diez años. Era poco menos que un plantón de bambú. En cuanto me vio se incorporó trabajosamente y se arrodilló ante mí.

—Mi ama perdió su colgante de espejito —me dijo con la voz quebrada—. Se lo quitó para dormir y yo lo dejé en el joyero, tal y como ella me ordenó. Al despertarme fui a buscarlo para dárselo y ya no estaba. Alguien lo había robado. La señora Zheng me llamó ladrona. Ordenó que me dieran tres varazos y me ha quitado la paga de un mes. Ella misma se encargó del castigo. Mientras me pegaba, el espejuelo apareció en el joyero como por arte de magia. Mi ama se apresuró a detener el castigo y la señora, enfurecida, discutió con ella. La encerró con llave en el sótano y nadie le ha traído comida en todo el día.

Enarqué las cejas.

—¿Cómo se ha atrevido madre a castigarla estando embarazada? ¿Está al tanto de este enredo mi padre?

Ella negó con ímpetu.

—El ama prohibió que se informara al señor, porque le duele la cabeza y lleva acostado todo el día.

Miré a Longyan con el ceño interrogante.

—Está bien, Albaricoque, sube conmigo a mi cuarto para que te cure.

Una mujer embarazada debía evitar cualquier encuentro negativo, como la asistencia a entierros o las visitas a los enfermos, las discusiones y los disgustos. Era costumbre que, además de vigilar con ojo de halcón todo lo que comía, para evitar así los alimentos prohibidos, llevara colgado un pequeño espejo de bronce pulido cuyo cometido era mantener alejados los malos espíritus que pudieran perjudicar al niño. Me pareció lamentable la conducta de madre. Tenía que haber investigado a fondo el asunto del robo antes de sentenciar sin pruebas a un criado.

Ella, la esposa oficial, tenía el poder de mantener el orden y castigar tanto a los sirvientes como a las concubinas cuando se comportaban mal o se habían producido hurtos. También tenía bajo su custodia todas las llaves de la casa, las llevaba colgadas de su cinturón, junto con algunos candados. Solo ella podía abrir la despensa donde se guardaban los alimentos, los rollos de tela, las velas, el aceite para las lámparas y los vinos.

Mientras curaba las heridas de Albaricoque, pedía Longyan que hablara con mi padre sobre lo ocurrido. En mi interior deseaba que reprendiera a la dama Lin duramente, ya que a mí no se me permitía interferir en los asuntos domésticos. Ese era su dominio y lo defendía con uñas y dientes.

—Amita, será mejor que vayamos juntos. Él querrá veros después de haber estado fuera todo el día.

—Está bien. En cuanto termine bajaremos.

Me demoré bastante en mi tarea. Madre se había empleado a fondo en golpear con la vara a la criada y algunas de las heridas eran profundas. Cuando al fin pudimos bajar a los aposentos de mi padre, que estaban en otra ala de la casa, escuchamos voces que provenían de la habitación. Nos asomamos poniendo cuidado en no ser vistos.

—No debéis criticar mis decisiones, mi señor —dijo madre—. Al fin y al cabo soy una esposa sin hijos varones. Mi posición en esta casa estará siempre en entredicho. La decisión está tomada. Criaré al hijo de la dama Lixue. En cuanto nazca me lo llevaré a mis aposentos y contrataré a una nodriza para que lo amamante.

—Deberías reflexionar, esposa mía. Ella será una buena madre para el pequeño. Además, la tradición aconseja que la concubina colabore en la educación si se trata de un varón. No podrás negarte. Ambas lo criaréis juntas hasta que cumpla los seis años. Ahora bien, si nace una mujercita, harás lo que te venga en gana.

Ella le lanzó una mirada envenenada, llena de celos y de ira, pero no gritó. El timbre de su voz no varió un ápice.

—Ya veo que esa pequeña zorra os ha enredado con trucos de prostituta barata para que me neguéis el derecho que me corresponde. No sois más que un viejo tonto. Ha conseguido que comáis en la palma de su mano.

Longyan, al percibir el cariz que estaba tomando la discusión, intervino al punto. Entró en los aposentos haciendo una reverencia y se colocó a los pies de la cama.

—Venimos a interesarnos por la salud del maestro. Nos han informado de que os encontráis mal, mi señor.

La dama Lin lanzó un bufido de fastidio al ver su discusión interrumpida y salió del dormitorio sin despedirse.

—Acercaos —nos dijo mi padre, obviando el desaire de madre—. Os agradezco vuestra preocupación. Solo se trata de un malestar pasajero. Un inoportuno dolor de cabeza sin más consecuencias.

Palmeó el lado derecho de la cama para que me sentara. Yo obedecí con una sonrisa. Me tomó de las manos. Las suyas estaban como el hielo.

—Hija mía, cuéntame, ¿has hecho tus peticiones en el templo? ¿Te acordaste de orar por el alma de tu pobre madre, la dama Zhu?

—Sí, padre. Ella siempre está presente en mis oraciones y vos también.

Sonrió débilmente. Lo noté fatigado y tenía unas oscuras sombras bajo los ojos.

—Eres una buena hija. —Me acarició el rostro con ternura y me indicó que le acercara la tisana que reposaba en una mesita. Antes de llevársela la olí para ver qué medicinas contenía. El inconfundible efluvio del escorpión y el del ciempiés llegaron hasta mí, también el sutil aroma del gusano de seda yerto y blanco. Cerré los ojos con fuerza. Aquello significaba que mi padre había tenido de nuevo convulsiones. Era la tercera vez en lo que iba de año.

Él, ajeno a mi indagación, prosiguió hablando.

—Tu madre ya te habrá contado que mañana esperamos la visita de la casamentera...

En aquel momento hubiese querido reprocharle mil cosas, mostrarle de la manera más dura mi tajante oposición a ese casamiento, pero al verlo encamado, sin apenas fuerzas para hablar, me faltó valor. De cualquier modo, pensé que sería una pérdida de tiempo intentar defender mi postura ante él. No cedería. Nunca lo hacía cuando tomaba una decisión.

—Sí. Madre ya me lo ha contado. Haré lo que me ordenéis, padre.

Él se incorporó en la cama con gran esfuerzo y me besó la frente como premio a mi obediencia. Yo le acerqué la taza a los labios para que se tomara el amargo tónico. Longyan, siempre atento, le ofreció un cuenco de agua para que se enjuagara la boca y una toalla.

—Padre, ¿me permitís que os tome el pulso? —le pregunté preocupada.

Él negó con vehemencia.

—Te digo que estoy bien, Akame. Además, ya me ha visitado el maestro Cao y me ha prescrito una receta.

Me sentí muy dolida en mi amor propio. Mi padre no confiaba en mí a pesar de que con solo quince años me aprendí de memoria las recetas diseñadas por Chen Shi Wen y Pei Zhong Yuan. Eran las mismas que aprendían los estudiantes en la Universidad de Lin'an. Por más que me esforzaba, él jamás veía mis méritos ni mi valía.

—Por cierto —prosiguió ajeno a mis devaneos—, el maestro preguntó por ti, pero le dije que habías ido al templo. Se apenó mucho por tu ausencia. Quería enseñarte unos huesos de dragón que le han traído de la cuenca del río Amarillo.

El maestro Cao era uno de los mejores médicos de Lin'an y un buen amigo de mi padre. Regentaba una farmacia y tenía abierta una consulta a poca distancia de la nuestra. Ambos habían sido alumnos de un antiguo médico imperial y su amistad se consolidó a lo largo de los años. Me apenó no haberlo visto, porque era muy amable conmigo y siempre que le consultaba algo sobre medicina o farmacopea no dudaba en contestarme con detalle, incluso manteníamos largos debates sobre diagnósticos. Yo lo consideraba mi segundo maestro.

—Longyan —demandó mi padre—, quiero que intercedas por la dama Lixue sin que parezca que yo te lo he ordenado. Cuida de que le lleven una bandeja de comida. En su estado no debe ayunar ni tener disgustos. También necesito que eches un vistazo a la consulta para ver cómo se las apaña el joven Xiong, e igualmente tendrá que parecer que no te he mandado yo a espiarlo o se sentirá ofendido. Espero estar completamente restablecido mañana. —Se masajeó las sienes con un gesto de dolor—. Me encuentro muy cansado y necesito dormir. Ordena a los criados que no me molesten bajo ningún concepto.

Mi eunuco asintió con un *kautou*. Deseé buenas noches a mi padre y ambos nos retiramos.

Cuando estuvimos lo suficientemente alejados del dormitorio, no pude evitar quejarme por la actitud de mi padre, pero no solo hacia mí, sino también frente a su enfermedad.

—Creo que está más enfermo de lo que intenta aparentar. Si al menos me hubiese dejado tomarle el pulso...

—No hay peor paciente que un médico, amita. Él jamás permitirá que lo diagnostiquéis.

Asentí con tristeza y frustración.

Acudimos al comedor para cenar. Comprobé que la dama Lixue no estaba sentada a la mesa. Miré a madre. Ella esquivó mis ojos y dirigió su atención a Longyan.

—¿Te acordaste de entregar mi donativo a las monjas budistas?

—Sí, mi señora. Me dieron las gracias y me preguntaron si tendríais algunos vestidos viejos o retales sobrantes para hacerse zapatos. Al parecer estaban muy necesitadas. Han llegado más de diez novicias nuevas. Viudas jóvenes sin hijos, casi todas. También me dijo que si os sobraban algunas raíces de ginseng lo agradecerían, que no importaba si eran trozos pequeños y de mala calidad. Hay varias novicias enfermas. No comen ni beben. Se están dejando morir de «mal de amor».

La concubina Yan y varias de las criadas que estaban en una mesa aparte lanzaron sonoros suspiros. «Qué romántico», dijo la concubina con una mueca lánguida. Sin embargo, madre puso los ojos en blanco. El mal de amor era algo bastante común entre las jóvenes. Los matrimonios impuestos y las rígidas normas familiares propiciaban que muchas damas se negaran a comer y a beber para morir de inanición antes de verse atrapadas en un matrimonio sin amor. Muchas, repudiadas por sus familias, acudían a refugiarse a los conventos budistas.

—Veré qué puedo hacer por ellas —dijo después de meditarlo largo rato, mientras tomaba con los palillos una succulenta tajada de cerdo Dongpo—. No soy tan rica como van diciendo por ahí. Tengo que hacer verdaderos esfuerzos por ceñirme al presupuesto de la casa. Cada vez hay más gastos y las piezas de plata no manan de una fuente.

—Pues por mi parte —intervino la dama Yan— voy a donar dos sartas de monedas.

—Eso no podrá ser —respondió madre—. Olvidas que me debes cuatro sartas a mí. Te las dejé prestadas hace dos meses y todavía no me las has devuelto. Lo tengo apuntado en el libro de cuentas.

La concubina sonrió con desdén.

—Tienes una memoria digna de ser admirada, querida Lin. En cuanto cobre el estipendio de este mes, pagaré lo que debo.

No era extraño que tanto las concubinas como los criados pidieran fiado a madre. Tampoco que empeñaran sus objetos de valor cuando se veían apurados. Ella los guardaba en la despensa y cuando al fin le devolvían el préstamo, se los restituía. Las concubinas solían tener un sueldo estipulado dentro del presupuesto familiar para hacer frente a pequeños gastos, tales como donativos a los conventos o enseres personales: cosméticos, perfumes, horquillas y peinetas. Este estipendio estaba sujeto al patrimonio de la casa donde vivían. En el caso de las damas Yan y Lixue, recibían una cantidad casi simbólica.

Cuando terminamos de cenar, Longyan y yo nos retiramos a mis aposentos a descansar. Antes decidí ir a la biblioteca para coger un libro sobre medicina. Pasamos por delante de los laboratorios. La puerta estaba abierta de par en par porque hacía mucho calor. No pudimos evitar escuchar parte de la conversación que tenían dos de los operarios de la farmacia, Long Bao y Long Jie, que eran hermanos y llevaban más de veinte años trabajando con mi padre.

—Para combatir la voz ronca, el *hezi* se utiliza crudo —dijo Long Bao—. Sin embargo, el

sobrino de la señora Zheng ha anotado que tengo que freírlo en vinagre. Me niego en redondo a elaborar esa receta.

—Sácalo de su error o tendremos problemas —le contestó su hermano Long Jie—. Si el paciente empeora y su familia se queja ante el maestro, él vendrá a pedirte explicaciones a ti.

Ellos no eran médicos, pero sí herboristas experimentados. Conocían a la perfección las hierbas y los productos de la medicina tradicional, sus usos y las diversas formas de prepararlos.

Longyan decidió intervenir para resolver el problema.

—El maestro ha dicho que no lo moleste nadie. Decidme, ¿acaso no es el estudiante Xiong quien está atendiendo a los enfermos? Me ha parecido escucharos que era el sobrino de la señora Zheng.

—Así es —respondió Bao—. Ella nos ordenó que lo avisáramos a él.

Longyan frunció el ceño, extrañado.

—¿Cuántos pacientes quedan por atender?

—Tres —contestó Jie—. Dos de ellos necesitan que les preparemos las recetas. Son de difícil elaboración. Hoy tardaremos en cerrar.

—Está bien. Pasaré por aquí a la hora del cerdo para ver cómo va todo. Mañana hablaré con el maestro sobre lo ocurrido, perded cuidado. Le explicaré todo con detalle para que no haya malentendidos.

Hice un gesto de enojo. Madre no solo había actuado por su cuenta, a espaldas de mi padre, sino que también había tomado una mala decisión. Su sobrino no era merecedor de la confianza de mi padre. Lo consideraba un mal estudiante y un zángano. Y razón no le faltaba, viendo el lío que reinaba en la consulta.

Cuando Longyan fue a pedirle explicaciones, ella se mostró de lo más calmada. Se la notaba segura de sí misma, como si no temiera la furia de mi padre por desobedecerlo.

—Así es —contestó fríamente, sin despegar la vista de la labor de bordado—. Creo que Li Rong es mejor médico que ese estudiante al que aprecia tanto mi esposo. Además, no tengo por qué darte cuentas de mis actos, Longyan. No eres el mayordomo de esta casa, aunque a veces lo parezca por las libertades que te tomas. —Levantó la vista de su bastidor y me miró con una mueca de reproche, pues mi eunuco era de mi responsabilidad. Yo le sostuve la mirada sin replicar. No le daría ese gusto.

—No os falta razón, mi señora —dijo él humillando el rostro—. Quería cerciorarme del asunto y, de paso, interceder por la dama Lixue. Me han dicho que lleva todo el día encerrada y sin comer.

—Te preocupas en vano, eunuco. ¿No pensarás que iba a dejarla dormir en el suelo toda la noche, en su estado? Eso hubiese sido muy cruel. Ya he abierto la puerta y he ordenado que le suban la cena a sus aposentos. Sé que soy muy dura, pero en el fondo tengo buen corazón. Todos en esta casa lo saben.

Su sonrisa me heló la sangre. Dio por concluida nuestra conversación, deseándonos buenas noches.

—Que descanséis, madre.

—No olvides cuidarte los pies. Seguro que hoy los has maltratado a conciencia.

Hice una pequeña inclinación de cabeza y salí del cuarto.

Al pasar por las habitaciones vimos a la dama Lixue vomitando. La pequeña Albaricoque se

esforzaba en no hacerlo ella también y el orinal que sujetaba osciló peligrosamente sobre el lecho.

—Ve a la cocina para que preparen una infusión de jengibre —le pedí a Longyan—. A ver si así se le asienta el estómago. Y ordena a una de las criadas que suba a vaciar el orinal. Albaricoque está que se muere del asco.

Aquella noche dieron el gong de la hora de la rata cuando al fin puse la cabeza en la almohada. Había sido un día muy largo y el que me esperaba al día siguiente no lo sería menos. No olvidaba que la casamentera y el adivino vendrían por la tarde. Se me encogía el corazón con solo pensarlo.

La sala de coser olía a néctar de tamarindo. Las ventanas estaban abiertas de par en par y las celosías habían sido retiradas para que entrara más luz. Daban al jardín interior. El sol creaba reflejos en el estanque y sobre la pagoda del puente. La dama Yan bordaba una mariposa a punto de sombra. No era una labor difícil, pero sí vistosa. Sus ágiles dedos empujaban la aguja con una destreza de bailarina. Sin embargo, la concubina Lixue no cosía. Estaba echada sobre un colchón recubierto de fresco bambú. Albaricoque le daba aire con un abanico de plumas. En cuanto se descuidaba, perdía el ritmo y se quedaba embobada mirando el jardín.

Dejé mi labor sobre una mesita de boj y me asomé al balcón para admirar el estanque. Podía pasarme horas ante aquella cuadrícula de agua donde los nenúfares flotaban livianos y las carpas de colores buceaban al ras de la superficie. No pude evitar pensar que, en cierto modo, ellas se asemejaban a mí. Nada les faltaba, pero eran tan prisioneras como yo.

El matrimonio era considerado un deber. Una alianza entre familias. El amor estaba excluido. Si con el tiempo llegaba, se consideraba un regalo del cielo. Esta cuestión, al igual que el vendado de los pies, era algo que teníamos asumido desde niñas. Sin embargo, en mi interior guardaba la esperanza de que mi futuro marido fuese un joven apuesto, noble y de grandes ideales como el joven Xiong Kun. En mi mente siempre imaginé a un guapo muchacho que con solo mirarlo me pusiera colorada como un melocotón. Había oído cosas sobre el amor: cosquillas en el estómago, escalofríos, migrañas de debilidad por falta de apetito. Y a mí me parecían síntomas de una enfermedad difícil de diagnosticar. Ahora bien, también había escuchado hablar de amor a las criadas. Ellas no eran tan bucólicas. Decían cosas como que no había mayor felicidad que sentir entre los muslos la cálida simiente del ser amado. Eran las mismas mujeres que luego se lamentaban de haber cogido purgaciones más propias de prostitutas que de señoras casadas y echaban pestes sobre lo infieles que eran sus maridos. A mi modo, tenía mi propia opinión del asunto.

Yo estaba al tanto de que la casamentera y el adivino ya estaban en el salón. Madre había ordenado preparar una merienda a la altura de una casa de nuestra posición. No éramos ricos como otros comerciantes, pero casi todas las familias, ya fuesen pobres o pudientes, intentaban ofrecer lo mejor de sus despensas, aunque para ello tuvieran que endeudarse. Una boda era todo un acontecimiento. Y el primer paso del ritual pasaba por aparentar ante la *meipo*, la casamentera. Era necesario para llegar a un buen acuerdo. Si ella se llevaba una mala impresión, las negociaciones no saldrían adelante.

La aparición de Agua Clara, una de las criadas de madre, me sacó de mis pensamientos.

—Señorita, me manda la dama Lin para que bajéis al salón.

El corazón me dio un vuelco.

Longyan se apresuró a colocarme un mechón rebelde detrás de la oreja y me alisó el vestido. Un *hanfu* que las concubinas habían confeccionado en secreto para la ocasión. Era de un matiz verde agua, con dibujos de hierba en el bajo y varias mariposas, a juego con mis zapatos. Luego me pellizcó levemente las mejillas y me indicó que me mordiera el labio inferior con cuidado para sacarle un poco de color. No se me permitía utilizar maquillaje hasta el día de mi boda.

La dama Yan me acopló una de mis horquillas de flores y la dama Lixue me sonrió desde el colchón.

—Estás muy hermosa. Vas a causar una gran impresión. Dentro de nada, te verás tan redonda como yo. Te deseo «diez embarazos», querida Akame.

No sabía si reír o llorar. Todo estaba ocurriendo tan deprisa que me daba vértigo.

Por último, Longyan me puso dos gotas de mi perfume preferido detrás de las orejas y en ambas muñecas. Una esencia de lirios azules. Me las froté suavemente.

Salimos del cuarto de coser y bajamos hasta la planta baja para tomar el pasadizo que llevaba al ala derecha de la casa. Antes de entrar al salón, me echó un último vistazo de aprobación.

—La espalda más recta, señorita —me indicó tomándome por los hombros y llevándolos ligeramente hacia atrás—. Y esbozad una sonrisa, pero no demasiado abierta. Enseñar los dientes es de mala educación. Que sea dulce. Y no os olvidéis de humillar la mirada. Eso le gustará a la *meipo*, la señora Chen. Y si ella está contenta, también lo estará Pequeño Lobo, el adivino. Así nos hará un buen pronóstico.

—Basta ya, Longyan —lo regañé bajito—. Ya estoy lo bastante nerviosa sin que tú me des consejos.

Él aguantó la risa y me abrió la doble puerta del salón. Dirigió mis pasos hasta la zona de estar, situada al fondo, separada del comedor por varios biombos lacados. Hizo un *kautou* a los presentes y se colocó tras el respaldo del butacón de mi padre. Me alegré al comprobar que se había levantado para recibir a la visita. Estaba un poco pálido, pero sonrió al verme.

Por unos instantes reinó un silencio absoluto. Yo clavé la mirada en el suelo, tal y como me había aconsejado Longyan. Aun así, no pude remediar mirar de reojo a la *meipo* y al astrólogo. Ella iba vestida de forma llamativa, con un maquillaje muy recargado y un peinado alto coronado por una tiara de flores. Lucía un lunar pintado sobre el lado derecho del labio superior. El adivino llevaba la túnica ceremonial y un sombrero cuadrado. Sus finos bigotes le llegaban al pecho. Ambos escudriñaban con curiosidad morbosa a mi eunuco. Aquello era bastante habitual entre las visitas porque era extraño ver uno fuera de la Ciudad Imperial, pues solo las grandes familias y los aristócratas podían permitírselo. Hasta ese momento no me había fijado. Estaba muy elegante con una túnica en tonos ocres y con anchas cenefas marrones en los bordes, rematadas con hilo dorado. No llevaba sombrero. Se había recogido el pelo en la coronilla con un pasador y una aguja de madera lacada. Era un *ji* sencillo, pero muy vistoso.

—Y decís que el eunuco es parte de la dote de la señorita Zheng... —dejó caer la señora Chen, al tiempo que daba un sorbo al té y se servía un buen cucharón de judías anisadas.

—Así es —confirmó madre—. Donde vaya mi hija irá él.

La mujer asintió complacida. Se levantó para acercarse a mí. Me inspeccionó como si fuese

una mercancía. Lo primero que le interesó fueron mis pies. Se agachó, me subió el bajo de la túnica y los estudió con atención.

—Son unos lotos perfectos. Su suegra no pondrá objeciones —dijo con un gesto de aprobación.

Acto seguido me tomó de la barbilla y movió mi rostro a ambos lados.

—Tiene una barbilla arrogante, aunque combina bien con sus labios carnosos. Las cejas son demasiado gruesas. Habrá que depilarlas un poco más hasta que tengan la forma de una media luna. Los ojos son de fénix. Expresivos y brillantes. Son lo más hermoso que tiene. Una línea de *kohl* sobre el párpado superior los convertiría en gloriosos y, quién sabe, tal vez mitiguen ese aire de desafío que tiene en la mirada. Ser «tigre» es cuando menos un punto desfavorable. Podríamos utilizar la argucia de cambiar su año de nacimiento para que su horóscopo fuese otro más propicio. Nadie quiere meter un tigre en su casa.

Madre asintió mientras servía más té al adivino, que comía pipas de melón tostadas y se abanicaba con desgana.

—Aceptaré vuestros consejos, señora Chen. Aunque muchos pensamos que ser tigre es, a veces, una gran ventaja. Son rebeldes e impulsivos, sí; pero también cariñosos y humanitarios. Además, les gusta llevar el liderazgo y saben cómo influir sobre los demás. Eso puede ser bueno en una casa llena de mujeres.

La casamentera le dispensó una sonrisa educada. Luego pasó a examinarme los hombros y las manos.

—Bien. Unos hombros estrechos y armoniosos. Las manos suaves y cuidadas. Dedos largos para tocar el *qin* o el *konghou*. —Paseó a mi alrededor escudriñándome de arriba abajo—. En cuanto a su instrucción, tengo entendido que la señorita sabe leer y escribir y que ha estudiado a los clásicos. También le gusta la poesía.

—Así es.

—¿Ya sangra con regularidad?

Madre asintió con la cabeza.

—Perfecto entonces —dijo satisfecha—. Por mi parte he terminado. La señorita ya puede marcharse.

Hice un gesto de obediencia y salí de la sala seguida por Longyan. No fuimos lejos. Salimos al jardín que daba al comedor y nos quedamos junto a una de las ventanas abiertas. Desde allí escuchamos a hurtadillas.

A través de la celosía podía ver al adivino. Tomó las dos tarjetas rojas con los ocho caracteres de los novios. En ellas estaban escritos el año del nacimiento de cada uno, la luna, el día y la hora. Meditó largo y tendido sosteniendo las dos tarjetas confrontadas entre las palmas de las manos y pasó a elaborar su predicción. Para ello se alejó hasta un escritorio que estaba en un rincón del salón donde habían dispuesto varios rollos de papel de carta color rojo, una selección de pinceles, una barra de tinta y una piedra de *duan* para molerla.

Se quemaron cuatro varillas de incienso antes de que el adivino al fin terminara su pronóstico. En ese tiempo, la casamentera se limitó a tomar varias tazas de té y dar buena cuenta de los aperitivos, mientras ponía al día a madre sobre los últimos casamientos que había concertado. Chismorreos incluidos.

Ambas guardaron silencio cuando el adivino se levantó del escritorio.

—Son compatibles —sentenció él—. Sus temperamentos son muy parecidos y tienen gustos afines. La fecha más propicia para la boda es el duodécimo día del mes del crisantemo. Luna creciente, presagio de buena fortuna.

La dama Lin miró a mi padre y este asintió con un leve gesto.

—En el mes del crisantemo, pues —convino madre.

Le ofreció un té y lo invitó a sentarse.

En ese momento sentí como si todo mi mundo se desmoronara bajo mis pies. Miré a Longyan con una mueca de pánico.

—Eso es dentro de dos lunas —le susurré—. ¿Por qué tan pronto? Creí que pasarían muchas estaciones antes de que se celebraran los esponsales.

—No lo sé, amita. Estoy tan asombrado como vos. No es costumbre elegir el día de la boda en la primera visita de la casamentera. Es muy inusual. En estas negociaciones se han saltado varios ritos de la petición de mano. Ignoro el motivo.

Volví mi atención hacia el interior.

—Y ahora que ya hemos ultimado la fecha de la boda —dijo la señora Chen— sería conveniente que el maestro Zheng se uniera a la conversación para tratar los términos de la dote y los regalos que recibirá la novia. Creo que quedaréis satisfecho con el trato. Será un matrimonio ventajoso para ambas partes. Aunque sé que mi intervención en este enlace es puro trámite, puesto que las familias son buenas amigas y ya han hablado entre ellas.

Aquello me dejó sin aliento. ¿Mis padres eran buenos amigos de la familia de mi futuro marido? ¿Quién sería él?

Escuchamos sonidos de pasos en el sendero de gravilla del jardín. Longyan me hizo señas para que nos marcháramos. Pero respiré hondo al ver que quien se acercaba era el estudiante Xiong Kun. Me sonrió con un gesto pícaro, dándome a entender que sabía que estaba espiando.

—Bonito día, señorita Zheng.

—Sí —dije algo azorada—. El jardín luce hoy espléndido. Hay varias carpas nuevas en el estanque. Son preciosas.

Me hizo un gesto de cortesía a modo de asentimiento, sin dejar de esbozar una sonrisa socarrona.

Miré con temor hacia la ventana abierta del salón. Por unos instantes temí que se asomara madre al escuchar nuestras voces y me descubriera allí.

—Tendrás que disculparme, Kun —le dije en voz baja—. Me esperan a tomar el té en el cuarto de coser.

—No hay nada que disculpar, Akame —me respondió él en el mismo tono de secretismo—. Yo también llevo algo de prisa. Tu padre me ha mandado llamar para que me haga cargo de la consulta. Todavía no está restablecido del todo. Al parecer no quedó contento con la ayuda que le prestó ayer Li Rong.

Longyan intervino al punto.

—Así es. Yo mismo lo puse al corriente esta misma mañana sobre la mala gestión que llevó a cabo el sobrino de la señora Zheng. La consulta fue un caos.

Kun fue muy discreto y no dilató la conversación. Se despidió de nosotros con un *koutou* y se alejó a grandes zancadas.

Indiqué a Longyan que quería retirarme a mi aposento unos momentos antes de volver al

cuarto de coser. Necesitaba serenarme. La precipitación de mi boda me había alterado el ánimo.

Al llegar a mis habitaciones vimos a Luna de Plata acostada en su jergón, al lado izquierdo de la cama. Pensé que se encontraba enferma, pero en cuanto nos vio se incorporó y exclamó:

—¡Me han buscado un esposo! Me lo acaba de decir la cocinera.

Me senté en mi cama, junto a ella.

—Dinos, ¿te han dicho de quién se trata?

—Es un comerciante de vinos de un pueblo del norte. No sé nada más.

Le acaricié el rostro. Conocía a Luna de Plata desde que éramos niñas. Ella era un par de años mayor que yo y habíamos crecido juntas. Le brillaban los ojos y a mí se me escaparon las lágrimas. Nos abrazamos con fuerza.

Longyan nos dejó llorar lo que consideró oportuno. Luego nos reprendió cariñosamente.

—Basta ya de lágrimas, niñas. Al menos no se trata de un carnicero...

—Sí —dije intentando sonreír—. Has tenido suerte, Luna de Plata. A mí no me han dicho ni a qué se dedica mi futuro marido.

Mi eunuco pidió a Luna de Plata que fuera a la cocina a buscar té. Lo necesitábamos.

—Y trae tres tazas. Tú también lo tomarás con nosotros, pero se acabaron los sollozos. Una novia no debe llorar. Trae mala suerte.

Ella se marchó corriendo a la cocina con una sonrisa en los labios, mientras mi eunuco me tendía un espejo de mano con mango de marfil y un pañuelo.

Su pulida superficie de bronce reflejaba mi rostro mientras las lágrimas recorrían mis mejillas. Pensé que me estaba recreando en mi tristeza como lo haría una joven viuda bordando zapatitos para los bebés de sus hermanas o amigas.

Longyan arrastró con la yema del dedo una de mis lágrimas.

—El amor no es algo a lo que tengamos derecho —dijo parafraseando a cualquier mujer.

Lo miré fijamente a los ojos, un poco sorprendida por sus palabras. Sus iris cambiantes destellaron un halo de tristeza. Sí. Era cierto. Las mujeres no merecíamos ser amadas. Eso nos repetían nuestras madres desde niñas. Él no era una mujer, pero se ponía a nuestra altura porque jamás conocería lo que era el amor. ¿Qué dama se enamoraría de un hombre castrado?

Cuando al fin llegó Luna de Plata con el té, nos lo tomamos en silencio. Como si aquello fuese en realidad un ritual secreto de despedida. También vi conveniente abrir la botella de vino de flor de ciruelo que me había regalado la concubina imperial Mariposa Blanca. Era una ocasión muy especial. Longyan se encargó de servirlo en unas hermosas copas de alpaca que habían pertenecido a su antiguo amo, el general Wu Huan. Fueron un regalo suyo.

Antes de cenar, volvimos a la salita de coser. Las bromas y los chismorreos de las mujeres se oían desde el pasillo.

—¿Imaginas a nuestra Alome casada? —cuestionó la dama Lixue jocosamente.

La dama Yan dejó escapar una risilla.

—Seguro que nada más conocer a su marido querrá hacerle un diagnóstico para comprobar si está sano. Pobrecito. Ella querrá tomarle el pulso en la muñeca y él le dirá que mejor se lo tome en otro sitio...

Todas rompieron a reír. Las criadas se morían de risa.

—Señoras... —dijo Longyan llamándolas al orden, meneando la cabeza, mas sin poder evitar un gesto jocosos.

—Eunuco, no seas chinche —soltó madre—. Solo son unas bromitas de nada. Nadie va a escandalizarse.

Su buen humor me escamó.

—No imagino a mi preciosa *guixiu* frente a su suegra. Todavía recuerdo a la mía al día siguiente de la boda. Al amanecer, fui a llevarle agua caliente con hojas de té para que se enjuagase la boca; ella me obligó a dejar el cuenco encima de una mesita y con su bastón me subió el dobladillo de mi túnica para contemplarme los pies. «No son tan pequeños como los míos», dijo con un gesto de desprecio. Lo mismo hacía con mis labores. Las inspeccionaba siempre para poner a prueba la instrucción que yo había recibido de mi madre. También vigilaba mi higiene y mis perfumes. Hasta los polvos de albayalde me revisaba. Sin embargo, aquí estoy, madre de una hermosa mujercita que se va a casar muy pronto. —Me tomó de la mano y me la palmeó con suavidad—. El único consejo que puedo darte, hija mía, es que no seas como el perro de Lü Dongbin: jamás muerdas la mano que te da de comer. Sé agradecida y complaciente. Al fin y al cabo tienes suerte de que tu suegra sea una anciana dama. Según me han dicho, ya ha roto tres mortajas. Sería raro que rompiera una cuarta.

«Menos mal», pensé con ironía. Mi suegra debía de ser la mujer más vieja del Imperio del Centro. Y no me era ajeno el mal humor que algunas venerables ancianas se gastaban.

—¿Tres mortajas? —cuestioné anonadada.

—Así es. Según algunas criadas de la casa, tiene tan mal genio que ni la muerte se la quiere llevar. Tres veces estuvo a punto de morir, pero logró reponerse. La última, hace apenas un año. Se quedó tan delgada como la raspa de un pescado, pero ahora tiene buenas carnes sobre los huesos.

Me obligué a esbozar una sonrisa mientras las mujeres reían a carcajada limpia.

—No temas, Akame —añadió—, tu suegra no es inmortal; tarde o temprano beberá de las fuentes amarillas y tú ocuparás su puesto. Límitate a ser una buena esposa y madre. Y no olvides plantar lirios cuando tus hijos abandonen el hogar. Siempre habrá una guerra que los separe de tu lado.

Sus ojos se tornaron vidriosos. Adiviné en ellos la sombra de la pérdida. La dama Lin había tenido tres hijos varones; todos ellos murieron antes de cumplir el segundo año de vida. Si hubiesen sobrevivido, ya serían hombres. Aquel gesto de debilidad por su parte duró solo un instante. Se recompuso enseguida.

—Me estoy yendo por las ramas, hija mía. Se me olvidaba decirte lo más importante. El adivino nos ha sugerido que la fecha más propicia para tu boda es el duodécimo día del mes del crisantemo.

Todas lanzaron una exclamación de sorpresa. Yo tuve que fingir que no estaba al tanto. La miré fijamente a los ojos.

—¿Tanta prisa tiene padre por casarme?

Ella hizo un bufido, restando importancia a mi salida de tono.

—Bien sabes que tu padre es como una ternera recién parida. Si por él fuera, jamás te arrancarían de su lado. Es tu futuro esposo quien tiene prisa, querida Akame. Fue él quien impuso el plazo de la boda. Ten en cuenta que su madre es muy anciana. Imagino que querrá darle una alegría a la pobre mujer antes de morir. Ver casado a un hijo es el mayor regalo que puede tener una madre. Más cuando se trata de un primogénito. Es la promesa de la llegada de

nietos varones. La continuidad del linaje familiar.

¿Mi futuro esposo era el que había exigido tanta premura para desposarse?

—¿Y quién es, si puede saberse? —exigí averiguar de una buena vez.

—No tengo autoridad para decirte algo así. Además, los novios no deben conocerse hasta el día de la boda. Así lo manda la tradición y no seré yo quien infrinja las normas. ¿No querrás que la mala suerte se cebe con esta casa?

Me froté las sienes. Nadie me daría el nombre por más que yo me empeñara. No me quedaba otra que soportar mi angustia y orar para afrontar lo que el destino me deparara. Tan solo pedía que, al menos, él no se pareciera a mi futura suegra. Según me la estaba pintando madre, no era una buena mujer. Más bien parecía una bruja. Aunque si tenía que ser sincera, ¿qué suegra era buena? Algunas parecían vengarse con las nueras por la dura vida que habían llevado. Era como si al ostentar el poder en el reino de las mujeres quisieran abusar de él, humillando a las esposas de sus hijos de mil maneras. Y todo esto sin recibir a cambio réplica alguna por parte de ellas, so pena de llenar de vergüenza a la familia.

A mí no me daba miedo enfrentarme a la furia de mi suegra, puesto que yo vivía con la dama Lin. Me pareció solo un mero intercambio: una «serpiente» por una «rata». Después de todo, yo era un «tigre», por más que la casamentera me hubiera cambiado la fecha de nacimiento.

## 6

Había pasado una semana desde la visita de la *meipo*, en la que la actividad de mi casa natal no había cesado. Era como si un tornado devastador hubiera entrado por la ventana. Los criados revisaban la porcelana, las vajillas, los palillos de marfil y de plata, cada uno de los jarrones y los tapices. Se enceraron los muebles y los suelos de madera de *gingko*. Se renovaron muchas plantas y flores del jardín y se buscó acomodo para la pareja de patos mandarines que la familia del novio envió. Símbolo de felicidad conyugal. Hacía solo unas horas que habíamos recibido una de las piezas clave del ritual: la oca salvaje, que representaba la fidelidad de los novios.

También llegaron los primeros presentes. Varias cestas de frutas: sandías, granadas y bayas de nenúfar. Sus pepitas simbolizaban la fertilidad. Con ellas se le deseaba una gran descendencia a la pareja.

Toda la calle estaba ya al tanto de mi boda. El comadreo de las vecinas no cesaba. Mandé a Luna de Plata que indagara si alguna de ellas sabía quién era mi futuro esposo, pero fue inútil. Estaban tan perdidas como yo. Madre se había empleado a fondo para que esa información no saliera de la farmacia.

Longyan me lavó el pelo y me lo enjuagó con una decocción de corteza de cedrela, un árbol aromático de agradable perfume. Me peinó con un recogido alto.

—Ahora ya os corresponde llevar este tipo de peinado para que todos sepan que pronto os casaréis.

—Sí. He pasado de poder llevar mi primera horquilla a lucir un moño de matrona —dije molesta.

—Y tendréis que esmeraros en el bordado. Es imprescindible que trabajéis en vuestro ajuar. Una damita que se precie pone los cinco sentidos en esa labor, pues sabe que su suegra estará alerta intentando encontrar la mínima falta en ella.

Me ató los alamares de mi corpiño interior, un ligero *moxiong* elaborado en suave satén con vistosos bordados de flores. Luego sostuvo en el aire mi túnica interior, el *zhongyi*. Yo colé los brazos por las mangas y me estremecí al sentir el contacto frío de la seda.

—Longyan, creo que a estas alturas ya estoy más que acostumbrada a que busquen en mí el más mínimo defecto. Te olvidas de que me he criado a la sombra de la dama Lin. Ella no duda en enumerármelos cada día. Me quiere mucho y solo desea que me aplique en rectificarlos.

Intercambiamos una mirada cómplice. Ambos sabíamos que yo ironizaba al respecto de la estricta educación que solía dispensarme madre. Me aborrecía y estaba deseando que me casara

para no verme más. Me quería lejos de sus dominios. Eso explicaba el buen humor del que hacía gala desde mi compromiso.

—Así es, amita, pero no por eso voy a cejar en mi empeño de limar los muchos defectos que tanto os afean —dijo siguiendo el juego irónico. Luego se puso serio—. Quiero que cuando vivamos en la casa de vuestro futuro marido seáis el orgullo de vuestro padre. Él sufrirá mucho cuando ya no os tenga a su lado.

Iba a poner en duda aquello cuando nuestra conversación se vio interrumpida por la llegada de Luna de Plata. Respiraba a bocanadas. Había venido corriendo y se la veía nerviosa.

—¡Son cinco cajones de madera de sándalo! —exclamó emocionada—. Acaban de llegar en un carro. Ahora mismo los están descargando los criados. La señora Zheng ha ordenado que los suban al cuarto de coser. Son para vos, amita.

Suspiré con desaliento. Esos cajones eran parte de las arras de la familia del novio. Casi todo serían rollos de tela.

Longyan se carcajeó como un mono beodo al ver mi nerviosismo.

—Tendréis que afilar las tijeras, amita. Hay mucho que coser.

Se suponía que esos mismos cajones deberían ser devueltos a la casa del novio, el mismo día de la boda, llenos a rebosar con mi ajuar: varios vestidos de primavera, verano, otoño e invierno. Otros tantos para las ocasiones importantes y algunos más para los lutos. También zapatos para mi futuro marido, para mi suegra y para mí. Pijamas, batas, ropa interior, colchas... Sin embargo, los trajes de boda deberían ser entregados unos días antes de la ceremonia para que pasaran el ritual de purificación, que consistía en colocarlos sobre una criba y pasar fuego por encima para limpiarlos de cualquier influjo maligno.

Longyan me cogió de la mano y tiró de mí hasta el cuarto de coser. Estaba entusiasmado. Él era como una corneja. Le encantaba el brillo de las cuentas de cristal y los abalorios rutilantes. Se moría por ver el destello del satén y los hilos de oro. Me constaba que se gastaba gran parte de su paga en telas y sastres. No era de extrañar, viendo su elegancia y buen gusto. Su guardarropa era la envidia de cualquier dama.

Al llegar, la algarabía inundaba cada rincón de la planta de arriba. Todas las criadas de la casa taponaban la entrada dándose codazos y lanzaban grititos de expectación.

Madre estaba en el centro de un grupo de mujeres y daba instrucciones a un par de criados para que destaparan los cajones. En cuanto se abrió el primero, se desataron exclamaciones de admiración. Las telas pasaron de mano en mano. La piel de marta cebellina acarició las mejillas de madre y de las concubinas por orden de rango. Las plumas de pavo real, también. Hebillas, cadenas, pasadores...

Me vi envuelta en rollos de seda de todos los colores. Brocados, rasos, gasas, linos, algodón... Colores para dormir, para atraer a la buena suerte, otros para espantar los malos espíritus. Estampados de nubes, olas, signos de la felicidad...

El pánico y la impotencia se adueñaron de mí.

—¿Acaso se me exige lo que otras tardan media vida en confeccionar? —argüí asustada por el volumen de trabajo que suponía semejante muestrario de telas—. No podré. Es imposible. No nos queda tiempo. Seré incapaz de coser tantas colchas y zapatos.

Se hizo el silencio. Todas me miraron.

—Las concubinas y yo te ayudaremos —dijo madre con una mueca de autosuficiencia—. Ya

lo hemos hablado. A cambio, piden que tu eunuco les cuente muchas historias mientras cosen y tejen. También haré llamar a varias costureras. Tú solo tendrás que encargarte de tu traje de boda y el de tu futuro marido, tus escarpines de dormir y el camisón que usarás la noche de bodas. Es algo en lo que no transijo.

¿Solo? A mí me pareció un mundo. Yo tenía mucho que estudiar. Las mujeres de la casa estaban al corriente de lo que hacía cuando me ordenaban permanecer en el cuarto de coser. Longyan me traía volúmenes de la biblioteca. Practicaba caligrafía y elaboraba diagnósticos a las concubinas. Ahora que iba a marcharme, mi intención era estudiar todo lo posible, porque ignoraba si en casa de mi futuro marido habría libros o si me iban siquiera a permitir acercarme a uno.

Longyan me apremió con una de esas miradas tan suyas. Las mujeres no se quedaron atrás. Esperaban una respuesta por mi parte. Hice un gesto de obediencia ante madre para darle a entender que aceptaba el trato. ¿Acaso podía elegir?

—¡Manos a la obra, pues! —exclamó ella con entusiasmo.

A partir de ese día, la actividad frenética de la sala de coser no tuvo fin. Mi instrucción tampoco.

Los patrones ocuparon dos largas mesas. Acericos, bastidores para bordar, devanadores de hilo, bobinas, pies chinos para medir, cera de abeja para marcar las telas...

Lo peor sin discusión era el acolchado de los cobertores. Era realmente agotador y tedioso unir sus múltiples capas de relleno. Según la tradición, cuantas más colchas llevara yo a casa de mi futuro marido, más hijos varones pariría. Yo disfruté dibujando con cera en tela de arpillera los motivos de los bordados para mi traje de boda. Longyan también lo pasó en grande pintando con tinta sobre seda preciosas flores y orlas.

En los días que siguieron, muchas vecinas pasaban la tarde con nosotras y nos ayudaban mientras cantaban canciones tradicionales para entretenernos o contaban historias sobre mujeres virtuosas y ejemplares. Eran historias que habían pasado de madres a hijas, generación tras generación, al igual que los patrones y los secretos del bordado.

Las semanas transcurrieron sin apenas darme cuenta. De día cosía, de noche me afanaba en no pensar. Estaba tan agotada que caía rendida en el lecho.

Cuando apenas quedaban quince días para mi boda, recibimos la visita de la señora Chen, la casamentera. Entró como una bocanada de aire fresco. Cualquier novedad era recibida como una bendición en el cuarto de coser.

—Señora Chen... —saludó madre, dejando la labor en una mesita de boj y levantándose con cortesía—. Ya estábamos echándoos de menos. ¿Os apetece un té? —le preguntó señalando un servicio que acababa de traer Agua Clara.

—Yo misma me serviré, señora Zheng. Proseguiré con vuestra labor. Sé que están muy atareadas y no es mi intención interrumpir. He venido a ver cómo marcha todo. Ya sabéis que es mi obligación informar a la familia del novio sobre los preparativos y el ajuar. He visto ya la pareja de patos mandarines y la oca salvaje. Gozan de buena salud. Eso es señal de buen augurio.

Se sirvió un té y, tras dar varios sorbitos, se paseó sin disimulo junto a la larga mesa sobre la que descansaban las distintas prendas que ya estaban terminadas. Tomó varias al azar y las estudió con gesto de aprobación. Después miró a las mujeres que estaban cosiendo. Las fue saludando una por una y preguntándoles por sus familias. Como buena casamentera, conocía a

medio Lin'an y estaba al tanto de todo lo concerniente a las jovencitas casaderas que había disponibles.

—Veo que no tengo de qué preocuparme. Sin duda sois un ama de casa como no hay dos, señora Zheng. Jamás imaginé que con tan poco tiempo pudierais sacar adelante el ajuar de la niña.

—Doy por bien empleada la plata que llevo gastada en costureras —dijo ella toda estirada de orgullo—. El secreto es elegir las con acierto.

—Sí, son las mejores de la ciudad.

—Y también las más caras —recalcó ella sin disimular su altanería.

La *meipo* asintió con un pequeño gesto de cabeza. Luego se acercó hasta mí, se sentó en una sillita baja y observó mi labor. Yo estaba terminando la cenefa que ribeteaba la falda de mi vestido de boda.

—Pequeña Alome, ¿no sería estupendo pasear unos instantes por el jardín? Os veo algo pálida. Tal vez sea buena idea airearse un poco de tanto hilo y tanto brocado.

Miró a madre para obtener su permiso. Ella se lo dio con una sonrisa forzada. Suspiré aliviada. Me apetecía pasear un poco y zafarme de la mirada de halcón que tenía clavada sobre mí. Me dolían los dedos de tanto coser. Dejé mi vestido de novia sobre un escabel y lo cubrí con un paño para protegerlo.

Salimos al jardín. Longyan nos siguió, manteniéndose a unos pasos prudenciales de distancia. Al llegar junto al estanque, nos sentamos en un banco de madera bajo la protección de un templete porticado.

—No sé si atreverme a preguntaros, señorita Alome. Sé que es un arrojito por mi parte, pero ha llegado a mis oídos que habéis aprendido medicina de vuestro honorable padre.

—Así es.

—El caso es que... Podría acudir a él, pero me siento algo cohibida porque la consulta trata sobre un asunto de mujeres.

Jugueteó nerviosamente con los adornos de su fajín.

—Si os hace sentir más cómoda, podéis consultarme a mí —le dije con voz calma, intentando transmitir seguridad.

—Bueno, en realidad no se trata de mí, el diagnóstico es para una hermana mía. Está casada con un hombre muy severo y no le permite visitar a un médico. Estoy muy preocupada por ella. Temo que si no recibe tratamiento se apague como una vela. Cada día está más débil...

—Podría visitarla si no vive muy lejos.

Ella chasqueó la lengua.

—Vive cerca, pero me temo que eso complicaría las cosas.

—Entonces, lo mejor será que me describáis los síntomas de su enfermedad.

—Creo que podré hacerlo con detalle.

—Bien, vayamos entonces a mi gabinete de leer. Nadie nos molestará.

Mientras nos dirigíamos hasta allí, pedí a Longyan que trajera té de jazmín. Saqué la llave de la puerta del bolsillo de mi túnica y abrí. La persianilla de la única ventana estaba echada. La subí solo a media altura, para preservar la atmósfera de sosiego que reinaba en el interior. La sala era pequeña. Apenas una mesa de estudio pegada a la pared, una silla de respaldo de aro, un diván y varios escabeles de tambor. En uno de los rincones había un *yaoxiang* para guardar

algunas plantas medicinales de uso corriente.

La hice sentar en el diván y yo tomé asiento en la silla.

—Contadme, señora Chen. Os escucho.

Ella carraspeó antes de comenzar.

—Mi hermana tiene trastornos en las entrañas. Sus ciclos lunares se le han acortado, pero cada vez sangra más. Siente mucho calor de repente y el corazón se le desboca. Y por más que se abanica, no se le pasa. Su humor ha cambiado. Está muy sensible y, sin saber el motivo, se echa a llorar.

—¿Ha tenido hijos?

Negó con la cabeza.

—No logró engendrar jamás. Su marido tiene muchas concubinas a las que atender y duerme con ella solo una noche al mes. Demasiadas gallinas para tan poco gallo —dejó caer con un deje de desprecio.

Me sorprendió su respuesta.

—¿Qué edad tiene ella?

Dudó unos instantes.

—Digamos que ya ha visto más de cuarenta y cinco Fiestas del Medio Otoño.

Apunté estos datos a vuelapluma. Luego los pasaría a limpio para elaborar la historia médica de «Hermana de la señora Chen», aunque tenía la sensación de que su supuesta hermana no existía y la *meipo* hablaba de ella misma, pero su pudor era tan grande que no se atrevió a sincerarse.

Longyan llegó con el té y una bandeja de pastelillos variados. Los dejó sobre un escabel y se marchó discretamente. Le indiqué a la señora Chen que se sirviera ella misma. Y así lo hizo mientras yo proseguía con el interrogatorio.

—¿Sabéis si se ha notado algún bulto o se le ha hinchado el vientre en exceso?

—No. Su cintura es la que se ha ensanchado varios dedos, pero es que siente una especial predilección por los dulces.

Sonreí. Acababa de coger un pastelillo de arroz glutinoso relleno de *taro*.

Pasé a analizar los síntomas y a determinar qué remedios podría utilizar para combatirlos. Tras unos instantes de meditación llegué a un claro diagnóstico.

—Tomará corteza de árbol del cielo, peto de tortuga, raíz de peonía blanca y *huangqin* —le enumeré antes de proceder a escribir la receta con las cantidades exactas y la forma de elaborarlas—. ¿Os ha dicho si tiene algún otro síntoma?

—Sí. Me dijo que tenía sudores nocturnos.

—Entonces también le vendrá bien la raíz de *mahuang*, raíz fresca de *shengdihuangy* concha de ostra pulverizada. Esta receta deberá tomársela solo por las noches. Esos sudores remitirán enseguida y podrá dormir mejor. —Hice una pausa para escribir—. Decidle a vuestra hermana que pronto se le retirarán sus ciclos lunares para siempre. Ese es el motivo de estos trastornos en el mar de sangre. Es debido a una carencia yin del elemento agua.

Me miró con tristeza.

—Sí —dijo con voz queda—. Ella ya se había imaginado algo así.

—Le recomiendo que se ponga emplastos de jengibre en los riñones y que procure comer nueces, castañas, sésamo negro, pipas de calabaza y brotes de alfalfa. Los caldos de hueso y

espinas le sentarán bien, además de la soja negra. Así fortalecerá el elemento agua y aliviará en algo sus males. Yo misma llevaré esta prescripción a los laboratorios de mi padre, así podréis llevárselos cuanto antes.

Ella asintió con una sonrisa apretada. Le hice una última recomendación.

—Si tras dos meses de tratamiento no encuentra algo de alivio, volved a mí. Hay otros remedios que podré recetarle.

Yo había oído hablar de varias pócimas que vendían algunos herboristas ambulantes en el mercado o que solían dispensar las monjas budistas que practicaban la sanación, pero rozaban la superchería o la clandestinidad. Padre conservaba varios volúmenes de farmacopea muy antiguos. El *Kuang Chi Fang*, de Hsuan Tsung, y el libro *Prescripciones viejas y nuevas probadas y ensayadas*, de Chen Chuan. Me prometí a mí misma releerlos antes de dejar mi casa natal. Recordaba haber leído algo sobre el uso de la placenta de mujer para aliviar muchas de las molestias que me había descrito la señora Chen. Debía profundizar más en el tema antes de aventurarme a recetárselos.

Salimos de mi pagoda y nos sentamos en el mismo banco que habíamos ocupado. Longyan recogió las tazas de té y nos las ofreció. Lo tomamos en silencio, mientras nuestros ojos admiraban la hermosura del jardín. Para mí era como recrearme aún más en mi propia melancolía. Jamás volvería a mirar con la misma familiaridad ese jardín, ni mi pagoda, ni el puente en zigzag que cruzaba de lado a lado el estanque. Dentro de muy poco, ya no serían mi paisaje diario. Sentía que ya no me pertenecían más que con los ojos de la memoria. Eso era lo único que nadie podría arrancarme jamás.

—Será mejor que regresemos con las mujeres —me advirtió la *meipo*—. Vuestra madre se pondrá hecha una furia si ve que os alejo demasiado tiempo del cuarto de coser. Lleváis muy adelantado el ajuar y no seré yo quien os interrumpa más de lo debido.

Antes de entrar en el pabellón de los aposentos interiores, indiqué a Longyan que llevara la receta a los laboratorios. Aquello no le llevó más que unos momentos. Cuando estuvo de regreso, entregué las prescripciones a la casamentera y ella, tras comprobar el precio de la nota, las guardó en su bolso. Me pagó las fórmulas y añadió una generosa cantidad de monedas de cobre por la consulta.

—No os neguéis a cogerlo, señorita —se adelantó a decir ella ante mi intención de rechazar el pago—. Nadie en su sano juicio regala su trabajo. Os vendrá bien tener un remanente de dinero cuando estéis casada. Los maridos suelen ser tacaños con las esposas y muy generosos con sus madres, sus amantes y sus concubinas. Aceptad de buen grado mis consejos: que vuestra mano derecha no sepa lo que hace vuestra izquierda y, siempre que podáis, guardad dinero en un lugar secreto. La sisa tendrá que ser vuestro arte más refinado y el silencio vuestro aliado.

Enarqué las cejas asombrada. ¿Amantes y concubinas? ¿Guardar dinero? Ni tan siquiera se me había ocurrido pensar en algo así.

—Ay, pequeña Akame... —dijo ella con un deje de condescendencia cariñosa—. Todavía os queda mucho por aprender, pero no sufráis. Me tendréis cerca para iros enseñando. Ahora que sois la sanadora de mi hermana, nos mantendremos en contacto.

Sonrió satisfecha y proseguimos camino hasta el cuarto de coser. Longyan nos seguía a poca distancia. Me fijé en que miraba a la *meipo* con cierta perplejidad. Tal vez estuviera tan asombrado como yo por la desenvoltura que mostraba al hablar de temas tan peliagudos. Sin

duda la señora Chen era una mujer de mundo. Muy distinta al resto de las damas que yo conocía. No en vano las casamenteras gozaban de una libertad que ellas no tenían.

Cuando llegamos a la sala de coser, se fue derecha hacia madre.

—Tenéis en vuestra casa una joya sin igual —le dijo mirándome al tiempo que me tomaba de las manos—. Este paseo con vuestra hija ha sido una delicia. Ahora ya puedo marcharme tranquila, sabiendo que cada cosa está en su sitio. Aún tengo que visitar a tres novias más. Cinco bendiciones —dijo a modo de despedida a toda la concurrencia.

Hizo una reverencia uniendo las palmas de las manos a la altura del pecho y salió del cuarto.

En cuanto ella se marchó, las mujeres comenzaron con los corrillos habituales. Cuando la novedad se esfumó, contaron historias y recitaron cancioncillas populares.

El mes del crisantemo lucía ya en todos los almanaques del Imperio. Vi pasar los días ante mis ojos como los pétalos de una flor que se marchita. Solo quedaba una semana para mi boda y, como en jornadas anteriores, cenamos bastante tarde, ocupadas en ultimar prendas para colocarlas en las cajas de sándalo. En cuanto terminé de dar el último bocado, me retiré a mis aposentos. Estaba cansada y tenía frío. Longyan me puso sobre los hombros uno de mis chales de lana y encendió el brasero, lo arrimó a los pies de la cama y se sentó junto a mí.

—He recapacitado mucho sobre la conversación que mantuvisteis con la señora Chen el día que vino a visitarnos. Creo que necesitáis algo que os aleccione sobre vuestra labor como esposa. Sonreí ante su observación.

—No es necesario, Longyan. Sé cuáles son mis deberes: obediencia a mi marido y dispensar cuidados a mi anciana suegra. Pierde cuidado, no tomaré en cuenta las picardías que me aconsejó ella. Seré prudente con el ahorro en beneficio de mi nueva familia y no haré sisas ni me quedaré con lo que no es mío.

—No me refería a eso, mi buena niña. La señora Chen sabe de lo que habla, aunque os haya parecido un tanto atrevida. Siempre he vivido rodeado de mujeres y os confesaré que no anda muy desencaminada en sus consejos. Es lista como una ardilla. Eso sí, es cierto que no tenéis que descuidar vuestros deberes. Sin embargo, tampoco vuestra suegra deberá descuidar los suyos para con vos. —Se puso en pie nervioso. Eso acrecentó mi curiosidad—. El mismo día de vuestra boda os regalará un espejo de mano para alejar los malos espíritus. También os hará entrega de un librito confidencial. Allí se explica la actitud que debe tener la novia en la noche de bodas. Os dará tiempo a leerlo mientras estáis en la habitación nupcial esperando a que llegue vuestro marido. Serán horas de soledad, puesto que no acudirá a vuestro lado hasta que no den fin todos los festejos. Ya sabéis que no se os permitirá estar presente en el banquete. Está prohibido que comáis durante dos días con sus noches. Es parte del rito de purificación.

«¡Por el gran Buda!», renegué para mis adentros. Dos días sin comer. Tal vez fuese lo mejor. Me desmayaría de debilidad y así no me enteraría de la noche de bodas. De todos los pasos y ritos a seguir, eso era lo que más ansiedad me provocaba.

—Amita —me dijo sin mirarme a los ojos—. Sé que, como a toda doncella a punto de casarse, os preocupa hacer nubes y lluvia.

Me ruboricé. Jamás había hablado con nadie sobre las relaciones carnales entre hombres y mujeres, mucho menos con Longyan.

Él me dirigió una mirada de piedad al tiempo que encendía el pequeño calentador de vino y colocaba sobre él un decantador. Preparó dos copas y luego se dirigió hasta su enorme baúl de madera de alcanforero que reposaba en un rincón. Lo abrió y rebuscó en el fondo. Sacó un paquete envuelto en seda roja, atado con un cordón negro. Lo puso encima de mi cama y lo abrió con delicadeza.

—Pertenecía a mi antiguo amo, el difunto general Wu Huan. Ya sabéis que tenía dieciocho concubinas.

Era un libro: el *Ufangmijue, Las fórmulas secretas del tálamo*.

No pude evitar lanzar una exclamación ante tal título.

—Antes de que comencéis su lectura —me previno—, he de advertiros que las prácticas que en este manual se muestran no son las habituales entre un hombre y una mujer sometidos a un matrimonio de conveniencia, pues me consta que los maridos honorables se guardan de practicarlas con sus esposas oficiales y buscan prostitutas o concubinas de bajo rango para ello. No obstante, me ha parecido acertado que las conozcáis para que nada os pille de susto.

Ante mi pasmo, me escanció una buena copa de vino caliente. Él se sirvió otra antes de proseguir con su particular preámbulo.

—Lo mejor será que cuando vuestro marido acuda al cuarto nupcial os mostréis sumisa. Cerrad los ojos y dejaos llevar. Imaginad que es el apuesto joven de carnes prietas y manos afectuosas con el que vos siempre soñasteis. —Hizo una pausa—. No os mentiré. La primera vez solo sentiréis dolor en vuestro valle. Pero si él es hábil y quiere absorber vuestra esencia yin, con el tiempo puede que os sorprendáis con sensaciones tan dulces que son imposibles de explicar con palabras.

Sentí un estremecimiento de aprensión. Él intentó calmar mi ansiedad.

—No es mi intención confundiros, ya que yo tampoco gozo del beneficio de la experiencia, por eso es mejor que leáis el libro. Eso sí, os pido que guardéis la mayor discreción. Si vuestra madre descubre que os he permitido leerlo, me azotará hasta arrancarme la piel a tiras, y tengo intención de llegar sano y salvo a vuestros esponsales.

Yo sonreí por toda respuesta. Imaginé que para él tampoco estaba resultando fácil hacerme partícipe de aquellos secretos tan íntimos.

En cuanto Longyan y Luna de Plata se acostaron, leí aquel libro ávidamente, sin apenas pestañear. Algunos pasajes me dejaron sin aliento. Las ilustraciones, además de hermosas, eran de lo más explicativas. Si tenía que ser sincera, no me veía a mí misma realizando aquellas cosas para satisfacer a mi marido, por muy obligada que me viera. Mi timidez jamás me lo permitiría, menos aún si él no resultaba de mi agrado.

Me costó conciliar el sueño. Me embarqué en un mar de pensamientos extraños a la par que exóticos.

Dos días antes de la ceremonia llegaron los últimos regalos. Cuatro pernils de cerdo braseado y dos costillares. También algunos dulces, un saquito de piezas de plata para repartir entre los criados de la casa y algunas joyas para mí. Estaban dentro de una preciosa caja en forma de flor de loto, repujada en plata con incrustaciones de marfil. Miré las alhajas y me quedé muda. Dos pulseras de oro, dos de plata, varios anillos, tres pares de pendientes y dos peinetas de jade con la forma de un martín pescador. Todos ellos de un gusto exquisito.

—Tendréis que elegir unos zarcillos, amita. Llevaréis puestas estas joyas el día de la boda, tal

y como las llevó vuestra suegra el día de la suya. Estas alhajas pasan de generación en generación, aunque siempre se le va añadiendo alguna pieza. Estas mismas joyas también las llevará vuestra futura nuera el día de mañana.

«Mi futura nuera», repetí como un eco lejano en mi cabeza. Apenas podía asimilar que yo misma iba a ser nuera en apenas pocos días.

La tarde antes de mi casamiento llegaron las peinadoras. Era toda una cohorte de mujeres cargadas con varias cajas llenas de utensilios. Lo peor sin discusión fue el alisado de mi cabello. Para ello se metía una peina en agua hirviendo, que luego se aplicaba a un mechón de pelo comenzando por la raíz hasta la punta. Los tirones eran insufribles.

Acabé con la cabeza dolorida. Me colocaron un pañuelo para cubrir el peinado e impedir que me despeinara mientras dormía.

Esa misma noche, un emisario de la familia de mi futuro esposo trajo de regreso mi traje nupcial, el cual se habían llevado para purificarlo. Antes de acostarme me lo probé por última vez. Me parecía increíble lo bonito que había quedado. Pasé la yema del dedo por el relieve del bordado que ribeteaba todos los orillos del *hanfu*, de la falda y de la sobrefalda. Eran fénix enlazados por las alas, en hilo de oro y plata.

Longyan me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Es un trabajo digno de alguien como vos, mi niña. Delicado a la par que laborioso. Os miro y no puedo creer que hayáis crecido tanto. Miraos... Sois la reencarnación de una diosa. Vuestro marido tendría que ser un gran patán para no quedar rendido a vuestros pies. Conjugáis a la perfección el talento y la hermosura. ¿Qué más puede desear un mortal?

Lo abracé como hubiese abrazado a mi propia madre. Pero Longyan era una madre ciega ante los defectos de su hija. Una mala madre, pues solo las que son buenas no dudan en enumerar los defectos de sus hijas y las humillan para que se hagan más fuertes, más duras. Ponen a prueba su dolor y su obediencia. Esconden sus verdaderos sentimientos para que no leamos en ellos el inmenso amor que las atará a nosotras de por vida.

—Soy un desastre de eunuco —dijo al separarnos, mirando las arrugas que se habían formado en mi vestido—. Ahora habrá que alisarlo de nuevo. Quitáoslo. Lo llevaré al cuarto de coser. —Se dirigió a Luna de Plata, que estaba acostada en su futón—: Coge la cazoleta y ve a calentarla en los carbones. Seguro que todavía queda alguna estufa encendida en la cocina.

—Déjalo, Longyan —convine ante el mohín de sueño que hizo la criada—. Ya se hará mañana. Es muy tarde y todos duermen.

—No. Será mejor dejarlo todo preparado si no quiero que la señora Zheng me despelleje vivo.

Insistí en acompañarlo. El sueño me rehuía. Necesitaba despedirme de mis libros. Mis adorados libros. Esas ventanas abiertas que me habían mostrado el mundo. ¿Qué iba a hacer yo sin ellos? ¿Cómo iba a proseguir con mi formación? Sentía que apenas había dado mis primeros pasos en la medicina tradicional y que un gran muro me cerraba el camino.

Tras dejar a Longyan en la cocina, me dirigí hasta la biblioteca. Subí los dos peldaños de la escalera para alcanzar algunos títulos. Un ruido a mi espalda me sobresaltó.

—Oh, joven Xiong, eres tú... Me has asustado.

—Mis disculpas, Alome. No esperaba que hubiese nadie en la biblioteca a estas horas. Estoy de guardia en la farmacia y necesitaba consultar un libro. Ha venido un paciente de urgencias y

me asaltan algunas dudas. No he querido preguntar a vuestro padre, a pesar de que aún no se ha acostado.

—¿Todavía está levantado?

—Así es. Creo que se trata de una reunión de amigos. He visto luz en el pabellón del té. Tal vez se trate de una pequeña celebración por vuestro casamiento.

Compuse una mueca de fastidio. Seguro que había vuelto a traer cortesanas y bebería en exceso. Su salud se resentiría de nuevo.

Kun me dirigió un gesto indulgente.

—No creo que la fiesta se alargue. Es ya muy tarde y mañana es un gran día.

—Sí. Es un gran día —repetí lacónica—. Pero no te preocupes, coge el libro que necesites y consúltalo. Yo ya me iba. Intentaré dormir.

Avancé hacia la salida.

—No te vayas —se apresuró a decir él, algo azorado—. Quédate si quieres. Creo que regresaré a la consulta. Ya he mirado varios libros y no he encontrado referencia alguna a los síntomas que describe mi paciente.

Me detuve y di media vuelta intrigada.

—¿Qué síntomas tiene?

—Mucha hambre y sed. Ha perdido bastante peso, a pesar de que come a todas horas. Orina mucho. También se queja de picores.

—¿Tiene algún sarpullido?

—No, solo enrojecimiento de tanto rascarse.

Recapacité unos instantes. Los síntomas que me había descrito no me eran ajenos.

—Pídele que orine en un recipiente y que él mismo pruebe su orina —le sugerí—. Cuando lo haya hecho, vienes y me cuentas qué te ha dicho.

Asintió con gesto reflexivo. Pensé que iba a decir algo, pero se limitó a hacer un pequeño *kautou* y se marchó.

Me tumbé en el diván para leer. No pasó mucho tiempo cuando el estudiante ya estaba de regreso. Traía entre las manos una pequeña bandeja con una tetera de barro negro y un cuenco. Me incorporé con recato y me senté. Él dejó el servicio de té en la mesita y se sentó junto a mí.

—Permíteme felicitarte, señorita —dijo con una sonrisa taimada—. Has dado justo en el clavo. El sabor de la orina era dulce. En cuanto me sugeriste que el paciente la probara, recordé la monografía escrita por el doctor Li Hsuan donde describía la enfermedad del dulzor en la sangre. No sé como no caí antes.

—Solo ha sido un golpe de suerte, Kun. Refresqué la lectura de esa misma monografía hace apenas unas semanas.

—No te quites mérito. Te aplicas mucho.

Di gracias a la escasa luz que otorgaba la única vela que había encendida, porque me ruboricé hasta la raíz del cabello. Xiong Kun escanció el contenido de la tetera sobre el colador del cuenco y me lo ofreció.

—Me he permitido prepararte una tisana para ayudarte a dormir. Creo que lo agradecerás mañana.

Disimulé un mohín de disgusto. Era un detalle por su parte, pero yo no quería dormir. Necesitaba estar despierta para despedirme de mi hogar natal. Era como si al quedarme dormida

me robaran esas últimas y preciosas horas.

—Tómatela, por favor —me rogó.

—No quiero irme a la cama.

—Pues quédate aquí, así velaré tu sueño. Estoy de guardia, ¿recuerdas? —Qué considerado por su parte—. No creas que soy ajeno a tu desasosiego, Alome. Mi hermana pequeña contrajo matrimonio no hace mucho. Todavía está intentando sobrellevar ese gran cambio. Por suerte, su marido es un buen hombre y ha conseguido que vuelva a sonreír. Creo que lograrán ser felices.

Suspiré hondo por toda respuesta. ¿Me ocurriría a mí lo mismo? ¿Sería mi futuro marido un buen hombre y me haría sonreír?

—Bueno, ahora será mejor que me marche y te deje dormir —dijo—. Además, el paciente espera su tratamiento.

—El *shigengteng* suele dar buenos resultados.

—Estupendo. Ajustaré la dosis y se la prescribiré un par de semanas. Cotejaré los resultados y te informaré.

Pensé que esa podría ser la última vez que compartiéramos puntos de vista sobre un diagnóstico. Se me humedecieron los ojos. Qué gran esposo hubiese sido para mí. Él me miró con tristeza. Pensé que había adivinado las emociones tan íntimas que me embargaban. A pesar de que nos conocíamos desde niños, no se atrevió a realizar ningún gesto que demostrara una excesiva familiaridad. Hubiese sido indecoroso. Me tendió de nuevo la tisana.

—Tómatela. La necesitas.

Se levantó y abandonó la sala.

Di un sorbo al tiempo que mis ojos se perdían en los ventanales que daban al jardín interior de mi padre. Abrí una de las ventanas y aprecié luz en el pabellón del té. Decidí acercarme. Me mordía la curiosidad. Me eché un chal de lana por los hombros y me dirigí con sigilo por el caminito de grava que llevaba al pabellón.

Todas las ventanas estaban cerradas, pero aun así las voces del interior me llegaban nítidas, aunque solo reconocí algunas.

—Dicen que los mongoles apilaron los cadáveres en grandes montoneras. Fueron especialmente crueles. Cercenaron cabezas, amputaron brazos y piernas y destriparon tanto a soldados como a civiles. Fue una masacre. Luego transportaron los cuerpos en grandes carretas hasta los portones de la ciudad amurallada de Xiangyang para escarnio de nuestras tropas. Querían amedrentarlos para forzar una rendición.

De repente sentí una mano en el hombro y pegué un respingo.

—Amita, ¿qué hacéis aquí tan tarde?

—Longyan... Me has dado un susto de muerte —susurré.

—¿Creéis que este es el lugar indicado para una mujercita que dentro de pocas horas va a casarse?

—Chis... Calla un poco. Estoy intentando escuchar.

Él torció el gesto, pero se mantuvo callado. Se quitó su bata guateada y me la puso sobre los hombros. Presté oído a la conversación.

—Muchos burócratas mandaron memoriales quejándose a la corte sobre la mala gestión de esta crisis y advirtiéndole de la situación de emergencia en nuestras fronteras. Pero el emperador Duzong y el primer ministro Jia Sidao consideran que, si se ordena una fortificación masiva de

las fronteras, la situación empeoraría y el pánico cundiría rápidamente.

—Pero si no hacemos frente a los mongoles, solo es cuestión de tiempo que lleguen a la capital.

—Nuestros ministros forzarán una tregua ofreciendo mejores prebendas.

—Me temo que los mongoles han rechazado todas las ofertas de paz. Han exigido la rendición incondicional de nuestro emperador. Creo que no tardaremos en recibir la notificación oficial de su declaración de guerra.

—¡Eso es una ofensa terrible! Todavía tenemos el control del río Yangtzé. Si quieren llegar hasta Lin'an, tendrían que conseguir más naves de guerra y más soldados. Eso les llevaría algún tiempo. Mientras tanto, nosotros podríamos contraatacar con nuestras fuerzas navales y reconquistar las ciudades gemelas.

—No te falta razón, Jintao Huo —admitió mi padre—. Tendremos que esperar para ver qué decisiones toman nuestros mandatarios. Pero dejemos el tema por hoy, amigos míos, y brindemos. Mañana se casa mi única hija y eso merece ser celebrado.

Ante las palabras de mi padre, las voces cambiaron de tono, tornándose alegres. Se oyó el entrecocar de los cuencos y el sonido melodioso de la *pipa*. También escuché hablar a varias mujeres, preguntando a los invitados si querían más vino. Bromeaban y reían, voceando *gan bie* con cada brindis.

—Será mejor que nos vayamos ya —susurró Longyan.

Asentí con la cabeza gacha. La situación de peligro era alarmante. Lejos de desvanecerse, el espectro de la guerra se cernía cada vez más sobre mi ciudad. Y no solo eso, me apenaba que mi padre celebrara con alborozo mi despedida de la casa natal.

—Amita, ya sé que no os complace ver la alegría de vuestro padre, pero él cree que este matrimonio será lo mejor para vos. Y aunque ahora no lo veáis, está haciendo lo correcto. Lo comprenderéis más adelante.

No le contesté. No entendí a qué se refería con aquello. Mis ojos se llenaron de lágrimas silenciosas que me apresuré a limpiar con el dorso de la mano.

A pesar de la infusión, apenas dormí. Los nervios y la almohada de madera que tuve que usar para no desmoronar mi peinado de novia me lo impidieron. Me dolía el cuero cabelludo a causa de los tirones de las peinadoras y sentía el cuello rígido y la cabeza abotargada. Había amanecido y me asomé al balcón de mis aposentos. Corría un aire frío que me traspasaba el alma. Me arrebujé en mi capa forrada de piel de conejo. Desde allí contemplé como los criados transportaban las cajas del ajuar hasta los dos carros que había estacionados en el patio, junto a los portones traseros de la propiedad. Algunas criadas estaban adornando los costados de las tartanas con guirnaldas de flores naturales y vistosos paños rojos estampados con los signos de la felicidad. No tardarían en salir hacia su destino.

Longyan me preparó el baño. La tina desprendía un intenso olor a pomelo. Toda la superficie del agua estaba llena de hojas que dejarían su perfume sobre mi piel. Era un baño ritual para alejar de mí los malos espíritus y las influencias negativas. Varias mujeres, entre ellas la dama Yan y algunas de las criadas casadas, me bañaron. Luego extendieron por todo mi cuerpo aceite de flor de naranjo amargo para suavizarme la piel.

Longyan me sirvió un cuenco de agua de jengibre dulce para que entrara en calor. El sonido de la música y el ruido ensordecedor de los petardos llegaban desde el patio. Volví a asomarme al balcón. Mi eunuco me cogió de la mano para infundirme ánimo.

—El novio ya ha llegado, amita. —El corazón me dio un vuelco—. Ha venido a por vos para raptaros, pero tendrá que irse con las manos vacías. Las mujeres de la casa lo distraerán con juegos y bromas. No tendrá más remedio que marcharse antes de que el sol se ponga. Luego, cuando él ya se haya ido, partiréis vos. Dentro de poco llegarán los emisarios del novio. Ellos os escoltarán hasta vuestro nuevo hogar.

Aquel rito del rapto era solo una antigua tradición. En ella, el novio era puesto a prueba por la familia de la novia con una serie de juegos, acertijos y chanzas de todo tipo, mientras él se sometía a ello con humor. Me constaba que algunas de esas bromas iban a ser realmente pesadas y él tendría que hacer gala de su paciencia.

El rito duró gran parte de la mañana. Yo escuchaba las risas y la algarabía desde mi cuarto. Y sí, tuve verdaderas tentaciones de escabullirme para verlo, pero Longyan me custodió como un perro guardián. Los juegos terminaron cuando se sirvió el banquete para agasajar al novio y a sus emisarios, los cuales llegaron puntuales al mediar la hora de la oveja. A mí no se me permitió probar bocado ni salir de mis aposentos. Tan solo pude tomar varias tazas de té.

—Ya se marcha el novio, amita —me avisó Longyan al terminar el banquete—. Debéis arreglarlos. Los emisarios esperan.

Tras ponerme el velo, el cual me impedía ver —y que no podría quitarme hasta que mi marido lo hiciera—, las mujeres me colocaron el tocado. Era una hermosa diadema de cuyos extremos colgaban cadenillas con abalorios que tintineaban a cada paso que daba. Me engalanaron con las joyas de mi suegra. Esas mismas mujeres fueron las que me guiaron al altar familiar. Allí me esperaban mis padres, sentados a ambos lados de la mesa donde se collocaban las tablillas espirituales de los antepasados. Les hice reverencias para agradecerles sus cuidados y la educación recibida y después quemé incienso en honor a mis ancestros como despedida de mi casa natal.

Antes de partir, cogí la bolsa de seda roja bordada con forma de flor de loto, que serviría de talismán contra las maldiciones de mi suegra. Por último, las mujeres me colgaron al cuello los amuletos. Todo el mundo me acompañó hasta el palanquín, forrado de tela roja y adornado con guirnalda de flores y vistosos lazos. Los portadores iban ataviados con ropajes encarnados. Parte de la comitiva llevaba farolillos de seda encendidos, puesto que el anochecer estaba próximo.

Si se hubiera tratado de la boda de cualquier otra mujer, me hubiese parecido un cortejo de una belleza extraordinaria.

Escuché las palabras de despedida de mis padres, de las concubinas y del servicio con una sensación de irrealidad. La mayoría de las criadas lloraban. Tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no hacerlo yo también. Recordaba lo que había dicho Longyan, aquello de que una novia no debía llorar porque atraería la mala suerte.

La banda de música que me acompañaría a lo largo de mi recorrido comenzó a tocar. Las notas se mezclaban con los ruidos de los petardos, las sonajas y los cánticos.

Tras una larga marcha, en la que me fue imposible asomarme por la ventana, dado que estaba flanqueada por los emisarios de mi esposo y el cortejo nupcial, la silla roja se detuvo. Alguien me indicó que ya podía salir. Colocaron un peldaño bajo la portezuela y me dieron la mano para ayudarme a bajar.

El ruido de los petardos cobró intensidad hasta hacerse ensordecedor.

Fui recibida por una mujer que se apoyaba en un bastón. La acompañaban tres damas, de las cuales solo pude ver sus diminutos zapatos y los bajos de sus elegantes vestiduras.

—Sé bienvenida a nuestro hogar —me dijo la que imaginé sería mi suegra, la mujer de más alto rango de la casa.

Me postré de rodillas y toqué tres veces el suelo con mi frente, como signo de respeto y obediencia.

—Os serviré y obedeceré —respondí con un hilo de voz.

Me puse en pie y me guiaron hasta el patio de entrada. Las fuertes puertas eran de ébano taraceado. Pude atisbar por debajo del velo un gran despliegue de mesas y sillas, ordenadas en varias filas para el banquete nupcial. A mi alrededor todo eran voces y alboroto. Había muchos invitados. Sus risas y bromas me aturdían.

Era costumbre que, nada más atravesar el umbral del futuro esposo, la novia ofreciera té a su nueva familia. Una de las mujeres me guio hasta una mesa que habían dispuesto en el centro del patio donde estaba todo lo necesario para la ceremonia. La pequeña estufa estaba ya encendida.

Preparé el té como pude, intentando que el temblor de las manos no se me notara al servir a los comensales. Había cinco tazas. Casi ni respiré al escanciarlo en elegantes tazas de porcelana de Ruzhou.

Cuando terminaron de beber, mi novio se colocó a mi lado. Reconocí el bajo de su pantalón y los zapatos que yo misma había bordado. Me ofreció el brazo para que me apoyara y me condujo hasta una de las mesas centrales donde habían colocado el altar familiar. Realizamos una postración ante la tabla del cielo y de la tierra, después ante las tablillas espirituales de los antepasados y, finalmente, ante el dios del hogar, Tsaokun. A continuación nos saludamos mutuamente con una reverencia de respeto.

Alguien trajo dos copas de vino mezclado con miel. El novio cogió una y me la puso en las manos. La otra era para él. También me ofreció un gallo de azúcar. Ambos comimos un trozo de gallo y dimos un sorbo al vino. «Comer de la alegría» y «beber de la felicidad».

Todo el mundo nos vitoreó y jaleó.

La primera fase de la ceremonia había concluido.

Los invitados quemaron papel moneda de sacrificio para desearnos mucha riqueza y volvieron a agasajarnos con frases de bienvenida y parabienes. La música de los címbalos y de los tambores prorrumpió en el patio. Una lluvia de papelillos dorados nos cubrió mientras un enjambre de criados iba y venía llevando bandejas y jarras de vino tibio. El delicioso aroma de la comida me mareaba. Llevaba dos días sin comer.

Una mano regordeta y llena de anillos me tiró de la manga para llamar mi atención. Miré por debajo del velo y pude ver unos pies diminutos asomando bajo un rico vestido color fucsia.

—Me llamo Lan. Soy una de las esposas de nuestro marido —dijo con voz cantarina—. Tengo que llevaros a la cámara nupcial. Nuestra suegra ha declinado en mí ese honor, puesto que ella es muy anciana y el esfuerzo la agotaría.

Apenas si tuve tiempo de asimilar lo que acababa de decirme. «¿Una concubina? ¡Que Buda Amitabha me proteja!», pensé, apretando fuertemente los amuletos contra mi pecho. Me tomó de la mano y me dirigió a través del patio hasta el interior de la casa. Tras cruzar varias estancias, salimos por una de las puertas correderas del salón.

El paso de aquella mujer era muy rápido. Se la veía ansiosa por volver al banquete. Atravesamos el pasadizo cubierto que conectaba la casa principal con otros pabellones. A medida que nos alejábamos, el sonido estridente de la música se fue diluyendo como el humo de una varilla de incienso. Me levanté un poco el velo. A ambos lados del interminable corredor pude admirar los parterres de crisantemos blancos. La tierra estaba recién removida y olía a humus y a madera. Más allá se extendían los jardines, con sus montículos artificiales de verde césped que sembraban montañas.

Casi llegando al pabellón, el silencio era absoluto.

—Este recinto se llama pabellón de las Libélulas Azules —dijo la concubina.

Una sensación de vacío se apoderó de mí. Aquel era otro mundo. Un mundo que se me antojaba oscuro, triste y sin vida.

Recorrimos el austero recibidor. Varios jarrones blancos, con dibujos de peonías grises, lucían en altos pedestales de madera de arce. Escoltaban un paisaje montañoso pintado en seda. Por unos instantes mis ojos se perdieron en las altas colinas rodeadas de bruma. Deseé perderme en ellas. Dormir. Dejar de existir. No ser nada.

Estaba agotada.

La dama Lan me guio a través de un pasillo estrecho y abrió una doble puerta corredera. Ante mí apareció un tálamo como jamás había visto. Disponía de antesala, con mesillas a ambos lados. Cuatro columnas cuadradas sustentaban un alto techo labrado de cuyos doseles colgaban cortinas de gasa roja, a juego con una de las colchas de raso que yo misma había ayudado a confeccionar. Había un pequeño escabel a un lado de la cama, a modo de peldaño, para subir al lecho. En las mesillas vi varias cestas con gran variedad de frutas y de los doseles colgaban saquitos de arroz hervido para llamar a la fecundidad.

La concubina rozó con la punta de sus dedos la colcha y dejó escapar un suspiro.

—Nuestro señor durmió aquí anoche, en completa soledad. Se ha mantenido puro para vos. Tenedlo en cuenta cuando venga a calmar su pasión.

Me dirigió hasta una silla de respaldo de medialuna y me indicó que me sentara.

—No encendáis ninguna luz hasta que él os lo pida —me advirtió al tiempo que prendía una varilla de madera con la lumbre de la lámpara y la aplicaba a un mechero que reposaba sobre la mesa de los ocho inmortales, que estaba pegada a la pared. Colocó encima de la tenue llama un decantador de vino lleno hasta los bordes.

Acto seguido me hizo una profunda reverencia, la que correspondía a una concubina ante la esposa oficial de su señor. Y salió de la habitación, cerrando tras de sí.

Nadie me regaló un espejo de mano para protegerme de los espíritus molestos. Tampoco me ofrecieron el libro confidencial sobre el matrimonio. Quise quitarme el velo y romperlo en mil pedazos, pero no lo hice. Continué sentada en la misma postura sobre la silla. Inerte como una mantis religiosa que espera a su amante para darle muerte después de aparearse con él.

Las sombras cubrieron por completo la estancia. Pasaron horas antes de que oyera música afuera. También se oían las voces escandalosas de los acompañantes varones y el estallido de los petardos. Era la señal de que mi marido podría aparecer en la cámara nupcial en cualquier momento. Me levanté el velo y me asomé a la ventana. Vi una procesión de antorchas acercándose al pabellón. Volví a cubrirme y me senté.

Cuando al fin oí el ruido de la puerta al abrirse, sentí tal vuelco en el corazón que creí morir.

Aquel hombre extraño trajo con él el frío de la noche. Sus ropajes desprendieron un intenso aroma a incienso, como si acabara de salir de un templo. Pensé que lo primero que haría sería encender una lámpara y retirarme el velo para contemplarme, pero se limitó a quitarse las túnicas de boda muy despacio y a dejarlas colocadas sobre el *yi-jia* para que no se arrugaran. Sus movimientos eran suaves y metódicos. Ni siquiera se escuchaba el sonido de su respiración. A mí el corazón me latía con tanta fuerza que me faltaba el aliento.

En mi cabeza solo escuchaba la voz de Longyan pidiéndome calma y serenidad: «Cerrad los ojos y dejaos llevar. Imaginad que es el apuesto joven de carnes prietas y manos afectuosas con el que vos siempre soñasteis».

Mi esposo se puso un *zhongyi* de seda negra que reposaba a los pies de la cama. No se lo ató. Dio unos pasos hasta el mechero donde se calentaba el vino y, con una varilla de madera, prendió un incienso de loto.

Se acercó muy despacio. Su figura se impuso a la escasa luz que entraba por la ventana. Era alto y corpulento. Yo volví a cerrar los ojos, atenazada por el pánico.

Sentí el contacto de sus manos.

Me desabrochó el cinturón y lo dejó sobre un banco de madera. Desanudó los lazos de mi *hanfu* y dejó que resbalara por mis hombros hasta el suelo. Quitó las cintas que sujetaban mi falda y las enaguas y las dejó caer. Luego me dio la mano para ayudarme a deshacerme de ellas. Por último desabrochó los alamares de mi *moxiong*, mientras yo, en un gesto instintivo, me tapaba los senos con las manos.

—No te cubras. Quiero ver tu hermosura a la luz de la luna.

Me ruboricé. Había algo en su voz que me era familiar. Sentí su mirada posada en mis senos, en mi vientre, en la redondez de mis caderas, en el vello que cubría mi pubis.

—No tienes nada que temer —dijo en un susurro—. Ya nos conocemos, Alome.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Él también debió de sentirlo a través de mi piel erizada. Noté el movimiento del velo. Liberada del cendal, la única barrera que me separaba de descubrir la identidad de mi marido cayó. Bajé la cabeza y cerré los párpados con fuerza.

—Abre los ojos, muchacha, no debes sentir vergüenza —me dijo con dulzura—. Ahora eres mi esposa ante los dioses y los hombres.

Me tomó por la barbilla y guio mi rostro para que lo mirara.

—Alome, háblame. Soy yo.

Abrí los ojos. Mi mirada se clavó en la suya, que estaba oscurecida por un halo de lujuria.

—Maestro Cao... —dejé escapar con un hilo de voz al reconocer en él al mejor amigo de mi padre, al cual consideraba mi segundo maestro—. No sabía...

Él puso su dedo índice sobre mis labios y los acarició con ternura.

Procedió a colocar sobre la cama varios paños blancos en forma de cruz. Lo hizo con tal destreza que temblé de nerviosismo. Sonrió con indulgencia al tiempo que me indicaba que me tendiera sobre ellos. Se arrodilló a un lado, tomó mis pies y me descalzó con delicadeza. Sostuvo mis lotos dorados entre sus manos largo tiempo, los acarició y los besó como si fueran un tesoro. Luego cogió los escarpines de dormir y me los puso con lentitud, demorándose en los bordados, en el tacto suave del satén y las formas de sus blandas suelas. Noté un cambio en su respiración, se tornó jadeante. Su garganta dejó escapar varios gemidos de placer.

No hubo preámbulos. Se echó sobre mí sin siquiera besarme en los labios.

Al sentir el peso de aquel anciano sobre mi cuerpo, las palabras de Longyan volvieron a mí como olas en una tempestad de sentimientos: «La primera vez solo sentiréis dolor en vuestro valle. Pero si él es hábil y quiere absorber vuestra esencia yin, con el tiempo puede que os sorprendáis con sensaciones tan dulces que son imposibles de explicar con palabras».

El maestro Cao era ahora mi marido, pero yo lo sentía como un verdadero extraño. Su aliento olía a vino amargo. Sus palabras se enredaban en el humo turbio del incienso de loto.

—Tu cuerpo es un santuario, amada mía. Deja que atraviese sus puertas y te muestre el camino gozoso del amor.

Sentí su necesidad de afecto. Sus ansias de poseerme. Cierta suavidad agreste en sus caricias, que solo lograron robarme gemidos de dolor cuando me penetró; una rasgadura que me partía el alma a cada embestida.

Cuando terminó, estaba tan agotado que me besó los párpados y se recostó de espaldas a mí.

No tardé en oír su respiración acompasada y di rienda suelta a mi sufrimiento. Las lágrimas corrían silenciosas por mis mejillas.

Supe, en ese mismo instante, que jamás podría corresponder con amor al maestro Cao.

Jamás. Mi corazón no podía sentir otra cosa que respeto hacia él como maestro. Era el mejor amigo de mi padre y tenía setenta años. Ese mismo respeto era el que mitigaba mis náuseas al evocar el tacto de sus labios marchitos sobre mi cuerpo y la sensación húmeda y caliente de su simiente mezclada con mi sangre al resbalarme por los muslos.

Abrí los ojos. El amanecer llegaba a través de la ventana. Me incorporé sobresaltada. Tardé un buen rato en reconocer mi entorno. Las molestias que sentía en las entrañas me devolvieron de golpe a mi nueva realidad: el matrimonio se había consumado y yo era ahora una mujer casada. Miré al lado izquierdo del lecho. El hueco estaba frío. Presté oído para descubrir si aún se encontraba en el cuarto. No percibí presencia alguna.

Llamaron a la puerta. Tras unos instantes de cortesía, la abrieron.

La figura de Longyan se recortó en el vano. Hizo una reverencia y yo sonreí.

—Amita, he venido a atenderos. El maestro Cao ya se ha marchado a la consulta. —Dejó sobre la mesa una tetera y varias toallas.

—¡Longyan! —exclamé saltando de la cama y echándole los brazos—. No sabía si te dejarían venir al cuarto nupcial.

Él me abrazó, pero se separó de mí enseguida.

—Será mejor que no me abracéis, mi señora. Las paredes tienen ojos y los fogones lenguas muy largas. Las mujeres podrían vernos y malinterpretar estas muestras de cariño. Están muy ociosas y se aburren como monas.

Me hizo reír. Cogió la tetera y escanció un buen chorro en una palangana. Apenas había estado unas horas separada de él y me parecieron siglos. Lo había echado mucho de menos, pero no pude evitar recriminarle que me hubiese ocultado la identidad de mi esposo.

—Me cuesta creer que no estuvieras al tanto, Longyan.

—No me vi con fuerzas, amita... Pensé que empeoraría las cosas. —Bajó la mirada avergonzado—. Os pido humildemente perdón, mi señora. Sin embargo, debéis admitir que unir la casa del maestro Zheng con la del maestro Cao es un acierto. Vuestro padre actuó plenamente consciente de lo que esto significaría en un futuro.

—¡Déjate de alianzas, Longyan! ¿Sabías que él tenía más esposas?

—Sí. Estaba al tanto. Tiene tres concubinas. Y también sé que el maestro es ya muy anciano. Más que vuestro padre. Y eso es decir mucho, lo sé.

—¿Tres concubinas? —cuestioné asombrada.

—Así es. La primera fue quien os acompañó a la cámara nupcial. Todavía no conocéis a las otras dos. No pudisteis verlas cuando le servisteis el té en la ceremonia del casamiento. Además... —Hizo una pausa—. Es viudo. La esposa oficial murió hace apenas un año. Era mayor que el maestro Cao. Una venerable anciana. Lo casaron con ella cuando apenas era un

jovencito, por cuestiones de conveniencia.

No salía de mi asombro.

—¿Y por qué no ha tomado a alguna de sus tres concubinas como primera esposa?

Él negó con la cabeza.

—No lo sé, pero imagino que habrá sido por cuestiones de descendencia. Ninguna ha tenido hijos y ya son maduritas. Vos sois joven, sana y hermosa.

«Joven, sana y hermosa, igual que una yegua de cría», añadí para mis adentros.

—¿Y qué será de mí cuando él muera? —cuestioné, todavía asombrada.

Tardó en contestar. Me instó a que me lavara. Se dio la vuelta y yo me agaché sobre la palangana.

—No queráis matarlo tan pronto —respondió al fin—. Aún puede vivir muchos años si su salud es parecida a la de su madre. No obstante, vuestra única oportunidad será que engendréis un hijo varón. Eso os dará «derechos». Podréis vivir en esta casa sin que nadie os eche nada en cara.

—Oh, Longyan... —me lamenté al tiempo que terminaba mis abluciones—. Si el maestro no ha logrado tener hijos con sus esposas, ¿qué te hace pensar que lo conseguirá conmigo? Además, si él muere, yo seré una viuda muy joven.

—Y como viuda os respetarán, siempre y cuando observéis las tradiciones y seáis casta. Incluso no estaría mal visto que os hicierais cargo del negocio familiar. La consulta del maestro Cao es muy respetable y sus empleados llevan muchos años administrando la farmacia. Son bastante competentes.

Hice una mueca de fastidio. Nada de lo que me dijera calmaría mi enfado.

—Amita, reconoced que vuestra suerte no es tan mala. Hay mujeres que se ven obligadas a casarse con niños de tres o cuatro años, siendo unas jóvenes de quince. Para ellas son como hijos o hermanos pequeños. Imaginaos sus terribles circunstancias.

—No me hables de sus terribles circunstancias. Las mías no lo son menos.

—Lo que intento que comprendáis es que a veces una mujer llega a su realización personal a través de un hombre. Un marido poderoso puede hacer que su esposa alcance una posición realmente aceptable en otras facetas que no son solo las de consorte y madre. Tenéis que aprender a sacar provecho de vuestras «circunstancias». Creo que no me equivoco al pensar que si pedís al maestro Cao acompañarlo a su consultorio, no se negará. Gozáis de cierta influencia sobre él en estos momentos. Sois una esposa muy hermosa y él no es ciego.

Lo miré anonadada. Parecía una vieja alcahueta.

—Ya hablaremos con más calma de todo esto cuando vuestro espíritu se haya sosegado y miréis las cosas de otro modo —prosiguió—. Ahora tenéis trabajo. Id a ver a vuestra suegra. Ya está despierta. La he oído chillar pidiendo su orinal.

Tragué saliva. Él sonrió con dulzura mientras me señalaba el tocador. Me senté frente al espejo de bronce pulido y procedió a peinarme.

—Ofrecedle un cuenco de agua caliente con hojas de té —me aconsejó con una sonrisilla picara—. Seguro que le gustará ese detalle. Debéis llegarle al corazón a base de palabras amables y honrosos gestos. He calentado una tetera. Cuando me han visto la cocinera y las criadas, creí que les daba un pasmo. Parece que jamás hayan visto a un eunuco. Tenían la boca tan abierta que temí que les entrara un moscardón.

—¡Por Buda Amitabha! —rezongué sin reírle la gracia—. Apenas he dormido y estoy que no me tengo en pie. —Obvié darle detalles de las molestias que sentía en mis partes íntimas.

—Pues tendréis que acostumbraros al trajín. El maestro Cao os buscará cada noche durante los próximos meses. Es habitual en los recién casados. Ahora vestíos deprisa, daos un poco de color en los pómulos y un ligero toque de bálsamo en los labios. El tiempo apremia.

Elegí un sencillo *hanfu* de seda color lila, a juego con las horquillas de flores que Longyan me había colocado en el cabello.

Él me apremió con un gesto, mientras cogía la bandeja con la tetera y el cuenco.

Atravesamos a toda prisa el pasadizo cubierto que conectaba el pabellón de las Libélulas Azules con la casa. Mis ojos se perdieron en la inmensidad del jardín que apenas atisbé la noche anterior. Tenía una gran extensión.

—El jardín es grandioso —dijo él sin detenerse—. Jamás imaginaríais las maravillas que oculta. Lo veréis más tarde. Ahora apretad el paso si no queréis que os tilden de holgazana todas las mujeres de esta casa.

Al llegar al edificio principal tomamos una de las salidas que daban a varios patios interiores. En uno de ellos se alzaba un grupo de casas pequeñas alrededor de una amplia plazoleta cuadrada. Nos dirigimos a la más grande, que estaba al fondo y ocupaba un lugar preeminente. Me maravillé de lo rápido que mi eunuco se había familiarizado con las distintas dependencias de la mansión.

Ya frente a la puerta de la casita principal, Longyan escanció un chorro de agua caliente en el cuenco con hojas de té, le puso la tapadera y me lo entregó. Repiqueteó la puerta y luego se escabulló a toda prisa, dejándome sola.

Desde el interior del cuarto escuché la voz aguda de la señora Cao ordenándome que entrara. Empujé la puerta con la rodilla y me acerqué al lecho donde estaba acostada. El aposento era tan grande como la cámara nupcial. Estaba atestado de muebles, biombos y adornos. El ambiente estaba cargado de un olor medicinal bastante fuerte, mezclado con el penetrante olor del alcanfor. Saludé antes de dejar el cuenco en una mesilla. Acto seguido hice un *kautou*, al que mi suegra respondió con un ligero movimiento de cabeza. Las tres mujeres que había junto a su cama también me saludaron. Varias criadas dejaron sus quehaceres para clavar su mirada sobre mí.

—Estas son las concubinas de tu señor —dijo la venerable anciana señalándolas con su larga uña de oro—. Se llaman Hui, Lan y Qiu. Puedes llamarlas «tías» o «hermanas» a partir de ahora.

Asentí mientras las miraba de soslayo. Calculé que dos de ellas debían de tener unos sesenta otoños. La otra, de nombre Qiu, era más joven, tal vez ya hubiese alcanzado la treintena. Me asombró el esmerado aspecto de las tres. Estaban muy maquilladas y llevaban ropajes elegantes. Por unos instantes me dejé llevar por el pánico. Yo vestía con sencillez. Tal vez demasiada. Le ofrecí el cuenco a mi suegra. Se enjuagó varias veces y escupió en el orinal. Luego se limpió la boca y me observó con sus ojillos oscuros entornados.

—Veo que has congeniado con mi hijo. Debes de gustarle mucho cuando ha llegado tarde a su consulta. En cincuenta años jamás se ha retrasado.

Noté que el rubor se extendía por mis mejillas.

Ella rompió a reír. Sus carcajadas me pillaron desprevenida. Las tres mujeres le hicieron eco.

—No es un reproche, querida. Al contrario, me alegro por ello. Estas gallinas —señaló a las

tres damas con gesto de desprecio— son más yermas que una mula y no encenderían el ánimo ni a un soldado recién llegado de la guerra. Con un poco de suerte, dentro de poco tendré un nieto varón correteando por esta casa. Es mi mayor deseo. Yo tuve al primero de mis diez hijos varones con trece años; mi querido Dishì, tu señor. Ascendí de octava concubina a segunda esposa de un plumazo. Y mi marido, que era el pequeño de cinco, se convirtió en el heredero de la casa Cao. Tuve la suerte de que su esposa oficial muriera joven. Con quince años tomé su puesto. Y aquí estoy: viuda desde las treinta primaveras. Eso sí, he tenido que ver morir a nueve de mis hijos. Ahora te toca a ti dar continuidad al linaje de los Cao.

Yo sonreí por toda respuesta. Ella siguió hablando.

—Estoy contenta, sí, y así te lo hago saber, muchacha, pero también debo advertirte que espero resultados de este casamiento. Hemos gastado mucha plata. Todavía está por ver si más de la que tú misma vales. —Me clavó una mirada inquisitiva—. Y no creas que seré comprensiva contigo. No deberás complacer solo a mi hijo aprendiendo sus gustos y sus costumbres; deberás complacerme también a mí. Imagino que en tu casa natal ya te habrán hablado sobre mí. Y no bien, precisamente. Tu bienestar aquí dependerá directamente del trato que me dispenses. He pagado una fuerte suma por ti y espero que me compenses. Ya ves que soy tan clara como el agua. No tengo dobleces.

La anciana chasqueó los dedos para ordenar a las concubinas que retiraran las mantas y la ayudaran a incorporarse. Le quitaron los escaupines de dormir y le pusieron las zapatillas. Una de las criadas la despojó del camisón y la lavó. Llevaba el pecho vendado. Una costumbre coreana.

—Quiero que me peines, querida —me dijo muy resuelta—. Estas holgazanas no saben hacerlo. Me dejan el pelo tan desgreñado que parezco una grulla asustada.

Miré su escaso cabello plateado. Se le transparentaba el cráneo. Mi suegra estaba casi calva, pero, al parecer, se empeñaba en ponerse unas peinetas de jade con adornos de flores. Pesaban tanto que dudé que pudiera sujetarlas con sus ralos mechones.

—Si me lo permitís —le sugerí con la mejor de mis intenciones—, llamaré a mi eunuco para que nos ayude. Él tiene más habilidad que yo. Me peina todos los días.

—¿Que él te peina? —arguyó escandalizada, llevándose una mano al pecho. Las dos concubinas mayores compusieron una mueca de desaprobación.

—Así es, honorable madre. También me prepara el baño y me viste. Se ha ocupado de mí desde que nací.

—¡Jamás vi tal cosa! —exclamó asombrada—. ¿Y no te da repelús que te toque? Dicen que los eunucos son demoniacos y poco de fiar. Que son serpientes viperinas y que no dudan en traicionar a sus amos si con ello ven colmados sus deseos de poder y riquezas.

Me apresuré a desmentir aquello.

—Longyan es muy bueno y obediente. Y confío plenamente en él. Dejad que os peine, buena madre, veréis como os complace el peinado.

—¡Ni hablar! —gritó tajante—. Antes dejaría que lo hiciera un mono. No quiero que me toque. Mantenlo alejado de mí. No he roto tres mortajas para que ahora llegue un «castrado» a llenarme de impureza. Bien sabido es que los eunucos frecuentan las casas de placer de muchachos para hacer uso de sus diabólicos vicios.

¿De qué «diabólicos vicios» hablaba?

—Intentaré peinaros —le dije con una reverencia deseando zanjar el tema—. Sentaos frente

al tocador, veré qué puedo hacer.

Aquello me llevó más de lo esperado. Tomé su largo y escaso cabello en una madeja y se lo peiné con delicadeza. Hice un rodete apretado alrededor de la nuca y se lo sujeté con toda suerte de horquillas y pasadores. Intenté que quedara lo más ahuecado posible para que diera la sensación de espesura. Luego le ajusté las aparatosas peinetas a ambos lados, de manera que los adornos se vieran cuando alguien la mirara de frente. Atusé su pelo con un poco de aceite de almendras para que no se le encrespara y le otorgara brillo.

Se miró y remiró frente a la hoja pulida de bronce. Ordenó a las concubinas que trajeran varios espejos de mano y los colocaran para verse la parte de atrás.

—Espero que mejores con la práctica, hija mía —me dijo con gesto agrio—. Aunque para que veas que no soy una desagradecida, te diré que me agrada cómo has colocado las peinetas. Lucen bien. La que me peinaba con mucho arte era la difunta esposa de mi hijo, la dama Saiming. La pobrecita murió no hace mucho. Tampoco nos dio descendencia. Pero ya ves lo poco que le ha durado el luto a tu señor. Una mujer sin hijos es como un ciruelo retorcido, que solo sirve para adornar un rincón olvidado del jardín.

Hice un gesto de cortesía y me eché a un lado para dar paso a las concubinas, a las que había ordenado que la maquillaran. Las tres se esmeraron en extenderle la espesa crema facial y los polvos de semillas de *daji* machacadas para blanquearle la piel, salpicada de manchas oscuras debido a su avanzada edad. No tenía cejas. La dama Qiu se las pintó con una maestría que me dejó pasmada. Sin duda la práctica le había otorgado un pulso de calígrafo.

—Más largas, tía Qiu —refunfuñó—. Ya sabes que me gustan más largas. No hagas que te repita lo mismo todos los días. A veces pienso que te encanta hacerme rabiar.

A pesar de gruñir a cada una de las concubinas, algo debieron de hacer bien, porque al terminar se miró con aprobación en el espejo y ordenó que las criadas trajeran el desayuno para todas.

—Acércame ese joyero, hija mía —me dijo.

Yo obedecí. Lo abrió y tentó con sus huesudos dedos todas las alhajas que había en él. Eligió un anillo para cada dedo, tres collares, seis pulseras y unos pendientes. Estos últimos pesaban tanto que el lóbulo de las orejas dobló su tamaño.

Las concubinas la ayudaron a llegar hasta la mesa que había en uno de los rincones de la sala, separada por unos biombos. Daba a una de las ventanas desde donde se podían admirar el jardín del patio interior y el estanque rectangular con una pequeña cascada cuya música llenaba de sosiego la estancia. Se acomodó con dificultad en una butaca y la dama Qiu le colocó los pies sobre un escabel diminuto, mientras la anciana rezongaba lo incómoda que estaba.

—Y luego —volvió a decir—, antes de que prepares el banquete con el que nos agasajarás, sé una buena nuera y limpia los altares de los antepasados. Es una labor que tendrás que realizar a diario. No es tarea para los criados. Lo limpiarás y llevarás las ofrendas para que mi hijo pueda honrar a sus ancestros. Así podrás presentarte ante ellos como la nueva primera esposa de mi hijo. Espero que cuando yo muera también te acuerdes de ponerme un cuenco de arroz, de lo contrario ten por seguro que mi fantasma te atormentará hasta el fin de tus días. Y pobre de ti si se te olvida el *Qingming*.

El *Qingming* era el Día de Barrer las Tumbas, en el que las familias visitaban los sepulcros de sus antepasados y hacían ofrendas.

Dio cuatro palmadas y al instante aparecieron varias criadas portando bandejas con el desayuno. Inspeccionó los platos que se habían servido: *congee* con cebolletas, una fuente de nabos hervidos y otra de frutas frescas. Un desayuno, a todas luces, muy frugal. Yo no había comido nada en dos días y estaba desfallecida.

Esperé pacientemente a que mi suegra se sirviera. Y una vez lo hice yo, tía Hui y tía Lan se lanzaron sobre los platos. La dama Qiu apenas comió. Los platos duraron menos que una varilla de incienso.

Cuando terminamos de desayunar, mi suegra echó mano al manojito de llaves que llevaba colgado de su fajín, separó una de la arandela y me la tendió.

—Esta es la llave de la despensa. Coge lo que necesites para preparar la comida. Manda a una de las criadas que mate un pollo y ordena a la cocinera que compre unas carpas negras. — Sacó del bolsillo de su cinturón unas monedas y me las tendió—. Con esto será suficiente. Y no olvides apuntar en el libro de cuentas todo lo que hayas cogido de la despensa, si no, luego no cuadrarán los cálculos. Y acuérdate también de devolverme la llave en cuanto termines. Asentí con un gesto de cortesía y me despedí de las concubinas y de ella. Antes de salir me llamó.

—Y una última cosa, querida Akame, arréglate como es debido para la comida. Ya no estás en una farmacia. Este es el palacio del Pozo de las Luciérnagas, el hogar de la familia Cao.

«Vaya», pensé, no llevaba ni un día viviendo bajo su techo y mi suegra ya me había echado su primera maldición y me había tachado de harapienta.

Al salir, busqué con la mirada a Longyan. Estaba entretenido admirando las jaulas de pájaros que colgaban de algunos árboles. Trinaban alegremente. En cuanto me vio vino a mi encuentro.

—Habéis tardado mucho, mi señora. ¿Qué tal os ha ido con vuestra suegra?

Arrugué la nariz.

—Podría haber ido peor.

Él hizo un mohín, escamado.

Le relaté el encuentro al detalle, mientras caminábamos hasta la casa principal, pero preferí no incluir las nefastas opiniones que había arrojado la anciana dama sobre él. No deseaba que se sintiera mal. No obviaba que ambos acusábamos el cambio de vida, imaginé que él echaría tanto de menos nuestra casa como yo, y saber que no era aceptado por la mujer de más alto rango no lo ayudaría a adaptarse.

—Creo que me ha impuesto una obligación innecesaria al pedirme que la peine a diario —me quejé—. Bien podría llamar a una peinadora. Puede permitírselo. Además, dispone de muchas criadas.

—Bueno, yo diría que esto forma parte de su juego de poder. Os está poniendo a prueba.

Puse los ojos en blanco, cargada de paciencia.

—Pues no sé cómo voy a apañármelas para complacerla si al final mi marido accede a que lo acompañe a su consulta. No podré. El maestro Cao sale muy temprano de casa.

—Si él intercede por vos, ella tendrá que avenirse a razones. Convenciendo al maestro, obtendréis el beneplácito de la anciana dama. Tendréis que ser lista para ello. Buscar el momento adecuado. Se saca más de un hombre contento que de uno enojado, amita.

Me guiñó un ojo con complicidad. Yo suspiré con hartazgo.

—Será mejor que no nos demoremos, Longyan. Tengo que arreglar el altar familiar y luego cocinar para las mujeres.

—No solo para ellas —me corrigió—. Vuestro marido también estará presente. Es la tradición, puesto que es la primera comida que serviréis en vuestro nuevo hogar. Y habrá que esmerarse si no queremos que seáis el blanco de las burlas de las mujeres.

Resoplé angustiada. Yo sabía preparar algunos platos. De hecho, me gustaba andar entre fogones, pero no podía decirse que fuera una experta. En mi casa natal disponíamos de cocineras y mi experiencia se limitaba a guisar *congee* y alguna que otra receta para días festivos. Aun así, estaba dispuesta a darlo todo para complacer a mi nueva familia.

—No os preocupéis, amita. Yo os ayudaré. Prepararemos el menú que se sirvió en la Fiesta del Medio Otoño en casa de vuestro padre. ¿Quién es la encargada de la llave de la despensa?

Saqué del bolsillo de mi faja la llave y las monedas que me había dado la anciana dama.

—Me ha ordenado que maten un pollo y que mande a alguien a comprar carpas negras.

Enarcó una ceja.

—Bueno, la carpa no es el mejor de los pescados para lucirse; los peces de agua dulce raramente lo son, pero habrá que apañarse. Tal vez nos convenga arreglar un menú ligero, puesto que el banquete nupcial fue muy copioso y me consta que todo el mundo comió hasta hartarse. Se sirvieron veinticuatro platos, como en las bodas más lujosas, y no escatimaron en gastos.

—Sí, ya veo. Pues yo hoy me conformaría con las sobras. El desayuno ha sido más bien parco.

Nos alejamos del recinto y entramos en la casa principal. El pasillo que llevaba a la cocina olía a harina recién molida y a la combustión de la leña. Me agradó que fuera amplia y acogedora. Disponía de un horno central y tres estufas de hierro fundido sobre una piedra cuadrada, frente a una ventana que daba al patio. Había una larga mesa y dos bancos junto a varias tablas de trabajo que estaban a rebosar de cestillos de mimbre y útiles de cocina. Al llegar, varias criadas dejaron sus quehaceres y se alinearon como los soldados.

—Buenos días, primera esposa —me saludó una de ellas. Calculé que tendría unos treinta otoños. Era alta y esbelta, de marcados pómulos y frente ancha. Llevaba un pañuelo anudado a la cabeza y se sujetaba las amplias mangas de su kimono gris con una tira de tela cruzada por los hombros. Era japonesa—. ¿Habéis comido ya?

—Sí. Muchas gracias.

—Soy Yamiko, la cocinera. Y esta es Lichi, la fregona. —Señaló a una muchacha delgada y bajita. Tenía unos ojos vivarachos. Me sonrió con una reverencia—. Esta otra es Mandarina, mi ayudante. —Era más o menos de la misma edad, alta y algo más robusta que Lichi. Tenía la tez muy clara y unos ojos expresivos. Me saludó con un *kautou* muy formal. Por último, me presentó a dos niñas idénticas—. Y estas son Lluvia y Cascabel, vuestras doncellas personales. Estarán a vuestra entera disposición. Son aseadas y no tienen piojos. Dormirán a los pies de la cama, primera esposa. Así lo ha ordenado la anciana dama.

Miré algo aturdida a las dos niñas. Eran como gotas de agua. Calculé que apenas habrían cumplido las diez primaveras. Iban limpias, vestidas con un sencillo *hanfu* de sarga gris, y peinadas con un par de moñetes altos enroscados a cada lado de la cabeza con tiras de tela oscura. ¿Quién sería Lluvia y quién Cascabel?

Una de ellas, como si hubiese leído mis pensamientos, se adelantó un paso en la fila e hizo una reverencia.

—Yo soy Lluvia, primera esposa. Y ella es Cascabel. Yo soy la mayor.

—Pero solo por cinco *fen* —se apresuró a añadir su hermana con un mohín de reproche.

Sonreí con agrado. Ambas me parecieron guapas, espabiladas y graciosas.

Longyan las saludó con una sonrisa. Cascabel lo miró con curiosidad.

—¿Tendremos que obedecer también a este «castrado»? —cuestionó señalándolo con el dedo.

—¡Cascabel! —reprendió Yamiko—. ¡No seas descarada si no quieres que te azote!

Me quedé pasmada por el desparpajo de la chiquilla, pero Longyan hizo un gesto a la

cocinera restándole importancia. Luego se agachó para ponerse a la altura de las dos criaditas.

—Soy Longyan y es así como me gusta que me llamen. Y sí, tenéis que obedecerme. Las dos haréis lo que yo os mande. Aprenderéis mucho si sois tan listas como parecéis. Trabajé en casa de un gran general, ¿sabéis? Y tenía a mi cargo más de cuarenta criados, y eso solo en las dependencias de las mujeres.

Las dos abrieron los ojos sorprendidas. Cascabel hizo intención de preguntar algo más, pero Yamiko la amenazó con la pequeña vara de cerezo que llevaba colgada del cinturón y ella apretó los labios con una mueca exagerada de temor.

Longyan no pudo evitar reírse del mohín tan cómico de la chiquilla.

—Ya tendremos tiempo de hablar largo y tendido, niñas. Ahora lo mejor será que ayudéis a vuestra amita a llevar las ofrendas al altar familiar.

Yamiko, al escucharlo, se apresuró a dar órdenes a Mandarina para que dispusiera todos los enseres necesarios en una bandeja. Sirvió arroz hervido en dos tazones y me mostró varias cestas con fruta fresca para que yo eligiera algunas piezas. Luego llenó una jarra con agua y preparó siete cuencos. Lichi, por su parte, metió en una caja de madera dos paños, un cepillo de mano y un recogedor. Las gemelas cargaron todo y esperaron junto a la puerta.

Antes de abandonar la cocina, mi eunuco se dirigió a la cocinera.

—La anciana dama ha ordenado que maten un pollo y que compres unas carpas negras. —Le entregó las monedas—. Y date prisa. La primera esposa se pondrá a cocinar en cuanto regrese del templo ancestral.

Ella hizo un gesto de duda ante la vista de las exiguas monedas.

—Ya sé que no es mucho —dijo Longyan—, pero haz lo que puedas.

Las gemelas nos guiaron a través de varios pasillos hasta una de las salidas al jardín. El frío de la mañana me sacudió el rostro con el aroma de las gardenias y el frescor del pino. Tras atravesar una estrecha pasarela, que unía la orilla del estanque con una pequeña isleta, llegamos a la pagoda donde estaba ubicado el altar de los ancestros. Las puertas de acceso eran correderas. Estaban labradas en madera de pluma de gallo de un ligero tono púrpura. Longyan las abrió para que yo pasara y se hizo a un lado. Las gemelas dejaron en el suelo la bandeja y la caja de limpieza y se retiraron con una reverencia.

Era una sala amplia y austera. Recorrí la alfombra alargada que llevaba hasta la mesa de las ofrendas. A los pies de esta había un cojín rectangular para arrodillarse. La estatuilla de Buda Shakyamuni presidía el altar, tras el cual había cuatro estantes de madera de alcanforero a varias alturas donde reposaban las tablillas espirituales de los antepasados Cao. Sus nombres estaban impresos en caracteres dorados. Me fijé en varios retratos. Calculé que al menos estaban representadas nueve generaciones. Me llamó la atención una pintura que colgaba en una de las esquinas. Al pie había un cuenco de agua donde flotaba una peonía fresca. La mujer de aquel retrato era bellísima. Estaba realizado con pigmentos de colores y se apreciaba el azul turquesa de los ojos de la dama. Por sus rasgos exóticos pensé que pertenecería a alguna de las etnias nómadas del norte. Puede que fuera mongol. La pose exhalaba cierto aire de reposada distinción. Leí los caracteres de su tablilla. Cao Yimei. ¿Quién sería? ¿Qué honorables obras habría hecho en vida para merecer un lugar en el altar familiar de los Cao? Por el nombre descarté que se tratara de la difunta primera esposa de mi marido, ya que ella se llamaba Saiming.

Tras terminar una ardua limpieza, procedí a escanciar agua en los siete cuencos y coloqué las

ofrendas de alimentos, poniendo los palillos en los cuencos de arroz al tiempo que pronunciaba sutras. Después encendí una varilla de incienso, hice tres postraciones y me presenté como la nueva primera esposa del maestro Cao.

—Es un honor servirlos —dije en voz baja, con el rostro humillado.

Tras unos instantes de meditación, recogí todos los enseres y abandoné el templo. Longyan me esperaba bajo una frondosa higuera. Las gemelas jugaban cerca. En cuanto se percataron de mi llegada, vinieron corriendo para cargar con la bandeja y la caja de limpieza. Emprendimos el camino de vuelta hasta la casa principal.

—Será mejor que nos demos prisa, amita. Ya vamos con retraso y todavía nos queda supervisar los alimentos de la despensa.

Yamiko nos esperaba en la cocina con el pollo desplumado y dos peces frescos. También había traído algunas setas, un poco de tofu y una buena tajada de cerdo.

Longyan la felicitó sorprendido.

—Veo que te las has apañado muy bien con la compra, muchacha.

Ella sonrió orgullosa, con una inclinación de cortesía.

—No tiene importancia —dijo sonrojándose.

Nos explicó que varias de las cocineras de los palacetes vecinos solían hacer intercambios de víveres entre ellas, dependiendo de los excedentes que hubiese en las despensas. «Nuestros apaños», lo llamó Yamiko.

—Disponemos de un huerto —añadió—. Es pequeño, pero el jardinero lo tiene bien surtido. También tenemos buenos árboles frutales, y dos docenas de gallinas ponedoras, y muchos patos. Si necesitáis algo, pedídmelo y mandaré a un criado a por ello.

Longyan asintió satisfecho.

—¿Y cuántos criados tiene el Pozo de las Luciérnagas?

Yamiko no tuvo que calcular mucho.

—Unos veinte más o menos. Doce internos y los demás externos.

—Son pocos para un palacete tan grande —dijo él cabeceando.

La cocinera hizo un gesto de circunstancias por toda respuesta. Se ofreció a llevarnos a la despensa, que estaba en el sótano.

Contra todo pronóstico, no estaba lo surtida que cabía esperar. Había batatas, ñame, calabaza, jengibre, arroz y nabos; muchos nabos, pero escaseaban los productos de uso cotidiano y solo había un par de garrafas de vino y una de aceite de sésamo. Vimos que los arcones de madera, donde solían guardarse los rollos de seda, las velas y el papel aceitado para las ventanas, estaban prácticamente vacíos. No encontramos carnes ni pescados en salazón, ni tampoco encurtidos o conservas. Longyan achacó la escasez de víveres a que no habrían tenido tiempo material para reabastecer la despensa después de los festejos de la boda.

Di por válida esa explicación y comenzamos a calcular el menú. Tenía que preparar un número de platos par. Y dado el recuento de comensales, lo mínimo aceptable serían ocho. El ocho era un número de buena suerte.

—Va a ser imposible que cocinemos lo que había pensado, amita. Faltan demasiados ingredientes y no podemos comprarlos.

Tras mucho cavilar, al fin nos decidimos.

—Pudín de arroz «ocho tesoros» —enumeró Longyan—, tofu frito en un lecho de espinacas

salteadas, pollo en salsa de miel y jengibre, pasteles de batata rellenos de dátiles, carpas en escabeche, cerdo con bambú, bolas de masa hervidas rellenas de setas y sopa de pollo *wonton* para saciar los estómagos más exigentes. También incluiremos licores y dejaremos que vuestro marido decida qué vino es el más adecuado. Seguro que guarda bajo llave alguno de buena calidad.

Sonreí al ver lo dispuesto que era mi eunuco; de no haber sido por él, mi primera comida hubiese sido un desastre. Y percibí con agrado que Yamiko también era servicial. Su talante fue, en todo momento, atento y disciplinado, al igual que el de las criadas destinadas a la cocina. Todas nos ayudaron.

Mientras cocinábamos, Longyan comenzó a cantar extractos de su ópera favorita, tal y como solía hacer en mi casa natal. Cantaba tan bien que pronto tuvimos un buen número de oyentes asomados a las ventanas de la cocina. Las mujeres lo miraban embobadas y los hombres como si fuese un exótico pájaro posado en la rama de un ciruelo. Después de aquello costó poner orden entre los sirvientes, que remolonearon en el patio de atrás a la espera de que mi eunuco siguiera cantando. Las criadas jugaban a los dados en una mesita que habían desplegado en el patio. Apostaban dinero. Reían y gritaban sin preocuparles para nada ser descubiertas y castigadas.

—Se toman demasiadas libertades —opinó Longyan—. En casa de vuestro padre esta actitud es impensable. La dama Lin ya las habría azotado ella misma. En un palacete tan grande no hay lugar para estar ocioso.

—Hoy es un día especial —le dije con una mueca jocosa—. Además, tú eres el culpable. Eres una novedad para ellos. En pocos días se acostumbrarán a verte por aquí y todo volverá a la normalidad.

—Siendo así, cantaré un poco más —dijo resuelto, sin disimular su agrado al ser el centro de atención—. Así nos ganaremos las simpatías de todos. Solo espero que la anciana dama no entre en cólera si se dejan algunas tareas sin terminar.

Tras horas de trabajo, procedimos a dar los últimos toques a los platos. Mandé a Lluvia y a Cascabel que cogieran algunas flores comestibles del jardín para adornar las bandejas. Al poco llegaron con violetas, peonías y crisantemos.

Cuando todo estuvo preparado, me retiré a mis aposentos para arreglarme, aunque ya íbamos mal de tiempo y no pude demorarme mucho. El gong de aviso para comer sonó cuando Longyan terminaba de componerme el peinado, añadiendo algunas peinetas adornadas con elegantes plumas de martín pescador.

—Poneos las joyas, amita. Así evitaréis que os llame la atención la anciana dama. Yo también me vestiré con algo más de detalle. No tardaré. Marchaos ya para el comedor. Nos veremos allí.

No tardó mucho. Lo esperé en la puerta del salón. Al verlo aparecer no pude por menos que sentirme orgullosa de él. Llevaba el mismo *hanfu* que lució el día que vinieron a mi casa natal la *meipo* y el adivino, pero había añadido a su atuendo un *futou*: un gorro adornado con una flor de peonía. Sus ojos brillaban con una luz especial. Estaba realmente hermoso.

Un criado nos abrió las puertas y Longyan me cedió el paso. El salón era una espaciosa estancia rodeada de ventanas con celosías cinceladas en bella madera de sándalo púrpura. Me dio la sensación de estar en un mirador de invierno. Habían colocado varios biombos de fina seda para cortar la entrada del aire que se filtraba a placer por las rendijas. Permitían que pasara una

luz tamizada. Un par de braseros caldeaban la sala. El humillo acre del ajeno que ardía en ellos hizo que me escocieran los ojos.

Mi suegra presidía la mesa. Estaba elegantemente vestida. Llevaba una estola de piel de zorro alrededor del cuello y lucía buenas joyas. Las concubinas estaban sentadas en la misma mesa, cosa que me sorprendió, dado que en mi casa natal las esposas de mi padre se sentaban en una mesa aparte. Ellas también vestían de manera ostentosa, cada una a su estilo. La dama Qiu me pareció la más sencilla de todas, aunque no por ello estaba menos elegante; al contrario.

Los platos ya estaban servidos. Me fijé en que también habían traído los licores y un vino *huangjiu* que se calentaba sobre un mechero. Mis ojos buscaron a mi marido, pero su lugar en la mesa estaba vacío. Imaginé que estaría a punto de llegar.

Hice una reverencia y presenté formalmente a Longyan, que se apresuró a hacer un *koutou*. Su rango dentro de la servidumbre le permitía compartir mesa con las concubinas y, dado que ellas estaban sentadas a la mesa principal, él se sentaría allí también.

Noté el gesto de desprecio que oscureció el rostro de la venerable anciana cuando lo miró. Le hizo un aspavento con la mano, dándole a entender que se sentara lo más lejos posible de ella. Por suerte, la mesa era muy larga y pudo instalarse al otro extremo para no importunarla con su presencia.

Me sentí ofendida, pero intenté disimular. Imaginé el disgusto que tendría el pobre Longyan, aunque él jamás lo dejaría entrever ni se quejaría.

—La puntualidad es una de las mejores cualidades de una dama —rezongó la anciana dama señalando el sitio que yo debía ocupar. Un lateral, justo enfrente de ella. Acto seguido dio varias palmadas ordenando a los criados que terminaran de servir. Luego se dirigió a mí—: Tu señor mandó un mensajero con una nota. En ella te pide disculpas por su ausencia. Sus muchas obligaciones no le han permitido asistir a vuestra primera comida juntos. Está desbordado de trabajo y lamenta enormemente no estar aquí con sus servidoras.

Me quedé helada, no solo por su ausencia imperdonable, sino por el modo por el que me había enterado. ¿No hubiese sido más lógico que me hubiera hecho llegar la nota a mí, su esposa oficial?

Mi suegra comenzó a comer sin preámbulos. Las concubinas esperaron a que ella probara el primer plato y diera su parecer.

—Te has dado buena maña para estirar las monedas que te di. Es digno de elogio y así te lo hago saber, niña. —Ni siquiera me miró mientras me lo decía—. Estaría bien que a partir de ahora te encargaras de componer el menú diario. En una casa tan grande como esta, el despilfarro es imperdonable y yo ya estoy muy vieja para estar pendiente de esas naderías. Mi cabeza ya no es lo que era y estas gallinas —señaló con los palillos a las concubinas, con los carrillos llenos— malgastan a manos llenas sin mirar por la economía familiar. No les importa que su señor se rompa la espalda a trabajar. Son unas indolentes.

Las concubinas no parecían compungidas por las quejas sobre ellas. Siguieron comiendo sin que nada de aquello las perturbara. Tan solo la dama Qiu intervino.

—Venerable madre, no os amarguéis la comida por culpa de la inutilidad de las servidoras de vuestro hijo. Probad un poco de pollo. Creo que os gustará. Lleva una salsa de miel y jengibre.

Ella tomó la tajada que le ofrecía y la paladeó con deleite. Asintió con la cabeza y sonrió con aprobación.

—Me reitero en lo dicho, hija mía. Te encargarás del menú diario. Yamiko es una gran cocinera, no tendrá problemas en preparar los platos que tú le ordenes. Cada semana te entregaré las sartas de monedas que yo estime oportuno, así podrás calcular los gastos para cada menú.

Me temblaron las piernas al pensar qué consideraría ella que sería «oportuno» para elaborar un menú aceptable. Si la cantidad destinada diaria se limitaba a las pocas monedas que me había dado por la mañana, yo estaría en serios aprietos.

—Por cierto —prosiguió—, me han contado los criados que tu eunuco canta como un ruiñeñor.

Miré a Longyan de soslayo. Él no elevó la mirada del plato, dado que mi suegra no le había hablado a él directamente, sino que lo hacía a través de mí.

—Así es, honorable madre —respondí con cautela.

—Tal vez me anime a escucharlo un día de estos —lo miró de reojo.

—Él se sentiría muy honrado de cantar para vos.

Ella asintió con los labios apretados en una fina línea. La dama Lan dejó escapar un suspiro de admiración.

—¿Y es cierto que trabajó para un militar que murió en combate? —preguntó con un gesto de curiosidad.

—En efecto. El general Wu Huan. Lo sirvió varios años.

—Tengo entendido que tenía dieciocho concubinas. Y que tu madre fue una de ellas.

—Estáis en lo cierto. Murió al darme a luz.

Mi suegra se lamentó.

—Morir por dar a luz una rama inútil... Si al menos hubiese alumbrado a un varón, la pérdida no sería tan vana. Tía Hui y tía Lan apoyaron sus palabras con gestos de asentimiento.

—¿Y la primera esposa de tu padre, la dama Lin, tuvo hijos? —preguntó mi suegra.

—Tres varones, pero murieron antes de cumplir los dos años.

—Eso sí que es una gran pérdida. Ver a un hijo morir es la peor de las condenas. Yo lo sé bien.

Aquello derivó en un largo soliloquio por parte de la anciana dama sobre sus partos. Nos contó todo con detalle. Los primeros dolores, la dilatación, los pujos, el alumbramiento, las hemorragias... Y después la conversación se desvió hacia las parteras y las suegras que no se despegaban de las camas de sus nueras hasta que veían salir al fin a la criatura.

Al terminar, mi suegra me dio permiso para retirarme a mis aposentos. Ella y las concubinas harían la siesta.

Longyan y yo nos despedimos con un *kautou* y salimos del comedor.

Aproveché ese pequeño respiro para leer un libro de poesía tumbada en el diván del mirador de mis aposentos. El sol del mediodía templaba la estancia. Lluvia y Cascabel sesteaban a mis pies en sus esteras, mientras Longyan tocaba una suave melodía en el *qin*.

Suspiré. Aquel momento me pareció el más reposado y familiar que había tenido en los dos días que llevaba en el Pozo de las Luciérnagas. Anhelaba mis libros de medicina, la voz imponente de mi padre dando clase a los alumnos, el sonido metálico y seco de las cortadoras y los molinetes en el laboratorio, el olor tan familiar de las hierbas medicinales.

Pero aquel respiro me supo a poco.

Después de la siesta, mi suegra me reclamó de nuevo. Quería que la peinara otra vez porque se había despeinado al tumbarse en la cama.

Maldije mi suerte. Al parecer, se había propuesto no darme un respiro. Tuve que dejar mi lectura y acudir a su presencia.

—Todos los días, después de la siesta —dijo con voz autoritaria—, quiero que vengas a peinarme sin que tenga que avisarte. Ahora ordena el té y di que lo traigan al cuarto de coser. Bordaremos toda la tarde. Te he buscado una labor para comenzar. Confeccionarás unos zapatos de la longevidad para mí. Tendrás que esmerarte, porque he decidido que me entierren con ellos puestos.

Contuve un gesto de asombro y desaliento, deseando que los días pasaran lo más aprisa posible y yo dejara de ser una novedad para aquella mujer, que no veía más allá de los altos muros de su pequeño reino.

—Será un honor, venerable madre —dije con un gesto de obediencia.

«Zapatos de la longevidad», repetí para mí. A los difuntos se los enterraba con un tipo de calzado especial. Eran zapatos de color azul, negro o marrón. Si la fallecida era una mujer, tenían que estar elaborados en seda, adornados con distintos bordados. Era común que hubiera una flor de loto, que estaba muy ligada a nuestra condición de mujeres, y una escalera como símbolo de la ascensión al cielo.

Le pregunté si sería posible que mi eunuco nos acompañara y tomara el té con nosotras, tal y como tenía por costumbre en mi casa natal.

—Ya te advertí esta mañana que no quiero a ese castrado cerca. Lo mejor sería que se quedara en la cocina o en las dependencias de los criados. Seguro que encontrará alguna tarea que hacer. Aquí lo que sobra es trabajo.

Suspiré con tristeza por toda respuesta. Longyan se sentiría muy ofendido por el trato injusto que estaba recibiendo. Pensé que lo único que podía hacer al respecto sería seguir insistiendo y que, con el tiempo, la anciana dama terminaría aceptándolo.

El cuarto de coser era una salita acogedora, donde la luz de la tarde se colaba en sesgos a través de las celosías de las ventanas. Daban al patio interior de las casitas de las mujeres. Podía oír el murmullo adormecedor de la cascada del estanque y el chapoteo ocasional de las carpas doradas. Me llegaban voces apagadas, risas sofocadas y el ruido monótono de la rueca. Imaginé que algunas criadas aprovechaban esas horas para hacer sus labores de hilado y costura.

Mi suegra se sentó en el mejor lugar de la salita, justo donde la luz del sol incidía con mayor fuerza. La flanquearon las concubinas Lan y Hui. Percibí que ambas estaban muy unidas a la venerable anciana. Apenas se separaban de ella y, aunque un poco torpes por naturaleza, se esmeraban en atender todos sus requerimientos sin dar importancia a las muestras de desprecio e insultos que recibían a cambio.

Tras acomodarse, la dama Lan le entregó un bastidor. Estaba bordando un crisantemo amarillo en un paño de lino gris. Antes de retomar, me miró con los ojillos entornados.

—Tía Qiu, muéstrale a la primera esposa dónde están los patrones de los zapatos y guíala en la labor que va a comenzar. Quiero mis zapatos de la longevidad de color azul. Creo que quedaron algunos recortes del último vestido que me cosieron tus hermanas. Ayúdala a cortarlos y luego buscad juntas los dibujos de la escalera y el del loto. Dejo a vuestra elección el color de los hilos. Ya sabes que hay muchas madejas en los cestos y no será difícil dar con el adecuado.

La dama Qiu me indicó que fuéramos a una habitación contigua. Me maravilló el orden que reinaba. Había dos mesas largas y anchas en mitad de la sala, varias sillas y escabeles diseminados a lo largo de una pared y tres anchos armarios de almacenaje. Cuando los abrió, no pude evitar un gesto de admiración. Todas las baldas estaban a rebosar de cestos y cajas perfectamente ordenados. Cada uno llevaba un trozo de tela con el nombre de lo que contenía bordado en una caligrafía admirable. Patrones, pies chinos, varas planas... Aquel cuartito hubiese hecho las delicias de las mujeres de mi casa natal. A madre y a las concubinas Yan y Lixue les hubiese encantado.

La dama Qiu cogió una escalera de dos peldaños para alcanzar una caja rectangular de grandes dimensiones donde ponía «retales». La ayudé a bajarla y la depositamos sobre una de las mesas.

Enseguida dimos con el retal en cuestión. Era un trozo de seda color añil.

—Con este trozo será suficiente —dijo ella guardando de nuevo los restos de tela desechados—. Nuestra suegra tiene los pies muy pequeños.

Tras guardar la caja, buscamos los patrones. Ella tenía un control absoluto sobre dónde estaba cada cosa. Guiadas por las marcas de los patrones, cortamos las distintas capas de tela que tendrían que llevar los zapatos para darles cuerpo. Una vez los motivos estuvieran bordados, se elaboraría la suela, que debía llevar varias coberturas de tela gruesa para proporcionarle dureza. Cuando terminamos, el cuarto quedó tal y como lo encontramos, sin rastro de hilos ni recortes de tela.

Volvimos a la sala contigua y ella presentó las piezas de los zapatos a nuestra suegra para que diera su aprobación. La anciana dama las examinó y nos dio permiso para comenzar a coser.

Me senté junto a la dama Qiu. Ella aceptó mi presencia con una sonrisa dulce.

Enseguida aprecié que tenía unas manos primorosas. Estaba bordando un paisaje destinado al bastidor de un biombo. La tela era de color hueso y resaltaban el verde esmeralda y los tonos caldero.

—Es un rinconcito de mi pueblo natal —me dijo sonriendo—. La seda también es de allí. Una de las mejores del Imperio.

—¿Sois de Suzhou?

Ella asintió.

—Es un pueblo muy hermoso, según tengo entendido —le susurré.

—Sí que lo es. Sus canales de agua son muy admirados. Además, cultivan un té muy especial.

La anciana dama nos interrumpió con un agudo rezongo que se asemejó a un chillido de roedor.

—¡No cuchicheéis, niñas tontas! Ya sabéis que estoy medio sorda. Si habláis entre vosotras, hacedlo bien alto para que yo pueda oíros, si no pensaré que estáis conspirando a mis espaldas o criticándome sin piedad alguna.

—Perdonadnos, venerable madre —se disculpó la dama Qiu elevando la voz—. La primera esposa estaba alabando mi humilde labor.

Ella volvió a emitir otro rezongo a modo de respuesta y se hizo el silencio. Por largo tiempo solo se escuchó el canto pausado de las criadas que llegaba a través de las celosías.

Tía Huí nos sirvió más té. Luego pasó una bandeja con dulces, pero me pareció que estaban rancios. Escondí disimuladamente el que había probado en el bolsillo de mi *hanfu*.

Mi suegra, al ver los dulces, frunció sus mermados labios en una mueca de enojo.

—¿Cuántas veces tiene que quejarse una anciana para que le hagan caso? Os tengo dicho que no quiero pastelillos con el té de la tarde. Prefiero unas buenas empanadillas de carne de ciervo.

Tía Lan se apresuró a intervenir.

—Venerable madre, no nos queda carne de ciervo. Hace mucho que nuestro señor no sale de caza.

—Parece que últimamente mi hijo solo tiene tiempo para sus enfermos y lleva una vida de ermitaño en su consulta. Estaría bien que lo animarais entre todas a que organice una cacería. En mis tiempos, los hombres iban de caza cada semana y nunca faltaban a las comidas ni dejaban la cama fría a sus esposas. Las mujeres renegaban de aguantar el peso del marido noche tras noche, pero luego reían emocionadas al escuchar el llanto de sus recién nacidos. A veces pienso que ya he vivido demasiado para tener que ver cómo se extingue el linaje de los Cao.

Las tres concubinas desmintieron eso al unísono, al tiempo que mi suegra suspiraba con tristeza.

—Lo único que me mantiene viva son las ganas de ver a mi nieto. ¿Cómo voy a morirme sin estar segura de que en esta casa habrá un hombre que rezará por mí cuando yo muera?

—No sufráis más —dijo tía Lan—. Ya veréis como la primera esposa tiene un varón muy pronto.

Todas me miraron. Me sonrojé agobiada, pero no solo por la timidez de ser el centro de atención de esas mujeres, sino también por el gran peso que habían depositado sobre mis espaldas.

Después de media tarde bordando, al fin mi suegra decidió darme un pequeño indulto.

—Puedes retirarte ya si así lo deseas, hija mía. Es la hora de mis masajes medicinales. Nos veremos en la cena.

No tuvo que insistirme. Guardé la labor en mi caja de costura y me apresuré a despedirme de las concubinas.

Imaginé que Longyan estaría esperándome en la cocina. Me dirigí hasta allí y lo encontré en el patio con varios criados. Estaban acucillados en el suelo contemplando unos grillos. Uno de los porteros le mostraba el suyo, orgulloso. Lo tenía atado a un cordel por una pata y el grillo subía y bajaba de su hombro como si estuviera amaestrado.

—Amita, por fin estáis de vuelta —dijo despidiéndose del hombre con un gesto y acudiendo a mi encuentro—. Se os ve fatigada.

Exhalé un gemido de desaliento.

—Demos un paseo —me dijo—. Os mostraré los jardines. Os otorgarán el reposo que necesitáis.

Asentí. Deseaba sosegar mi mente y mi espíritu. Alejarme, por unos instantes, de todo lo que me rodeaba. Recobrar fuerzas para armarme de valor y poder afrontar mi nueva vida. ¿Iba a ser así todos los días? ¿Era esto lo que me esperaba el resto de mi vida, vivir confinada en los aposentos interiores?

Mi eunuco llamó a las gemelas desde la entrada a la cocina. Ellas no tardaron en llegar.

—Vendréis con nosotros, niñas. Así dejareis de incordiar a Yamiko. He escuchado que os reprendía durante toda la tarde. Sois muy traviesas. Mañana, cuando la amita esté cosiendo, vosotras dos os quedareis con las criadas y aprenderéis también a bordar.

—Yo ya sé coser —dijo Cascabel—, pero no me gusta. Prefiero jugar con los grillos de tío Pope.

—A mí sí me gustaría aprender —dijo en cambio Lluvia—, aunque las matronas solo me dejan enhebrar las agujas. Seguro que, si tú se lo mandas, ellas me dejarán coser. ¿Se lo ordenarás?

—Sí. Las dos aprenderéis a bordar. Mañana hablaré con ellas.

Emprendimos camino hacia el jardín. Sabía por Longyan que la mansión del Pozo de las Luciérnagas estaba situada a orillas del lago del Oeste, en la ladera de una montaña. Había sido edificada como villa de recreo de la familia Cao hacía más de dos siglos, cuando la corte Song se trasladó desde el norte y se asentó en Lin'an. Era, por tanto, una casa muy antigua, que había sufrido varias modificaciones a lo largo de los años. Estaba orientada al sur, para que pudiera recibir los beneficios del sol.

Al norte del lago se encontraban algunos templos budistas. En el suroeste, en la montaña del Fénix, estaba la Ciudad Imperial con sus grandes dependencias, sus jardines y sus altos muros. Al noroeste se ubicaban gran cantidad de templos taoístas y muchos de los jardines más famosos de Lin'an, que pertenecían a altos cargos de la corte. Había un palacete llamado el Retiro del Árbol de la Canela, cuya hermosura fue muy afamada en su tiempo, que perteneció al poeta Zhang Zi, donde llevaba a cabo toda clase de fiestas estrambóticas. Otra de las villas, el Jardín del Sur, fue propiedad de Han Tuo Zhou, un eunuco muy poderoso en tiempos del emperador Ningzong, que estuvo involucrado en grandes intrigas políticas y que encargó el texto laudatorio de dicho jardín al poeta Lu You.

Los jardines de mi nuevo hogar no se quedaban atrás en hermosura. Desprendían una bruma

dorada. Una pátina antigua que me trajo añoranza de mi casa natal. Las copas de los árboles de la canela tenían un tono rojizo sublime. Hileras de pequeñas vallas de grueso bambú abrazaban un plantío de peonías, glicinias y gardenias. Los senderos de gravilla blanca estaban delimitados por plátanos de exuberantes hojas, sauces llorones, manzanos de Sichuan y cinamomos. Me encantó una pequeña plazuela sembrada de *sapmdos*, cuyos frutos, en forma de farolillos, colgaban de las ramas como gemas de bronce. Crecían formando un círculo alrededor de una jaula de marfil en forma de pagoda, elevada sobre un pedestal de piedra. Estaba llena de pájaros. Ruiseñores, diamantes mandarines, picos de plata, oropéndolas... Me detuve a observarlos. Gorjeaban felices. Aleteaban sobre las ramas de un ciruelo retorcido, cuyas ramas se habían adaptado al reducido espacio. Me pareció tan prisionero como aquellas preciosas aves, pero no estaba exento de hermosura. Era de una belleza trágica.

El canto de un cuco me sobresaltó. Se posó en la rama de un pino cercano. El cuco era el pájaro que señalaba el atardecer, el que «traía la noche», pero también el que recibía las almas de los muertos.

Sentí un escalofrío.

Longyan se apresuró a echarme por los hombros mi capa forrada de piel de conejo.

—Está comenzando a refrescar, mi señora. Ya os dije que los jardines eran muy extensos. Las criaditas están tiritando de frío. Mejor las mando a vuestros aposentos.

Yo asentí. Mi eunuco ordenó a las chiquillas que se marcharan y encendieran los braseros para caldear la habitación. Ellas obedecieron raudas.

Crucé uno de los puentes cubiertos que se erigían sobre el riachuelo artificial, que comunicaba con el lago. Sus aguas eran tan claras que pude ver las preciosas carpas reales, que, al percibir mi presencia, acudieron a mí en tropel. Los patos mandarines jugaban muy cerca. El jardín me otorgaba serenidad. Me sentí en comunión con las rocas y con el agua; siempre en eterno movimiento. Era un verdadero santuario. A pesar del viento frío que se había levantado, yo seguí quieta, absorta en el vaivén de la gasa de mi falda, que se me arremolinaba entre las piernas. Era como si aquellos preciosos instantes de quietud me pertenecieran y temiera que al moverme se esfumaran. Disfruté de la brisa entre el bambú, de la belleza inigualable de las flores de loto y de su aroma embriagador. Era un perfecto universo en miniatura.

El sonido del gong, anunciando la hora del conejo, me sacó de golpe de mi delicioso retiro.

—Debéis arreglarlos para la cena, mi señora. No hay que hacer esperar a vuestro marido. Imagino que ya habrá llegado de la consulta. Estará cansado y seguro que le apetecerá un buen baño caliente. Me adelantaré para ver si alguna criada me informa. Id vos a vuestros aposentos y ordenad a las gemelas que vengan a la cocina para calentar agua y llevarla para allá.

Puse un gesto de extrañeza.

—¿Tengo que prepararle el baño?

Él asintió con un mohín.

—Y no solo eso, mi señora, también tendréis que bañarlo vos misma si queréis tenerlo contento.

Después del día tan ajetreado que había tenido, quien necesitaba un baño relajante era yo. Seguro que me quedaba dormida dentro de la tina.

Ya en mis aposentos, con el baño dispuesto y resignada a bañar a mi marido en cuanto entrara por la puerta, Longyan apareció en el umbral. No traía buena cara.

—Acaba de llegar un mensajero con una nota, amita. El maestro Cao no vendrá ni a cenar ni a dormir. Al parecer tiene mucho trabajo en la consulta y dormirá allí.

—¡Por el gran Buda! —renegué—. No puedo creerlo.

¿Qué clase de hombre dejaba a su recién estrenada esposa plantada al día siguiente de la boda? Por una parte me sentía molesta. Recordaba las largas conversaciones con él sobre medicina en casa de mi padre y ansiaba preguntarle cosas sobre su consulta y la farmacia; aunque tuve que admitir que, por la otra, noté un gran alivio al no tener que compartir mi lecho con él. Solo imaginar de nuevo su cuerpo sobre el mío me estremecía de repugnancia y temor. Aunque no se me escapaba que a los ojos de las mujeres de la casa Cao esos desplantes iban a ser cuestionados hasta la saciedad.

—¿Es que mi marido no tiene estudiantes que puedan ocuparse de los enfermos para que él descanse? Mi padre siempre ha sido un hombre entregado a su trabajo, pero jamás se permitió faltar de su casa por las noches.

—Ignoro las costumbres del maestro Cao, mi señora —respondió Longyan con cara de circunstancias.

—Yo también las ignoro. Mi relación con él fue la de una alumna aplicada hacia su maestro. Jamás me sentí atraída por su vida privada.

—Tomadlo por el lado bueno, amita. No tendréis que bañarlo ni agasajarlo y podréis dormir a pierna suelta.

Egoístamente me pareció que esa no sería una mala opción, pero al día siguiente mi marido tampoco apareció en todo el día. Y al llegar la noche, una nueva nota de disculpa me desasosegó el ánimo. ¿Acaso me repudiaba? Si llegaba a oídos de mi familia, se lo tomarían como una afrenta.

Tres días después de haber contraído matrimonio, mi marido y yo teníamos la obligación de visitar mi casa natal. Era el último rito que tendríamos que cumplir para completar la ceremonia nupcial. En otras regiones del Imperio, la nueva esposa regresaba a casa de sus padres después de la noche de bodas y permanecía allí hasta que se quedaba embarazada. Eso podía suponer meses o incluso años, puesto que las visitas a su marido eran concertadas y escasas. Lamenté que no fuera así en mi caso. Cuando llegara al que había sido mi hogar desde que vine al mundo, lo haría ya como huésped, no como miembro de la familia. Y, al igual que haría cualquier visitante, tendríamos que llevar un regalo para mis padres. Yo, por mi parte, haciendo honor a la tradición, había preparado varias cestas con pasas, castañas, tiras de carne seca y dátiles. Ese sería mi presente.

Me vestí con un *hanfu* de seda color albaricoque, con un ribete bordado en el bajo en degradados de color caldero que terminaban en un suave tono salmón, el mismo en el que estaba bordada una hermosa grulla que ocupaba todo el delantero de la sobrefalda. La grulla representaba el amor y la devoción a la familia. Me pareció muy adecuado para la primera visita que hacía a mi casa natal como mujer casada. Llevaba también un chaleco largo, realizado en raso, dos tonos más oscuro que la túnica. Elegí un cuello de zorro blanco, cuyo pasador era un hermoso botón de plata. Longyan me peinó con un moño alto de trenzados muy laboriosos, al que acopló una sencilla diadema de perlas, a juego con los alfileres que llevaba en el recogido.

Longyan se dejó el cabello suelto, sujeto en la coronilla con un ancho pasador de madera laqueada y una aguja. Su traje era muy vistoso, en azul zafiro, con mangas en forma de *pipa* y unos puños anchos y bordados como los orillos del *hanfu*.

Una de las criadas se había ocupado de dejar sobre una mesa del recibidor una caja de madera de alcanforero. Estaba labrada finamente y adornada con latón en las esquinas. Me pregunté qué regalo habría elegido el maestro Cao para mis padres.

La dama Qiu apareció por el pasillo e inclinó la cabeza en señal de respeto. Iba impecablemente vestida de color esmeralda, que resaltaba su marfileño cutis. Su maquillaje era exquisito, al igual que su peinado, un sencillo moño adornado con varios alfileres de perlas. Sus ademanes eran refinados, su caminar lento y elegante.

—Estáis muy hermosa, primera esposa —dijo con una discreta sonrisa—. Vengo a anunciaros que nuestro marido ha ordenado que os adelantéis a casa de vuestro padre. Se reunirá con vosotros más tarde. Al parecer tenía que visitar a un paciente que está muy grave. Por eso

tampoco pudo venir anoche.

Hice verdaderos esfuerzos para no maldecir. No había visto a mi marido desde la noche de bodas.

Noté en el gesto de la dama Qiu un atisbo de complicidad.

—Hubo un tiempo en el que yo también me sentía ofendida por las constantes ausencias de nuestro señor. Por entonces yo era joven e impetuosa. Con los años aprendí a conformarme. La vida de un médico no es fácil; pero la de una esposa que aguarda su regreso, tampoco.

Me sorprendió que me hiciera esas confidencias. Leí en sus ojos que lo decía con sinceridad, tal vez adivinando los sentimientos de impotencia que me dominaban y que, de algún modo, estaba intentando que yo no me culpara por lo que estaba ocurriendo. Hizo un *kautou* antes de abandonar la sala y se despidió de nosotros.

—Cinco bendiciones, primera esposa. —Luego se dirigió a Longyan con una sonrisa—: Os deseo un feliz día de visita.

Mi eunuco y yo intercambiamos una mirada de comprensión mutua. Al parecer, mi marido tenía por costumbre largas ausencias. Aquello, lejos de transmitirme tranquilidad, me trajo desazón. Jamás lo hubiese imaginado del maestro Cao que yo conocía.

—Mi señora, tenemos que llevarnos a las dos criaditas. La anciana dama así lo ha ordenado. Creo que quiere que vuestra familia vea que os cuidan bien y, de paso, hacer ostentación de su rango superior. Les he ordenado que se laven y se pongan sus mejores trajes. Nos esperan ya en el palanquín.

Tras acomodarnos en la silla de manos, Longyan dio instrucciones a los portadores y salimos por la entrada principal de la villa. No tardamos mucho en avistar la puerta noroeste de la ciudad. Estaba a rebosar de gente. La guardia se había reforzado y la vigilancia era más intensa que de costumbre. La hilera de carretas parecía interminable. Lin'an estaba muy ligada a los cultos y ritos anuales. Multitud de campesinos y comerciantes se desplazaban para ofrecer a esa ingente cantidad de peregrinos toda clase de comodidades. Había mucha actividad de procesiones religiosas, restaurantes, fondas, pasatiempos, casas de té, cuentacuentos, adivinos... Sin embargo, parecía que a los comerciantes habituales se les habían sumado cientos de forasteros. No me pasó desapercibido el ambiente crispado que se respiraba.

Longyan bajó del palanquín para averiguar el motivo de tanta aglomeración. Tras preguntar a varios carreteros, volvió a la silla de manos.

—Son de varias aldeas cercanas a Fancheng y Xiangyang. Huyen de sus tierras, amita. Dicen que los bárbaros han robado las cosechas para dar de comer a sus ejércitos. Me han contado que los mongoles están construyendo gran cantidad de barcos en la ciudad fortificada y que no dejan de llegar nuevas tropas desde Kaifeng y Sichuan.

Contuve el aliento. Esa información coincidía con lo que yo había escuchado en el pabellón del té de mi padre la noche anterior a mi boda. Apenas hacía cuatro días de aquello, pero a mí me parecieron siglos.

Antes de dirigirnos a la farmacia, Longyan quiso hacer una parada para comprar unas barras de tinta en el establecimiento de Jintao Huo, el amigo de mi padre. Quedaba en la parte norte de la ciudad, cerca del Mercado del Arroz y junto al muelle, donde los estibadores apilaban los fardos de mercancía que habían transportado desde el puerto principal. A pesar de lo temprano de la hora, el trasiego de comerciantes era incesante. Una avalancha de mercaderes, tanto chinos

como extranjeros, negociaba sus acuerdos a voz en grito. Prisas, insultos, latigazos restallando sobre los lomos de mulas y borricos o en las espaldas de algún siervo.

El palanquín se detuvo y Longyan se bajó. Yo me quedé dentro con las gemelas, pero con la cortina un poco plegada.

Mi eunuco se demoró bastante en regresar. Era un gran aficionado a la pintura y seguro que se habría entretenido eligiendo algún pincel.

—¿Por qué has tardado tanto? —le pregunté en cuanto lo vi aparecer.

—Os pido disculpas, amita. Hay un gran revuelo entre los vendedores. Temen una invasión. El puerto es un hervidero de rumores y se han extendido ya por toda la ciudad. He escuchado que los comerciantes quieren entregar la ciudad a los mongoles.

Aquello me dejó el alma helada. ¿Entregar la ciudad a los bárbaros? ¿Acaso estaban locos?

—Muchos están malvendiendo su mercancía —prosiguió—. Me ha dicho un amigo de Jintao Huo que intercambian papel moneda por piezas de plata. Dicen que lo prefieren así ante el futuro incierto que se avecina.

Dejé escapar un suspiro de desaliento. Longyan me acarició la mejilla con ternura.

—Borrad de vuestro precioso rostro ese gesto de preocupación, mi buena niña. Es normal que se produzca desasosiego ante la posibilidad de una invasión, es algo habitual, pero ya os dije que Lin'an está bien protegida. Nuestro emperador no permitirá que los mongoles avancen. Perded cuidado.

Sus palabras no me tranquilizaron. Intenté disimular ante la cara de arrebató que tenían Lluvia y Cascabel. Nuestra conversación las había atemorizado. Yo sonreí. Cogí unas peonías de la cesta y se las puse en los moñetes.

—En cuanto lleguemos —les dije para animarlas—, almorzaréis en la cocina y conoceréis a Albaricoque y a Caracola. Son más o menos de vuestra edad. Seguro que lo pasaréis bien.

Ellas me sonrieron todavía un poco temerosas.

Nuestra llegada a la farmacia del Pez de Oro fue recibida con gran algarabía. Casi todos los criados estaban allí, en el patio trasero de la propiedad. Ninguno quería perderse mi llegada como mujer casada. Imaginé que se sentirían algo decepcionados al no verme bajar del palanquín ayudada por mi marido, pero sus muestras de cariño me hicieron olvidar ese agravio.

Las concubinas y madre esperaban en primera fila. Las tres estaban muy elegantes y llevaban sus mejores joyas. Yo enseguida me di cuenta de la ausencia de padre; sin embargo, no descarté que nos estuviera esperando dentro. Las mujeres de mi casa natal nos saludaron con alegría y nos invitaron a pasar. Madre dio cuatro palmadas para deshacer los corrillos de sirvientes, ordenándoles que volvieran a sus tareas y, aunque algunos se rezagaron, no tardó en volver la normalidad. Indiqué a las gemelas que le hicieran entrega de las cestas que había preparado como presente. Ella miró inquisitiva a las niñas y tomó los regalos. Las gemelas se apresuraron a hacer una reverencia, tal y como les había enseñado Longyan. Supe por su gesto que estaba satisfecha. Les hizo un aspaviento para que se marcharan a la cocina y nos abrió camino hasta las dependencias de las mujeres. Busqué a mi padre con la mirada. Al no verlo, me sentí angustiada. Pregunté por él.

—Se encuentra algo indispuerto —me contestó madre—. Un dolor de cabeza, al parecer. Ahora duerme. Me ha dicho que te transmita su alegría por tu visita y que espera poder reunirse con nosotros en la comida.

Nos dirigió hasta una de las salitas de recibir, que daba a un pórtico de aleros acampanados y desde donde podían admirarse los jardines interiores. Allí nos esperaba un servicio de té y varios platillos de aperitivos salados. La dama Yan, tras servirnos, se sentó junto a Longyan y se tomó su taza prácticamente de un sorbo.

Madre ni siquiera lo probó. Se la veía nerviosa.

—Tu marido mandó ayer una nota de disculpa por no poder acompañarnos hasta la hora de la comida —dijo con un mohín de disgusto—. Estoy al tanto de las reformas que está llevando a cabo en su consulta. Los negocios le van cada vez mejor. Eso es bueno. No obstante, no me parece bien que no haya venido contigo. Los criados murmurarán.

En una sola frase había resumido que seríamos la comidilla de todo el barrio.

—Eso es algo que está fuera de mi control, madre.

Me guardé de decirle que ni siquiera estaba al corriente de las reformas en la consulta. Eso hubiese sido admitir ante ella que yo era insignificante para él.

—Sí, ya veo. Pero es algo que tendrás que enmendar, hija mía. El desgobierno de un marido es algo penoso de ver.

No contesté. Tras un breve silencio, tamborileó distraídamente con las uñas en la tabla de la mesita.

—Ahora, si me disculpáis, debo supervisar un millar de asuntos. Nos veremos después.

Se marchó sin demora, llevándose las cestas que le había regalado. La dama Yan también pidió que la disculpáramos. Tenía que terminar una labor.

—Subid luego al cuarto de coser —nos invitó.

Terminamos el té en silencio. Mi llegada a mi casa natal no había sido precisamente halagüeña.

La dama Lixue, tras un suspiro, empalideció súbitamente.

—Necesito echarme un poco antes de la comida —dijo lánguida—. Estoy algo mareada.

Longyan la ayudó a levantarse y ambos la llevamos a sus aposentos. La recostamos sobre un diván bajo la ventana, donde el calor del sol había entibiado los cojines.

Nos sentamos junto a ella. Tras unos instantes, pareció recobrar el color.

—La dama Lin está más insoportable que nunca —susurró para no ser escuchada—. Me raciona la comida y me ordena fregar los suelos de todas las dependencias de las mujeres. Además, he encontrado un amuleto escondido bajo el colchón de mi cama. Una de las criadas me ha dicho que sirven para que el bebé que espero sea una niña. Lo quemé, pero temo que en cuanto se entere me ponga otro. Apenas duermo pensando que en cualquier momento de la noche puede venir a hurtadillas a mi cuarto a echarme más hechizos y maldiciones. Está loca de celos, Alome. Tengo miedo.

Me disgustó escuchar aquello. Durante el séptimo mes, la futura madre debería realizar bastante ejercicio para estimular la circulación del *qi* y de la sangre mediante la flexión y extensión de las articulaciones. Pero ese ejercicio jamás debería ser extenuante. Solo llevaba tres días fuera de mi casa natal. La dama Lixue estaba pálida y tenía ojeras. Se notaba que no descansaba en condiciones. Apenas le quedaban dos meses para dar a luz y su barriga no era muy prominente.

—Tendrías que quejarte ante mi padre. Sé que él se preocupa por ti y por el niño. ¿Por qué no hablas con él? Es el único capaz de reprender a la dama Lin y llamarla al orden.

Ella volvió a suspirar.

—Mi señor no me recibe. La dama Lin me ha prohibido molestarlo. Después de tu boda se sintió de nuevo enfermo. Lleva tres días en cama. He intentado hacerle llegar un mensaje a través de un criado, pero tampoco ha podido entregárselo. Dos siervos custodian la entrada de sus aposentos.

Miré a Longyan con aprensión. Su gesto se asemejaba al mío. Disimulamos nuestra preocupación para no alterar más a la concubina.

—Oh, Alome... —se quejó ella con gesto extenuado—. Si al menos tuviera la certeza absoluta de que el hijo que espero es un varón, eso me daría fuerzas para soportar su ira y sus desprecios.

Longyan se quedó unos instantes pensativo.

—¿Tienes un *suanpan*, tercera esposa? —le preguntó ante mi sorpresa.

—Creo que hay uno en ese baúl. —Hizo un gesto a Albaricoque para que lo buscara. Ella lo encontró enseguida y se lo dio a mi eunuco.

Este se sentó frente al tocador. Retiró algunos potes de crema y frascos de perfume y colocó el ábaco. Separó algunas bolas.

—¿En qué mes te quedaste embarazada? —le preguntó después.

—En el mes del melocotón —respondió la dama Lixue con un gesto de intriga.

Él volvió a manipular las bolas.

—¿Qué edad tienes, tercera esposa?

Ella dudó unos instantes. Ante su gesto, Longyan meneó la cabeza con los labios apretados.

—No me mientas. Si te quitas edad, las cuentas no saldrán y el resultado podría ser engañoso.

—Treinta y cinco —dijo con un mohín.

Mi eunuco restó ese número a las bolas que ya había separado. A continuación, le sumó diecinueve y contó la cantidad resultante.

—¡Será un varón! —exclamó satisfecho.

Yo me mostré incrédula, al tiempo que la dama Lixue y Albaricoque lanzaban un grito contenido de alegría.

—Pero ¿cómo lo has hecho, Longyan? —quiso saber la concubina, emocionada—. ¿Acaso tienes dotes de adivino que yo desconocía?

Él enarcó una ceja haciéndose el interesante.

—Se trata de una tabla muy antigua. La utilizaban en la casa donde servía antes de llegar aquí. Cada vez que una de las dieciocho concubinas del general Wu Huan se quedaba embarazada, hacía llamar al adivino para que predijera el sexo del bebé. Se lo vi usar tantas veces que me lo sé de memoria: «Siete sietes son cuarenta y nueve; pregúntate cuál es el mes de embarazo, resta la edad de la madre y suma diecinueve» —recitó—. Si el resultado es par, será niña. Si, por el contrario, es impar, será niño. No falla nunca. El general se tiraba de los bigotes cada vez que Zorro Gris, el adivino, le anunciaba que sería padre de otra mujercita.

—Es una curiosa fórmula —dije sonriendo. Me animaba ver la alegría que mostraba la dama Lixue. Fue como si le quitaran un peso de encima. Fuera cierto o no el resultado, había obrado en ella mejor que cualquier receta.

—Albaricoque —le ordené—, dile a la cocinera que prepare caldo de hueso. Di que es para

mí y que quiero tomarlo antes de la comida. Que lo traiga alguna criada cuando esté listo. Luego, y si da su permiso tu ama, puedes jugar con mis dos criadas, que son gemelas y de tu misma edad. Se llaman Lluvia y Cascabel.

La dama Lixue asintió aprobando aquello y me tomó de la mano, adivinando que el caldo sería para ella. Albaricoque se marchó rauda.

—Gracias por cuidar de nosotros dos —dijo mientras se acariciaba el vientre.

—Lo hago encantada. Vas a ser la madre de mi hermano. Estoy deseosa de conocerlo.

Ella me apretó con fuerza la mano. Ese gesto me transmitió todo su cariño.

—No iba a decirte nada, querida Akame, por no buscarme problemas, pero no veo justo que no lo sepas. Puede que no tenga importancia, o puede que sí.

—Habla, mujer —le urgió Longyan.

—Verás, el otro día llegó un mensajero con un paquete. Por pura casualidad pude ver que iba dirigido a ti. La dama Lin se lo llevó a sus aposentos. Mandé a Albaricoque que fuera a investigar para ver qué era, pero no pudo sacar nada en claro. Tu madre lo tenía guardado bajo llave.

—¿Un paquete? —cuestioné extrañada—. No sé qué podrá ser.

Miré a Longyan, interrogante.

—Solo hay una manera de saberlo —dijo él—. Tendréis que pedirselo a vuestra madre. La sobremesa será el momento perfecto para ello. No se atreverá a negaros que lo ha recibido en presencia de vuestro esposo.

Cuando una de las criadas de la cocina trajo el caldo de hueso, la dama Lixue tomó una taza y guardó el resto para acabarlo más tarde. Sus mejillas se colorearon.

—Aprovecha para dormir —aconsejé—. Nos veremos en la comida.

Tras dejarla descansando, nos dirigimos al cuarto de coser para visitar a la dama Yan. Al vernos, dejó su labor sobre un escabel y vino hacia nosotros como si realmente nuestro reencuentro acabara de producirse allí y no en el patio.

—¡Cuánto te he echado de menos! —exclamó abrazándome. Luego se separó de mí para mirarme con ojo crítico—. Estás realmente adorable con este vestido, Alome. El matrimonio te sienta muy bien.

Acto seguido dirigió su atención a Longyan.

—También me alegro de verte a ti. Siempre tan elegante y hermoso. Se te echa en falta aquí, Longyan. La alegría se ha escapado por la ventana desde que tú no estás. Sin tus clases de canto estoy perdida. Desafino más que nunca.

—Exageras, dama Yan. Ni que hubieran pasado mil lunas. Solo llevamos fuera tres días.

Ambos rieron.

—Estaba ultimando unos adornos en el vestido que voy a lucir en la comida —prosiguió señalando la labor que había dejado en el escabel—. Me he demorado hasta el último momento porque no pude comprar hilo dorado hasta ayer. La dama Lin se ha cobrado la deuda que tenía con ella y no me ha quedado suficiente para mis gastos. Tuve que pedirselo prestado a la dama Lixue y prometerle que le haría unos calzones anchos. Ya no le vale la ropa a la pobre. Aunque tendré que darme mucha prisa con la aguja, porque apenas le quedan ya dos lunas para dar a luz.

Nos ofreció asiento.

—Pero cuéntame, pequeña Akame, qué tal te va en tu nuevo hogar. ¿Son buenas contigo las

concubinas? Tengo entendido que el maestro Cao tiene tres.

—Es pronto todavía para saberlo, apenas he tenido tiempo de tratarlas. Mi suegra tiene mal carácter, pero me ha regalado dos criadas. Son hermanas gemelas.

Mi eunuco se apresuró a hacer un inciso.

—Sí, pero son unas crías. Están sin pulir.

La dama Yan me miró con cierta condescendencia cariñosa.

—Akame, tienes que hacer valer tus derechos como primera esposa. —Bajó el tono de voz para que no nos escuchara nadie—. Esas esclavas son solo una triste muestra del poder que ostenta tu suegra en la casa Cao. Es así como te lo hace saber. Debería haberte ofrecido dos doncellas adultas y perfectamente educadas para servir a una dama de tu categoría. Hazme caso, sé de lo que hablo.

—Bueno, imagino que lo habrá hecho porque yo ya tengo a Longyan —aduje disculpando la actitud de mi suegra—. Tal vez le pareció excesivo que tuviera tres criados.

—No seas ingenua —dijo ella entornando los ojos—. Esas dos mocosas son las espías de tu suegra. Le contarán todo lo que hagas y lo que digas. Ten mucho cuidado cuando hables a solas con tu eunuco. Ellas andarán con los oídos bien abiertos para luego ir con el chisme. Y si no hay nada que contar, se inventarán mentiras para dar gusto a la anciana dama.

—Siendo así, entonces no hay mucho que yo pueda hacer.

—Por supuesto que sí puedes hacer algo. Sobórnalas. Hazles regalos para ganarte su confianza. Son unas niñas. Podrás manipularlas con facilidad.

Solo le faltó decir que tomara como ejemplo a su criada Caracola. Ella jamás la traicionaría.

Me sinceré con ella. Le conté cómo me sentía en realidad, la decepción que mi marido me inspiraba y lo negro que veía mi futuro en cuanto a proseguir con mis estudios de medicina. Mi vida había dado un giro absoluto y me encontraba perdida.

Ella me tomó la mano.

—Los hombres son quienes rigen nuestros destinos y los que tienen poder sobre nuestros sueños. No eres uno de ellos, Akame. De haber nacido hombre, tu vida sería ahora lo que tanto añoras.

—No busco ser uno de ellos, ni tan siquiera asemejarme. Los hombres y las mujeres somos diferentes. Lo que busco es poder ejercer la medicina sin que nadie me desprecie por ser mujer. Tengo fe en mi trabajo. Tengo ambiciones. No me considero peor que un hombre. ¿Peco de orgullo o de soberbia por ello?

La dama Yan me miró como jamás lo había hecho. No fue asombro ante mis osadas opiniones lo que vi en sus ojos, fue admiración.

—Oh, pequeña... No seré yo quien te robe lo que tanto anhelas. Lucha por tus sueños. No dejes que tu nueva familia te margine. Si tu marido fue un maestro para ti cuando vivías aquí, debes conseguir que lo sea de nuevo, ahora con más razón. Eres su esposa. Ocupa el lugar que te pertenece.

Besó mi frente. Creí que iba a llorar, pero se las apañó bien para ocultar sus sentimientos. Me soltó las manos y se dio media vuelta.

—Permite que te muestre el vestido que llevaré en la comida —dijo dirigiendo sus pasos hasta el escabel en el que reposaba—. Espero estar a la altura. Ambos lucís hoy muy elegantes.

Extendió el *hanfu* en una de las mesas largas del cuarto de coser y admiré el magnífico

bordado al estilo *yue* que representaba una pareja de loros en brillantes colores.

Tanto Longyan como yo alabamos su trabajo. Sin duda era una gran experta.

—Pues visto que es de vuestro agrado, ya no me queda más que arreglarme y vestirme para la comida. No todas gozamos de tu lozanía, querida. Lucir hermosa es una tarea ardua para algunas.

Le reímos la gracia, pero ambos sabíamos que ella era una mujer muy bella. La dejamos que prosiguiera con sus quehaceres y nos despedimos. Se notaba que estaba tan nerviosa como madre ante la expectativa de compartir una comida familiar con mi marido.

Cercana la hora de la comida, la dama Lin me informó de que mi padre no estaría presente. Su dolor de cabeza persistía y prefería quedarse acostado. Tal vez más tarde se animara a levantarse. De no ser así, me haría llamar para verme brevemente.

Mi preocupación por él aumentaba.

Cuando al fin mi marido llegó, no sentí emoción alguna. Imaginé lo que podría haber sentido si ese marido mío no fuese un venerable anciano al que solo me unía un gran respeto. Tampoco noté que él sintiera nada especial cuando me vio después de tres días sin saber de mí. Por el contrario, lo vi distante. Tenía ojeras y su tez se veía cetrina. Advertí en su semblante que la preocupación lo atenazaba. Me pareció más anciano si cabía.

Me saludó cortésmente, dirigió una inclinación a las concubinas y a Longyan, que comerían en una mesa aparte, y después hizo un *kautou* ante madre.

—Pido humildemente disculpas por mi retraso, señora Zheng.

—Estáis disculpado, maestro Cao. De todos es sabido las cuantiosas preocupaciones que vuestro oficio conlleva.

Lo invitó a sentarse en el lugar principal que hubiese ocupado mi padre. Un criado le retiró la silla y él tomó asiento. Le ofreció vino caliente de un decantador que reposaba en un mechero.

—Tengo entendido que estáis ampliando vuestra consulta, ¿no es así, maestro?

—Estáis en lo cierto. Las dependencias se habían quedado un poco pequeñas. Pero dejemos eso ahora y decidme cómo está mi querido amigo, ¿hay alguna novedad?

—Mi esposo ha pasado mejor noche gracias a vuestros remedios. Os doy las gracias por ello. Seguro que vuestra visita le levantará el ánimo.

—No hay por qué darlas. Iré a verlo después, cuando haya reposado un poco. Estoy algo fatigado y me vendría bien que dispusierais un aposento en el que pueda dormir la siesta.

—Contad con ello, maestro. Pero permitidme que ahora os sirva como merecéis.

Le llenó de nuevo la copa y ordenó a los criados que trajeran varias toallas húmedas para que se refrescara. Él se lo agradeció con reverencia.

El banquete fue exquisito. Madre sin duda había vaciado la despensa para la ocasión y cada plato fue elegido con total acierto. Tuve que alabar la esmerada educación que había recibido. Era la perfecta anfitriona. Además tuvo la consideración de añadir al menú algunos de mis platillos preferidos. Algo de agradecer. Tomé notas mentales de alguno de ellos para añadirlos al menú diario de la casa Cao. Me sorprendí a mí misma haciendo algo así. Solo llevaba tres días de

casada y ya pensaba como una consumada matrona.

Antes de que terminara la comida decidí sacar el tema del paquete sobre el que me había hablado la dama Lixue. Creí oportuno seguir el consejo de Longyan, así madre no tendría excusa.

—Madre, creo que ayer llegó un paquete para mí.

Miró de soslayo a las concubinas intentando adivinar quién había sido la indiscreta.

—Así es. Pensaba dártelo después, pero te me has adelantado. Lo trajo un criado y no dijo quién lo mandaba, tampoco esperó respuesta. Me resultó un tanto misterioso, la verdad. Recuérdamelo antes de irte. Lo tengo a buen recaudo en uno de mis cofres, no quería que lo extraviaran los criados.

Tras la comida y las consiguientes felicitaciones por parte de mi marido y mías hacia madre, salimos al mirador que daba al jardín principal. Mi esposo se recostó en uno de los divanes y, ante el asombro de todos, no tardó en quedarse dormido.

Contuve una mueca de fastidio. No lo había visto en tres días y me hubiese gustado hablar con él sobre las reformas en la farmacia. No veía la hora de ofrecerle mi ayuda en la consulta, pero visto lo visto suspiré resignada.

—Será mejor que lo dejemos descansar aquí, hija mía —dijo madre—. Nuestra conversación puede interrumpir su sueño.

Longyan le echó una colcha por encima y todos nos retiramos a uno de los gabinetes interiores destinados a las mujeres. Pasamos la sobremesa jugando al *mahjong* y a varios juegos de adivinanzas.

Desde donde estábamos sentados se escuchaba la conversación de los empleados de la farmacia, el ir y venir de los pacientes, el sonido tintineante de los morteros y el efluvio de las hierbas al hervir en los fogones.

Cuando, mucho después, madre ordenó el primer té de la tarde, mi paciencia llegó al límite. No aguantaba más. Necesitaba escabullirme y meterme de lleno en el ajetreo de los laboratorios.

—Madre, voy a ver un momento a las gemelas. No quiero que molesten a las criadas.

—No lo veo necesario. Si se están portando mal, ya habrán recibido algún azote.

—Razón de más. Iré a verlas.

Longyan se apresuró a levantarse.

—Os acompañaré, mi señora. De paso comprobaremos si sigue durmiendo vuestro señor.

Madre asintió de mala gana. Intuí que sabía la verdadera razón para ausentarme. Mal que me pesara, me conocía demasiado bien.

Una vez salimos, nos dirigimos derechos al pasillo que comunicaba las dependencias de las mujeres con la farmacia. Longyan se adelantó para ver cuántos pacientes había en la sala de espera.

—No me han dejado pasar —me dijo al regresar—. Un operario me ha dicho que el joven Xiong está sustituyendo a vuestro padre, pero que no da abasto. Al parecer, con tantos campesinos llegados de las aldeas vecinas, se están produciendo muchas epidemias. Me ha aconsejado que mantengamos cerradas las puertas de acceso a la casa porque podríamos contagiarnos.

Lamenté escuchar aquello. Todavía no habíamos entrado en guerra y las pobres gentes ya estaban pagando las primeras consecuencias de un ambiente inestable. Me sentí impotente. Sabía

que, aunque lo suplicara, no me dejarían ayudar. Tanto Kun como los herboristas me lo impedirían.

Longyan estaba realmente afectado por tan preocupantes noticias.

—Voy a la cocina para hablar con los criados a ver si me entero de algo más, y de paso echaré un vistazo para ver si vuestro marido sigue durmiendo. Mientras tanto, descansad un poco en la galería. Os hará bien recrearos en los jardines.

Se alejó a paso rápido.

Al contemplar el paisaje desde aquel mirador, las emociones se agolparon en mi corazón. ¡Cuánto añoraba mi casa natal! Con gusto hubiese dado lo que fuera para que el tiempo retrocediera y me devolviera a mi vida anterior.

Un carraspeo a mi espalda me sobresaltó. Me volví alarmada.

—¡Oh, Xiong Kun, eres tú! —exclamé al verlo, secándome con rapidez las lágrimas con un pañuelo perfumado.

—Acabo de escabullirme para venir a saludarte, Akame. Me han informado de que tu eunuco ha estado en la sala de espera y he deducido que estarías por aquí.

Asentí con la cabeza para darle las gracias por un detalle tan considerado.

—¿Es cierto que hay varias epidemias? —le pregunté angustiada.

—Me temo que sí. En los últimos días han llegado muchos pacientes con vómitos y diarreas. Si has pasado por algunas de las puertas de la ciudad te habrás dado cuenta de la cantidad de gente que busca refugio en Lin'an. No tienen dinero y se ven obligados a malvivir en los suburbios. Allí se hacinan la basura y las aguas residuales de los canales. Es un lugar sucio y maloliente, donde se generan toda clase de enfermedades.

—Me hubiese gustado tanto ayudarte en la consulta... —dejé caer, abatida.

—Sabes que no sería buena idea. Tu padre no lo aprobaría, y menos aún el maestro Cao.

Me dieron ganas de responderle que mi anciano marido dormía en un diván y que para nada le importaba mi persona lo más mínimo, pero al hacer mención a mi padre no pude evitar que la preocupación por su salud volviera a atormentarme.

—¿Qué sabes sobre el mal que lo aqueja? —le pregunté—. Llevo aquí todo el día y todavía no he logrado verlo. Madre dice que es solo un dolor de cabeza, pero creo que miente.

Él permaneció callado unos instantes. No soporté su silencio.

—Te conozco, Kun. Seguro que ya habrás descubierto cuál es su enfermedad por las medicinas que le ha prescrito mi esposo. Habla, por favor. Dime la verdad por dura que sea.

—Sé lo mismo que tú, Akame. Tuvo convulsiones. Seguro que se recuperará, no es la primera vez que las sufre. No debes preocuparte.

Estaba segura de que mentía. Me apreciaba demasiado como para decirme la verdad. Todos los sentimientos que estaba reprimiendo se anudaron dentro de mí. Mi padre, mi casamiento, mi nueva vida, mis sueños rotos... Demasiadas emociones juntas. Me sentí tan impotente que me eché a llorar con amargura.

Kun, conmovido por mi llanto, se acercó más a mí y me ofreció un pañuelo. Me tomó de las manos. El contacto era tan cálido que me hizo sentir bien. A través de ellas me transmitió todo su cariño, fuerza y determinación. Estaba tan cerca de mí que sentí su aliento cálido sobre los labios. Me acarició la mejilla con ternura, mientras sus ojos se tornaban brillantes.

De repente, la voz de madre atronó desde la puerta.

—¡Akame!

Xiong Kun se separó de mí bruscamente.

Ella se acercó hasta nosotros con los ojos entornados.

—Hija, ¿no crees que estás entreteniendo más de la cuenta al joven Xiong? La consulta está desatendida.

Él pidió disculpas postrándose con un *koutou* y se apresuró a salir del mirador sin atreverse a despedirse de mí.

En cuanto Kun se alejó lo suficiente para que no pudiera oírnos, madre se dirigió a mí llena de ira, pero mantuvo un tono de voz discreto para que nadie de la casa nos escuchara.

—Eres una niña estúpida —siseó entre dientes—. ¿Acaso quieres llenar de vergüenza a tu marido y traer la deshonra a nuestra familia? ¿Te imaginas qué hubiese pasado si en vez de descubriros yo hubiese sido tu esposo?

Me quedé perpleja al escuchar sus recriminaciones. ¿A qué se refería?

—No te hagas la tonta conmigo —prosiguió—. He visto como ese patán te acariciaba la mejilla. Tus lágrimas no mienten.

No pude evitar soltar un gemido de indignación.

—Madre, lo que has visto era un inocente gesto de consuelo. No ha habido en ello nada indecoroso. Nos conocemos desde niños. Él solo...

No dejó que me explicara.

—Nada es inocente si viene de un hombre —me susurró con los dientes apretados—. Tú no lo sabes, pero la familia de ese muchacho te pidió en matrimonio el año pasado. Nos mandaron una *meipo* tan vulgar que sentí vergüenza ajena. Ni siquiera tenían dinero para pagar a una casamentera decente.

La incredulidad apenas me dejaba respirar. ¿De qué hablaba?

—Deberías estarme agradecida —prosiguió con aire jactancioso—. Los Xiong son unos muertos de hambre. Querían que tu padre adoptara a Kun para así heredar la farmacia a su muerte. Pero yo convencí a mi señor para que rechazara la oferta. Y menos mal que los dioses me dieron sensatez; si no, a estas alturas estarías casada con él sin más arras que el «amor verdadero».

Estaba tan confusa que no atiné a responderle. La cabeza me daba vueltas. Yo, casada con Xiong Kun y viviendo en mi hogar natal. Ese había sido mi sueño desde niña y también el de padre. Sentí un inmenso dolor en el pecho, una bocanada de vacío que me oprimía la garganta. Madre siguió hablando, pero yo no la escuchaba, solo oía el sonido de mi sangre golpeando en mis sienes. Era como si un cuchillo me rasgara las entrañas a cada palabra suya.

—No lo olvides jamás —me advirtió—. Gracias a mí eres la primera esposa de un médico prestigioso y rico. Si eres lista, llegarás a ser la gran señora de la casa Cao. Solo tendrás que darles un heredero y tu vida estará resuelta.

—¿Y qué vida es esa, madre? —espeté con los ojos arrasados en lágrimas.

—¡La que yo hubiese querido para mí, niña ingrata!

Le di la espalda, llena de furia e impotencia, tragándome las respuestas que gustosa le habría dado, de no estar mi padre enfermo y de no deberle la piedad filial con la que me habían educado.

—Y ahora —dijo con gesto pétreo al tiempo que me tomaba por los hombros y me obligaba

a volverme—, límpiate esas lágrimas y ve al cuarto de tu padre. Quiere verte.

Dio media vuelta e hizo intención de abandonar la galería. Yo la detuve.

—Madre, dime una última cosa: ¿qué has querido decir con eso del amor verdadero? ¿Xiong Kun dijo que me amaba?

Ella puso los ojos en blanco y dejó escapar un gemido de condescendencia.

—El amor de un hombre dura lo que tarda en yacer con otra mujer. Y tampoco pone un plato de comida en la mesa. Cuando la miseria entra por la puerta, el amor escapa por la ventana.

No esperó a mi reacción. Se marchó llena de ese orgullo rancio que la caracterizaba.

Me dejé caer de rodillas y oculté mi rostro entre las manos mientras lloraba rota de dolor.

Longyan llegó en ese momento, ni siquiera lo oí. Me ayudó a levantarme y me guio hasta uno de los divanes para que me tumbara. Sacó un abanico de uno de los bolsillos de su fajín y me dio aire.

—Lo he oído todo, mi señora. Llorad, llorad lo que os plazca, mi niña. No os regañaré. Os juro que jamás estuve al tanto de las intenciones de matrimonio del joven Xiong Kun. De haberlo sabido, quizá hubiera podido interceder por él ante vuestro padre.

Me acarició dulcemente el cabello al tiempo que sus ojos se nublaban. Yo todavía conservaba el pañuelo que me había ofrecido Kun. Lo apreté contra mi pecho y me prometí a mí misma que lo guardaría, junto con mis lágrimas, como un tesoro. Como el sueño inalcanzable que podría haber sido y no fue. Tal vez había estado enamorada de él desde siempre y fue justo en ese preciso instante cuando lo descubrí.

Tres varillas de incienso más tarde, y tras llorar hasta que creí que no me quedarían más lágrimas, Longyan me retocó el maquillaje y el peinado y me animó a que visitara a mi padre.

El olor medicinal se extendía más allá del pasillo que llevaba a sus aposentos. La habitación estaba en penumbra. El humillo acre de los braseros cargaba el ambiente de un denso aroma a ajeno. En su mesilla humeaba un cuenco de sopa de ginseng, pero él ni la había probado.

Los sirvientes que atendían a mi padre se marcharon en cuanto nos vieron aparecer.

Ambos nos colocamos a los pies de su cama y yo hice un gesto de venia.

—Acércate, querida hija. —Se incorporó con dificultad—. Estás más bella que nunca.

—Gracias, padre. ¿Cómo os encontráis? —le pregunté mientras me sentaba al borde de su cabecera.

—Estoy bien. No debes preocuparte. El tratamiento que me ha prescrito tu marido va obrando su efecto.

Le toqué la frente con el dorso de mi mano. Su sudor era frío y el tono de su piel, ceniciento. Lo noté débil y más delgado. Hizo un gesto brusco para que no siguiera tocándolo y me cogió las manos con fuerza.

—¿Vigilarás la salud de la dama Lixue en mi lugar y cuidarás de que no le falte de nada? ¿Lo harás por mí, hija mía? Prométeme que cada día, antes de acostarte, comprobarás que ella descansa en sus aposentos y no en el sótano. —Se detuvo súbitamente llevándose las manos a las sienes como si un dolor agudo lo torturara. Duró unos instantes. Luego se repuso y se lamentó de su desvarío—. Oh, perdóname, pequeña Alome... No sé ni lo que digo. Por un momento he olvidado que acabas de casarte y que ya no vives bajo mi techo... Pero, dime, ¿eres feliz junto al maestro Cao? ¿Te trata bien su familia?

Asentí con la cabeza, intentando tragarme las lágrimas. Mi padre estaba perdiendo la cabeza.

Su mal, fuera el que fuese, era más grave de lo que todos pretendían hacerme creer.

Intenté tomarle el pulso, pero se negó con nerviosismo.

—Estoy cansado, hija. Será mejor que me dejes dormir. Da orden a tu madre para que nadie me moleste.

Lo besé en la frente y salimos de la habitación en silencio. Los criados que habían abandonado el cuarto a nuestra llegada volvieron a sus quehaceres en cuanto nos vieron salir. Longyan no quiso hacer comentario alguno, seguramente por no alterar más mi ánimo, pero lo vi preocupado. Al tomar el pasadizo que llevaba al ala de las dependencias de las mujeres, nos dimos de frente con mi marido, que en ese momento se disponía a hacer una visita a mi padre.

—Esposa mía, he dormido más de la cuenta. Os pido disculpas. Mi agotamiento era mayor del que creía. Visitaré a vuestro padre y saldremos de inmediato. La noche se nos echará encima y mañana tengo que estar en la consulta muy temprano. —Se dirigió entonces a Longyan—: Ordena a los portadores que estén preparados para salir.

Hice un gesto de obediencia por toda respuesta. Al menos se había disculpado. Ya era algo. Lo vi tan apurado que no quise alargar nuestro encuentro. Intentaría hablar con él cuando la ocasión fuera más propicia.

Cuando estuvo de regreso nos dispusimos a partir.

Madre se despidió de mí como lo hubiese hecho de cualquier huésped, dado que, tras mi casamiento, para ella yo ya no era más que eso. Imaginé que estaría disimulando el disgusto tras el encontronazo que habíamos tenido por lo ocurrido entre Kun y yo. No hizo falta que le recordara que me hiciera entrega del paquete que me habían enviado. Ella misma me lo ofreció. Era una caja envuelta en seda blanca, sujeta por un hermoso cordoncillo de oro.

Le di las gracias y nos despedimos de las concubinas y de la servidumbre, que habían dejado sus quehaceres para vernos partir desde el patio trasero.

Longyan, las gemelas y yo subimos al palanquín. Mi marido montó en un hermoso caballo de Yunnan y cabalgó al paso de los portadores.

Las calles seguían llenas de gente, a pesar de que los fanales comenzaban ya a encenderse.

Era noche cerrada cuando llegamos al Pozo de las Luciérnagas. El viento traía un delicado perfume a jazmín y la luz de la luna se derramaba en destellos plateados sobre los árboles de espino blanco.

No pude evitar sentir una gran nostalgia. Había llegado al que ahora era mi hogar, pero no lo sentía como mío. Era mi prisión, el estanque en el que yo, una carpa doméstica, flotaba a la deriva.

Aquella noche tuve trato carnal con mi marido. Sentí que la sangre me subía a las mejillas ante su mirada de lascivia. En aquel acto no hubo amor, ni tan siquiera respeto por su parte, solo unas terribles ganas de saciar sus necesidades más primitivas. Para mí fue un suplicio. Intenté recordar las palabras de Longyan, aquellas que tanto me ayudaron en mi noche de bodas, pero fue imposible evadirme de mi cruda realidad. El cuerpo de mi marido no era el de un joven de carnes prietas y manos afectuosas. Resolló como un viejo buey incapaz de soportar el peso del arado. Por unos instantes, mi mente dibujó la imagen de Kun. Su rostro esculpido de altos pómulos, sus labios carnosos y seductores, su cuerpo espigado de elegantes ademanes. Imaginé sus manos sobre mis senos, la caricia de sus labios en los míos. Pero aquel espejismo se desvaneció en un instante, lo que tardó mi marido en derramar su esencia dentro de mí con un gruñido de satisfacción. Cuando acabó, le costó recobrar el resuello y se dejó caer desfallecido. Pensé que había perdido el conocimiento a consecuencia del esfuerzo, pero al poco su respiración se tornó más cadenciosa. Se había quedado dormido y me costaba tomar aliento aplastada bajo su gran corpulencia. Me lo quité de encima como pude. Él dejó escapar varios rezongos y siguió durmiendo.

Sentí unas terribles ganas de borrar todo rastro de su simiente en mi valle. Salté de la cama y busqué la tetera. El agua todavía estaba tibia. Me lavé con rabia, rogando a los dioses que no permitieran que arraigara en mis entrañas su fruto. Lo hice sin temor alguno a contravenir las leyes celestiales que me ataban a mis deberes como esposa y como mujer.

Mientras las lágrimas corrían todavía por mis mejillas, salí de la cámara nupcial y me aventuré al pasillo que llevaba a varias estancias del pabellón. Sorteé los cuerpecillos de las gemelas. Las pobres dormían enroscadas como cachorros sobre unas esterillas tras las puertas. Me dirigí al cuarto en el que había dejado el paquete que me entregara madre apenas unas horas antes. Encendí una vela y lo cogí. A la tenue luz, exploré con las yemas de mis dedos los dibujos repujados de aquella caja. Eran exquisitos. Al igual que el aroma que exhalaba la propia madera de sándalo. La abrí con gran expectación. Un pañuelo de seda blanco cubría el objeto que atesoraba. Nada más ver los bordados que lucía, dos aves fénix trabajadas en oro y plata, supe de quién era aquel presente.

—Mariposa Blanca —susurré llena de alegría.

No podía creerlo. La concubina del emperador Duzong, a la que yo había diagnosticado cuando Longyan y yo estuvimos en el templo del Alma Escondida, me había hecho llegar un

regalo. Me apresuré a quitar el pañuelo para ver qué ocultaba y me quedé sin aliento. Era un hermoso colgante de jade blanco con la forma de una mariposa emperador. Me maravilló su delicadeza. Una finísima cadena de oro, salpicada con varias cuentas de jade verde oscuro, completaba el conjunto. Debajo del colgante pude ver una carta. El papel era de Xuan, elaborado con paja de arroz y corteza de madera de sándalo, lo que le otorgaba un agradable perfume. Estaba atada con un lazo color lavanda, el cual sujetaba a su vez una gardenia de seda. Me pareció de una elegancia sin par. Procedí a leer.

*Estimada sanadora Zheng:*

*Las medicinas que me prescribiste han sido efectivas. El médico imperial ha determinado que tengo sheemai.*

*No sé cómo agradeceréte. Pero prometo que buscaré la manera.*

*Pronto recibirás noticias mías.*

*Te mando todo mi afecto,  
Mariposa Blanca*

No pude evitar las lágrimas de alegría. Mi tratamiento había dado resultado. *Sheemai* significaba «felices pulsaciones». ¡Mariposa Blanca estaba embarazada! Las buenas nuevas mitigaron mi tristeza y me moría de ganas por gritarlo a los cuatro vientos, pero me contuve. No quería despertar a mi marido y que echara a perder ese mágico momento.

Una voz a mi espalda me sobresaltó. Cubrí el colgante y la carta con la manga de mi bata.

—Os hacía en la cama con vuestro esposo, amita.

Al comprobar que se trataba de Longyan, suspiré aliviada. Admiré su sigilo. Los eunucos estaban adiestrados para moverse como fantasmas. Sus pasos eran invisibles.

—Mi marido ya duerme desde hace rato. ¿Qué haces despierto a estas horas? —lo recriminé, pero sin poder evitar una sonrisa.

—Mi cuarto no es el más adecuado, mi señora. Es muy grande y la cama demasiado blanda.

Lo comprendía. Estaba acostumbrado a dormir a los pies de mi cama, sobre un simple futón de plumas de ganso.

—Amita... Echo de menos vuestra respiración acompasada y los suaves ronquidos de Luna de Plata. Además, este pabellón, aunque bello y acogedor, es inmenso. Oigo el eco de mis suspiros. En vuestra casa natal me dormía arrullado por el ruido de las cortadoras del laboratorio y el trajín de los criados jugando al *mahjong*. El pabellón de las Libélulas Azules está muy aislado. Pero dejemos mis quejas a un lado y centrémonos en el paquete que habéis recibido. ¿De qué se trata? ¿Quién os lo envía?

Le mostré el precioso colgante que yo había tapado con la manga de mi bata.

—¡Por Buda que jamás vi nada tan hermoso y delicado! —exclamó—. Es jade blanco, el más raro y costoso.

Dejé que lo contemplara más de cerca. Él lo inspeccionó con mimo mientras sus labios se curvaban en una sonrisa picara.

—¿Y quién os ha enviado esta joya tan valiosa, amita? Solo puede ser de una persona...

Le tendí la carta y, según la leía, sus ojos se abrieron como abanicos.

—¡La concubina del emperador Duzong está embarazada! ¡Demos gracias a los dioses! ¿Sabéis qué significa algo así?

Lo miré extrañada. ¿A qué se refería?

—Mariposa Blanca os recompensará.

—Bueno, ya lo ha hecho. Tú mismo has dicho que es una joya muy valiosa. Creo que es un pago muy generoso por mi trabajo.

Me miró como si en ese momento yo fuese una niña chica.

—Carecéis de picardía alguna. Este colgante no es más que una muestra de los regalos que os hará si el embarazo sigue adelante. Os esperan muchos más. —Hizo una pausa como cayendo en la cuenta de algo—. Se hace necesario que nos pongamos en contacto con ella para avisarla de que vos ya no vivís en la farmacia del Pez de Oro. Hay que darle las señas de este palacete para que los regalos y las misivas lleguen aquí. De otro modo, la dama Lin se quedará con todo lo que os envíe, como ha querido hacer con este colgante.

Tenía razón. Pero ¿cómo íbamos a hacer algo así? La concubina nos contó que le era casi imposible comunicarse con el mundo exterior. Imaginé que sería todavía más complicado hacerle llegar un mensaje.

Longyan me miró adivinando mis reservas.

—Mi señora, sé la manera de llevar esa carta a su alteza. Se la entregaré a mi amigo Avispa y él se encargará de dársela con toda discreción. Nos conocemos desde niños y jamás me traicionaría.

Sonreí esperanzada. No había caído en la cuenta de que él mantenía contacto con algunos eunucos de palacio. Avispa y él trabajaron juntos para el general Wu Huan. Ambos tuvieron el mismo maestro. Y eso era como decir que tenían cierto grado de parentesco.

—He quedado con él dentro de dos días para visitar la tumba de nuestro maestro, en el cementerio de eunucos.

A los emasculados se los enterraba en un cementerio aparte. Y, dado que ninguno de ellos había tenido descendencia, los únicos que tenían permiso para visitar sus tumbas eran los amigos de su misma condición. También se les permitía quemar papel moneda u objetos elaborados en papel para que, de ese modo, sus espíritus pudieran disfrutarlos en el más allá. Estas ofrendas se llevaban a cabo al pie de las sepulturas y se llamaban «sacrificios complementarios».

—¡Es una idea excelente! —exclamé—. Tendré el mensaje listo para entonces, Longyan.

—Y ahora será mejor que volváis a la cama, señorita. Si el maestro Cao se despierta y ve que no estáis, se enfadará.

Hice una mueca de desagrado.

—Está bien —capitulé—. Vayámonos a dormir.

—Pero antes os aconsejo que mañana busquéis un lugar seguro para esconder el regalo de Mariposa Blanca. Recordad que os hizo prometer que no le contaríais a nadie vuestro encuentro en el templo del Alma Escondida.

Ambos regresamos a nuestros dormitorios.

Apenas dormí. Eché a faltar las manos expertas de Luna de Plata con el linimento de *baiyao*, dándome masajes en las piernas. Un pensamiento fugaz me pasó por la mente. ¿Cómo le habría ido con su casamiento? ¿Sería feliz? Deseaba con todas mis fuerzas que fuera así.

\* \* \*

Poco después del desayuno, mi marido ordenó que le prepararan uno de los carros y dijo tener un paciente a las puertas de la muerte. Avisó de que podría estar varias semanas ausente, porque el enfermo en cuestión vivía en Hankou, a varios días de distancia de Lin'an.

Me invadió el temor.

—¿Y quién cuidará de la salud de mi padre si vos no estáis, esposo mío?

—He dejado al cargo a Li Rong. Él supervisará su tratamiento. Ya le di las pautas a seguir en mi ausencia.

Disimulé mi fastidio por aquella decisión. Pensé que el paciente al que iba a atender mi marido debía de ser muy importante para dejar a mi padre en manos de un inepto como el sobrino de madre. Pero, por más que yo lo deseara, no podía hacer nada para remediar aquello. Si cuestionaba su decisión, se enojaría.

Mi suegra, las concubinas y yo despedimos a nuestro señor en el patio de entrada al palacete. Lo acompañaban varios de sus siervos y dos de sus estudiantes más aventajados, a los que yo ni conocía. Los criados también acudieron a despedirlo y, por supuesto, Longyan, que ese mismo día tenía que ir a la cita con el eunuco Avispa para visitar la tumba de su maestro. Allí le entregaría la nota para la concubina Mariposa Blanca, que yo había escrito con mi mejor caligrafía.

Esperé con impaciencia su regreso. No llegó hasta la hora del perro. Las sombras ya cubrían todos los rincones de la propiedad y habían tocado el gong anunciando que la cena estaba lista.

—Ya está hecho, amita —dijo con una gran sonrisa—. Avispa ha accedido a entregar la nota.

Ahogué una exclamación de alegría mientras le indicaba que acudiéramos prestos al salón. La anciana dama y las concubinas ya estarían allí y no quería llegar tarde para evitar enojar a mi suegra.

Durante las semanas que mi marido estuvo ausente tomé constancia de la vida que llevaban las mujeres con las que ahora compartía mi existencia en el Pozo de las Luciérnagas. De su vida y de su oculta amargura. Tía Hui y tía Lan se pasaban las tardes lamentándose de su infertilidad, de sus muchos abortos y de la mala suerte que parecía perseguir a las mujeres de la casa Cao. Sobre todo cuando me llegó mi ciclo lunar. Mi suegra se mostró muy disgustada conmigo, pero las concubinas fueron más comprensivas.

La concubina Hui suspiró.

—A veces pienso que alguna antepasada de la familia murió sin que le ofrecieran los obligados ritos funerarios y se convirtió en un fantasma hambriento. Seguro que echó un maleficio a la descendencia de nuestro señor.

Pensé que ya no era momento de lamentaciones por su parte. Ningún tratamiento medicinal les devolvería su fertilidad. La naturaleza ya se había cobrado su tributo. A la única que sí podía ayudar todavía era a la dama Qiu, pero ignoraba si ella realmente quería tener hijos. Aunque se mostraba amable conmigo y tenía un carácter dócil y agradable, no había llegado a intimar tanto con ella como para saber si nuestro señor dormía en su cama antes de desposarse conmigo o si volvería a ella en cuanto yo dejara de ser una novedad para él.

Tía Lan abrió mucho los ojos, como si estuviera meditando las palabras de tía Hui.

—Tal vez el fantasma hambriento sea el espíritu de la dama Yimei... —dejó caer con un gesto de pánico.

De repente, el rostro de la anciana dama mudó. Su ceño cayó a plomo sobre sus ojillos oscuros. Se la veía furiosa. No se reprimió y asestó un golpe en la boca a tía Lan con el abanico cerrado.

—¡Esa lengua tan sucia te traerá la desgracia algún día, parlanchina!

La otra se restregó los labios, rabiando de dolor. Tía Hui le dio un codazo y luego me miró a mí con disimulo. Yo actué como si no hubiese escuchado el nombre de la dama en cuestión, pero recordaba perfectamente su dulce rostro y los ojos azules. Veía el retrato cada mañana, al colocar las ofrendas en el altar familiar, y jamás le faltaba una flor en un cuenco de agua. Sentí unas terribles ganas de saber más sobre ella, pero entendí que no era el momento para hacer preguntas. Por algún motivo, hasta su nombre estaba vetado para esas cuatro mujeres.

La dama Qiu rompió la tensión del momento sirviendo más té y pasando la bandeja de empanadillas.

—Probadlas, honorable madre. La primera esposa ha conseguido carne de ciervo para prepararlas tal y como a vos os gustan.

Yo tendría que haber desmentido aquello, puesto que quien había conseguido la carne de ciervo no había sido yo, sino Yamiko, en uno de esos apaños suyos que tanto ayudaban a la exigua economía a la que nos sometía mi suegra. No la saqué del error. La cocinera se hubiese metido en un buen lío si se llegaba a descubrir que intercambiaba víveres con las criadas de otras mansiones vecinas.

La anciana rezongó, pero probó una. La degustó con satisfacción y cabeceó dando su beneplácito.

—Esto sí que es una merienda. Así me gusta, hijas mías, que me escuchéis cuando os hablo.

Tomó tres más en un corto intervalo de tiempo.

Miré aburrida el loto que estaba bordando para los zapatos de la longevidad de mi suegra. Ya estaba casi terminado. La tarde se me estaba haciendo eterna.

—¿No es ya la hora de vuestros masajes medicinales, honorable madre? —pregunté sin que se me notaran las ganas que tenía de salir del cuarto de coser.

Ella miró la posición del sol desde la celosía y asintió.

—Así es, querida hija. Me agrada que estés pendiente de esta pobre vieja, no como estas gallinas. —Alzó las manos para ordenar a tía Hui y tía Lan que la ayudaran a levantarse. Ellas acudieron solícitas.

Antes de marcharse se dirigió a la dama Qiu y a mí.

—Recoged todo y podéis hacer lo que os plazca hasta la hora de cenar.

Las dos asentimos con un *kautou*.

Tras dejar cada cosa en su lugar y barrer el suelo de hilos, nos despedimos.

A mí me rondaba una idea desde que llegué al Pozo de las Luciérnagas. Tenía deseos de conocer el despacho de mi marido. Imaginé que encontraría algo de lectura. Echaba terriblemente de menos mis estudios de medicina.

Fui al encuentro de Longyan, que, como cada tarde, estaba en el patio de la cocina disfrutando de los grillos de tío Pope. Las gemelas andaban atareadas con la costura. Después de

que mi eunuco hablara con las criadas, estas accedieron a enseñarles los primeros pasos en el bordado.

Le conté mis intenciones y él creyó conveniente esperar hasta después de cenar. Mandaríamos a dormir a las niñas y haríamos una incursión al pabellón de mi marido. Mi corazón brincaba de alegría ante la idea de verme de nuevo rodeada de libros de medicina. Mientras se hacía la hora, decidí dar un paseo por el jardín acompañada de mi eunuco.

A través de la brisa me llegaba el perfume del azahar y del laurel. Longyan me sugirió que nos sentáramos bajo un pórtico, junto a uno de los estanques ovales donde flotaban decenas de lotos azules. Un grupo de peces *li yu* se arremolinó en la orilla al ver nuestras sombras. Sus hermosas colas parecían gasa de seda.

La dama Qiu llegó precedida de su criada Luna Misteriosa, a la que dio permiso para pasear. La falda de su *hanfu* revoloteó movida por un golpe de aire. Ella, con su natural elegancia, se la sujetó con una sola mano e inclinó la cabeza para saludarme. Le pedí que se sentara junto a nosotros. Su rostro mostraba seriedad.

—Me veo en la obligación moral de contaros algo, primera esposa —dijo con solemnidad.

—Os escucho —le respondí sorprendida.

—Es en referencia a la dama Yimei, de la cual han hablado tía Hui y tía Lan mientras bordábamos.

—¿Se trata de la dama del retrato que hay en el altar familiar? —pregunté muerta de curiosidad.

—Así es. Veo que os habéis fijado en ella.

Asentí.

—Pues bien —prosiguió—, Yimei era la tercera esposa de nuestro marido. No llegué a conocerla, pues cuando yo vine a vivir aquí hacía más de una década que ella ya no estaba. Yo ocupé su puesto dentro del rango de concubinas. Lo poco que sé de ella me lo contó una vieja criada de la casa, la cual se marchó a su pueblo natal hace algunos años. Según ella, la dama era una flor refinada. Nuestro señor la conoció en una casa de té de las tierras de placer. Al parecer estaba muy solicitada, pues como sin duda habréis podido comprobar por su retrato, era una belleza muy exótica de descendencia mongol, y tenía los ojos del color del mar. Además, era una cantante muy cotizada y se había especializado en el teatro de sombras. Los hombres acudían de todas partes para verla actuar.

»Desde un principio, la anciana dama no aceptó a la dama Yimei. Para la familia fue una deshonra que la trajera aquí a vivir con las demás esposas. Todo eran recriminaciones contra nuestro marido. Él ordenó construir el pabellón de las Libélulas Azules para alejarla del resto de las mujeres. Fue allí donde vivió durante su estancia aquí, pero eso no impidió que ellas le hicieran la vida imposible. Tía Hui y tía Lan no permitían que la criada de la dama Yimei calentara agua para su baño, ni siquiera para un té. Tampoco que cocinara en los fogones de la

casa. Le ponían mil impedimentos. Todas se negaban a compartir mesa con ella y solo le dejaban las sobras. Nuestra suegra ordenaba a las criadas que entraran en sus aposentos a hurtadillas e introdujeran serpientes en su cama. Ella se quejó a nuestro marido y amenazó con abandonarlo si ese trato vejatorio proseguía. Él la colmó de obsequios para impedir que se marchara: joyas que jamás había regalado a su primera esposa, la dama Saiming; y ordenó que permitieran cocinar a su criada o castigaría a quienes se opusieran.

»Ante tales circunstancias, la primera esposa amenazó con suicidarse. Y no fue la bravata de una mujer celosa: intentó ahorcarse en uno de los árboles. Varios criados lograron salvarla, pero no salió bien parada de aquello. La soga dañó su garganta; la marca de la cuerda se le quedó grabada alrededor del cuello y jamás volvió a hablar. Las quejas de su familia natal no tardaron en llegar a oídos de nuestro señor. Aun así, él restó importancia al asunto. Estaba realmente enamorado de la dama Yimei y nada de lo que ocurriera, por cruel que fuera, cambiaría aquello. Pero la concubina Yimei sí se sintió conmovida. Su conciencia no le permitió seguir viviendo en el pabellón de las Libélulas Azules como si nada de aquello hubiese ocurrido. Aprovechó la ausencia de nuestro marido, recogió sus cosas y se fue.

»Pero antes de marcharse maldijo a todas las mujeres de esta casa, un hogar donde no había encontrado más que desamparo y dolor. Años más tarde, esta misma criada se enteró de que había muerto en un convento, donde se retiró para protegerse de la maldad del mundo. Lobo Plateado, el geomántico de nuestra suegra, cree que el espíritu de nuestra hermana está inquieto, dama Akame. Dice que su fantasma clama justicia desde el más allá y que la desgracia no tardará en caer sobre esta familia.

Sentí un escalofrío.

—¿Vos también lo creéis, hermana?

Sus cejas se arquearon con refinada timidez.

—Oh, yo pienso que no es el espíritu de la dama Yimei el que está inquieto. Es el de la dama Saiming.

Aquello me robó el color de la cara. Ella me dio su parecer.

—Apenas habían pasado unos meses de luto cuando nuestro marido os buscó a vos para sustituirla. Yo la conocí. Era una mujer muy desgraciada. Sufría mucho a causa de una enfermedad en los huesos. Estaba encorvada, medio calva, y le faltaban todos los dientes. Parecía mayor que nuestra venerable madre. Se casó con nuestro señor cuando tenía treinta otoños y él solo quince. Su familia aportó una succulenta dote que llenó las arcas de los Cao. Pero la pobre no tuvo suerte. Sufrió varios abortos y le nacieron dos hijas muertas. Amaba con locura a nuestro señor y era, como ya os he dicho, muy celosa. No creo que muriera en paz. Nuestro marido no estaba junto a su lecho cuando dejó este mundo. Se hallaba de viaje. Él jamás se resignó a la ausencia de la dama Yimei y la buscó por todo el Imperio durante años.

Longyan y yo nos miramos asombrados.

—¿Y vos no sufristeis los celos de las mujeres? —preguntó mi eunuco.

—No, gracias a los dioses. Fue la propia anciana dama quien convenció al maestro para que me tomara como concubina, pues necesitaban hijos varones en la familia. Pero él jamás...

Se ruborizó con timidez sin terminar la frase. Aunque no fue necesario que lo hiciera para comprender a qué se refería.

—Lo siento, hermana —le dije.

Ella me miró con dulzura.

—Las mujeres no merecemos ser amadas. Cuando una sierva es concubina de bajo rango, la única alegría que le queda en el mundo es la de ser madre. Ya me he conformado con mi destino. No sufráis por mí, dama Alome.

El sonido del gong resonó en la distancia. Llamaba para la cena.

Ambas nos levantamos.

—Ahora ya sabéis por qué el nombre de la dama Yimei está prohibido en esta casa.

—Os agradezco la confidencia, dama Qiu. Me cuidaré de no pronunciarlo en presencia de nuestra suegra.

Luna Misteriosa regresó de su paseo y todos nos dirigimos hacia el comedor.

Mientras caminábamos, no pude evitar sentir lástima por mi marido y por la pobre concubina Yimei. Era una gran historia de amor. Una tragedia. Él la había buscado durante años sin saber que ella ya bebía de las fuentes amarillas. ¿La buscaba todavía? ¿Era por eso por lo que siempre estaba ausente?

Tras la cena, y dejar a las gemelas durmiendo, Longyan y yo nos escabullimos al pabellón de mi marido para encontrar su despacho, tal y como habíamos acordado.

Mi eunuco se quedó en la puerta haciendo guardia. Entré sin hacer ruido. La sala era espaciosa. El suelo estaba alfombrado y los muebles guardaban un perfecto orden. En un rincón vi varios baúles médicos de viaje y un *yaoxiang* para guardar plantas medicinales. En los cajones encontré pócimas curiosas, entre ellas varios afrodisiacos: una droga que se obtenía de los genitales del castor y que se untaba en el «tallo de jade» del hombre, frascos llenos de vino donde habían sumergido una pareja de lagartos rojos mientras copulaban y la popular «poción del pollo calvo». Me pregunté si mi marido utilizaría alguno de esos elixires para nuestros tratos carnales.

Detrás de un biombo había estanterías repletas de libros. Mis labios esbozaron una sonrisa al comprobar que no me había equivocado. Disponía de una magnífica biblioteca. Incluso encontré tratados de anatomía y cirugía que no estaban escritos en chino, sino en una especie de caligrafía que parecía el rastro de las patitas de una hormiga mojada en tinta. Ignoraba el idioma, pero adjuntaba detalladas ilustraciones que me parecieron muy interesantes. También encontré un tratado sobre partos. Di gracias a los dioses; entendía los caracteres. Pasé mucho tiempo sumida en aquel libro, hasta que Longyan entró para advertirme que se acercaba alguien.

Dejé todos los volúmenes tal y como estaban, cogí la lámpara y cerré la puerta tras de mí. Salimos apresuradamente de aquella ala del palacete. Apenas habíamos recorrido unos cuantos pasos cuando nos dimos de bruces con las gemelas.

—La andana dama, tía Hui y tía Lan están muy malitas, primera esposa —dijo Lluvia.

—¡Están vomitando! —añadió Cascabel

—¿Vomitando? —pregunté yo alarmada—. Tal vez les sentó algo mal en la cena.

Las gemelas se encogieron de hombros.

—¿Y la dama Qiu, se encuentra bien? —preguntó Longyan con un gesto de preocupación.

—Ella ya hace mucho que se retiró a descansar —contestó Lluvia—. No ha salido de sus aposentos, a pesar del jaleo que se ha armado.

Nos apresuramos a llegar hasta las casitas de las mujeres, seguidas de cerca por las niñas. Los faroles permanecían encendidos y pudimos ver que muchos de los sirvientes estaban asomados a

las ventanas de las dependencias de los criados. Otros, a los cuales no reconocí como empleados de la casa, se habían reunido en los escalones de entrada de la casita principal de la anciana dama, de la cual provenían gritos y una gran algarabía. Parecía una pelea.

Mi eunuco corrió hasta allí y abrió la puerta. Yo me di toda la prisa que me permitieron mis lotos dorados.

Nada más entrar, mi estupor fue en aumento. Un tufo a vino agrio me hizo torcer el gesto. Un corrillo de mujeres, elegantemente vestidas, pero con el pelo desgredado y el maquillaje corrido, presenciaban la disputa entre las dos concubinas, tía Hui y tía Lan. Ambas tenían el mismo aspecto que las demás. Sus rostros demacrados daban auténtico pavor. El suelo estaba manchado de vómitos y había copas de vino y aperitivos fríos tirados por doquier.

—¡Eres una perra estúpida! —gritó tía Hui—. ¡El día que nuestro marido se casó contigo tenía que estar más borracho que tú!

—¡Cállate, campesina! —le contestó la otra blandiendo el abanico frente a su cara—. En tu pueblucho serías toda una belleza, pero aquí eres tan fea como el trasero de un cerdo. Tienes más arrugas que una ciruela seca. ¡Estás celosa de mí porque soy más joven que tú y llamo la atención de los hombres!

—¡Silencio las dos! —ordenó la anciana dama al tiempo que se levantaba del diván con su ralo cabello encrespado y el *kohl* de las cejas esturreado por toda la cara—. ¡Ambas sois unos escarabajos peloteros! ¡No tenéis refinamiento alguno!

Un par de mujeres se afanaban en darles aire con sus abanicos, pero casi no se tenían en pie debido a la borrachera.

Tía Hui se escurrió con uno de los vómitos y cayó cuan larga era en la alfombra. Comenzó a patalear y a gritar mientras tía Lan se reía a carcajada limpia.

Longyan intercedió lo que pudo. En cuanto quiso poner fin a la discusión, las invitadas arremetieron contra él.

—¡Están completamente ebrias, amita! —exclamó mientras intentaba escapar de la nube de abanicos cerrados que se había cernido sobre él.

A esas alturas ya había averiguado eso por mí misma. Perdí los nervios y solté una maldición. Ordené a las gemelas que fueran en busca de algunas criadas más para contener a las concubinas. Y que preguntaran por los criados de las visitantes para que se encargaran de llevarse a sus amas.

Cuando al fin despedimos el palanquín de la última invitada, sonaba el gong de la hora del búfalo. Yo estaba tan desgredada como las concubinas y Longyan tenía la cabeza llena de chichones y el rostro cubierto de arañazos. Nuestros ropajes apestaban a vino.

Mi suegra dormía ya. Las doncellas de tía Hui y tía Lan consiguieron meterlas en sus camas.

Interrogamos a los criados para saber qué había ocurrido exactamente, pero ninguno nos contó nada. Era como si tuvieran entre ellos un pacto de silencio.

—¡Por Buda Amitabha! —exclamé agotada—. ¿Es que nadie en esta casa va a contarme lo que ha pasado?

Longyan, tan exhausto como yo, compuso una mueca sagaz.

—Cuando el gato está ausente, los ratones hacen fiesta, mi señora. Aunque los criados jamás abrirán la boca. Son leales a la anciana dama.

Tampoco mi suegra soltó prenda. Actuó como si no hubiese ocurrido nada. Pero en días

posteriores pudimos enterarnos por nosotros mismos de que, al parecer, la anciana dama y las concubinas Hui y Lan montaban partidas de *mahjong* en ausencia de nuestro señor. Las visitantes eran las esposas de otros terratenientes vecinos, viudas con hijos varones en su mayoría, y que pertenecían a un grupo de «hermanas de juramento» de la anciana señora Cao. Se conocían desde jóvenes. También jugaban a «quien pierde, bebe», que consistía en someter a cada jugador a una pregunta o a una prueba, según turno, y quien perdiera o se negara a contestar tenía que beber una copa de vino. Y, como cabía esperar, llegadas ciertas horas de la madrugada, mi suegra y las concubinas estaban tan borrachas que no podían ni llegar hasta sus lechos. Era un penoso espectáculo de cornejas intentando alcanzar sus nidos. Longyan y yo nos encargábamos de dejarlas metidas en la cama. Y el estado de sus amigas era igual de lamentable. La única que no participaba era la dama Qiu. Cuando se enteraba de que se avecinaba una reunión de hermanas de juramento, se retiraba temprano a sus aposentos. Y nunca intervenía ni para bien ni para mal. A Longyan y a mí nos pareció una actitud muy prudente. Totalmente acorde a la personalidad de la dama Qiu. Ella había nacido en el año del caballo y como él era bella y noble, mientras que tía Hui y tía Lan eran cabra y mono respectivamente. Caprichosa e insegura la primera, y presumida y codiciosa la segunda. Y mi suegra, que era rata, astuta e inteligente, era la que dominaba en su pequeño reino a su antojo.

Tanto fue así que en pocas semanas me hizo concesiones para comprar mi silencio.

—Querida hija, quiero que sepas que he accedido a que te visite la señora Chen, la *meipo*. Me dejó sin habla.

—Sí —prosiguió ella—. Ha llegado a mis oídos que ambas os hicisteis muy amigas cuando estuvo arreglando tu casamiento con mi hijo, ¿no es así?

Asentí con la cabeza, sin llegar a sacudirme del todo el asombro.

—Pues dado que también es amiga de varios adivinos que me suelen frecuentar, he pensado en invitarla esta noche a una pequeña reunión que daré.

Incliné la cabeza agradecida. Estaba deseando ver a la señora Chen para comprobar cómo le había ido el tratamiento que le prescribí a «su hermana». Imaginé que ella habría intentado ponerse en contacto conmigo y que mi suegra no lo permitió por exceso de celo. Pero ahora que yo estaba al tanto de sus andanzas quería ofrecerme alguna clase de prebenda para que mantuviese la boca cerrada y no le fuera con el chisme a mi marido. Aproveché la oportunidad que aquella pequeña ventaja sobre ella me brindaba para pedirle algo más.

—Honorable madre, ¿no sería una ocasión maravillosa para que mi eunuco Longyan cantara a los invitados? Seguro que causará admiración. Incluso podríais elegir los pasajes de vuestra ópera favorita.

Ella puso los ojos en blanco.

—Ya he contratado los servicios de varias cantantes que son del agrado de mis invitados. No sé si...

—Dadle una oportunidad, mi buena madre —insistí—. Esas cantantes podrían acompañarlo con los acordes de la *pipa* y del *erhu*.

Hizo un mohín de hartazgo.

—Oh, está bien, hija mía. Dile que puede cantar algún pasaje de la ópera *Historia de Serpiente Blanca*. Es la favorita de mi gran amigo el geomántico Lobo Plateado.

Hice un *kautou* para agradecerle su amabilidad y luego ambas nos marchamos a nuestros

quehaceres.

Al llegar el mediodía, el palacio fue un hervidero de preparativos. La anciana dama determinó que la reunión se llevase a cabo en una de las galerías porticada más amplias del Pozo de las Luciérnagas. Daba al sur y gozaba de los beneficios del sol. También disponía de varias mesas de juego y desde sus ventanales de celosía se podía admirar uno de los jardines más hermosos de la propiedad, justamente el que le daba nombre, pues allí se encontraba un gran pozo de piedra en cuya base crecían varios parterres de hibiscos y peonías rojas. El brocal y la tapadera eran de madera tachonada por clavos de bronce. El tejadillo estaba revestido de tejas esmaltadas en un tono anaranjado y en cada esquina dormitaba la estatuilla de un dragón cincelado en arenisca. Era tan antiguo como el propio palacio y, al llegar la noche, se cubría por completo de luciérnagas. A los ojos del espectador, daba la sensación de estar rodeado de diminutas estrellas.

El jardinero trabajó hasta bien entrado el mediodía arreglando los parterres y renovando algunas flores de invierno. Rastrilló la gravilla blanca de los senderos y las hojas secas que ya comenzaban a acumularse. No colgó farolillos de las ramas de los árboles, puesto que para poder disfrutar del baile de luz de las luciérnagas se necesitaba absoluta oscuridad.

Se colocaron varios braseros para caldear la galería y contrarrestar el frío reinante.

En la cocina también hubo gran movimiento. Longyan, Yamiko y yo tuvimos que ajustar el exiguo presupuesto de la casa para servir a los invitados una recepción digna. Improvisamos algunos aperitivos fríos, tanto dulces como salados, y comprobamos las existencias de vinos y licores. Para hacer frente a esos gastos, en los próximos días tendríamos que estirar aún más las pocas monedas del menú semanal.

Una vez terminadas todas las tareas, Longyan y yo revisamos nuestro guardarropa para ver qué estaría a la altura de los invitados de mi suegra. Al parecer, las concubinas Hui y Lan no se encontraban demasiado bien de salud desde la última reunión de hermanas de juramento. Aun así, decidieron acudir a la fiesta en busca de los consejos espirituales de varios geománticos amigos de la anciana dama. No era extraño que donde hubiese un médico, anduviera cerca un maestro del *feng shui* y otros tantos adivinos. Aunque me constaba que entre ellos abundaban los charlatanes. No era raro encontrarlos en cualquier puesto del mercado, al igual que muchos vendedores de hierbas y de tónicos milagrosos. Se aprovechaban de la credulidad de las personas y las engañaban sin ningún escrúpulo. Sin embargo, los invitados de mi suegra aseguraban ser geománticos; auténticos maestros del *feng shui*. Estos solían ser especialistas en toda clase de

encantamientos, de cánticos para enfermos y comunicaciones con los espíritus, y en la búsqueda de almas perdidas. Incluso daban consejos matrimoniales y ofrecían métodos para concebir un varón.

Mi suegra se rodeaba de una cohorte de ellos.

—A lo mejor por eso es tan longeva —comentó Longyan con una sonrisa jocosa mientras rebuscaba en uno de sus baúles de madera de alcanforero.

Sacó una caja alargada de madera de sándalo. El objeto en cuestión estaba envuelto en seda. Lo puso encima de la cama.

—¿Qué os parece esto, amita? Realzará la sencillez de vuestro *hanfu* azul turquesa. Podéis poneros también la sobrefalda plisada y el chaleco azul cielo con ribetes de marta cebellina.

Se trataba de un ancho cinturón adornado con pedrería del que colgaba un monedero en forma de flor. Una verdadera obra de artesanía de una elegancia sin par.

—Era de vuestra madre —me dijo con un gesto de nostalgia—. Me quedé algunas de sus cosas. La dama Lin se las iba a vender a los ropavejeros, pero yo separé aquello que creí más valioso. Lo guardé para vos. Pensé que os gustaría conservarlas.

Le di las gracias con un fuerte abrazo.

—Ni siquiera dejó que las concubinas se quedaran con alguna prenda o joya —prosiguió—. Recuerdo que yo me quejé a vuestro padre, pero no pude impedir que ella se apoderara de las alhajas. Y había bastantes, porque el general Wu Huan era muy generoso y siempre que viajaba traía regalos a todas sus esposas e hijas.

No me extrañó el comportamiento de madre. Si realmente hubiese sido una mujer de gran corazón como tanto alardeaba, me hubiese entregado esas joyas el día de mi casamiento, dado que eran la herencia de mi madre natural y me pertenecían por derecho.

Longyan sacó varias prendas más del baúl y algunos objetos. Los extendió por el cobertor de la cama para que yo pudiera contemplarlos. Entre los enseres había un abanico de plumas de pavo real, una estola de seda azul cielo con cenefas bordadas en hilo de plata y varias sobrefaldas de un elegante brocado en tonos dorados, muy indicadas para conjuntar con cualquier *hanfu*. A pesar de los años transcurridos, estaban en perfecto estado. Mi eunuco se había encargado de que el paso del tiempo no los dañara.

—Ya es hora de que formen parte de vuestro guardarropa, amita.

A ambos nos brillaban los ojos. Aquellos enseres eran lo único que había sobrevivido a mi madre, la dama Zhu. Acaricié cada una de esas prendas como si parte de la mujer que me había dado la vida todavía permaneciera en ellas. Su olor, su calor, su espíritu. Tanto fue así que cuando Longyan terminó de peinarme con un hermoso moño alto de trenzas y unas horquillas de perlas, no pudo reprimir las lágrimas.

—Me parece estar viendo en vos a la dama Zhu.

—¿Me parezco a ella? —dije con un vuelco en el corazón.

—En vuestras facciones, no, amita, pero sí en lo bella y elegante que sois.

Lo abracé para agradecerle sus palabras, pero él me lo impidió alegando que me arrugaría el vestido. Lo noté nervioso. Y no era para menos: tenía que prepararse para su actuación ante los invitados de la anciana dama. El maquillaje podría llevarle horas. Interpretaría varios extractos de la obra *Historia de Serpiente Blanca*, tal y como había sugerido mi suegra. Y, por supuesto, Longyan había elegido el personaje de la dama Blanca, una diosa serpiente que se enamora de un

joven mortal y pide permiso a las deidades para poder convertirse en mujer y, de ese modo, encontrarse con su amado en la Tierra.

La ópera en cuestión era muy especial, porque la leyenda se desarrollaba en nuestra capital y raro era el año que no se llevaban a cabo representaciones callejeras cuando se celebraba el Festival del Barco del Dragón. Todos conocíamos la leyenda en la que se basaba la ópera. Nos la contaban cuando éramos niños. Y a mí me gustaba especialmente porque ambos protagonistas abrían una farmacia donde dispensaban remedios a todos los pobres de Lin'an. Aunque no olvidaba que se trataba de una historia trágica y resultaba imposible no sucumbir a las lágrimas.

Me despedí de Longyan para dejar que se maquillara tranquilo. No nos veríamos hasta que él hiciera su aparición en la galería porticada para cantar.

Lluvia y Cascabel me esperaban en la puerta. Ambas estaban muy guapas. Estrenaban un *hanfu* de sarga malva que ellas mismas habían ayudado a confeccionar. La tela se la había proporcionado yo, de algunos retales de mi ajuar. Llevaban en las manos un cestillo lleno de flores de crisantemo de un color anaranjado que luego repartirían entre los invitados.

—¡Estáis muy hermosa y elegante, amita! —soltaron al unísono con una perfecta reverencia.

Las clases que recibían de Longyan estaban dando resultados. Yo las premié colocando un par de crisantemos en sus moñetes.

—Los primeros invitados ya han llegado, primera esposa —anunció Lluvia emocionada—. Están esperando en el pabellón de entrada.

—Las doncellas ya les han servido el té de bienvenida —añadió Cascabel.

—¿Y quién está allí para recibirlos? —pregunté yo alarmada.

—La dama Qiu —respondieron las dos a la vez.

—La anciana dama espera ya en la galería, junto a tía Lan y tía Hui —añadió Cascabel—. Las cantantes también están allí. ¡Son tan hermosas, primera esposa! ¡Yo, de mayor, quiero ser como ellas!

Sonreí por aquel deseo.

—Y tú, Lluvia, ¿no quieres ser como ellas cuando seas mayor? —le pregunté a su hermana.

—No, amita. Yo quiero quedarme con vos y serviros hasta que crezca y me encontréis un buen marido.

Me reí. ¡Qué diferentes eran esas dos gemelas! Las insté a que se dieran prisa.

Nada más entrar vi a mi suegra sentada en un gran butacón de robustos brazos esculpidos. Apoyaba ambas manos en un bastón de mango de plata. Iba muy elegante, con un *hanfu* de brocado de seda gris perla bordado en hilos de plata conjuntado con un cuello de piel. Llevaba sus mejores joyas y las concubinas se habían esmerado especialmente con el maquillaje. Comprobé complacida que los postizos que yo misma le había colocado en el pelo realzaban su peinado.

Tía Huí y tía Lan estaban de pie junto a ella, una a cada lado. También lucían elegantes, a pesar de que los colores que habían elegido no eran los más indicados para mujeres de su edad. Un fucsia vibrante y un tono naranja bastante chillón. Las joyas eran aún más llamativas y ostentosas.

La anciana dama me indicó que me acercara.

—Hija, hoy estás especialmente hermosa. El cinturón que luces es de un gusto exquisito. —Miró a las gemelas con un gesto de aprobación. Yo le agradecí el cumplido con una inclinación

de cabeza—. Quiero que des la bienvenida a los invitados en la puerta y que luego los dirijas hasta mí para que yo pueda saludarlos uno por uno. Vigilarás que no les falte vino en las copas y que varios criados estén pendientes de pasarles las bandejas con los aperitivos. —Me hizo un aspaviento con las manos—. Ve, hija, ve. Están a punto de llegar.

Regresé sobre mis pasos. Observé que habían preparado dos largas mesas a cada lado de la estancia con bandejas giratorias de varios pisos a rebosar de aperitivos fríos y que estaban adornadas con flores de calabaza y plumas de pavo real. Vi en ello la mano siempre diestra de la dama Qiu.

Al poco de permanecer en la puerta llegaron los primeros invitados precedidos por ella. Me quedé maravillada, tanto por su buen hacer como por su elegancia. Su *hanfu* era de un refinamiento sin igual. Sus orillos lucían un bordado tan ágil y sencillo que le otorgaban una distinción poco común. Llevaba unos preciosos pendientes de jade, de una transparencia perfecta. Todo en ella resultaba encantador. Sus ademanes eran casi etéreos. Intercambiamos un saludo.

Las niñas repartieron los crisantemos con una reverencia y se retiraron, tal y como yo les había ordenado. Mi suegra, después de saludar a los invitados con una sonrisa de satisfacción, se acercó hasta mí apoyada en su gran bastón.

—Querida hija, este es Lobo Plateado —me dijo presentándome a un adivino de unos sesenta otoños vestido con la túnica y el gorro ceremonial—. Es amigo de un augur de nuestro emperador Duzong. Dice que los astrólogos y matemáticos permanecen en vela toda la noche para ofrecer predicciones al Hijo del Cielo a primera hora de la mañana. Los lectores de sueños siempre están a su disposición por si su majestad los necesita en plena noche. Descifran los mensajes que hay ocultos en las pesadillas del emperador y ponen remedio a los vaticinios con pócimas para prevenirlos o con encantamientos para espantar los malos espíritus que lo acechan. ¿No te parece interesante?

Asentí con la cabeza por toda respuesta. Lobo Plateado me miró con curiosidad y, tras alabar mi elegancia, me dijo muy resuelto:

—No hace mucho acudí a la llamada de vuestra madre, la señora Zheng. Quería saber el sexo del bebé que llevaba en el vientre una de las concubinas de vuestro padre.

Mi suegra no me dio opción a decirle nada. Se adelantó a preguntar con una mueca de curiosidad.

—¿Y qué predijiste?

—Leí en las entrañas del gallo que sería un varón —respondió él acariciándose los larguísimos bigotes.

—Oh, vaya... Entonces quedaría muy complacida con el pronóstico.

—Ya lo creo. Me pagó una pieza de plata.

Ella hizo un gesto de sorpresa.

—Una mujer demasiado generosa, Lobo Plateado. Yo no te hubiese pagado ni la tercera parte.

Ambos rieron con ganas y se alejaron después de que el geomántico se despidiera cortésmente.

La señora Chen no faltó a la cita. No hubo suspicacia alguna, dado que era muy normal que las casamenteras se rodearan de adivinos para contratar sus servicios en los ritos destinados a la

afinidad entre los novios. De hecho, la *meipo* no había llegado sola. Un grupo de casamenteras la acompañaba y charlaban animadamente con los invitados.

—Señora Chen —le dije en cuanto se acercó a saludarme—, cuánto me alegro de veros por aquí.

Ella me tomó de las manos con una gran sonrisa.

—Intenté contactar con vos varias veces, primera esposa, pero la anciana dama no me permitió veros. Os cela, como buena suegra que es.

Ambas intercambiamos un gesto cómplice.

Nuestra conversación se vio interrumpida por la llegada de las cantantes. La música de sus instrumentos inundó todos los rincones.

—Disfrutemos del espectáculo —me dijo con discreción—. Os buscaré más tarde.

Los invitados se sentaron para disfrutarlo también. Los criados apagaron las lámparas de aceite y dejaron encendidas solo las más cercanas al entarimado que habían colocado exprofeso para la ocasión.

Tras un breve interludio de canciones populares, las cantantes entonaron los acordes de uno de los extractos de la ópera *Historia de Serpiente Blanca*. Ese fue el prelude que daría pie a la entrada de Longyan.

Fue impresionante verlo en aquel altillo. El maquillaje de mi eunuco causó asombro y admiración. Se había maquillado la cara de un blanco perla. Sus cejas, muy negras, se alargaban hasta las sienes como antenas de libélula. Un rubor rosado se extendía desde los pómulos hasta sus párpados y se prolongaba, atenuado, hasta el nacimiento del cabello. Sus labios rojos como el rubí parecían verdaderas gemas. El perfilado de *kohl* de sus ojos hacía destacar su iris cambiante, que lucía luminoso y ambarino. Una tiara de flores naturales coronaba su cabello suelto y perfectamente alisado. Iba vestido de blanco, con vaporosas túnicas superpuestas y un fajín dorado. Las mangas rozaban el suelo y le cubrían por entero las manos. Realmente parecía una diosa.

Cantó dejándose el alma en ello. El público lo miraba embobado. Puso tal sentimiento que las damas, y más de un caballero, acabaron llorando.

Cuando terminó los extractos que había pactado con la anciana dama, esta le pidió que cantara otro más. Lobo Plateado también le hizo una petición. Y la actuación se alargó más de lo esperado. Aun así, el público quedó hechizado y solo hizo falta ver a mi eunuco para saber que disfrutó como nunca.

Fui la primera en felicitarlo.

—Oh, mi querido Longyan, has estado magnífico.

—¿De veras lo creéis, amita?

—No seas modesto. Sabes que sí.

Poco más pudimos hablar, porque enseguida un corrillo de invitados lo rodeó. Mi suegra se acercó hasta mí discretamente.

—No me queda otra que admitirlo, hija mía. Tu eunuco tiene una voz privilegiada para el canto. Cualquier compañía prestigiosa de ópera no lo hubiese hecho mejor. A partir de mañana, Longyan puede acompañarnos a tomar el té todas las tardes en el cuarto de coser.

—Os lo agradezco, buena madre —le dije satisfecha por aquella decisión—. Él estará muy complacido.

Tras esa breve conversación, se unió de nuevo al grupo de invitados. La señora Chen aprovechó para venir a mi encuentro.

—Sé que no está bien abusar de vuestra gratitud, primera esposa, pero me he permitido la libertad de traeros a una joven para que la diagnosticuéis. Yo y solo yo soy la culpable, pues alabé vuestras dotes como sanadora en presencia de su madre. No sé si hice bien...

Mi rostro se iluminó con una amplia sonrisa. Eso solo podía significar que el tratamiento que le prescribí para sus trastornos en el mar de sangre le había ido bien.

—Estaré encantada de tenerla como paciente, señora Chen. Desde que he llegado aquí no he podido ejercer la medicina y es algo que echo mucho de menos. Pero...

Ella no me dejó acabar la frase. Pareció adivinar mis reticencias hacia las murmuraciones que haría mi suegra si llegara a sospechar algo. Me hizo un gesto con la mano como para darme a entender que la dejara hacer. Se acercó hasta el corrillo donde mi honorable madre conversaba con el geomántico Lobo Plateado.

—Anciana dama, ¿os parecería una osadía que mis hermanas y yo diéramos un paseo por el jardín con vuestra nuera? La fama de esta propiedad es excelsa y ya sabéis lo que dicen por ahí: «No hay nada como hablar bien de algo que uno ha conocido».

Mi suegra se arrancó a reír. Por supuesto, aquella risilla nerviosa era falsa y de circunstancias, pero aceptó que diéramos el paseo a condición de que regresáramos antes del gong de la hora del caballo.

Yo busqué con la mirada a Longyan. Tras su actuación y las felicitaciones que había recibido, se encontraba hablando con un nutrido grupo de adivinos y geománticos. También se unió a ellos la dama Qiu. Noté en la mirada de la concubina un halo de admiración hacia él. Lo escuchaba con toda atención. No me extrañó. Mi eunuco era un gran conversador y se podía apreciar en su charla la amplia cultura y la erudita educación que recibió de su maestro.

Preferí no interrumpir e indiqué a la señora Chen y al grupo de mujeres que nos marcháramos. Las guie hasta el despacho de mi marido. Allí estaríamos más cómodas y podría consultar algún manual o libro de farmacopea si era necesario.

Tras dejar atrás varios patios y galerías porticadas, llegamos al ala del edificio principal donde estaba ubicado el despacho de mi marido. La señora Chen me presentó a las otras mujeres que la acompañaban. Eran un grupo de cinco casamenteras que, además de ejercer como intermediarias en los matrimonios de todo Lin'an, hacían las veces de *kusangren* en los entierros: plañideras o «lloronas», como vulgarmente solía llamarlas el pueblo llano. Para ello se vestían con ropajes de arpillera blanca, el color del luto. Todas eran viudas y de condición humilde. La viudedad las había dejado al borde de la indigencia y tenían que ganarse la vida como buenamente podían. Su condición de *kusangren* les otorgaba cierto prestigio entre las familias acomodadas, que no dudaban en recurrir a ellas para los funerales más costosos. Rondaban una edad aproximada a la de la señora Chen. Más tarde me presentó a una muchacha muy menuda. Tenía unos hermosos ojos en forma de hoja de sauce y una mirada dulce y limpia. Era muy bonita, pero estimé que estaba demasiado delgada. Se le marcaban los pómulos y sus brazos eran tan escuálidos como varas de ciruelo.

—Esta es la señorita Lü Lian. La consulta es para ella.

Hice un gesto con la cabeza a modo de saludo y ella realizó un *kautou*.

—Pasemos pues al despacho.

La *meipo* se dirigió a sus amigas.

—Sentaos aquí, hermanas —les indicó señalando unos bancos que había en el pasillo.

Después de entrar, las animé a que se acomodaran y yo me senté tras el escritorio de mi marido.

—Os escucho, señora Chen.

—Estoy en un grave aprieto. Quiero concertar el casamiento de la señorita con el hijo mayor de un funcionario. Es un buen partido, porque se está preparando para los exámenes imperiales. Solo hay un problema: Lian todavía no ha sangrado y tiene veinte primaveras. Su madre ha consultado ya a varios médicos y ninguna de sus recetas ha dado resultado. No puedo enviar a mi «sobrina» a una casa donde la repudiarán por yerma. Si su suegra descubre que no sangra, la devolverá a su casa natal. —Me cogió de las manos—. Sois nuestro último recurso, sanadora Zheng.

Me emocioné al escuchar que me llamaba así. Fue como si me devolvieran mi identidad. Desde que me casé, yo era para todos la primera esposa del maestro Cao, sin más miras que concebir un hijo varón para salvar el linaje de la familia. Entonces mi marido pasaría a llamarme

«madre de mi hijo» y mi suegra me llamaría «madre del hijo de mi hijo».

Hice tumbar a la muchacha en un diván y la observé durante un buen rato. Tenía la tez muy cetrina. Los labios, pálidos. Tomé una de sus manos y examiné las uñas. Estaban blancas. Le pedí que me enseñara la lengua. Me pareció poco sonrosada.

—¿Te alimentas bien, Lian?

—Una dama no debe ser glotona. Madre siempre me lo dice. Como lo suficiente.

—¿Has sentido mareos?

—Sí. A veces.

—¿Visión borrosa?

Ella asintió con la cabeza.

Decidí tomarle el pulso. En cuanto coloqué los tres dedos en su muñeca, noté sus latidos acelerados.

—¿Estás inquieta?

—Suelo estarlo sin motivo. Madre dice que soy como un ratón asustado y que debería aprender a disimular mis emociones. Cualquier cosa me sobresalta. Yo me esfuerzo en todo, pero no consigo rozar la perfección que ella anhela para mí.

—Bien, ahora puedes esperar fuera. La señora Chen se reunirá contigo enseguida.

Antes de abrir la puerta me dirigí al *yaoxiang* donde mi marido guardaba varias plantas medicinales. Cogí algo de lúpulo y algunas flores de camomila y abrí la puerta para que saliera Lian. Pedí a una de las casamenteras que buscara la cocina y ordenara de mi parte a Yamiko que preparara una infusión con las hierbas y que le entregara un servicio de té para mis invitadas. La muchacha se sentó junto al resto de las mujeres.

Regresé al despacho. Serví un poco del licor de arroz de una de las botellas que tenía mi marido en la mesa, al lado de una bandeja con vasos de barro. Mientras bebíamos, medité sobre el pronóstico de mi paciente. El mar de sangre de la mujer era su centro de almacenamiento reproductivo. El de la joven Lian estaba tan debilitado que no le permitía sangrar. Determiné que su madre vigilaba con ojo de halcón todo lo que comía, pero necesitaba cerciorarme.

—Señora Chen, perdonad mi indiscreción. Preciso saber más sobre la familia de la joven Lian. ¿Os causaría algún pudor contestarme unas preguntas?

—Proceded, sanadora Zheng.

—Bien, ¿acaso la familia Lü está pasando apuros económicos?

—No —contestó ella con vehemencia—. Gozan de un estatus acomodado. Tienen tierras y siervos que se las trabajan. El marido de la señora Lü es funcionario del Ministerio de los Castigos en la Ciudad Imperial. No les falta de nada.

—Ya lo imaginaba. Entonces, me da la sensación de que la madre de Lian es demasiado estricta con su educación, hasta el punto de vigilar en exceso su dieta. Teme que su hija engorde y no encuentre marido. ¿Estoy en lo cierto?

—Así es. La somete a una férrea disciplina. La pobre come igual que un pajarito. Lian es un primor de criatura, ya la habéis visto vos misma. Es refinada, elegante, de una belleza antigua. Se dice que una antepasada suya fue concubina del emperador Taizong, de la dinastía Tang, y que ambas son como dos gotas de agua resbalando en un espejo.

Asentí con interés.

—Me temo que la señorita Lian tiene una deficiencia en la sangre. Por eso no puede iniciar

sus ciclos lunares. Hay que tonificar el *qi* para generar sangre. Debe alimentarse mejor. Es necesario aumentar el consumo de carnes, aves y pescados. Espinaca, col, verdura de hoja verde y soja cocinada. También deberá tomar la ralladura de la mano de Buda mezclada con las comidas.

Tomé uno de los pinceles de pelo de camello del escritorio de mi marido. Molí un poco de tinta en una piedra de *duan* y pasé a escribir los ingredientes de la receta en un papel de bambú. Luego se lo leí a la *meipo*.

—Dos píldoras de ámbar en polvo diarias y una infusión de raíz de angélica china, *ezhu* y *wuyao*. También tomará otra infusión de lúpulo con flores de camomila tras las comidas principales. Si en un par de lunas no ha comenzado a sangrar, deberéis traérmela de nuevo. Pero creo que en cuanto coja un poco de peso, su cuerpo se desarrollará. Dejo a vuestra eficaz vigilancia la observación de estas prescripciones, señora Chen. Si la joven no come por el excesivo celo de su madre, ninguna receta médica servirá de nada. Nuestro cuerpo es sabio. Si apenas hay nutrientes para abastecer el mar de sangre, menos aún para iniciar los ciclos lunares.

—Se lo explicaré a la madre de la señorita Lian con toda la crudeza necesaria. Espero que así abra los ojos.

Tras unos instantes de silencio, la *meipo* me miró algo azorada. Imaginé que quería darme noticias sobre la salud de su supuesta «hermana». Le pregunté al respecto.

—Mi hermana ha mejorado de sus dolencias y os está muy agradecida. Los emplastos de jengibre han obrado maravillas. Duerme mucho mejor y está más relajada. Sus ciclos lunares son menos abundantes.

—Me alegro de que le haya ido bien. Os extenderé otra receta. —Molí otro poco de tinta y me apresuré a escribir los ingredientes—. Seguirá con el mismo tratamiento y me daréis noticias de ella en dos lunas.

—Así lo haré. —Guardó la receta en un bolsillo de la bocamanga de su *hanfu* y sacó un pañuelo de gasa atado con un nudo. Me lo puso en las manos.

—Esto es el pago que hace la madre de la señorita Lian por vuestros servicios, sanadora Zheng.

Me ruboricé sin poderlo remediar y aparté el pañuelo. No me acostumbraba a cobrar honorarios. Ella me miró con el ceño fruncido y me lo volvió a entregar con un gesto de determinación.

—¿No hablamos ya en su momento sobre qué debe hacer una mujer casada con el dinero extra que se le pone al alcance de la mano? Querida Akame, debéis aceptar el pago. ¿Habéis buscado ya un escondite para el dinero?

Negué con la cabeza, abatida. Ella me contestó resuelta.

—Pues en el doble fondo de un baúl estaría a buen recaudo. Si os parece bien, yo misma os haré llegar uno. Conozco a un artesano de confianza que me hace descuento.

—Oh, no puedo aceptarlo...

—Por favor, tomadlo como un presente, mi buena niña. Es justo que os agradezca vuestros desvelos de la mejor forma que sé. Eso sí, deberéis mentir a vuestra suegra y hacerlo pasar por un regalo de vuestro padre, así no pondrá objeciones.

Me maravilló ver lo rápido que lo había urdido todo. Desde luego era resuelta en hilar maniobras, como una laboriosa ardilla guardando nueces en el hueco de un árbol.

—Está bien, señora Chen —accedí, dejando a un lado mis reticencias.

—Me las apañaré para veros. No lo dudéis. Pero, decidme, ¿qué tal os va con vuestra suegra y las concubinas?

—Bien, pero me temo que mi suegra es muy tacaña con el presupuesto de la casa. Tengo que hacer verdaderos esfuerzos por ceñirme a él y no me sobra ni una sola moneda.

—Pues mi consejo os será de gran ayuda. Pedidle dinero a vuestro señor con cualquier excusa.

—Veo poco a mi marido. En estos momentos lleva de viaje casi una luna.

—Pues cuando regrese le preguntaréis si os ha traído un regalo. Es costumbre entre los hombres traer presentes a su esposa y a las concubinas cuando salen de viaje. Si no lo hace, se verá obligado a daros dinero para que os compréis alguna chuchería. Eso sí, jamás os quejéis abiertamente ni os enfadéis. Y, sobre todo, no lo agobiéis con cosas relacionadas con el manejo de la casa o el mal comportamiento de las concubinas o el de su anciana madre. Así lograréis sacarle unas buenas piezas de plata, que luego guardaréis en el arcón.

—Pero eso es... ¿Y si me pregunta en qué me las he gastado?

—Pues en un rollo de seda, en unas horquillas o en pendientes que ya tengáis por ahí. Los maridos nunca se fijan en esas menudencias. Prefieren taparnos la boca con cualquier fruslería que escuchar nuestras quejas. Jamás le pidáis nada abiertamente. Es mejor ser sutiles, dar rodeos para llegar a ello.

Me hubiese gustado hablar más sobre aquellos asuntos con la señora Chen, pero no podía demorar mi regreso al salón para que mi suegra no sospechara.

Cuando volvimos a la galería porticada, los invitados proseguían conversando en animados corrillos. Las cantantes tocaban melodías embriagadoras con la *pipa* y el *qin*. Las mesas de juego ya estaban dispuestas, protegidas por gruesas almohadillas para que las fichas de marfil no hiciesen tanto ruido al caer sobre la pulida madera de *Hong mu*.

La *meipo* se despidió de mí nada más llegar.

—Ahora debo marcharme, sanadora Zheng. No estaría bien visto que la señorita Lian llegase a casa de sus padres bien cerrada la noche. Será mejor que la lleve de regreso cuanto antes.

—Sí, tenéis razón. Pero no demoréis vuestra visita demasiado. Quisiera tener noticias de la joven Lian para ver cómo le va la dieta y el tratamiento.

—Así lo haré. Ahora me excusaré con vuestra suegra.

La buscó con la mirada y fue a su encuentro. Se despidió y tomó camino hacia la puerta, seguida de cerca por el grupo de *kusatngretn* y la joven Lian, que me dirigió una mirada de gratitud.

Sentí una mano posada en mi hombro.

—Amita, por fin os encuentro.

Longyan se había despojado del vestuario operístico y del maquillaje y lucía un elegante *hanfu* azul zafiro con un cinturón dorado. Se había recogido el cabello con un pasador de madera laqueada y una aguja de plata.

—Oh, Longyan, estabas tan animado conversando que no quise interrumpirte.

Le conté el motivo de mi ausencia.

—¿Y habéis logrado un buen diagnóstico para vuestra nueva paciente?

—Solo el tiempo lo dirá, Longyan. La señora Chen se pondrá en contacto conmigo para

contarme cómo va todo.

—¿Y os ha pagado?

Le mostré con disimulo el pañuelo anudado que me había dado la *meipo*.

—Vuestra fama crece, amita —dijo entusiasmado—. Tendremos que buscar un escondrijo para la plata.

—La señora Chen me hará llegar un arcón con compartimentos secretos —me apresuré a decir.

—¡Qué mujer más astuta! —exclamó él riendo.

Tras nuestra breve charla, Longyan me aconsejó que nos mezcláramos con los invitados. Me acerqué a un grupo donde había varios geománticos que jugaban al *mahjong* mientras hablaban de la situación política que se respiraba tanto en la ciudad como en la corte.

—Hay gran cantidad de tropas custodiando las murallas de la ciudad —dijo uno de ellos—. Es como si la invasión fuese inminente; pero, según los vigías, no hay amenaza visible. El enemigo no se deja ver.

—Pues yo he oído que se han mandado fuerzas desde Vuchan para defender el paso del río Yangtzé, pues es allí donde se libra la verdadera batalla —añadió otro.

—Y entretanto —contestó Lobo Plateado—, nuestro emperador es más disoluto que nunca. Dicen que ha desviado fondos para sus fiestas personales.

Aquello dio pie a toda suerte de comentarios sobre nuestro emperador y su vida licenciosa, en la que las fiestas, la bebida, las cantantes y las cortesanas no le daban respiro. Se habló también de sus oscuros orígenes. Al parecer nació de una concubina de tan bajo rango que la pobre mujer se vio forzada a abortar. Pero aquel acto solo quedó en un intento frustrado, pues el embarazo prosiguió su curso. A resultas del bebedizo abortivo, su majestad nació con malformaciones en los pies y en las manos y no aprendió a hablar hasta las siete primaveras. Muchos eruditos se asombraban de que, con tales estigmas, hubiese sido elegido para ser heredero a la muerte del emperador Lizong.

—Bueno —soltó Lobo Plateado con jocosidad—, según tengo entendido, esas deformidades no han afectado a su virilidad imperial, pues no hace mucho logró consumir con treinta mujeres en una sola noche.

Aquello desató grandes carcajadas entre los hombres y pudor en las mujeres.

Hablaron de la evidente ineptitud del emperador para las cuestiones de Estado, las cuales había dejado en manos del canciller Jia Sidao, y de la gran confusión que se respiraba en la corte ante la invasión. Los mongoles todavía no habían declarado la guerra abiertamente al Imperio, pero no cejaban en el empeño de adueñarse de la cuenca del río Yangtzé.

Quedé espantada, no solo por las noticias que estaba escuchando sobre una guerra inminente, sino también por los grotescos rumores hacia nuestro emperador. Fue difícil no sucumbir a ellos. Mi pensamiento voló hasta Mariposa Blanca. Sentí lástima por ella y por todas aquellas mujeres que compartían su negro destino.

Tras terminar las partidas de *mahjong*, la velada tomó otros derroteros. La anciana dama quiso consultar a varios geománticos el mal que aquejaba a tía Lan y tía Hiu, provocando sus fuertes dolores de estómago.

Ninguno se ponía de acuerdo hasta que uno de ellos, al que llamaban Halo Lunar, pareció dar con la respuesta.

—La enfermedad es causada por otros motivos no físicos. A veces el dolor es la advertencia de que algún antepasado no está contento.

El geomántico vertió agua en un cuenco y la removi6 con los dedos. Acto seguido pareció leer en la superficie en estado de trance.

—Ya veo el problema, señora Cao. Tu hijo ha agrandado la consulta. Ha a6adido m6s espacio, quit6ndoselo al patio interior. Ha horadado la tierra para ello y por eso uno de sus antepasados est6 turbado. Su esp6ritu me dice que, para resolver esa afrenta, debe echar abajo las paredes que ha levantado. Si no lo hace, ocurrir6 una desgracia.

Mi suegra y las concubinas Hui y Lan lanzaron varios gemidos de espanto.

Explic6 que 6l, al igual que muchos eruditos, pensaba que en la tierra yac6a el esp6ritu del drag6n. Y que si se cavaba sin haber consultado antes a los astr6logos o adivinos, podr6a da6arse alguna de las venas del fabuloso animal, trayendo la desgracia a las gentes.

Longyan frunci6 el ce6o.

—Yo creo que el motivo —me susurr6— es mucho m6s sencillo que la explicaci6n que ha dado el adivino. Simplemente hay mujeres que para conseguir algo de un hombre echan mano de algunas artima6as. T6a Hui y t6a Lan son as6. No est6n enfermas, solo lo fingen. De ese modo, el maestro Cao se ve incapaz de negarles nada.

Me pareci6 estar escuchando a la se6ora Chen. Tal vez Longyan tuviese raz6n, pero pens6 que tomar tanto vino tampoco les hac6a ning6n bien. Demasiado fuego en el h6gado. Esos juegos donde beb6an hasta perder el sentido no eran lo m6s recomendable para ellas.

—Deber6a cont6rselo a mi esposo.

—No os lo aconsejo. Si agobi6ais a vuestro marido con peque6eces, se enfadar6. Creo que est6 harto de soportar a sus concubinas y a su honorable madre y por eso pasa tanto tiempo fuera del hogar.

Asent6 con hast6o. El cansancio de un d6a tan agitado comenzaba a pesarme. Se me cerraban los ojos de sue6o. En cuanto vi el momento oportuno, ped6 permiso a mi suegra para retirarme a descansar. Longyan me acompa6i6 a mis aposentos, aunque sab6a que quer6a quedarse. Le encantaban las fiestas.

Tras aquella noche, los d6as pasaron raudos. Despu6s de una luna ausente, mi esposo regres6 de su viaje a Hankou. Lo not6 muy fatigado. Ten6a la piel cetrina y su gesto era de tristeza.

Esper6 hasta que hubo descansado para hablar con 6l. Aprovech6 que tom6bamos el t6 a solas en uno de los miradores para hacerle patente mi desasosiego sobre el futuro del Imperio. Imagin6 que su viaje le habr6a proporcionado informaci6n al respecto.

—Mi se6or, he o6do que los mongoles han tomado varias ciudades cercanas a la capital, 6es cierto?

6l se apresur6 a cerrar la puerta que daba al mirador, como si temiera que alguien nos pudiera descubrir hablando.

—Mi peque6a Akame, no debes preocuparte por eso.

—S6 me preocupo. Esta es mi ciudad. Mis seres queridos viven aqu6.

—Una mujer no sabe nada del mundo de los hombres o sobre el arte de la guerra. 6Qu6 crees que podr6as entender t6 de invasiones o enemigos?

S6, mi esposo ten6a raz6n. Una mujer poco o nada sabe del mundo de los hombres. Pero tal vez se sorprender6a de que esta humilde servidora supiera m6s de lo que se atrever6a a admitir en

voz alta. No necesitaba ser un hombre para entender por qué se derrumbaba un imperio. No obstante, guardé silencio mientras le servía otra taza de té y admirábamos el paisaje. Los pájaros del jaulón cantaban alegres trinos. Mi marido los escuchaba con los ojos entornados. Yo reuní fuerzas de flaqueza para volver a preguntarle algo más. Con guerra o sin ella, no cejaría en mi empeño por aprender.

—Esposo mío, esta humilde servidora quiere ser vuestra alumna.

No pareció sorprendido por mi petición. Se acarició la larga perilla como si estuviese recapacitando.

—Si tomas clase con el resto de mis estudiantes, ellos se sentirán cohibidos. Tu presencia solo serviría para incomodarlos.

—Estaré tras un biombo, así nadie me verá. Olvidáis que fui alumna de mi padre. He aprendido a ser discreta en extremo.

—Podrán oler tu perfume. Eso sería suficiente para que se turben.

—Entonces, no lo usaré.

—Aun así. Ellos sabrán que estarás tras el biombo. Estás siendo muy testaruda, Akame. Compórtate, ya no eres una niña.

No me gritó, pero no hizo falta. Su gesto adusto lo dijo todo. Mas yo no me di por vencida. Tomé aire y lo solté despacio antes de volver a la carga.

—Esposo mío, siempre fuisteis un ejemplo a seguir cuando vivía en mi casa natal. Hablábamos sobre medicina. Me explicabais las dudas sobre cualquier diagnóstico e intercambiábamos opiniones. No vi que jamás os incomodara.

Él enarcó una ceja.

—Ahora es diferente. Eres mi esposa, no mi ayudante ni mi alumna. Una esposa tiene demasiadas obligaciones dentro del hogar. Si aceptara ser tu maestro, te verías obligada a faltar muchas horas de casa. Mi madre está muy contenta contigo. De hecho, su salud ha mejorado. Le daría un disgusto si te separo de su lado. Además, todo marcha mucho mejor aquí desde que tú llegaste. Estás haciendo una buena labor. Hasta los menús han mejorado. No creas que no valoro tu esfuerzo, esposa mía.

¿Qué valoraba mi esfuerzo? ¿Cómo podía apreciar esos cambios en un hogar que apenas pisaba? Sentí la necesidad de contarle mi angustia, el ahogo que atenazaba mi garganta, la necesidad de volar lejos de esos muros que me retenían como si fuese uno de los pájaros del jaulón, pero conseguí contenerme. Recordé las advertencias de Longyan sobre las esposas que agobiaban a sus maridos con sus quejas y lo que ocurriría si yo insistía. Aunque en esos momentos me importaba bien poco que mi marido terminara aborreciéndome. Me parecía un hombre tan diferente al que yo había conocido...

Respiré hondo. Me había propuesto sacar algo en limpio y debía intentarlo al menos, pero sin rebajarme con triquiñuelas de concubina. Eso sí, tal vez debería seguir los consejos de la señora Chen y ser menos directa en mi discurso. Daría un rodeo, en vez de pedirle abiertamente lo que quería.

—El otro día supervisé la limpieza de vuestro despacho. Me quedé maravillada con la gran biblioteca.

—Celebro que haya sido de tu agrado.

—¿Puedo, al menos, disponer libremente de los libros sobre medicina? ¿Podría tener también

algo de tiempo libre para estudiar?

—Eso dependerá de ti, Alome. Si el ritmo de la casa no se ve perturbado, tienes mi permiso. Creo que sería un buen momento mientras nuestra honorable madre recibe sus masajes diarios.

Disimulé un mohín. Ese tiempo lo aprovechaba ya para dar un paseo por el jardín.

—Aunque creo más conveniente que se lo consultes a ella —repuso.

¿Consultárselo? Sería absurdo hacer entender a aquella anciana egoísta los deseos más profundos de mi corazón. Ella no comprendería jamás mis anhelos ni la sensación tan absoluta de vacío que sentía.

—Si quieres ganarte el cariño de nuestra venerable madre —prosiguió ajeno a mi congoja—, procura que tu eunuco no vague por la casa como un espíritu. A ella no le gusta. Lo teme y le repugna. Dice que es demoniaco y que traerá la mala suerte a esta familia. Tal vez convendría que fuese devuelto a tu casa natal. Sé que tu padre echa de menos su compañía y su conversación.

Me quedé espantada ante tales afirmaciones. ¿Separarme de Longyan, mi única alegría en el Pozo de las Luciérnagas? Mi suegra, a pesar de otorgarme algunas concesiones respecto a Longyan, seguía quejándose de él a mis espaldas. Era una anciana artera y maliciosa.

Me arrodillé frente a él y toqué con la frente el suelo varias veces en señal de respeto y veneración. Necesitaba que se compadeciera de mí.

—Mi señor... Está conmigo desde que nací y no podría prescindir de él. Si lo alejáis de mi lado, me moriré de tristeza. Tened piedad de vuestra servidora, esposo mío.

Él se puso en pie para ayudarme a levantarme. Se lo veía azorado.

—Por favor, pequeña Akame..., levántate. No pretendía hacerte daño con una decisión así. Si realmente tu eunuco significa tanto para ti, jamás lo separaré de tu lado.

Ese fue el único atisbo que vi en él del hombre que yo había conocido en mi casa natal. Un hombre atento, de refinados ademanes y noble corazón. Pero lo que me dijo a continuación, tras secar mis lágrimas con su propio pañuelo, rompió toda esperanza sobre mi futuro como médico.

—Solo te impongo una condición: si quieres que Longyan siga a tu lado, no vuelvas a pedirme que sea tu maestro. Sé que en cuanto te quedes embarazada, esas fantasías sobre ser sanadora desaparecerán. Solo pensarás en nuestro pequeño hijo. Él ocupará todos tus pensamientos, ya lo verás. Y nuestra venerable madre podrá al fin ver cumplido su mayor deseo y morirá en paz. ¿Te ha llegado ya el ciclo lunar, esposa mía?

No hubo pausa ni preámbulo alguno al hacerme aquella pregunta.

—Aún no —dije ruborizándome.

Él sonrió satisfecho.

Tras aquel breve encuentro y una estancia de dos días en el Pozo de las Luciérnagas, mi esposo volvió a viajar a Hankou. Su paciente había empeorado de su enfermedad y requerían su presencia. En esos dos días, nuestro único contacto fue el trato carnal que mantuvimos.

La segunda noche tras la partida de mi esposo, Longyan vino a mi cuarto a despertarme.

—Perdonad que os soliviente así, mi señora, pero es ineludible que os levantéis. Albaricoque, la criadita de la dama Lixue, está aquí.

Me sobresalté tanto que el corazón me latió descontrolado. Estaba tan confusa que no entendí nada de lo que dijo. Él prosiguió hablando mientras retiraba el cobertor y me acercaba la bata y los escarpines.

—La he dejado en la cocina. Ha venido a traernos un recado.

—¿Está peor mi padre? —pregunté angustiada—. ¿Se trata de eso?

—No lo creo, amita. De ser así, vuestra madre no hubiese mandado a la criada. Debe de ser algo relacionado con la dama Lixue. Albaricoque no ha sido capaz de contármelo todavía. La pobrecilla está muerta de frío y de cansancio.

Me apresuré hacia la puerta. Avanzamos por el corredor que comunicaba mis aposentos con la casa principal.

Al llegar a la cocina, mis ojos buscaron a la pequeña criada. Estaba sentada junto a uno de los fogones que Yamiko alimentaba a marchas forzadas para caldear la cocina. Albaricoque había hecho el camino a pie desde mi casa natal. Tiritaba sin control y se le trababa la lengua al intentar hablar. Longyan la obligó a dar varios tragos de una infusión de jengibre caliente. Le frotó con fuerza los brazos y las piernas y la arrimó aún más al fogón. Cuando al fin pareció recobrar algo de calor, la animó a que se explicara.

—Mi ama lleva dos días de parto, pero morirá sin que el niño llegue a nacer. —Se echó a llorar sin desconsuelo entre sonoros hipos.

Acaricié su mejilla y le supliqué que me contara todo lo ocurrido.

—Las matronas no pueden hacer nada y la vieja tía Mei le ha dicho a la señora Zheng que vaya llamando a las novicias budistas para que salmodien el sutra de sangre de parto. El bebé no puede salir y tendrán que rajar la barriga de la dama Lixue para salvarlo. ¡Ella morirá!

—Pero ¿y mi padre? ¿Acaso no la ha atendido en tales circunstancias?

—Señorita, el amo sigue enfermo y la señora Zheng se ha negado a que fuera molestado. Ha llamado a su sobrino, Li Rong, pero él ha dicho lo mismo que la vieja comadrona tía Mei. Además, se quejó de que los partos son cosa de mujeres.

—¡Por Buda Amitabha! —exclamé llena de temor—. ¿Y el estudiante Xiong Kun?

—El ama se ha negado a que viniera. Ha dicho que antes haría traer a un matarife.

De pronto, Albaricoque se despojó de las pieles y se postró ante mí.

—Señorita, mi ama os está llamando en su agonía. No deja de nombraros. La dama Yan me mandó a buscaros. Lo hizo en secreto, sin que vuestra madre se enterara. Ambas nos llevaremos un buen castigo cuando la señora descubra que hemos obrado a sus espaldas, pero, si no vais, mi ama se quedará para siempre en el lago de Sangre y se convertirá en un fantasma hambriento.

Volvió a romper en llanto. Mientras Longyan la consolaba, tomé una decisión. Iría a mi casa natal. Ordené a las gemelas que se volvieran a acostar y que obedecieran en todo a Yamiko hasta que yo regresara. No podían venir conmigo. Madre me reprocharía llevar dos bocas más a las que alimentar sin su consentimiento. Le dije a mi eunuco que avisara a los porteadores. No despertaría a mi suegra. Preferí que fuera la cocinera quien le contara lo que había sucedido a la mañana siguiente. También le advertí que podría tardar varios días en volver. Todo dependería del desenlace de los acontecimientos.

Me vestí lo más rápido que pude y me reuní con Longyan y Albaricoque en el patio de la cocina. Saldríamos por las puertas traseras. Tío Pope se encargó de cerrarlas en cuanto el palanquín se alejó.

El trayecto se me hizo eterno a pesar de ser noche cerrada y que eran pocos los carros y transeúntes que deambulaban por las calles. Cuando al fin nos detuvimos en la farmacia del Pez de Oro, sentí un gran alivio mezclado con una sensación de angustia y miedo. ¿Viviría aún la dama Lixue, o madre ya habría elegido sacrificarla para salvar al bebé?

Leí en el rostro adusto de mi eunuco la misma inquietud.

—Las puertas traseras están cerradas —nos avisó Albaricoque—. Yo me escapé por las de la consulta.

Longyan ordenó a los porteadores que entraran por allí. Después de bajar del palanquín les indicó que se echaran a dormir en cualquier rincón del patio. Estaban agotados.

Accedimos al ala de las dependencias de las mujeres a través de la farmacia. Al pasar atisé la figura del sobrino de madre, que estaba atendiendo una urgencia. Los hermanos Long, empleados de mi padre, preparaban decocciones en el laboratorio.

Desde las escaleras que daban a los aposentos se escuchaban los gritos y el llanto de la dama Lixue, mezclados con los sutras de las monjas budistas. El ambiente estaba cargado de humo y del fuerte perfume de los inciensos. Longyan y yo intercambiamos una mirada de aprensión. Nos dimos toda la prisa posible para llegar hasta su dormitorio, que tal y como mandaba la tradición estaba iluminado por una vela roja para espantar a los espíritus errantes que buscaban un cuerpo en el que reencarnarse. El recién nacido era para esas almas como un portal donde cobijarse, pues a través de él podrían regresar al mundo de los vivos. Estos huían de la luz y solo podían obrar a su antojo en la oscuridad.

A la escasa luz de la sala, mis ojos se detuvieron en el lecho de la parturienta. La dama Lixue no paraba de gritar y blasfemar, presa de un dolor incontenible. Tenía el rostro desencajado, un cerco morado rodeaba sus ojos, que estaban rojos por el esfuerzo; los labios, resacos de morder un nudo de trapo. Pensé que la pobre deliraba a causa del terrible padecimiento. Después de tres días, lo raro era que aún viviese.

Al acercarme un poco más a la cama vi con sorpresa al joven Xiong Kun. Se limpiaba las manos ensangrentadas después de haber intentado, sin éxito, sacar a la criatura. Elevó la vista hacia mí y me dirigió una leve inclinación de cabeza a modo de saludo. Yo correspondí con un

gesto igual de contenido, aunque en mi interior se hizo paso un remolino de sentimientos. Sentí que el corazón se me desbocaba.

Imaginé lo grave que sería el estado de salud de la dama Lixue para que madre lo hubiera hecho llamar. Ella estaba sentada a la cabecera de la cama. Cuando me vio, se levantó con el ceño fruncido.

—¿Qué haces tú aquí? —me increpó—. ¿Quién ha osado molestarte en plena noche?

—Eso no importa ahora, madre. He venido a ayudar.

Enseguida me vi rodeada por cuatro parteras que, prestas, me informaron de la situación. Lo hicieron entre susurros para que la parturienta no las oyera.

—No hay nada que hacer —dijo tía Mei, una anciana matrona de gran experiencia a la que yo conocía bien—. La criatura viene torcida. Hemos intentado darle la vuelta, pero nada ha funcionado. Ya tiene un pie fuera y eso ha impedido toda maniobra. Además, la concubina es primeriza y vieja, y el parto se ha adelantado una luna. La señora Zheng tendrá que elegir pronto entre una vida u otra.

Cerré los ojos conmovida ante esa posible decisión. Madre no dudaría un ápice sobre a quién de los dos salvar. Elegiría al retoño, ante la posibilidad de que fuese un varón.

Volví mi atención a las parteras, que prosiguieron con una detallada descripción de los remedios que habían dispensado a la dama Lixue.

Le habían embadurnado el vientre con aceite de sésamo y grasa de ganso. De la vagina de la concubina sobresalía un emplasto de lana. Se trataba de una cataplasma de raíz de lirio y hojas de frambuesa roja, un remedio muy socorrido que solía dar buenos resultados en el proceso de dilatación.

Longyan me arremangó y me puso un delantal. Me froté las manos con aceite de almendras dulces y procedí a examinar a la dama Lixue. Retiré el emplasto de lana. Parecía haber dilatado bastante. Se veía un trozo de carne, velado y falto de sangre, coronando el canal del parto.

—Tiene un piececillo fuera —me dijo Kun—, pero el otro está atrapado. No sé qué hacer, Akame. Jamás he asistido a un parto tan complicado.

—Haré lo que esté a mi alcance —le dije con toda la convicción de la que pude hacer acopio—. ¡Necesito más luz!

Un par de criadas se apresuraron a llegar con unas velas.

Contemplé con mayor claridad el pie de la criatura. La concubina seguía gritando sin control. Pedí a Xiong Kun un bebedizo de adormidera para aplacar sus dolores y que la pobrecilla pudiera concentrarse en el trabajo de parto.

La pócima en cuestión obró milagros. Ella, algo más calmada, dejó de despotricar contra los dioses y cada uno de los hombres que habitaban bajo el cielo azul. Aquello fue un descanso para los oídos.

Comencé a darle masajes en el perineo con parte del aceite de mis manos para dar elasticidad a la piel.

Expliqué a la concubina con toda la calma posible que no debía empujar aunque sintiera contracciones. Era preciso liberar el pie que estaba atrapado en la pelvis para que pudieran salir las piernas.

Metí la punta de los dedos en el canal del parto e intenté hacer holgura con suma suavidad. Horadé con más intensidad hasta que intuí el talón del pie. Lo moví suavemente hasta que sentí

que se liberaba. Luego tiré de él con mucho tiento.

Un fiero silencio nos envolvió mientras mi mano lo colocaba. Me apresuré a quitarla y el piececillo bajó hasta hacerse visible.

—¡Muy bien, dama Lixue! Ya están las dos piernas fuera.

Pedí a la concubina que empujara con fuerza y el diminuto cuerpecillo se deslizó hasta las axilas. Era un varón. Todas las mujeres lo musitaron sorprendidas. Llegados a este punto, un gran alarido salió de la garganta de la parturienta.

—Detente, dama Lixue. ¡No empujes!

Tras meditar unos instantes, determiné que los brazos no podrían salir sin ayuda, pues parecían haberse quedado atorados. Tampoco podría sacarlos a la vez, eso sería impensable, la concubina se desgarraría y los daños en las clavículas del bebé serían nefastos.

Un intenso murmullo se desató en la sala. Cada vez eran más las mujeres que habían acudido a presenciar aquel insólito alumbramiento. La voz se había corrido por toda la farmacia con gran rapidez y el quicio de la puerta estaba lleno de curiosas. «Habrás que cortar, no podrás salir...», oí que decía la tía Mei al corrillo de parteras. A esta opinión se sumaron muchas otras. La sala entera era un gallinero. La pobre concubina mordía con más saña el nudo de trapo. Un sudor frío empañaba su rostro. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Se la veía aterrada y al límite de sus fuerzas. Albaricoque le secaba la frente con un paño y también lloraba desconsolada.

—¡Por favor, matronas...! —me quejé—. Un poco de silencio. Necesito pensar.

Los vuelos de moscardón se disiparon. Recordé las palabras de mi padre a sus alumnos. «Olvidaos de lo que se espera de un médico que se precie. Olvidaos de ser corteses y respetuosos con vuestros enfermos. Arrinconad esos valores que, aunque nobles, no salvarán la vida de vuestros pacientes. Un médico diestro debe tener los nervios de acero, la mente limpia de cualquier vanidad, y siempre deberá andar presto al ingenio. Ser ingenioso salvará más vidas que cualquier otra premisa. Dejaos llevar por la intuición. Esa es la mejor arma de que dispone un médico contra la enfermedad cuando todos los recursos se han agotado. Siempre que lo demás os falle, recapacitad: analizad, observad y decidid. Buscad la lógica en todo lo que emprendáis». Y eso fue lo que intenté. ¿Cómo lograr que el niño sacara uno de sus brazos sin partirle la clavícula o poner en peligro su vida y la de la madre?

Pedí a Xiong Kun que me ayudara. Él accedió solícito y se sentó junto a mí a pesar del gesto adusto de madre.

Giré entonces el cuerpecito del bebé hacia su derecha con la máxima suavidad que pude al tiempo que tiré de él hacia arriba. La escápula izquierda se hizo visible.

—Kun, sácale el brazo con cuidado.

Él obedeció presto y el bracito surgió no sin cierta dificultad. Volví a girar al bebé hacia su izquierda y Kun obró de la misma manera hasta liberar el derecho.

Ya solo quedaba la cabeza.

Se oyeron exclamaciones de asombro, suspiros, cuchicheos.

Noté que el bebé se me escurría de las manos. Y me apresuré a pedir un paño limpio para cubrirlo con él. Acto seguido tiré muy despacio, pero no lograba que pasara del cuello. Era como si la cabeza se hubiera quedado encajada en un embudo.

Respiré hondo intentando pensar a marchas forzadas. ¿Qué hacer? Si obligaba su salida, le rompería el cuello al niño. Varias comadronas dieron su opinión, aunque yo apenas las escuché,

tal era mi estado de concentración. Sin duda la pelvis de la concubina era más estrecha que el cráneo del niño. Sin embargo, ¿y si solo fuese la postura de la cabeza lo que impedía su salida?

—Sujétalo, Kun —le dije indicándole que tomara mi puesto—, pero no tires. Mantenlo en vilo.

Al pobre le temblaban las manos y sudaba a mares. Aun así, puso sus cinco sentidos y lo sostuvo sin apenas pestañear.

Metí ambas manos en el canal del parto. Una por arriba y otra por abajo. Debía colocar la cabeza de alguna manera para que midiera lo menos posible y así cupiera por la pelvis de la concubina. Tenía que lograr que la coronilla quedara en línea recta con relación al cuello del bebé. De ese modo podría salir. Para lograrlo, abrí la boca del niño e introduje el dedo índice y el corazón en ella, consiguiendo así que el mentón se viniera hacia abajo. Con la otra mano presioné la nuca. Ambas maniobras obraron el milagro y la pequeña cabeza cedió al empuje natural del útero.

—¡Sujétalo bien, Kun! ¡Ya sale!

Las exclamaciones de júbilo fueron un eco sin tregua. Estaban tan asombrados como yo.

Las manos de Kun habían dejado de temblar y sostenían con firmeza al recién nacido.

—¡Es un varón! —anunció por puro protocolo al tiempo que me miraba como ningún hombre lo había hecho jamás. Pensé que se sentía orgulloso de mí. Yo, aprovechando el jaleo reinante, le dediqué la mejor de mis sonrisas. ¡Me alegraba tanto haber compartido con él aquel alumbramiento...!

—Rápido, tía Mei —ordené a la matrona—, coge dos trozos de cordel y unas tijeras.

La anciana, sin lograr sacudirse de encima el asombro, se apresuró a cumplir mi requerimiento en completo silencio. Yo sonreí. Seguro que pocas cosas en su larga vida habían logrado enmudecerla. Vi respeto en sus ojos oscuros y antiguos.

Até ambos trozos de cáñamo en el cordón umbilical, separados por la anchura de dos dedos, y luego procedí a cortar en medio de las dos ataduras. Pedí a Kun que entregara el bebé a las matronas para que se encargaran de limpiarle los orificios nasales, el bucal y el anal. Movía piernas y brazos con total soltura. Parecía estar sano.

Su potente llanto así me lo confirmó.

Una vez aseado, lo cogí en brazos y se lo entregué a la madre.

—Enhorabuena, Lixue, has sido muy valiente.

Ella comenzó a llorar de alegría.

—Oh, Akame... ¡Qué feo es! ¡No he visto niño más feo en mi vida!

Todos rompimos a reír. Las mujeres sabíamos que eso no era cierto, siempre se decía para que los demonios no se fijaran en el niño y así impedir que se lo llevaran. La verdad era que mi hermano era un bebé muy hermoso, a pesar de ser prematuro. Al haber nacido de pie, su carita apenas había acusado el parto.

La concubina me cogió de la mano con gratitud.

—Disculpa a esta servidora por su mala lengua. No era yo la que gritaba, era el terrible dolor que sentía el que lo hacía. ¡Que Guanyin te bendiga con cinco hijos varones!

Se volvió a retorcer de dolor.

—¡Akame! Me parece que viene otro...

Me apresuré a examinarla. No tardé en comprobar que solo se trataba de la placenta, que,

obrado ya el milagro de la vida, era expulsada entre grandes contracciones. Tiré de ella con cuidado y la deposité en una palangana. La examiné con atención para comprobar que estuviera entera. Si algún trozo se quedaba dentro del útero, podría originar fiebres muy graves, incluso la muerte.

Cuando acabé, tía Mei procedió a masajear la tripa de la concubina y a depositar sobre su abdomen una piedra plana de gran peso. Era un proceso doloroso, pero evitaría las temidas hemorragias. Luego ordené a las muchachas que limpiaran a la madre.

Una de las matronas recogió la palangana que contenía las aguas sucias del parto y la placenta y se apresuró a salir para enterrarlas en un agujero excavado en el suelo, donde las cubriría cuidadosamente con tierra. Era un rito para dar de comer a los espíritus malignos y que no fijaran su atención en el recién nacido.

La dama Lixue me llamó. Yo acudí presta.

—¿Mi señor no va a venir a conocer a su hijo? —me preguntó con un brillo marchito en los ojos.

Yo miré a madre, que había escuchado perfectamente la pregunta. Ella se limitó a negar con la cabeza gacha. Una punzada me atenazó el corazón. Ignoraba el estado de salud de mi padre por completo. Yo mandaba misivas todas las semanas desde el Pozo de las Luciérnagas para saber cómo evolucionaba, pero la respuesta siempre era la misma: «Se recupera despacio de la última recaída».

—No te preocupes —le respondí—, dentro de poco se lo llevarán a sus aposentos para que pueda conocerlo. Ahora debes dormir, necesitas reponer fuerzas.

Madre esperó a que la dama Lixue estuviera dormida para arrebatarse el niño de los brazos. Comprendí, por su cara de satisfacción, que pretendía hacer valer sus derechos como esposa principal y quería quedarse con él. De seguro que ya había contratado a una *sau nai-nai* para amamantarlo.

La miré con asombro, sin llegar a creer que fuera a atreverse a hacer algo tan horrendo. Esperé a que saliera del aposento y me encaré con ella.

—La dama Lixue ha sufrido mucho en el parto, no es justo que le quitéis a su hijo. Al menos, no tan pronto. Podríais esperar algún tiempo. Tal vez cuando haya mamado la primera leche.

—Sabes que las cosas serían muy distintas si mis tres hijos no hubiesen muerto. Si ellos vivieran, los hijos de las concubinas me importarían bien poco. Serían hijos de segunda categoría. Pero me veo forzada a ejercer mi derecho de primera esposa. Nadie va a impedir que me haga cargo de este niño. Con él, mi vejez está asegurada. Además, si te crie a ti, más justo es que lo críe a él, puesto que es un varón y el heredero de la casa Zheng.

—Así es, pero sé que de no estar padre enfermo no lo consentiría. Os oí discutir sobre el tema y sé que el deseo de mi padre es que ambas lo criéis juntas. Permitid que el niño se quede con ella hasta que haya cogido algo de peso. Es prematuro y delicado. Podría morir.

—He criado a cuatro bebés, no lo olvides. Mis tres hijos murieron de enfermedades infantiles, no porque yo no supiera cuidarlos. Además, la posición de la dama Lixue se verá reforzada dentro de la casa por el nacimiento de su hijo. Vivirá como una emperatriz a partir de ahora. Yo me encargaré. Nada ha de faltarle. Y este niño será criado como un príncipe.

—Dejad al menos que esté con su madre hasta que termine el *zuoyuezi*. Si se lo arrebatáis ahora, la dama Lixue podría enfermar de tristeza.

El *zuoyuezi* consistía en guardar reposo un mes entero sin salir de la cama. Estaba prohibido cualquier tipo de ejercicio, al igual que lavarse el cabello o comer algunos alimentos. Los tres primeros días, la recién estrenada mamá solo tomaría dulces, después llevaría una estricta dieta hasta que recobrara la salud completamente. Esos treinta días podrían suponer la diferencia entre la vida y la muerte para mi hermano, pues si no recibía los cuidados necesarios no saldría adelante.

Madre hizo una mueca de profundo desagrado ante mis quejas, mientras sus ojos miraban con una codicia malsana al bebé.

—Se lo dejaré hasta el baño ritual. Tres días —sentenció con frialdad.

Eso era todo lo que le concedía a la pobre concubina, a la que traer al mundo al heredero de la casa Zheng casi le cuesta la vida.

Madre volvió a depositar al niño en la cama, junto a la dama Lixue. Ella, al sentir el diminuto cuerpo a su lado, abrió los ojos y lo miró con dulzura.

La matrona le secó el sudor de la frente y le preguntó:

—¿Le daréis un nombre de leche, tercera esposa?

Ella asintió con la cabeza mientras sus ojos buscaban la aprobación de madre. La dama Lin consintió con un gesto casi imperceptible en su pálido rostro.

—Quisiera llamarlo Lok —respondió la dama Lixue con una sonrisa—. Creo que será del agrado de mi señor.

La comadrona asintió dando su aprobación. Lok significaba «Feliz». Luego nos despachó sin miramientos para que la recién parida pudiera descansar. Fuimos desalojando los aposentos en orden. Mis ojos buscaron a Kun, pero no lo encontré. Se había marchado discretamente.

Al salir, madre me dio las buenas noches con una frialdad de hielo.

—Tú y tu eunuco podéis dormir en tus aposentos de soltera. Ordenaré que os lleven un poco de té. Debes de estar cansada.

Dio vuelta sobre sus talones y se alejó por el pasillo que daba a las cocinas.

Longyan mandó a uno de los criados que se dirigiera al Pozo de las Luciérnagas para entregar una nota en mi nombre. En ella explicaba todo lo sucedido en mi casa natal y el feliz desenlace de los acontecimientos. También daba aviso de que yo permanecería junto a la dama Lixue hasta el baño del tercer día.

Durante el tiempo que estuve en mi casa natal aproveché para sumergirme de lleno en algunos libros de medicina. Me interesaba, sobre todo, dar con el mal que afligía a mi padre, al cual solo pude ver en dos ocasiones, ya que siempre estaba custodiado por el sobrino de madre. Él alegaba que las visitas eran perjudiciales. La sensación que me dio al ver a mi progenitor fue que estaba sumido en una especie de sueño artificial. Lo noté muy delgado y su rostro presentaba una lividez extrema. Incluso aprecié que tenía el labio torcido en una mueca espantosa. Li Rong me contó que tenía ataques constantes y que su demencia iba en aumento. Para evitarle sufrimientos le daba grandes dosis de opio, y se pasaba dormido la mayor parte del tiempo.

Me apenó profundamente comprobar que no mejoraba. Quise intercambiar opiniones sobre su estado de salud con Kun, pero me evitó. Cuando pregunté por él a los operarios de la farmacia, me contestaron que había tenido que ausentarse por motivos familiares. A pesar del dolor que aquello me causó, intenté convencerme a mí misma de que tal vez fuese mejor así. No estaba segura de poder reprimir mis sentimientos si lo tenía cerca. Debía controlar mis emociones y solo la distancia podría ayudar a ello.

Madre vigilaba con celo al recién nacido. Siempre estaba cerca del cuarto de la concubina. Eso me proporcionó la libertad necesaria para mantenerme lejos de su alcance. Aun así, las horas volaron presurosas y el día del rito del baño llegó sin sentir.

La ceremonia se llevó a cabo en los aposentos de la dama Lixue, dado que para comenzar el ritual había que realizar la postración ante los espíritus de la cama: el masculino y el femenino. La concubina hizo un esfuerzo encomiable para levantarse, puesto que se encontraba muy débil. Encendió varias velas e hizo inclinaciones ante un gallo vivo que previamente se había colocado junto a la cama en la que había dado a luz. Tras lo cual, fue sacrificado.

Después del ritual se procedió a introducir a mi hermano en un balde con agua caliente al que se le habían añadido ramas de artemisa y de *hoai* para perfumarla; también se arrojaron monedas de cobre y algunas frutas para desearle alegría y larga vida. Al contacto con el agua el niño lloró débilmente. Parecía un gatito. Todos los allí presentes reímos para expresar el buen augurio de su llanto.

Una vez bañado el bebé, a los varones se los vestía con trajes rojos y a las niñas con trajes verdes. Como en mi casa natal ya habían muerto tres varones en edad infantil, se procedió a vestir a mi hermano con ropas de niña para engañar a los diablos maléficos y, de ese modo, impedir que él muriera también.

Más tarde, le colocaron varias pulseras en ambos tobillos, de las cuales colgaban diminutos candados realizados con huesos de melocotón y algunas campanillas de plata. También se le perforó una de las orejitas para colocarle un pendiente de oro. Por último, se le puso el collar de la longevidad; se trataba de una cadena de oro. El peso del preciado metal lo mantendría anclado a la vida.

La dama Lixue fue agasajada con dulces de todo tipo, que habían traído tanto vecinos como los invitados a la ceremonia, y se le hizo entrega de varias cajas rojas que contenían estatuillas de Buda.

El adivino encargado de determinar el horóscopo del niño fue Lobo Plateado. Él revelaría los presagios, buenos y malos, que le depararían al pequeño Lok a lo largo de su vida. Más adelante, cuando cumpliera un año, se determinaría otra circunstancia vital en la vida del pequeño: la elección de carrera. Para ello, su madre lo colocaría sentado en el suelo rodeado de diversos objetos: un ábaco, un pincel, varias herramientas de trabajo y una peineta de mujer. Luego se esperaría pacientemente para ver cuál de esos objetos cogía primero. Según el que eligiera, se auguraría su profesión futura. Y si se decantaba por la peineta, Lok sería un mujeriego.

A última hora de la tarde, cuando los festejos estaban dando a su fin, Kun se dejó ver después de tres días de ausencia. Aprovechando que madre estaba entretenida atendiendo a los invitados, me pidió que diéramos un paseo por el jardín. Me engañé a mí misma al pensar que aceptaba pasear con él por un falso sentimiento fraternal. Lo cierto es que simplemente con tenerlo cerca, mi corazón se aceleraba.

Nos dirigimos hacia una de las zonas más sombrías, donde se erguían las tumbas de los hijos de la dama Lin. Allí estaban las tres pequeñas lápidas funerarias que recordaban el breve paso de los bebés por el mundo. Era una parte poco concurrida, con espesas enredaderas y grandes parterres de lirios azules que ella misma había plantado y que cuidaba con esmero.

Nos detuvimos bajo un sauce y permanecemos en silencio largo rato, como si al romperlo con nuestras palabras toda la magia del momento se esfumara. Kun se acercó mucho a mí. Toda la prudencia y el decoro que ambos nos debíamos se desvanecieron al sentir su aliento tan cerca del mío. Descubrí el sabor de sus labios, de su boca, el profundo y desconocido hormigueo en mi vientre al percibir su dureza masculina en mi abdomen. El fuego de la pasión se abrió paso en mis carnes con la fuerza de un océano. Era una sensación dolorosa, pero a la vez embriagadora. Jamás había sentido nada igual. Me costaba respirar.

Apreté los puños con fuerza como queriendo retener para siempre ese instante mágico. Pero se me escapó de entre los dedos como la arena del desierto cuando Kun se separó de mí bruscamente.

—Perdóname, Akame. Eres una mujer casada y yo jamás debería...

—Oh, Kun —acerté a decir con un hilo de voz—. No tengo que perdonarte nada. Siento lo mismo que tú.

Él negó con la cabeza apesadumbrado.

—No deseo arrastrarte a esta locura. Nos veríamos obligados a amarnos como dos furtivos. ¿Cuánto crees que tardarían en descubrirnos? Será mejor que no nos veamos más. Perdóname...

Se alejó a paso rápido, sin darme opción a convencerlo de lo contrario. En el fondo de mi alma yo sabía que él tenía razón. Nuestro amor era imposible. Si alguien nos descubría me acusarían de adulterio y la vergüenza caería sobre mi padre y mi marido. Me repudiarían y me

vería obligada a mendigar por las calles. Pero algo dentro de mí también clamaba de rabia y frustración al comprobar que Kun no estaba dispuesto a luchar por nuestro amor. Pensé que el amor podía ser algo tan grande como para vencer todos los obstáculos. Que vencería el miedo, las ataduras de las tradiciones; pero Kun jamás rompería las normas impuestas por el cielo y la tierra. Nunca me pediría que escapáramos juntos a un lugar remoto donde nadie nos encontrara.

Él renunciaba a mí.

Rompí a llorar, rota de dolor.

Antes de reunirme con Longyan para marcharnos, tuve que retocarme el maquillaje para que nadie notara que había estado llorando. Aun así, no logré ocultar los rastros de mi tristeza.

Partimos antes de que cayera la noche. Había dejado para el final la despedida de la dama Lixue y de mi hermano. Disimulé la aflicción que sentía por ella y por el pequeñín al pensar en el aciago momento en el que madre le arrebatara al niño. Imaginé que lo haría cuando Longyan y yo nos hubiésemos marchado para evitar un nuevo enfrentamiento conmigo.

Intenté transmitir todo mi cariño a la concubina y al pequeño Lok. De buena gana me hubiera quedado en mi casa natal algunas semanas más, pero si lo hacía sería gravemente reprendida por mi marido y por mi suegra.

Mientras el palanquín se alejaba, recorrí la cortinilla y miré hacia la farmacia. Mi corazón dio un vuelco al ver en el umbral de la puerta a Kun. Por un instante, nuestras miradas se encontraron. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Longyan me las secó con un pañuelo y me dirigió palabras de cariño, achacando mi tristeza a la emotiva partida. Aunque, en el fondo, imaginé que estaba al tanto de mi lucha interior, pero prefirió guardar un prudente silencio.

El camino hasta el Pozo de las Luciérnagas se me hizo eterno. Longyan dormitó casi todo el camino.

Tío Pope abrió las puertas de entrada y nos saludó con mucha ceremonia.

—Bienvenida, primera esposa —dijo con una inclinación—. Vuestra suegra me dejó recado de que acudierais a verla nada más llegar.

—Gracias, tío Pope, iré enseguida.

Longyan se encargó de nuestro equipaje y yo acudí rauda a la casita de la anciana dama.

Al llegar, una de las criadas me abrió la puerta. Mi suegra estaba recostada en un diván, rodeada de tía Hui y tía Lan. La dama Qiu tocaba una melodía con el *qin*. Dejó de tocar en cuanto me vio. Las tres esperaron a que yo saludara a mi suegra con un *koutou* para, a su vez, dirigirme un gesto de cortesía.

—Al fin llegas, querida hija —dijo la anciana dama señalándome un escabel para que me sentara. Llamó a una criada y le ordenó que nos sirvieran té—. Nos han llegado rumores de que tú misma atendiste el parto de la segunda concubina de tu padre. ¿Es eso cierto? Según lo que me contó la cocinera, no se trataba de un parto corriente. Creo que hubo complicaciones.

—Así fue, honorable madre. El niño venía torcido y uno de sus pies quedó trabado.

Las concubinas lanzaron un gemido de aprensión. Mi suegra enarcó sus cejas pintadas en un gesto de asombro.

—Pero ¿cómo te las apañaste para que el muchacho naciera? Porque tengo entendido que estaban presentes las mejores parteras de Lin'an, además de un médico.

—Tengo nociones de medicina. He estudiado con mi padre desde que era niña.

Me miró con gesto desabrido.

—No sabía nada al respecto. La casamentera no nos habló de ello cuando enumeró tus cualidades, hija mía. Tampoco mi hijo lo comentó.

Imaginé que la señora Chen no tenía permiso de madre para incluir mis estudios de medicina en la lista de mis habilidades. Es más, con toda seguridad le recalcaría que no dijera nada. Las novias más valoradas eran aquellas que observaban las cuatro normas y las cinco virtudes, y entre estas no estaba el estudio de la sanación.

—Ignoro el motivo de su silencio —respondí—. Mi esposo estaba al corriente, puesto que en ocasiones ha sido mi mentor y una gran fuente de conocimiento e inspiración para mí.

Sus ojillos, negros como el peltre, me miraron en una mueca de recelo. Sus mermados labios se curvaron con desaprobación. Mas si tenía preparada alguna réplica se quedó en su garganta al escuchar las voces de los criados, que llegaban desde el patio alertando de que se acercaban varios carros a la propiedad. Una criada llegó con un recado.

—Desde la puerta avisan de que el amo está a punto de llegar. —Hizo una reverencia y se retiró.

—Ya habéis oído, gandulas —dijo la anciana con voz autoritaria—. Id todas a recibir a vuestro señor. Estará exhausto después de tan largo viaje. Sed complacientes y atended todas sus necesidades.

Las concubinas y yo hicimos un gesto de obediencia y salimos de sus aposentos. Longyan aguardaba en la puerta portando un farol.

—Las antorchas están ya cerca de los portones de entrada, amita —me advirtió al tiempo que apremiaba a las tres concubinas—. ¡Apuraos, señoras!

Maldije para mis adentros. La ausencia de mi marido se me había hecho muy corta. Pensar en mis obligaciones conyugales me trajo una sensación de agobio y vacío. Sentía, más que nunca, la necesidad de dormir sola. El mero recuerdo de sus manos sobre mi cuerpo me causaba escalofríos.

Varios criados esperaban con linternas. La noche era fría y oscura.

Llegaron dos carruajes hasta la entrada principal. Tío Pope los dejó pasar después de conversar brevemente con uno de los carreteros. Su reacción fue muy extraña. Se llevó las manos a la cabeza y se tiró del cabello. Gritó y comenzó a llorar amargamente mientras se dirigía a mi encuentro. Cuando llegó hasta mí, se hincó de rodillas y me habló sin mirarme a los ojos.

—Primera esposa, lamento ser portador de tan malas noticias. Vuestro señor ha fallecido en un grave accidente. Su carro se despeñó a pocos *li* de Hankou. Lo traen de vuelta a su hogar en uno de los carros.

Me invadió una gran oleada de frío. Mis ojos, erráticos, tardaron en reconocer el cadáver de mi marido, que reposaba sobre una gruesa hoja de madera, en la parte de atrás del carretón. Ante la vista de su cuerpo destrozado sentí náuseas y un nudo prieto en mi estómago. Longyan me agarró antes de que cayera redonda al suelo por la impresión. Me hizo sentar en uno de los bancos de madera que había al lado de unos parterres y ordenó a una criada que trajera té de inmediato.

Las concubinas Lan y Hui gritaron como si estuviesen endemoniadas. Se tiraban del pelo y se arañaban la cara. Sus alaridos resonaron huecos en mis oídos. Me temblaba todo el cuerpo. Longyan se apresuró a sujetar a la dama Qiu y la sentó junto a mí. Estaba más blanca que la cal, pero no emitió gemido alguno. Sus lágrimas corrían silenciosas por sus mejillas empolvadas.

En cuanto llegó el té, mi eunuco se apresuró a servirnos.

—Amita, alguien tiene que avisar a la anciana dama. No creo que le agrade que sea yo el portador de tan malas noticias.

—Iré yo —dije poniéndome en pie y apurando la taza de té para coger fuerzas.

La dama Qiu me detuvo. Estaba tan pálida que creí que iba a desmayarse.

—Permíteme ser yo la que vaya, primera esposa. Nuestra honorable madre odiará a la mensajera que le dé tan nefasta noticia, y a mí no me importa ser yo la odiada.

Tras tomar una segunda taza, me rehíce como pude, mientras escuchaba los gritos y lamentos de los criados que acudían a las puertas de entrada, alertados por la llegada del séquito que había acompañado el cadáver de mi esposo.

Pero antes de que la concubina se pusiera en camino, nuestra suegra hizo su aparición. Varios criados habían ido a avisarla y la traían subida en una silla de manos.

Su reacción fue espeluznante. Se bajó de la silla, ayudada de su bastón y por tía Lan y tía Hui. Una vez sus pies tocaron el suelo, dio de bastonazos a las dos concubinas mientras las increpaba. Se acercó por su propio pie hasta la trasera del carro sin derramar una sola lágrima. Su rostro parecía esculpido en piedra. Y ante nuestra atónita mirada, la emprendió a golpes con el cuerpo sin vida de mi esposo. Lo golpeó con los puños y lo riñó como si todavía estuviese vivo y pudiera oír sus insultos.

—¡Mal hijo! ¡Te has ido antes que yo! ¡No has dejado en esta vida ni un solo descendiente! ¡No te perdono! ¡Mal hijo! ¡Mal hijo!

Siguió golpeándolo hasta que se dejó caer de rodillas, vencida por el esfuerzo. Gritó de dolor como creí no haber escuchado a nadie en mi vida. Mientras lloraba, se quitó las peinetas y los pasadores y se soltó el pelo. Fue tal su furia que se arrancó mechones de cabello. Tía Lan y tía Hui se apresuraron a agacharse sobre ella, la despojaron de las joyas que llevaba y las guardaron en sus bocamangas temiendo que la anciana dama se arrancara los zarcillos de las orejas para lanzarlos contra la negrura de la noche.

La dejamos llorar largo rato. Luego, las dos concubinas hicieron intención de levantarla, pero volvió a pegarles, rabiosa de dolor.

Tía Hui le sujetó las manos e intentó calmarla.

—Tenéis que resignaros, honorable antepasada. Son los designios de la providencia.

—¿Resignarme?! —gritó llena de ira—. ¡Santo Buda! ¡Sois unas perras! ¡Vosotras habéis matado a mi Dishì con vuestra indolencia! ¡Todas vosotras, mulas estériles! ¡No tengo ni un nieto para perpetuar el linaje de los Cao! ¡Os merecéis la mala muerte y una reencarnación aún peor!

—No digáis eso, buena madre —se apresuró a decir tía Lan—. Todavía hay esperanza. Tal vez la primera dama esté embarazada. Las criadas rumorean que tiene un retraso en su ciclo lunar.

Todas las cabezas se volvieron hacia mí. Yo me quedé petrificada. ¿Cómo sabían los criados algo así? El único que estaba al corriente era mi marido. Me preguntó al respecto justo antes de marcharse para Hankou y estábamos a solas.

Mi suegra, ajena a mi gran desconcierto, elevó sus manos crispadas para que me acercara. Me agarró de un brazo con fuerza.

—¿Es eso cierto, mi querida hija? —me preguntó con el brillo del anhelo reflejado en sus

astutos ojos.

Asentí con la cabeza.

—Pero aún es pronto para saber si... —dije azorada con un hilo de voz, sin atreverme a cuestionarlo por miedo a que se desmoronara, dado el penoso estado de angustia en el que se encontraba.

—¡Alabada sea la diosa de la misericordia! —exclamó elevando las manos al cielo—. No todo está perdido.

Tras el anuncio inesperado del retraso en mi ciclo lunar, mi suegra pareció tomar fuerzas renovadas.

—¡Llamad a los bonzos y avisad a Lobo Plateado! —ordenó a los criados—. Debemos comenzar con los ritos funerarios.

El geomántico sería el encargado de elegir el día y la hora del entierro, el emplazamiento de la tumba dentro del cementerio y la fecha propicia para colocar el cadáver en el ataúd. Mientras tanto, mi marido reposaría en el lecho del cuarto nupcial.

Más tarde nos enteramos de la suerte que habían corrido los tres alumnos que viajaban junto a mi marido. Dos resultaron heridos de diversa consideración y fueron atendidos en un pueblo cercano a Hankou. Los criados habían muerto, así como el tercer estudiante. El cuerpo de este fue devuelto a su familia, que vivía en la ciudad de Enzhou.

Se pusieron banderolas en los portones de entrada del Pozo de las Luciérnagas en señal de duelo. Se cubrieron con paños las estatuas de los dioses y todos los espejos de bronce pulido de la casa. La anciana dama nos dio las pautas para llevar a cabo los primeros ritos del luto. Nosotras, como viudas, teníamos que llevar el pelo recogido con cintas blancas, sin adornos ni joyas. No debíamos maquillarnos. Nos vestiríamos con túnicas de cáñamo sin teñir y calzaríamos zapatos de arpillera blanca como muestra de dolor.

Varios porteadores llevaron el cadáver de mi marido a la cámara nupcial y lo depositaron sobre la cama que ambos habíamos compartido en vida. Las mujeres lavamos su cuerpo tres veces con agua de pozo, a la cual no podía darle la luz, ni siquiera la de la luna. Yo misma tuve que recogerla y tapar el cubo con una sombrilla, tal y como dictaba la tradición. Lo vestimos con su traje de la longevidad, el cual habían confeccionado las concubinas ya hacía tiempo, dado que nuestro marido tenía más de setenta años. La túnica constaba de varias capas de tela y no llevaba ningún ribete de piel para evitar que se reencarnara en un animal. Lo calzamos con unos zapatos de suela blanda.

La dama Qiu lo maquilló. Intentó disimular los moretones y las profundas heridas que desfiguraban su rostro. Cuando terminó, nuestro marido parecía estar pacíficamente dormido. Aun así, se le cubrió el rostro con un pañuelo de gasa.

Al tercer día, tal como anunció el geomántico, lo trasladamos a su ataúd, una caja de fragante madera de cedro, la cual reposaría en el altar familiar donde se había instalado un catafalco para velarlo. Allí permanecería cuarenta y nueve días antes de ser enterrado.

En el fondo del ataúd se colocaron saquitos de arena, ceniza y cal. Varios bastones para que su espíritu se defendiera de los perros hambrientos que encontraría en el camino hacia el más allá. Le pusimos un poco de arroz en el hueco de ambas manos, billetes de dinero ritual, unas hojas de té, cal y tierra para que la infusión del olvido, que le darían en la otra vida, no fuese dañina.

Yo misma encendí la lámpara de siete mechas que ardería durante los cuarenta y nueve días. Prendí varillas de incienso en los quemadores y dos velas.

La urna se selló con laca para evitar el hedor. Mientras durara este rito, un grupo numeroso de bonzos y una banda de música realizarían ceremonias cada siete días hasta el día del funeral. Mientras tanto, ellos comerían y dormirían en la casa como si fueran familiares llegados de lejanas tierras. Era parte del pago por sus servicios.

La casa entera se convirtió en un lugar de recogimiento, a pesar de la gran cantidad de gente que llegaba a diario para mostrar sus condolencias. Vecinos, decenas de pacientes y compañeros de profesión.

Elaboramos borlas de hilo de seda para adornar los palanquines y los carruajes del séquito mortuario.

A los siete días, las mujeres nos reunimos en torno al ataúd, lloramos y enumeramos las cualidades que tenía mi marido en vida. Al ritual se sumaron las hermanas de juramento de mi suegra y el grupo de *kusangren*, amigas de la casamentera, la señora Chen. Ella tampoco faltó a la cita. Verla allí me reconfortó, no así ser el centro de atención del grupo de ancianas viudas, que no dejaron de parlotear sobre las sospechas de mi embarazo.

Una de ellas, que estaba sentada junto a mí, me tocó el vientre con gesto experto. Me encogí de asombro y recelo ante el tacto frío de su mano huesuda.

—Señora Cao —dijo dirigiéndose a mi suegra—. Te aconsejo que llames a Lobo Plateado para ver qué trae tu nuera.

Me quedé muda. Todavía no se había anunciado mi embarazo de forma oficial. Ni yo misma sabía si estaba embarazada. Llevaba diez días de retraso, pero bien podría tratarse de un desarreglo causado por los nervios y agravado por la fuerte conmoción de la muerte de mi marido.

—Lo haré a su debido tiempo —dijo la anciana dama con una mueca de autosuficiencia—. No creo que sea de buen augurio consultarlo sin haber terminado los ritos funerarios.

—Bien está —apuntó otra de las viudas—, pero creo que en este caso estaría justificada la urgencia. Los Cao no tienen descendencia.

Mi suegra se levantó para servirse otra taza de té. Al pasar junto a mí, me dijo a viva voz, sin temor a que la oyeran las demás mujeres:

—Más te valdría rezar a la diosa Guanyin para que tu hijo sea un varón, porque si no lo es, tú y lo que traigas al mundo tendréis que marcharos de aquí. Tómalo como un juramento que hago ante el ataúd de mi hijo. No creo que él se apiadara de ti si parieras una rama inútil.

Aquello me espantó. Sentí que se me erizaba el vello de la nuca ante aquella sentencia. La presión que estaba recibiendo llegó a ser tan insoportable que el estómago me dio un vuelco y las náuseas acudieron a mi garganta.

La meipo me tomó de la mano y me condujo hasta el exterior del templo ante la dura mirada de la anciana dama, que parecía no compadecerse de mí. Me guio por uno de los puentes en

zigzag que cruzaban el lago hasta un templete cerrado con celosías de filigrana y me indicó que me sentara.

—No me va a quedar más remedio que pensar que realmente estáis embarazada, niña —afirmó con una sonrisa.

Reprimí una nueva náusea, invadida por la desesperación.

—Tranquilizaos, mi joven señora —me dijo tomándome de las manos—. Si no queréis acabar enferma, deberéis hacer oídos sordos a esa endemoniada vieja. Es una mujer terrible y pondría los nervios de punta a cualquiera.

—Ya la habéis oído, señora Chen —dije en mi defensa—. Si realmente estoy embarazada y doy a luz una hija, nos echará de aquí.

—Tenéis que armaros de valor y ser más lista que ella. Engañadla. Decidle que estáis totalmente convencida de que lleváis un varón en el vientre. Un varón fuerte y robusto, que será la continuación del linaje de los Cao. Esta maniobra os dará un respiro. Un tiempo valioso en el que ella dejará de hostigaros con sus exigencias.

—No deseo tener un hijo sin padre —dije al borde de la lágrima—. La anciana dama no me dará tregua. Querrá criarlo a su antojo.

—Vuestra suegra no es inmortal, querida. ¿Cuántos años más creéis que vivirá? Para cuando vuestro niño haya comenzado con sus estudios primarios, ella ya habrá iniciado su viaje a las fuentes amarillas. —Me cogió de la mano con cariño—. Miradlo por el lado bueno. Un embarazo es el mejor regalo que puede tener una mujer. Os lo digo yo, que jamás tuve la suerte de poder sentir en mi vientre el milagro de la vida.

Le brillaron los ojos con un halo de nostalgia.

—Además, ese pequeñín puede ser vuestro salvoconducto para heredar todos los bienes de vuestro difunto marido. La farmacia será vuestra y podréis ejercer la medicina sin impedimentos.

Aquello sonaba demasiado bien. Aun así, no me veía preparada para afrontar la maternidad. No en ese momento.

—¿Y si doy a luz una niña?

—Entonces no tendréis más remedio que rendir pleitesía a la anciana dama y suplicarle asilo y comida. Tal vez se compadezca de vos y os permita criarla aquí.

Negué con la cabeza.

—No estáis siendo sincera conmigo, señora Chen —le recriminé con una sonrisa amarga—. Mi suegra necesita un heredero. Un varón que lleve a cabo el rito a los ancestros. Si yo no puedo dárselo, lo buscará. Adoptará a uno de los estudiantes aventajados de mi marido y será él quien se encargue de la consulta y de la farmacia. Y cuando muera mi suegra estaré en la misma situación en la que me encuentro ahora o en otra aún peor. ¿Quién velará por mi pequeña entonces?

La meipo torció el gesto con aire cómico, intentando quitar hierro al asunto.

—Si la vida aquí se os hace insoportable, siempre podréis volver a casa de vuestro padre. Él jamás se negará a acogeros. Sois una buena hija y me consta que él os ama.

Me quedé pensativa. No había nada que deseara más que regresar a mi casa natal, pero ¿realmente quería estar de nuevo bajo las garras de madre? Bien mirado, siempre sería mejor que verme en las calles pidiendo limosna para poder comer. Además, ella ya tenía a su heredero, mi hermano Lok, y yo no sería un estorbo para sus fines.

—Oíd mi consejo, mi noble niña —prosiguió la casamentera—. Demos tiempo al tiempo con este ardid. Al fin y al cabo, no se trata de ninguna mentira. Puede que estéis gestando al heredero de los Cao.

Volví a sentir un vuelco en el estómago, pero no pude contenerme y terminé por vomitar sobre uno de los parterres de lirios.

La señora Chen me atendió en lo que pudo y me hizo sentar de nuevo en el banco. Luego llamó a una criada para que limpiara el desaguisado.

En ese momento llegó Longyan. Había salido temprano esa mañana para traerme noticias sobre la dama Lixue y el pequeño Lok. A pesar del luto y de la incertidumbre que sentía sobre mi estado, la preocupación por ellos no me abandonaba. Temía por la concubina después de que madre le hubiese arrebatado al niño.

Al verme indisputada, un gesto de inquietud surcó su bello rostro.

—Mi señora, estáis muy desmejorada. No estaría de más que delegarais algo de trabajo en tía Hui y tía Lan. La única que os ayuda es la dama Qiu. Las concubinas también son viudas y tienen sus deberes.

—No es nada, Longyan. Tengo los nervios a flor de piel con los preparativos del funeral. Se me han aferrado al estómago como una araña de mil patas.

—Ahora mismo ordenaré una tisana para que os sintáis mejor —dijo resuelto—. Los ritos funerarios son terribles para los vivos. Enseguida vuelvo.

La señora Chen lo detuvo.

—Mejor sentaos con ella, Longyan —le dijo—. Yo misma iré a pedir esa infusión y algo de té para las damas del velatorio. A estas alturas, seguro que las ancianas viudas han dado fin a todos los servicios de té y las dos bandejas de dulces.

Se alejó en dirección a la cocina.

Longyan se sentó junto a mí.

—Y bien, ¿cómo marcha todo en mi casa natal? —le pregunté deseosa de tener noticias.

—Pues, al parecer, la leche de la nodriza que contrató la señora Zheng no era del gusto del pequeño Lok. El niño no dejaba de llorar y vuestra madre no tuvo más remedio que llamar a otra sau nai-nai, pero con esa ocurrió lo mismo. Según me ha contado Albaricoque, convocó a más de diez amas de cría y el niño se negaba a comer. Y ante la pérdida de peso del muchacho, vuestra madre no ha tenido más remedio que claudicar y permitir que la dama Lixue lo amamante. La leche de su madre es la única que quiere el muy pillín. Además, la dama Lin lo cuida y mimaba igual que a un pequeño Buda. Y no es para menos, porque el niño es un primor de criatura.

Estaba maravillada. Un alivio inmenso llenó mi corazón.

—Entonces, la dama Lixue estará encantada.

—Mucho. Resplandece como una peonía. El niño se alimenta cada tres horas y eso le permite disfrutar de él. Eso sí, vuestra madre le entrega el bebé ella misma y en cuanto termina de mamar se lo lleva de regreso a sus aposentos. No delega esa tarea en ninguna criada.

Me alegré por la concubina. Temí que la pobre, al verse privada de su hijo, se hundiera en un estado de melancolía del cual no pudiera salir.

—¿Y mi padre? ¿Cómo está?

—No hay cambios, amita —dijo apesadumbrado—. He hablado con Li Rong y me ha dicho que sigue con los ataques, a pesar de administrarle los mejores tratamientos.

Negué al aire. Tuve la certeza de que mi padre jamás recobraría la salud. Su estado se iría deteriorando con el paso de las lunas y solo era cuestión de tiempo que la enfermedad se cobrara su presa.

—He hablado con los herboristas, los hermanos Long —prosiguió mi eunuco—, y me han dicho que muchos pacientes han dejado de acudir a la consulta al enterarse de la grave enfermedad de vuestro padre. Dicen que no están contentos con los métodos del sobrino de la dama Lin. No se fían y prefieren acudir a otros médicos.

—¿Y el joven Xiong Kun? ¿Por qué no se encarga él de la consulta?

Longyan metió la mano en la bocamanga de su hanfu y sacó un rollo de papel de arroz atado con un simple cordel de cáñamo.

—Los hermanos Long me han dado esta carta para vos. Se la entregó el estudiante hace siete días. Él les pidió que os la hicieran llegar a la primera oportunidad y que no dijeran nada a vuestra madre.

Se oyeron pasos en la gravilla.

—Guardáosla, amita. Se acerca alguien.

Me apresuré a meterla en el bolsillo interior de mi túnica de luto. Aquella misiva acababa de alegrarme el corazón. Saber algo de Kun, por nimio que fuera, era como encender un candil en una noche sin luna. La impaciencia por leerla me quemó por dentro.

Una criada trajo una tetera de barro negro con la infusión. Longyan se apresuró a servirme.

La meipo regresó con una bandeja y dos tazas de té. Ofreció una a Longyan y se sentó junto a nosotros. Luego me habló muy bajito.

—He oído decir a vuestra suegra que dentro de unos días vendrán varios médicos y geománticos. Está tan deseosa de saber si estáis embarazada que los ha hecho llamar. Sus hermanas de juramento no hacen otra cosa que llenarle la cabeza de consejos bienintencionados. Hablaban de administraros algunas pócimas y sopas para impedir que vuestro bebé sea una niña. También decían algo sobre encantamientos ancestrales para facilitar que se forme un varón.

Aquello me espantó. Elevé los ojos al cielo con hartazgo. Noté una horrible opresión en el pecho y mi corazón se aceleró como un caballo desbocado. Respiré hondo para controlar el malestar. En esos momentos, más que nunca, sentí que mi vida no me pertenecía. Todo mi futuro dependía de dar un heredero a los Cao. Me sentía como la concubina imperial Mariposa Blanca. Un joven fénix enjaulado tras los barrotes de jade de la Ciudad Imperial. Claro que el Pozo de las Luciérnagas no se parecía en nada a una jaula de jade y yo solo era un pobre pajarillo a merced de la tormenta.

Me maldije a mí misma por los pensamientos oscuros que me asaltaron.

El sonido del gong, que avisaba de que la cena se serviría en breve, me sacó de aquel estado de nervios.

La señora Chen me dirigió una mirada de piedad.

—Mejor no penséis en ello, mi joven amiga. Cenemos. Necesitáis coger fuerzas.

El comedor estaba a rebosar. Se habilitaron varias mesas para los bonzos y los músicos. Dos más para algunos pacientes que habían llegado de las afueras de Lin'an a presentar sus respetos y que tendrían que hacer noche en el Pozo de las Luciérnagas, y otra para los estudiantes de mi marido, a los cuales habría que alimentar y buscar alojamiento en la casa hasta el día del funeral, ya que la relación entre maestro y alumno era la segunda en importancia y eso los colocaba en la

escala social como si fueran familiares.

Las raciones eran escasas a pesar de que Yamiko preparó gran cantidad de arroz y de nabos. Apenas probé bocado. Me sentía observada y el calor era sofocante. El mes de la granada tocaba a su fin y nos daba tormentas casi todas las tardes, provocadas por el calor.

Agradecí que la cena no se alargara demasiado. Estaba exhausta.

Más tarde, a la hora de la rata, mientras toda la mansión dormía, me senté en el mirador de mis aposentos bajo la luz de una vela. La tormenta arreciaba. El sonido de la lluvia al caer sobre los bambúes era ensordecedor y me trajo una sensación de melancolía. Desenrollé la carta de Kun. Sus caracteres eran elegantes; sus trazos, firmes. Procedí a leer con avidez.

*Querida Akame:*

*Me he armado de valor para escribirte. Debo comunicarte que, ante la enfermedad de tu padre, me he visto obligado a buscar un nuevo maestro. Ya sabes que mi familia es muy pobre y jamás podré permitirme cursar estudios en ninguna de las academias de medicina que hay en Lin'an, por lo que en breve partiré hacia Nanjing, donde el maestro Xu ha aceptado tomarme como estudiante a cambio de que acceda a casarme con su única hija. Si ella tiene un hijo varón, llevaré el apellido de la familia. No tengo otra opción si deseo ejercer la medicina.*

*Siempre te guardaré en mi memoria.*

*Xiong Kun*

La releí varias veces mientras las lágrimas resbalaban por mis mejillas. Entendía sus motivos, sobre todo en lo concerniente a ejercer la medicina. Yo sentía en carne propia esa necesidad. Su familia era pobre y no había ningún médico en ella. Sin la protección de mi padre, la única opción que le quedaba era casarse con la hija de un médico que estuviera dispuesto a darle su apellido y su prestigio. Mas, si yo alguna vez había abrigado la esperanza de poder amar y ser amada, desaparecía con aquella carta. Esa misiva era la confirmación de que Kun se había rendido sin presentar batalla. Pensé si estaría al tanto de la muerte de mi marido y de que yo era ahora una mujer viuda. O tal vez fuese eso, precisamente, lo que lo había forzado a tomar la decisión de partir lejos. Pues, según las estrictas normas de nuestro pueblo, una viuda debe preservar su virtud guardando fidelidad a su esposo más allá de la tumba y jamás debe deshonorar su memoria volviendo a contraer matrimonio.

Estaba ante la más oscura de mis noches.

Me arrodillé ante la imagen de la diosa Guanyin y recé con fervor, pero no para pedirle que me bendijera con un hijo varón. Oré para que no me lo enviara. No deseaba un hijo de un hombre al que no había amado. Esa era mi verdad. Con mi confesión estaba dando la espalda a las tradiciones y a mi deber como viuda y como mujer. Ese era el peor de los pecados. Fui consciente de que expiaría mi culpa en esta vida o en la próxima reencarnación. Y era tal mi hastío que no me importó.

Al amanecer, mis sábanas estaban manchadas de sangre.

La diosa de la misericordia se había apiadado de mí. Me embargó una mezcla de culpabilidad y tristeza. Me levanté y me dirigí al mirador. El jardín estaba cubierto de charcos y en ellos flotaban los frágiles pétalos de las flores que la tormenta había desgajado. Me recreé en ellos con tristeza. Pensé que varias generaciones habían echado raíces en esa misma tierra. Habían vivido y muerto en el Pozo de las Luciérnagas. El linaje de los Cao llegaba a su fin, no habría descendencia que diera continuidad al apellido. Mi futuro se tornaba muy sombrío. Mi suegra me repudiaría y me devolvería a mi casa natal. A pesar de ello, no podía negar que también me invadió un profundo alivio. Todo el peso de la responsabilidad que se había depositado en mí se esfumó. Y solo el destino sabía qué me depararía la vida. Me había convertido en una joven viuda sin hijos. Una carga para mi familia. Ahora mi futuro quedaría en manos de mi suegra. Aunque estaba decidida a luchar. Le rogaría, si fuera necesario, que me dejara hacerme cargo de la consulta de mi marido y de la farmacia. La sociedad entera podría negarme el amor, pero jamás conseguirían que olvidara mi verdadera vocación. La medicina tradicional latía en mis venas. La sentía a flor de piel. Era una necesidad que me quemaba por dentro. En esos amargos momentos, era lo único que me ataba a la vida.

Longyan se incorporó en su jergón y miró hacia mi lecho. Una mueca de velada conmiseración se adueñó de su rostro al contemplar la gran mancha de sangre. Se levantó en completo silencio, se apresuró a recoger las sábanas y las escondió bajo la alta cama.

—Os traeré una tetera de agua y una palangana para vuestras abluciones, mi señora. Yo mismo lavaré las sábanas para que nadie las vea. Las gemelas están a punto de despertarse y no quiero que le vayan con el chisme a la anciana dama.

—Oh, Longyan... —dije, incapaz de pensar con claridad—. Creo que es mejor que se lo comunique cuanto antes. No quiero alargar más su incertidumbre.

—Amita, sería conveniente que guardarais silencio hasta que se celebre el entierro. No hay nada de malo en alimentar sus esperanzas unas semanas más.

Además, eso nos dará un poco de tiempo para pensar. Tendremos que abordar con calma la decisión de volver a vuestra casa natal. No creo que nos quede otra opción. Podríamos hablar con la dama Lin para saber a qué atenernos. Ella no se atreverá a rechazaros mientras vuestro padre esté enfermo.

Respiré hondo. Yo todavía tenía la esperanza de que mi suegra me permitiera ser útil en la

farmacia y en la consulta. La familia Cao no tenía parientes, ni siquiera lejanos. Si ella adoptaba a un estudiante de mi marido, no sería de la sangre de los Cao, por mucho que aceptara llevar el apellido y venerara a los ancestros. Yo, al fin y al cabo, sí era de la familia y velaría por sus intereses. Me dije a mí misma que tantearía a la anciana sobre esa posibilidad. Le pediría visitar la farmacia para comprobar la buena marcha del negocio. Si me lo permitía, sería la señal de que no estaba todo perdido. Tal vez me quisiera a su lado aunque no le diera un nieto.

Tras el desayuno, vi que la *meipo* se disponía a marcharse con el grupo de *kusangren*. Me acordé de la muchacha a la que diagnosticué en la fiesta que dio mi suegra en el Pozo de las Luciérnagas.

—Señora Chen, antes de que os vayáis, quería preguntaros por la salud de la joven Lian. Ayer no lo hice por mi indisposición.

—La vi hace dos días y está mucho mejor. Se la ve más feliz y risueña. Ha cogido algo de peso, pero todavía no ha sangrado.

—Aún es pronto. Cuando el mar de sangre esté abastecido, no tardará en hacerlo.

—Le diré a su familia que habéis preguntado por ella. Les gustará saberlo. —Me tomó de las manos con cariño—. Volveré dentro de siete días para el rito de velar el cadáver, sanadora Zheng. Espero que para entonces tengamos buenas noticias. —Sonrió mirando mi liso vientre.

Me supo mal no contarle la verdad, que no había nada que celebrar, pero no podía decírselo antes de haber hablado con mi suegra.

Al poco de marcharse, llegaron varios de los familiares de tía Lan y tía Hui. Todos eran varones jóvenes. Iban ataviados con los ropajes de luto que correspondían a los parientes lejanos. Fueron recibidos por las concubinas con mucho boato y ceremonia. Longyan se apresuró a susurrarme al oído:

—Esas dos mujeres son peores que las comadrijas, mi señora. ¿Os habéis percatado de la edad de esos muchachos? Está claro que vuestras hermanas pretenden exhibir a los varones de sus familias ante la anciana dama. Son candidatos para la adopción en caso de que vos no deis un varón a la familia. —Hizo una pausa estudiada—. ¿Veis ahora por qué es mejor que no desveléis nada todavía, amita? En cuanto se enteren de que no estáis embarazada, esto será un desfile diario de jóvenes candidatos y seréis el centro de los escarnios de las mujeres de esta casa.

—Solo es cuestión de tiempo que me examinen los médicos y videntes, Longyan. La farsa no durará mucho.

—No creo que vengan por aquí antes de que se celebre el entierro. Vuestra suegra es muy tradicional y supersticiosa. No los llamará por temor a la mala suerte. Dejad que esos gallitos fanfarroneen, que de nada les servirá. Son tan zafios como sus tías. Si alguno de ellos viniera a vivir aquí, convertiría el Pozo de las Luciérnagas en un lodazal para los puercos.

Aquella ruin artimaña por parte de las concubinas no me pilló por sorpresa, pero apenas le di importancia. Mi primordial preocupación en esos momentos era dónde iba a acomodar a tantas personas, sin contar con que el presupuesto que me había dado mi suegra para el menú semanal no alcanzaría ni para dos días. De todos era sabido que los funerales eran costosos. Tanto que las familias se endeudaban de por vida, incluso muchas se arruinaban. La anciana dama no tendría más remedio que echar mano de las piezas de plata que debía de tener bien guardadas bajo cuatro candados.

Me armé de valor para encarar la desagradable tarea de pedirle más dinero. Para ello busqué

el momento más adecuado, justo cuando acababan de darle sus masajes medicinales.

Mi suegra estaba tumbada sobre un diván, mientras una criada le ponía en la boca lichis en almíbar.

La saludé con una inclinación y me indicó que me acercara con un mohín de disgusto.

—Si vienes a pedirme dinero, mi respuesta es «no» —me dijo sin dejar tan siquiera que me explicara—. Tendrás que apañarte con lo que te di. Los ritos son más caros de lo que imaginaba. La plata se me escapa de las manos como si fuera agua.

Suspiré hondo. Me dije a mí misma que ya era hora de sacar partido a mi supuesto embarazo. Me eché mano al vientre, simulando dolor.

A ella le temblaron los labios y enseguida dulcificó su gesto.

—Está bien, muchacha. Sé que hay muchas bocas que alimentar y en este momento no te conviene tener disgustos ni discusiones. Por el bien de mi futuro nieto, seré generosa contigo y te daré algo más; pero te lo advierto: nada de lujos. Sírveles té del más barato y gran cantidad de arroz y nabos. Tampoco nos interesa que los sobrinos de tus hermanas crean que en esta mansión somos ricos. No tengo intención alguna de alimentar de por vida a ese atajo de vagos y palurdos. En cuanto acabe el entierro, tendrán que irse.

Ordenó a una anciana criada de su plena confianza que le trajera uno de los cofres que guardaba en el rincón más apartado de la estancia, detrás de varios biombos. De él sacó dos piezas de plata y me las dio.

—Aquí tienes. Adminístralas bien.

Las guardé en un bolsillo de mi fajín. Dado su buen talante, decidí preguntarle acerca de la farmacia y ver cuál sería su reacción.

—Me gustaría comprobar cómo va todo. En mi casa natal ayudaba a mi padre en la consulta y elaboraba recetas. Para mí no es un trabajo pesado; al contrario, echo de menos ocuparme de ello.

Sus ojos se convirtieron en dos ranuras en su cara huesuda.

—Tu buena disposición te honra, dama Akame, pero ese no es tu cometido en la mansión de los Cao. En estos momentos necesito que estés a mi lado organizando los ritos funerarios y atendiendo a los huéspedes. La farmacia y la consulta están bien atendidas por los alumnos aventajados y por los herboristas. Y es así como será en un futuro, hasta que tu hijo crezca y se haga un hombre. Las mujeres debemos ocuparnos del hogar. Los asuntos de fuera les corresponden a los varones. Además, ¿qué diría la gente si ven aparecer por allí a la joven viuda? Seríamos la comidilla de todo Lin'an.

No pude evitar una punzada de profundo pesar, mas tuve que tragarme mi decepción.

—Hija mía —dijo endulzando la voz—, no te disgustes. Ten en cuenta que en nuestra situación no nos conviene estar en boca de nadie. Somos solo unas mujeres inútiles, y ahora no hay ningún hombre que vele por nosotras. No podemos dar que hablar. Tu reputación y las de tus hermanas deben ser intachables. Está en juego la honra y la memoria de mi difunto hijo.

—Está bien, honorable madre —dije mordiéndome la lengua.

—Y para que veas que miro por ti, he ordenado a las concubinas que te ayuden en todo lo que puedan. Por tanto, te doy plena libertad para que delegues en ellas las tareas que a ti te resulten más pesadas. Si alguna se queja, la castigas sin miramientos.

Asentí con un gesto de cabeza e hice intención de retirarme.

—Antes de que te vayas, quiero que sepas que he ordenado a Yamiko que cocine unas sopas especiales para ti. Deseo que te las tomes a diario. Son buenas para las embarazadas.

—Pero es que... —balbucí sintiendo un arrebato de remordimiento por no confesarle la verdad.

—No transigiré en esto, dama Alome —me interrumpió—. Te las tomarás. Toda prevención es poca. Necesitamos un varón.

Estaba claro que ya daba por hecho mi embarazo y no quería escuchar lo contrario. Hice una reverencia con las manos juntas a la altura del pecho y salí de sus aposentos.

Muy a mi pesar mantuve el engaño durante las semanas que siguieron a esa conversación. Ya se cumplía el trigésimo quinto día de luto y los monjes budistas realizaron la ceremonia de hendir la tierra en dos para abrir los infiernos. Era un rito que se practicaba para que el alma del difunto pudiera regresar de allí después de haber visitado al rey de los Infiernos. Esta práctica consistía en colocar luminarias para alumbrar el camino al alma del fallecido. Los taoístas ofrecieron plegarias e invocaciones. Los bonzos quemaron incienso recitando sutras e hicieron sacrificios a los fantasmas hambrientos, mientras trece jóvenes novicias, calzadas con zapatos rojos, recitaban salmos ante el ataúd para que el espíritu de mi marido no se extraviara en su camino.

Quedaban dieciocho días para el entierro. Todos estábamos agotados. El calor sofocante de las linternas me causaba agobio y mareo. A pesar de ser noche cerrada, la tierra despedía una humedad caliente.

Tras la vigilia descansamos hasta el mediodía. Al llegar al comedor, un criado me hizo entrega de una carta. La había traído uno de los criados de mi casa natal.

El corazón me dio un vuelco al pensar que pudiera tratarse de malas noticias relacionadas con la salud de mi padre.

Me apresuré a leerla. Reconocí los caracteres de la dama Lin. En ella me decía que el pequeño Lok había enfermado de viruela. Madre había llamado a varios de los médicos más afamados de Lin'an, pero ninguno había conseguido sanarlo. Requería mis servicios. El niño estaba muy grave.

Se lo comuniqué a mi eunuco, llena de angustia y tristeza.

—Amita, os hace llamar como último recurso. Vos tuvisteis la viruela siendo muy niña y ya no puede afectaros. A mí tampoco. Os acompañaré.

Mis recuerdos de la enfermedad eran apenas pequeñas pinceladas: la fiebre, el olor penetrante de las hierbas medicinales, las oraciones y los velos rojos que colgaban de los doseles de mi cama.

—Pero dudo mucho que pueda hacer algo por él —respondí apenada—. Muy pocos sobreviven a ella. Mi hermano es tan pequeño...

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Vuestros lamentos no lo salvarán, mi señora —dijo acariciándome el cabello con ternura—. Tenemos que partir sin dilación. Debéis pedir permiso a la anciana dama.

De nuevo tuve que armarme de valor para comparecer ante mi suegra. Le enseñé la carta de madre donde demandaba mi ayuda. Le conté que yo ya había pasado la viruela y que nada tenía que temer. Ella se negó quejándose de que traería al Pozo de las Luciérnagas aquella pestilencia. Que había oído rumores a los criados sobre que la terrible enfermedad había alcanzado las

murallas de la ciudad, traída por los pueblerinos que huían del asedio de los mongoles, y que en el distrito de placer habían muerto varias mujeres cubiertas de pústulas.

Ante su negativa, me arrodillé en el suelo y lo toqué con mi frente varias veces. Supliqué y lloré amargamente para que accediera.

—Te concedo siete días —dijo con gesto grave—. ¡Ni uno más! Tu obligación como viuda es estar junto al cadáver de tu esposo hasta que le demos tierra. No es decoroso que salgas de este palacete. Si accedo es por lástima hacia tu madre. Ese niño es el único sustento para su vejez. Y no quiero que, por negarme a atender sus requerimientos, la mala suerte se cebe conmigo. Sé discreta, procura que nadie te vea y cuida del hijo que llevas en las entrañas. Si abortas, lo lamentarás.

Le besé las manos con agradecimiento.

Longyan y yo salimos antes de despuntar el alba. Las gemelas nos despidieron entre lágrimas. Les hubiera gustado venir con nosotros, pues recordaban que, la vez que estuvieron allí, se divertieron mucho con Albaricoque y el resto de las criadas.

Nos llevó bastante tiempo cruzar las puertas de la ciudad. Estaban abarrotadas de gente que procedía de pueblos cercanos. Los guardias examinaban a todas las personas que querían entrar. Hablaban de la enfermedad que habían dejado atrás, de familias enteras muertas y abandonadas en sus camas, donde no había quedado nadie para enterrarlas.

Los curanderos pregonaban tónicos milagrosos y amuletos de protección. Apenas había amanecido y los tenderetes de los videntes estaban a rebosar de personas que solicitaban sus ritos para prevenir la viruela con sus conjuros y exorcismos.

¿Estaríamos frente a una epidemia o solo se trataba de uno de los brotes que solían sobrevenir con la llegada de los calores del verano?

Cuando llegamos a la farmacia del Pez de Oro, todo era silencio. Del portalón de piedra que albergaba las macizas puertas de madera colgaban cintas negras y había varios carteles en los que se podía leer: «No os acerquéis. Estamos contaminados».

Agua Clara, la criada de madre, nos esperaba en el pórtico para recoger nuestro equipaje y llevarlo a una habitación del dispensario. El resto de la casa se encontraba aislado por completo de la farmacia para evitar contagios.

Los fogones del laboratorio estaban a pleno rendimiento. El intenso aroma del ruibarbo hervido y el del *maogen* se mezclaban con el perfume del ajeno, que ardían en varios quemadores de bronce.

Nos salieron al encuentro los hermanos herboristas con gesto afligido. Su rostro reflejaba el cansancio y la preocupación. Long Bao nos guio hasta uno de los cuartos de la enfermería donde estaban atendiendo a mi hermano.

La oscuridad era casi total. Tan solo las pequeñas velas del altar que habían erigido a la diosa de la viruela emitían un leve fulgor. El fuerte olor orgánico de las ofrendas de rabo de cerdo crudo y el de los gusanos de seda me revolvió el estómago. Ni siquiera la nube de incienso mitigaba un ápice el hedor. Un grupo de monjes oraban en un rincón. El cántico repetitivo de los sutras semejava el vuelo de un enjambre de insectos.

Mis ojos se detuvieron en madre, arrodillada frente al altar. En un primer momento no me di cuenta de que sostenía al niño desnudo en brazos. Parecía que estuviera ofreciéndoselo a la diosa. Jamás la había visto tan demacrada. Dos sombras moradas surcaban sus ojos y una palidez extrema contrastaba con sus ropajes rojos, el color que se usaba para espantar a los demonios de la enfermedad. En cuanto me vio, elevó a mi hermano inerte para mostrármelo.

—Hija mía... —reclamó con desesperación.

Me arrodillé frente a ella y mis ojos se clavaron en el rostro del pequeño Lok. Me quedé horrorizada al contemplarlo. Tenía toda la piel invadida de ampollas oscuras y supurantes. Estaba azul. No se movía.

—Madre... —musité angustiada.

Ella me clavó una mirada de ira contenida al tiempo que depositaba al bebé en mis brazos. Al contacto con mis manos, sentí su cuerpecillo helado.

—Llegas demasiado tarde —masculló—. Los demonios se lo han llevado.

Se cubrió el rostro con las manos en señal de duelo, pero no dejó escapar ni una sola lágrima.

Los rezos de los bonzos y el sonido de los címbalos nos envolvían, se mezclaban en el aire con el olor de la enfermedad y la muerte.

Estreché contra mi pecho el cadáver de mi hermano y lloré.

Permanecí largo rato abrazándolo, despidiéndome de un niño al que apenas conocía. Lo imaginé ya crecido. Alto y espigado, apuesto. Un médico noble y justo como nuestro padre. El hombre que jamás llegaría a ser.

Longyan, que había permanecido junto a mí arrodillado, me lo quitó de las manos y lo depositó en su cuna. Fue al elevar la mirada cuando vi un biombo cubierto de velos rojos. Tras él había dos catres. Me sobresalté al encontrar a la dama Lixue y a su criada Albaricoque yaciendo en aquellas camas. Estaban irreconocibles: la erupción había invadido hasta el último poro de su piel. Sus ojos eran dos ranuras a causa del peso de los párpados. Ambas eran presas de la fiebre y permanecían ajenas a cuanto las rodeaba.

Reproché a madre que no me informara de que ellas también estaban enfermas.

—No valen nada —masculló con desdén—. Además, la culpable de traer la pestilencia a esta casa ha sido esa sabandija. —Señaló a Albaricoque—. ¡Merece morir como la prostituta de su madre! Fue a cuidarla a una repugnante casa de té de los suburbios. Consiguió mi permiso bajo engaños. Me dijo que solo estaba acatarrada.

—Por la diosa de la misericordia, madre —susurré—. Es solo una niña... El deber filial la obligaba a cuidarla.

Ella me dirigió una mirada pétrea.

—No seré yo quien mueva un dedo por ellas ni quien gaste plata en pagar a los médicos y curanderos. Cuídalas tú, si ese es tu gusto. Pero si la dama Lixue vive, no soportará la muerte de su hijo. Es demasiado débil de espíritu. Si los dioses se apiadaran de ella, se la llevarían para evitarle el terrible sufrimiento que implica sobrevivir a un hijo. Yo lo sé bien. Y en cuanto a esa sucia esclava, si logra salvar el pellejo, la echaré de aquí a patadas. Ella es la culpable de la muerte de tu hermano. ¡No lo olvides!

Hice oídos sordos a la advertencia implícita que había tras sus duras palabras. Jamás negaría mis cuidados a ningún enfermo, menos aún a la dama Lixue, a la que quería como una hermana, y a la pobre Albaricoque, que no había hecho otra cosa que servir a los demás desde su más tierna infancia.

Longyan me ayudó a cuidarlas. Los hermanos herboristas también se ofrecieron a velarlas mientras yo descansaba. Les agradecí el gesto y aproveché para preguntar por la salud de mi padre.

—No hay grandes cambios en su enfermedad —me contestó Long Jie—. El sobrino de la señora Zheng le ha recetado otro tratamiento. Ahora le dispensa un elixir que contiene mercurio. Dice que eso frenará los ataques.

Cerré los ojos en un gesto de aprensión. El mercurio era un mineral bastante tóxico cuyos supuestos beneficios para el organismo estaban marcados por fuertes controversias entre herboristas y alquimistas. Necesitaba hablar con Li Rong. Tenía que concederme permiso para examinar a mi padre.

—¿Se encuentra aquí? —pregunté algo escéptica, pues no lo había visto desde mi llegada.

—No. El joven salió de viaje el mismo día que Albaricoque cayó enferma. Un criado de confianza de la casa prepara el elixir que dejó prescrito y lo lleva a los aposentos del maestro. Él

es quien vela por su cuidado.

Dejé escapar un lamento de decepción. El muy cobarde había puesto tierra de por medio ante el peligro de contagiarse. ¿Qué nobleza había en su corazón dejando a merced de la enfermedad a la familia de su tía?

—Necesito ver a mi padre. —Fue más un mandato que un ruego.

—Eso no es posible, señora Cao. Él permanece aislado. No pasó la viruela.

Me masajé las sienes con las yemas de los dedos, llena de frustración. ¿Sabría mi padre que su hijo había muerto? ¿Llegó a conocer al pequeño Lok? ¿Hasta qué punto era consciente de lo que ocurría a su alrededor?

Dormí a la cabecera de la dama Lixue. Su estado era crítico. Tenía los seis órganos *fu* y los cinco órganos *zhang* afectados. Ni siquiera le quedaban fuerzas para tomar los tónicos medicinales. Longyan veló a Albaricoque. La pobre permanecía en un duermevela inquieto y se quejaba en sueños.

Ya de madrugada, Long Bao me despertó con un suave movimiento en mi hombro.

—La concubina ha dejado de respirar —me informó con un profundo *kautou*—. Nada se ha podido hacer por ella.

Cerré los ojos invadida por una sensación de derrota indescriptible. Las palabras de madre resonaron dentro de mi cabeza: «Si los dioses se apiadaran de ella, se la llevarían para evitarle el terrible sufrimiento que implica sobrevivir a un hijo».

—Sin embargo —prosiguió el herborista—, la criada todavía está viva. Le he dado jarabe de amapolas para que duerma y no sufra. Las ampollas están a punto de reventarse. Si no se secan, también morirá.

Miré hacia la cama donde yacía la criada. Longyan dormía con la cabeza apoyada entre las piernas. El cansancio lo había vencido.

Lloré en silencio mi amargura, pero apenas había tiempo para la reflexión. La vida de Albaricoque estaba en juego. Me levanté de la silla en la que había descansado apenas unas horas y, tras presentar mis respetos al cadáver de la concubina, me encerré en el laboratorio. Leí ávidamente uno de los tratados sobre la viruela escrito por Ko Hung, un famoso alquimista. Tras la lectura, decidí añadir a la decocción de ruibarbo y *maogen* una parte de gardenia y otra de gusanos de tierra para mejorar la fórmula de los hermanos herboristas. También les pedí que prepararan ungüento de plomo para que las pústulas se secaran.

Al atardecer, Longyan me avisó con varios toques a la puerta de que el entierro de mi hermano se llevaría a cabo en cuanto oscureciera.

Me bañé y me vestí con uno de mis trajes de arpillera blanca. Mi único atuendo en las últimas dos lunas. Me recogí el cabello con una cinta del mismo color. Miré a mi hermano por última vez antes de que sellaran la tapadera de su urna. Me pareció un pequeño Buda, hermoso y gordito. Las marcas de la viruela habían comido su bello rostro, pero aun así sus rasgos permanecían inalterables.

Lo sepultamos en el jardín, junto a las tumbas de los tres hijos de la dama Lin.

Fue un entierro sin ritos. Tal y como mandaba la tradición, ya que los hijos que morían siendo muy pequeños eran considerados demonios porque habían faltado al amor filial al dejar este mundo sin poder cumplir con sus deberes hacia los padres. A pesar de ello, madre ordenó que encendieran velas alrededor de las tumbas de mis tres hermanos, lo que otorgó al acto un

halo de solemnidad.

Ella no lloró. Miró el ataúd con el rostro esculpido en una fría máscara. Solo las huellas que llevaba tatuadas en él daban buena muestra del dolor que en realidad sentía. Su poder en la casa se vería mermado sin un descendiente masculino que realizara el culto a los ancestros. Eso nos colocaba a ambas en el mismo escalafón, con la salvedad de que ella aún no había enviudado y no estaba a merced del capricho de su suegra. Pensé que debía seguir el consejo de Longyan y contarle que me encontraba en graves aprietos. Tal vez se compadeciera de mí y me dejara regresar. Decidí esperar hasta después del funeral de la dama Lixue, el cual se llevaría a cabo a la mayor brevedad posible, puesto que las ordenanzas establecían que se enterraran los cadáveres cuanto antes en caso de enfermedad contagiosa.

Al amanecer, lavamos el cuerpo de la concubina con agua aromatizada en madera de sándalo. La vestimos con sus ropajes mortuorios y le pusimos los zapatos de la longevidad. Cuando terminamos, Longyan la tomó en brazos y la depositó en la caja, que estaba ya dispuesta en un carro, en el patio delantero de la farmacia. Él mismo selló la tapadera y acompañó sus restos hasta el cementerio. Un solo bonzo precedía el ataúd tocando un gong y exclamando: «¡Impuro! ¡Impuro!».

Vi desaparecer el féretro por una de las puertas laterales, como correspondía a una concubina de bajo rango. Me acordé de mi madre. ¿Habría sido su entierro igual de mísero que el de la dama Lixue? ¿Sin ritos ni ceremonias, sin oraciones, sin ofrendas que quemar para llevárselas al más allá?

Tras aquel amargo trago, madre y yo comimos en el laboratorio a solas. Ella debía permanecer aislada varios días más, hasta que la enfermedad se marchara, ya fuera cobrándose la vida de Albaricoque o hasta que se le hubiesen secado y caído todas las costras.

Me sinceré con ella y le conté todo. El malentendido sobre mi embarazo, las esperanzas que había depositado en mí la anciana dama y las presiones que estaba recibiendo.

—¿Y cuándo piensas contarle la verdad a tu suegra, niña tonta? —cuestionó ella con el ceño fruncido.

—Después de los funerales de mi marido. Sé que en cuanto se entere de que no estoy embarazada, me echará del Pozo de las Luciérnagas. Tenéis que ayudarme, madre. Quiero regresar a mi hogar.

Ella guardó un hondo silencio. Sacó su abanico y se dio aire. La miré fijamente. Buscaba, en aquellos ojos vacíos, una mirada de consuelo. El consuelo mudo que solo puede ofrecer una madre. Pero no logré encontrarlo. Percibí con una fuerza brutal que ella no me quería. Me lo gritaba mi corazón desde lo más hondo. Rompí su mutismo.

—No podéis negaros. Soy la única descendiente de mi padre que queda con vida.

Torció el gesto.

—Oh, sí, menudo tesoro... «Hija casada, agua derramada» —dijo con cinismo—. Podría vender a tu eunuco por más plata de la que jamás valdrás tú. Olvidas que además de una rama inútil, ahora eres una viuda sin hijos.

—¡Os juro que no seré una carga, madre! Puedo ejercer la medicina. Tengo algunas pacientes que pagan bien por mis servicios. Y estoy segura de que tendré muchas más si me permitís regentar una consulta aquí. Atenderé solo a mujeres y niños.

Ella me pidió calma con un gesto. Se levantó despacio y tomó la tetera que ya humeaba en el

hornillo. Mientras preparaba el té me fue hablando con esa calma tan característica en ella.

—Voy a contarte algo que nadie sabe todavía y que de estar tu hermano Lok vivo jamás habrías sabido. —Sirvió el té, se sentó y sacó una carta del bolsillo interior de su túnica de luto—. Tu padre dictó sus últimas voluntades a un escribano cuando supo que su enfermedad no tenía cura. Lo hizo ante testigos y estampó su sello con su propia mano. En esta carta dice que, si algo le pasara a su único hijo varón, adoptaría a un joven para hacerlo heredero de su apellido y de todo su saber. Él será el legatario de las recetas familiares, de la consulta y de la farmacia.

Un hombre que, por mediación de los dioses, podrá engendrar nietos varones que veneren a los ancestros de los Zheng.

Me llevé la mano al pecho sobrecogida. ¡No podía creerlo! Extendí la mano con exigencia para que me permitiera ver la carta. Ella me la tendió con arrogancia.

Tras leerla y corroborar que era cierto lo que madre decía, estudié los sellos. Eran los de mi padre, no cabía duda. Pero, a pesar de que adoptar jóvenes varones era una práctica corriente cuando no se tenían descendientes masculinos, jamás pensé que él haría tal cosa después de haberme casado a toda prisa y rechazar a Xiong Kun como posible candidato a heredero. ¿Seguiría pensando igual si supiera que yo era ahora una viuda sin hijos y estaba desamparada? Tenía que ver a mi padre a toda costa. Él sí atendería mis ruegos.

—¿Y quién será el joven heredero? —pregunté sin poder reprimir mi rabia y frustración, imaginando el nombre que saldría de su boca.

—Mi sobrino Li Rong, al que quiero como a un hijo. Está a punto de licenciarse como médico y estoy segura de que será un digno sucesor de mi esposo.

—¡Pero eso no puede ser, madre! —exclamé indignada—. ¡El amor a vuestro sobrino os ciega! No es un buen médico. Mi padre se negó a tomarlo como alumno, jamás accedería a adoptarlo.

—¿Acaso dudas del documento que tienes en las manos? ¿Así de necia te has vuelto? El contrato de adopción ya está redactado, solo queda que Rong lo firme. Lo que hará sin dilación en cuanto regrese de Suzhou. Hablaré con la casamentera para que le busque una novia de buena familia, que haya recibido una excelente educación y que posea buenas cualidades femeninas, con anchas caderas de paridora. Los esponsales se celebrarán a la mayor brevedad posible.

Negué con la cabeza, llena de impotencia.

La astuta araña se había dado prisa en tejer su tela. El matrimonio tendría que celebrarse antes de que mi padre muriese para así no tener que esperar los dos años de luto oficiales en los que no permitirían casarse al heredero. Ella había convencido a mi pobre padre para tomar esa decisión. Se aprovechaba de su debilidad, postrado como estaba por aquella penosa enfermedad.

Mas yo no había pronunciado todavía mi última palabra. Lo que a continuación tenía que proponerle me dolió más que una cuchillada en pleno corazón. Sabía que me humillaba a mí misma sugiriendo algo así, pero no veía otra salida si quería que el apellido Zheng y el prestigio, tanto de mi padre como de cinco generaciones de médicos antes que él, se viese arrastrado por el fango por culpa de la ineptitud de Li Rong.

—Madre —dije con un hilo de voz y la mirada hundida en el suelo—, yo estaría dispuesta a unir mi destino al de vuestro sobrino. Nuestros hijos llevarían la sangre de mi clan. Estoy segura de que padre lo aprobaría.

Ella dejó escapar un par de risotadas agrias antes de mirarme con una mueca pretenciosa.

—¡Rong jamás cargará con una viuda! Ya le he echado el ojo a la hija de un rico comerciante y sé que la señora Chen no tendrá problemas en arreglar el matrimonio.

—Pero yo no tengo adónde ir... —dije al borde de las lágrimas, intentando con ello que se compadeciera de mí.

—Si regresas aquí, me veré obligada a buscarte otro marido. Y no todos los hombres desean meter en su casa una mujer a la que se la considera gafada por haber perdido a su esposo. Ya no eres la muchacha pura que salió de esta honorable casa, Akame. Solo un campesino, un patán o un carnicero se atreverían a cargar contigo.

Ahí vi realmente a la que tenía que llamar madre. Una mujer calculadora, fría y sin corazón. Puede que yo no fuese realmente de su sangre, puesto que no me había parido, pero ella misma me crio para bien o para mal. ¿Cómo era posible que no tuviera ningún sentimiento bueno hacia mí? Hasta una perra sentiría cariño por una cría de gato si la hubiese amamantado.

La miré con furia.

—¿Por qué me odiáis, madre?

—No me mires así, mi pequeña *guixiu* —respondió con petulancia—. Aunque ahora te resulte imposible de entender, tengo sobrados motivos para no quererte en esta familia.

¿A qué se refería? ¿Qué motivos eran esos?

—Pequeña Akame, lo mejor para todos será que te marches a casa de tu difunto esposo. Perteneces al clan Cao y cuando mueras, tu alma les pertenecerá también. Resígnate a tu destino. Aquí ya no eres bien recibida.

Giró sobre sus talones y salió del laboratorio.

Me dirigí a la puerta que daba a un patio interior donde los operarios del laboratorio solían salir a distraerse cuando no había trabajo. Paseé arriba y abajo como una fiera enjaulada. La rabia que sentía me oprimía el corazón, pero me impedía llorar para desahogarme. Tal era mi estado de nervios.

Longyan apareció en el umbral. Había regresado del cementerio.

—Lo he oído todo, amita —dijo con el rostro compungido.

Hundí la mirada en el suelo, abochornada.

—No debí ofrecirme a ser la esposa de Li Rong. Me avergüenzo por ello. He empañado mi virtud haciendo tal cosa.

—No os atormentéis, mi señora. Habéis sido siempre una buena hija. Otra mujer estaría orgullosa de vos.

—Pero ya has visto de qué ha valido mi humillación. No me quiere en la familia. ¿Qué motivos puede tener para odiarme como me odia, Longyan? No logro comprenderlo...

—Con su conducta ha quedado claro que habéis heredado el odio que le tenía a vuestra madre, la dama Zhu. En una casa donde hay varias mujeres, la competencia por el amor de un mismo hombre es motivo de riñas diarias. Todas buscan sus atenciones, sus mimos y sus regalos. Sois la hija de su rival, amita. Vuestro padre os adora igual que adoraba a la dama Zhu y jamás os negaría nada. Y ahora que él está enfermo y debilitado, la dama Lin hace valer su poder sobre vos. Es una venganza por las antiguas querellas entre ellas dos. Tenía que haberlo previsto conociéndola como la conozco, pero jamás creí que se atrevería a manipular al maestro hasta tal punto. Os niega el auxilio que las leyes confucianas establecen para los miembros de una misma familia. Esto traerá la desgracia sobre la casa Zheng.

Quise gritar con frustración: «¡Que así sea!», pues ya nada me importaba, pero no lo hice. No mientras mi padre agonizara lentamente en su lecho.

En ese momento, Long Bao llamó a la puerta.

—Siento interrumpir, señora Cao. Albaricoque ha recobrado la conciencia y ha pedido algo de comer. Las pústulas se están secando y la calentura ha cedido.

Sonreí, no sin cierta amargura. Cuán caprichoso era el destino. Dudaba sobre el futuro que le esperaba a la pobre criada cuando madre se enterara de su recuperación. Rugiría de rabia por el atrevimiento de la sierva al vencer la partida a la muerte.

Permanecí seis días más cuidando a Albaricoque. Madre y yo no nos dirigimos la palabra y

comíamos a distintas horas para no coincidir. Cuando las pústulas de la criada se secaron completamente, procedí a tratar las costras con emplastos de capullos de seda. Lograron que la mayoría se desprendieran sin dejar huella. Aun así, le quedarían algunas marcas profundas en la frente que jamás desaparecerían.

—Longyan, lo mejor para la criada será que la señora Chen la venda a una buena casa antes de que madre la despelleje a varazos o ella misma termine ahorcándose agobiada por la culpabilidad. No la echará de aquí, tal como dijo; se vengará haciéndole la vida imposible.

—Perded cuidado. Yo mismo me encargaré de ello, amita. Añadiré al dinero de la venta varias piezas de plata de mi propio bolsillo para que la dama Lin no pueda rechazar la oferta. Sé que está pasando ciertos apuros económicos.

—Está bien. Yo también colaboraré con varios rollos de seda de mi ajuar.

La despedida de mi casa natal fue muy triste. Jamás olvidaría la melancolía que reflejaban los ojos de Albaricoque. Era como si la madurez tuviese prisa por arrancarle su inocencia de niña y la poca esperanza que todavía le quedaba.

En cuanto a mí, ignoraba si algún día volvería a traspasar el umbral de la farmacia del Pez de Oro. Aunque mi padre muriera, estaba segura de que madre no me dejaría despedirme de él. De cualquier modo, me consolé diciéndome a mí misma que ella no podría robarme los momentos compartidos. Los guardaría como un tesoro en la memoria.

Al día siguiente de mi partida, la anciana dama me llamó a su presencia. Imaginé que querría darme sus condolencias por la muerte de mi hermano Lok y por la dama Lixue.

Longyan me acompañó hasta la puerta de sus aposentos. Se quedó fuera.

Mi suegra estaba tumbada en su diván, rodeada por sus hermanas de juramento y por las concubinas. Parecía muy disgustada. Estaba pálida y ojerosa.

Hice una pequeña reverencia e iba a preguntarle cómo se encontraba, pero no me dejó hablar. Entornó los ojos con un gesto de furia.

—¿Has osado engañarme, zorra astuta?

Ante aquel insulto temblé de pies a cabeza. No estaba segura de a qué se refería, pero me arrodillé y toqué el suelo con la frente tres veces en señal de respeto y obediencia. Guardé silencio.

—Ha llegado a mis oídos que has sangrado, ¿es cierto?

Cerré los ojos con fuerza. ¿Cómo se había enterado? Yo fui muy cuidadosa y Longyan lavó las sábanas manchadas él mismo. Una duda cruzó mi mente a la velocidad del rayo. Solo madre estaba al tanto de que no esperaba un hijo. ¿Se había atrevido a traicionarme de un modo tan miserable? ¿Tan ruin era?

—Os iba a informar después del entierro, buena madre.

—¿Ha sido un aborto? —atronó al tiempo que me amenazaba con su bastón.

—No. Se trataba solo de un retraso en mi ciclo lunar provocado por los nervios.

Se llevó las manos a la cabeza y se tiró de su escaso cabello.

—¿Quién realizará los ritos a los ancestros ahora? ¡Si muero en este momento, mi espíritu vagará por toda la eternidad!

—Lo lamento, honorable antepasada —acerté a decir en mi defensa—. Esta humilde servidora os pide perdón.

Su rostro, pálido como la luna, mutó a un púrpura intenso. Las venas retorcidas de sus sienes

latían sin medida.

Me escupió con toda su rabia en pleno rostro. Ni siquiera me atreví a limpiarme.

—¡Ya puedes lamentarlo, estúpida criatura! ¡Más te valdría suicidarte después de esto! Jamás debí dejarte entrar en esta casa. Has traído la desgracia contigo. No tienes perdón. ¡Te maldigo mil veces!

Yo me levanté del suelo y me limpié el escupitajo.

La furia se apoderó de ella de tal modo que fue presa de un ataque de nervios. Tía Lan y tía Hui le dieron aire con el abanico. Una nube de criadas acudió presta a ayudarla con toallas húmedas y masajes. Entre varias esclavas la llevaron a la cama, pero aun así ella me insultaba sin dejar de gritar.

Longyan entró en los aposentos para ver qué estaba ocurriendo. El caos que reinaba era absoluto.

Tía Lan, aprovechando el jaleo, me increpó con una mueca altiva.

—Lo mejor sería que tuvierais el honor de acompañar a nuestro marido de vuelta a su origen. Eso le dará prestigio. No hay mayor prueba de amor que el sacrificio.

Sonrió con malicia.

—Además —añadió tía Hui—, seréis venerada en los altares de los ancestros por vuestra virtud. Creo que después de esto, no os quedará otra opción. Si no os quitáis la vida, nuestra suegra os echará de aquí después del entierro. Acabaréis pidiendo limosna para llevaros algo de comer a la boca.

En ese momento me dejé llevar por la rabia y desoí en mi interior el precepto de respetar a mis mayores y guardar silencio mientras ellos hablaran.

—Os cedo a ambas ese honor —respondí con voz gélida—. Yo misma os proporcionaré la soga de seda para que os ahorquéis. ¿O quizá preferís tomar una dosis letal de veneno? No tengo intención alguna de suicidarme. Al contrario, voy a hacer valer mis derechos como viuda oficial, aunque para ello tenga que acudir ante un juez. Y lo primero que haré será venderos a las dos a un burdel del puerto.

Ambas se arrojaron sobre mí como gatas rabiosas.

Longyan y la dama Qiu impidieron que me pegaran. Aun así, me llevé varios golpes de sus abanicos.

—¡Haya paz, señoras! —Medió Longyan—. ¡Olvidáis que estáis insultando a la primera esposa de vuestro difunto señor! ¡Es la viuda oficial y le debéis un respeto!

—¡Una viuda sin hijos! —gritó tía Lan.

—Tal y como vos, señora. Todas estáis en la misma situación.

—Te equivocas, castrado —dijo tía Hui—. La anciana dama ya nos ha dicho que podremos quedarnos con ella. No nos devolverá a nuestra casa natal. La cuidaremos hasta su muerte.

—¿Y si adopta a un joven? ¿Creéis que él respetará sus deseos cuando vuestra suegra no esté aquí para protegeros?

Se quedaron sin réplica, pero le escupieron.

Longyan me instó a que nos marcháramos. Solo mi ausencia lograría poner paz en aquellos aposentos. La dama Qiu nos acompañó. Nos dirigimos a mi rincón preferido del jardín, a orillas del lago, donde se levantaba un templete rodeado de una balaustrada enrejada. Desde allí se tenía una panorámica perfecta de la cascada artificial, rodeada de madreSelva y de helechos gigantes.

—Buscaré a las gemelas para que nos traigan té —dijo Longyan—. Un té de jazmín nos apaciguará los ánimos.

La dama Qiu se sentó junto a mí y me tomó de las manos.

—Querida hermana, lamento todo lo ocurrido. No os merecéis este trato vejatorio. Sé que no dijisteis la verdad a nuestra suegra por temor a darle un disgusto. No sufráis por ella. Es fuerte como un buey y terca como una mula.

Suspiré hondo. Sus palabras fueron un bálsamo para mí.

—¿Y vos, dama Qiu, también os quedareis aquí?

Ella negó con la cabeza.

—La anciana dama me devuelve a mi casa natal. Sé que me aprecia, pero no tanto como para gastar su plata en mantenerme. Me iré del Pozo de las Luciérnagas en cuanto demos tierra a nuestro esposo. Gracias a los dioses que solo quedan siete días para el entierro. La tensión que se respira aquí es insufrible.

—Lamento ser la causante de todo este alboroto, hermana.

La concubina negó dulcemente con la cabeza.

—Sois muy joven para llevar sobre vuestros hombros todo el peso de la culpa, dama Alome. ¿Os habéis preguntado alguna vez qué pasaría si la anciana dama ya no viviese? Vos seríais la mujer con más poder en esta casa y heredaríais todos los bienes de nuestro marido aunque no hubieseis tenido un hijo varón. Qué diferente sería todo entonces.

Aquello me sorprendió. No se me había pasado por la cabeza.

—No os sintáis culpable —prosiguió—. Si ella fuese una buena mujer, os habría cedido el puesto en cuanto llegasteis. Mi madre así lo hizo cuando la esposa de mi hermano llegó a la casa. Todavía era joven, pero comprendió que la armonía en el hogar era más importante que ostentar el poder en el reino de las mujeres. Nuestra suegra tiene ochenta y tres años y ha roto tres mortajas. Su tiempo ya pasó.

Sí, era cierto. Había mujeres que se aferraban al poder como si de ministros imperiales se tratara.

—Entonces —dije—, vuestra madre se alegrará de teneros de nuevo a su lado.

—Hace años que murió. Será mi único hermano quien me acogerá. Regenta un negocio textil. Está casado y tiene cinco hijos: tres varones y dos niñas. Podré ayudar a cuidarlos mientras me encuentran un marido. Creo que ya han tenido una oferta y están sopesándola.

—¿Os casareis de nuevo? —pregunté sorprendida.

—No deseo hacerlo, pero odiaría ser una carga para ellos. Se avecinan tiempos inciertos para el Imperio y eso afectará a todos los negocios para bien o para mal.

Era cierto. La guerra planeaba sobre nuestras cabezas como un cuervo hambriento.

—Aun así, es bueno tener un hogar al que poder volver —respondí apenada.

Me acarició la mejilla con cariño.

—Lo siento mucho, hermana. Sé que vuestra madre ha rechazado acogeros. La anciana dama recibió una carta ayer, antes de que vos llegaraís. Fue ella la que le contó a nuestra suegra lo de vuestro ciclo lunar y que no seríais bien recibida en la farmacia del Pez de Oro si los Cao os repudiaban.

Me dieron unas terribles ganas de llorar. No era pena, era furia e impotencia. Tal y como imaginaba, madre había sido la delatora. No solo buscaba mi humillación, sino también mi ruina.

—Esa mala mujer no merece vuestras lágrimas, dama Alome. Si deseáis ejercer la medicina, lo mejor será que os convirtáis en monja budista. Ellas pueden dedicarse a la sanación con plena libertad. Incluso podréis compartir vuestra sabiduría con ellas y enseñarles.

Esa labor era realmente gratificante, pero ser novicia también conllevaba otras tareas que no lo eran tanto. Las monjas budistas se veían obligadas a realizar toda clase de tareas para subsistir. Tenían relaciones carnales con plena libertad y eran bastante demandadas para entrenar a los jóvenes de las clases acomodadas en el arte del amor. ¿Qué vida me esperaba en un convento? ¿Condenaría también a Longyan a seguirme? Mi conciencia no me permitiría algo así. Eso sería egoísta por mi parte, porque él era el único ser humano que no me había defraudado jamás y se merecía una vida mejor. Con sus dotes para el canto y su erudición, bien podría hacer carrera en la corte. Pero yo conocía a mi eunuco. Jamás accedería a separarse de mí. Me seguiría allá adonde fuera.

Los días pasaron como gotas de agua cayendo lentamente de un carámbano de hielo. Los contaba como si de una condena se tratara, deseando que llegara la hora de enterrar a mi marido y poder marcharme al fin. Mi estancia en el Pozo de las Luciérnagas se convirtió en un suplicio. Recordé cómo las mujeres de la casa habían tratado a la dama Yimei, la concubina de ojos azules. Longyan revisaba cada noche las colchas de mi cama y cada rincón de los aposentos en busca de serpientes. Un día encontré decenas de gusanos de tierra en mi almohada y sapos en la tina donde iba a bañarme. No me permitían comer con el resto de las mujeres. Una criada traía las sobras de la mesa en una bandeja y tenía que compartirlas con Longyan. Si no morimos de hambre fue gracias a Yamiko y a la dama Qiu, que nos traían víveres a escondidas. Me quitaron a Lluvia y a Cascabel. Las echaba mucho de menos. Ni siquiera me permitían llevar las ofrendas al altar familiar. Era una apestada caída en desgracia.

Fui empacando mis pertenencias en baúles. Aproveché el que me había regalado la *meipo* a espaldas de mi suegra y que tenía varios compartimentos secretos. En ellos guardé las pocas joyas que poseía de mi familia natal y el collar que me regaló la concubina imperial Mariposa Blanca. Las alhajas que había llevado en mi boda tendría que devolverlas, pues pertenecían a los Cao. Embalé los rollos de tela sobrantes de mi dote, los complementos de piel y los metálicos. Gastaría la plata que había ahorrado para alquilar una modesta casita en la ciudad. Entre mis prioridades estaba hablar con la señora Chen. Seguro que sus consejos serían de gran ayuda.

Cuando no podía dormir visitaba mi rincón favorito del jardín. Eran noches terribles en las que me cuestionaba el sentido de mi vida.

La dama Qiu me compró algunos peces de colores y varias tortugas que acababa de capturar un pescador en el lago del Oeste para que yo los liberara en el agua de nuestro estanque. De ese modo salvaba sus vidas. Era una obra budista que daba buena suerte. «Necesitáis protección contra la desgracia», me dijo.

Justo cuando terminaba de liberar al último de los peces, Longyan salió a mi encuentro. Llevaba varios días visitando casas en Lin'an para nuestro futuro alojamiento y apenas nos habíamos visto.

—Imaginé que estaríais aquí, amita.

Sacó una carta de su fajín. Estaba atada con un lazo color lavanda, atravesado por una gardenia.

—Me la ha entregado tío Pope. Gracias a los dioses todavía hay personas aquí que nos

respetan, mi señora.

Una sonrisa iluminó mi rostro al reconocer de quién era la carta. La gardenia era su símbolo. Las manos me temblaban mientras la abría con avidez.

*Estimada sanadora Zheng:*

*Sería un honor y un placer que vinieras a visitarme a la Ciudad Imperial. Su majestad ha dado su consentimiento. Te emplazo para el segundo día del mes del loto a la hora del gallo. Puedes venir con tu eunuco. Avispa os esperará en la puerta del Este con un salvoconducto para llevaros al Palacio Posterior, donde residimos las concubinas.*

*Te mando todo mi cariño,  
Mariposa Blanca*

Mi corazón, hasta ese momento teñido de luto, se llenó de gozo. La expectativa de volver a verla me inundó de alegría. Yo, una humilde sanadora, conocería la Ciudad Imperial. La visita sería siete días después del funeral de mi marido. Para entonces, ya habría dejado el Pozo de las Luciérnagas.

En los días previos al funeral todo fue un frenesí de preparativos. Los ritos se intensificaron. Los bonzos y los sacerdotes taoístas tocaban la campana día y noche. Sus cánticos nos envolvían entre nubes de incienso.

Al rayar el alba del día cuarenta y nueve, una larga hilera de carruajes y sillas de mano aguardaba a las puertas del Pozo de las Luciérnagas para transportar a todos los congregados hasta el gran cementerio de Lin'an, que se situaba al sur, extramuros de la ciudad.

Avancé lentamente a través del jardín hasta llegar al pabellón donde se alzaba el templo familiar. Las antorchas y los quemadores diseminados por los jardines otorgaban una luz anaranjada que se mezclaba con la del propio amanecer. Al ver salir el ataúd de mi marido a hombros de sus alumnos, las lágrimas brotaron de mis ojos. En nuestros escasos meses de vida en común no lo había apreciado como marido, pero me conmovió pensar en él como maestro. Vinieron a mí los recuerdos de la niñez: su paciencia infinita al enseñarme, las conversaciones de medicina y nuestros intercambios sobre diagnósticos.

Me dirigí hasta el gran sillón colocado frente al catafalco que se había erigido para acoger el féretro, donde mi suegra y las tres concubinas ya estaban sentadas llorando con sonoras lamentaciones. El grupo de *kusangren* gemía desconsolado alrededor de la tarima. Un cantante de elegías entonó la *Cantata de las nueve fuentes amarillas*. El sentimiento que transmitía me estremeció.

La caja fue depositada sobre las alzas guarnecidas de telas rojas bordadas con signos religiosos. Los trípodes de bronce exhalaban el humo del incienso y el de las ofrendas.

En la plazoleta de gravilla, los siervos aguardaban a que yo diera la orden de proceder a la quema de papel moneda de sacrificio. Como viuda oficial, nadie podía quitarme ese derecho. Una vez procedí, di paso para que también se realizara una ofrenda de té. Luego se escuchó el sonido del gong y comenzó a sonar la música. De inmediato, hombres y mujeres de todos los rangos se sumaron al duelo.

De repente, entre aquella multitud, se abrió paso un joven ataviado de riguroso blanco funerario. Al llegar hasta la plataforma mortuoria se hincó de rodillas y presentó sus respetos ante el ataúd. Permaneció postrado largo tiempo. A continuación se levantó y se dirigió hasta nuestra tribuna. Hizo un *kautou* ante nosotras. Al elevar el rostro, no pude evitar fijarme en el azul intenso de sus ojos. Se dirigió a la anciana dama con voz grave.

—Presento mis respetos a mi venerable antepasada. Me llamo Cao Ren. He venido a honrar a

mi padre. Recibí una carta donde me comunicaban su fallecimiento.

No disimulé mi asombro. Mi suegra, presa de la conmoción, se echó la mano al pecho. Se levantó súbitamente y sus ojillos escrutaron al joven con una mueca de desconcierto que se fue disipando a medida que lo estudiaba.

—¡Santo Buda! —exclamó—. Eres el vivo reflejo de la concubina Yimei... Aunque también veo en ti algunos rasgos de mi hijo cuando era joven. No puedo desdeñar el parecido, pero ¿tienes alguna prueba de lo que afirmas?

—Así es, venerable antepasada, pero permitid que primero enterremos a mi padre. Mi historia es larga y no me perdonaría interrumpir los ritos.

—Que así sea pues. Toma tu lugar junto a las viudas.

El joven se colocó detrás del sillón que ocupaba yo y apoyó las manos en el respaldo ante la atónita mirada de tía Hui y tía Lan. La dama Qiu intercambió conmigo una mirada de incertidumbre.

Yo no salía de mi estupor. Mil preguntas se agolparon en mi cabeza. Aquel joven era alto y espigado, de facciones exóticas como la dama Yimei. No podía negar su descendencia nómada ni tampoco su gran porte y la elegancia de sus ademanes, fruto de la esmerada educación que, sin duda, había recibido. Calculé que debía de tener unas veinticinco primaveras. ¿Dónde había estado hasta ahora?

Tras ese breve paréntesis, la ceremonia continuó.

Más de un centenar de personas se congregaron en el Pozo de las Luciérnagas para acompañar los restos mortales de mi marido hasta el cementerio. Mi suegra, las concubinas y yo montamos en una de las carrozas, adornada con borlas. Longyan realizó el camino a pie, junto con algunos criados y el joven y misterioso Cao Ren. Ellos caminaban detrás del ataúd que portaron a hombros los alumnos. La banda de música no dejó de tocar durante todo el recorrido. Se realizaron varias paradas para quemar más ofrendas y se clavaron en la tierra varillas de sésamo encendidas, como pequeñas antorchas, para entretener a los espíritus maléficos y que no molestaran al alma del difunto.

Tras un largo y lento recorrido, el cortejo fúnebre pasó junto al puerto del lago del Oeste y recorrió la suave pendiente de la colina que ascendía hasta el cementerio. El enorme ataúd atravesó el portón de acceso. La procesión continuó hasta llegar a una zona de jardines donde se ubicaban los túmulos funerarios de las familias acomodadas. Mi suegra fue conducida hasta la fosa en una silla de manos. Se quemó papel moneda ritual y lingotes de papel plateado y dorado. Sus alumnos también quemaron algunos de los escritos de mi marido y poesías de juventud. Luego echaron las cenizas en la fosa antes de que el ataúd descendiera por ella con lentitud. En ese momento, la música resonó con más fuerza y estallaron los petardos. Todos nos arrodillamos y los llantos y lamentaciones se dejaron sentir con gravedad, mientras los monjes comenzaban a echar tierra sobre el féretro. Una vez formado el montículo de arena, se procedió al último de los ritos. La ceremonia llamada *Fou-chan*, que consistía en ofrecer una comida ritual al difunto. Para terminar, se quemó paja ante la tumba.

El sol abrasaba. La calima confería al cielo un color turbio.

La comitiva fue disgregándose poco a poco para emprender el viaje de regreso al Pozo de las Luciérnagas, donde se serviría un banquete de despedida.

Ya de vuelta a la mansión, la anciana dama ordenó a un criado que buscara al joven que

decía ser su nieto. Lo convocó en una de las galerías contiguas al salón que otorgaba la intimidad necesaria. A falta de miembros varones en la familia, pidió a Lobo Plateado que nos acompañase y que mediara en el asunto si fuera necesario.

El joven no se hizo esperar. Mi suegra le ofreció asiento en uno de los butacones cercano al suyo y lo escrutó sin disimular su curiosidad.

—Bien, ha llegado el momento de que demuestres que eres mi nieto.

Él sacó varios documentos de una bolsa de piel y se los mostró.

Lobo Plateado los leyó cuidadosamente. Tras terminar de inspeccionarlos, asintió con la cabeza.

—Son cartas del difunto maestro Cao. En la primera da fe de que el hijo varón nacido de la dama Yimei es sangre de su sangre. En la segunda dice que en caso de que él muera antes de haber encontrado a su hijo, ordena que sigan buscándolo en su nombre para nombrarlo heredero de todos sus bienes. Podéis comprobar vos misma los caracteres y el sello de vuestro fallecido hijo.

Le tendió las cartas. Tía Hui y tía Lan se levantaron para saciar su curiosidad. Ella las fulminó con la mirada y regresaron a sus asientos.

Tras inspeccionar las misivas largamente, asintió complacida.

—Reconozco los caracteres y el sello de mi hijo, no tengo ninguna duda. —Elevó los brazos al cielo con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Alabado sea Buda! Mis oraciones han sido escuchadas. ¡Tengo un nieto! ¡Es ya un hombre! ¡Ahora puedo morir en paz!

Los criados trajeron vino y algunos aperitivos fríos. Y mi suegra pidió a su recién estrenado nieto que relatar su historia.

Cao Ren nos contó qué había ocurrido cuando su madre, la dama Yimei, huyó de la mansión.

—Cuando mi madre se marchó de aquí me llevaba en el vientre. Como no quería volver a la casa de té donde había trabajado como cortesana, pidió asilo en Hankou a un antiguo amigo, un general ya retirado, que se había mostrado muy amable con ella en el pasado. Se llamaba Xiao Jie. Poseía una gran fortuna, pues provenía de una larga familia de terratenientes. La tomó como concubina, a pesar de saber que estaba embarazada de otro hombre. Mi madre murió al darme a luz. La madre de Xiao Jie fue quien me crio. En su casa todos me trataban como alguien de la familia, pero mi apellido siempre fue Cao por expreso deseo de mi madre. Recuerdo que siendo un niño pregunté por mi padre, pero me dijeron que había muerto y que no tenía familia conocida. Al crecer, me enteré de la verdad: que mi madre había abandonado a mi padre, pero ignoraba las verdaderas razones que la llevaron a ello. Imaginé que él era un mal hombre. De otro modo, ¿por qué iba a escaparse de su hogar una mujer embarazada?

Sus ojos azules escudaron los de la anciana dama como si esperara una respuesta por su parte. No la hubo. Pero todas las mujeres allí reunidas sabíamos el motivo de la huida de la dama Yimei. Pensé que él también estaba al corriente del trato vejatorio que había recibido su madre tanto de mi suegra como de tía Lan y tía Huí. Mas, si realmente sabía algo, no dijo nada y prosiguió con su historia.

—Xiao Jie, al que siempre llamé tío, me procuró una educación. Tuve los mejores preceptores desde niño. Y fue él quien me alentó a iniciar mis estudios de medicina. Mi mentor fue Liu Bai, un médico sin renombre, pero sabio como pocos. Sentía especial predilección por la alquimia, la anatomía y la investigación. Compartía conocimientos con algunos médicos árabes y

de ellos aprendió el arte de operar los ojos. Él me transmitió todo su saber. He sido su ayudante durante los últimos años y, al igual que él, me dedico a la investigación de nuevas recetas y el uso medicinal de algunas plantas y minerales. También he adquirido algo de prestigio con la cirugía ocular.

»Hace apenas unos meses me enteré de que mi padre me estaba buscando. Mi sorpresa fue absoluta cuando supe que estaba vivo. Xiao Jie me contó que mi padre jamás estuvo al corriente del embarazo de mi madre, pero que se había pasado media vida buscándola por todo el Imperio. Que nunca había dejado de amarla y que jamás la maltrató. Al contrario, su trato hacia ella fue el de un esposo enamorado. Mi tutor me pidió perdón por habérmelo ocultado durante tantos años, pero ahora que yo ya era un hombre creyó conveniente confesármelo para que obrara con entera libertad. Al parecer, gracias a unas monjas budistas, mi padre se enteró de que mi madre había dado a luz y que murió en el parto, pero que yo estaba vivo y residía en Hankou, en casa de Xiao Jie. A través de ellas me llegaron las dos cartas que os he mostrado antes. Mi padre iba a reunirse conmigo justo cuando tuvo el desgraciado accidente que le costó la vida.

Mi suegra arrancó a llorar desconsolada. Quise creer que se arrepentía del trato tan injusto que dispensó a la dama Yimei. Tía Hui y tía Lan la acompañaron en sus lamentaciones. No supe diferenciar si eran verdaderas o no. En cuanto a mí, aquella tragedia de amor, aunque la conocía solo en parte gracias a la dama Qiu, me conmovió en lo más hondo. Longyan también sucumbió a ella, pues tenía los ojos brillantes. Ofreció un pañuelo de gasa a la dama Qiu, que lloraba con lágrimas mudas.

Serví té para que los ánimos se calmaran. Pasado un rato, la anciana dama se rehízo y se dirigió a su nieto.

—Tomarás posesión de la mansión Cao y de todas las pertenencias de tu padre inmediatamente. Lobo Plateado se ocupará de todos los trámites legales. —Luego nos señaló una por una y nos presentó—. Estas son las viudas. La primera esposa se marchará de aquí mañana mismo. La he repudiado por embustera y astuta. La tercera concubina, tía Qiu, también se irá. La aprecio como a una hija, pero es yerma. Te pido que me dejes quedarme con tía Hui y tía Lan. Son un gran consuelo para mí. Y, aunque son viejas, apenas hacen gasto y me cuidan con devoción. ¿Verdad que me darás ese gusto, hijo de mi hijo?

Los ojos del joven iban de una mujer a otra.

—Quedaos con ellas, honorable antepasada —dijo después de meditarlo—. No pongo objeciones a que sean vuestras damas de compañía, siempre y cuando obren con humildad y no ocasionen problemas.

La anciana dama se mostró complacida. Las dos concubinas lanzaron grititos de alegría.

—Pero... —prosiguió el joven—, respecto al futuro de las otras dos damas, seré yo quien tome la decisión de si abandonan o no la mansión. Lo haré después de hablar con ellas a solas. Creo que si mi padre las tomó como esposas, deben de tener alguna virtud.

Mi suegra soltó un gemido de desaprobación.

—No sé para qué pueden servirte estas inútiles —soltó con su desprecio habitual—. Si necesitas una esposa, bien puedo pagar a una casamentera para que te busque una a la altura de nuestro clan. La hija de un magistrado sería lo más conveniente.

—Ya tengo una esposa —dijo él con toda naturalidad—. Está en una posada de la ciudad a la espera de mis noticias. Mañana mismo la traeré ante vuestra presencia. Estoy seguro de que os

gustará, pues ya está esperando mi primer hijo. Los astutos ojillos de la anciana brillaron de felicidad.

—¡Alabada sea la diosa de la misericordia! —gritó con júbilo—. ¡Viviré para ver a mi bisnieto! Los dioses me han bendecido. No hay duda de que tu esposa será de mi agrado. Obra pues como creas conveniente con las otras dos esposas de tu padre. Tienes mis bendiciones.

—Así lo haré, honorable antepasada —dijo con una reverencia.

Todos felicitamos a la anciana dama. Lobo Plateado se ofreció a hacer su predicción sobre el sexo del bebé en cuanto la primera esposa de Cao Ren llegara al Pozo de las Luciérnagas.

Tras los brindis, mi suegra pidió a tía Hui y tía Lan que la ayudaran a levantarse.

—Y ahora ruego que me disculpes, hijo de mi hijo. Me reuniré con los invitados para despedirme de ellos. Soy muy vieja y estoy cansada. Me retiraré a mis aposentos. Aunque estaría bien que me acompañaras para que todos los presentes sepan quién eres.

El joven así lo hizo. Fue presentado como hijo y heredero del maestro Cao, lo que provocó el asombro entre los invitados. Los cuchicheos se extendieron por todo el salón como el vuelo de un moscardón. Muchos miraban con recelo a Cao Ren. Cuestionaban su linaje *han* a causa de sus ojos claros. Ella optó por explicar que su nieto era hijo de la concubina Yimei, oriunda de una etnia nómada del norte, evitando pronunciar la palabra «mongol», dadas las hostilidades que estábamos atravesando, con la sombra de la guerra cerniéndose sobre nuestras cabezas. Aquello aplacó de inmediato las suspicacias, y las felicitaciones a mi suegra no se demoraron. Brindaron para desearle larga vida.

La dama Qiu y yo esperamos junto a Longyan a que Cao Ren despidiera a los invitados del funeral.

—Amita, el nuevo amo parece un buen hombre. No se deja llevar por los ardides de vuestra suegra. Quiere comprobar por él mismo si sois merecedoras de ser repudiadas. Os aconsejo que os sinceréis con él. Contadle que sois médico.

Si, eso le honraba. Esperaba de todo corazón que fuese comprensivo y me concediera la libertad. No deseaba permanecer ni un instante más en aquella mansión. Las últimas semanas habían sido un infierno para mí.

Era mediodía, la hora de la oveja. Un fogonazo de luz cobriza entraba por las celosías del mirador. El penetrante olor de las gardenias mitigó el del incienso de las ofrendas, que todavía perduraba en la estancia como recordatorio del funeral.

Al fin Cao Ren acudió a la salita donde nosotros esperábamos. Venía precedido de un criado que portaba una bandeja con un servicio de té.

—Dama Qiu... —Nombró con una inclinación de cabeza—. Hablaré contigo ahora.

Ella, con su natural elegancia, lo siguió con pasos cortos hasta una de las salitas. Estaba muy pálida, pero aun así su tez resplandecía como la porcelana. Antes de entrar se volvió hacia nosotros y nos miró con incertidumbre.

Pasó mucho tiempo hasta que salió. Nada más hacerlo intenté leer en alguno de sus gestos si la conversación había ido bien. Ella me sonrió con sutileza.

—El joven señor os espera, dama Alome —dijo antes de sentarse junto a Longyan.

Yo me levanté nerviosa. Me alisé los pliegues de mi túnica de luto y avancé hasta la puerta. Di dos discretos toques al cerco de madera y la voz de Cao Ren me indicó que entrara.

Lo saludé con un *kautou* y humillé el rostro. Sus ojos me estudiaron con detenimiento. Cruzó las manos detrás de la espalda.

Ante su mirada, toda mi piel ardía con una sensación sofocante.

—¿Qué planes tienes si dejas la mansión Cao? ¿Volverás a tu casa natal? —me preguntó.

—No. Allí también me han repudiado. Alquilaré una casita en la capital. Viviré con mi eunuco Longyan. Él me ha criado desde que nací y lo considero mi única familia.

Él hizo un gesto de extrañeza.

—Sí, ya me he fijado en él... ¿Tan rico es tu padre como para permitirse tener uno?

Le narré la historia de Longyan y de mi madre, la dama Zhu, tal y como se la había contado a la concubina Mariposa Blanca en el templo del Alma Escondida.

—Comprendo —dijo con gesto benevolente—. ¿Dispones de dinero para emprender esa aventura tuya? ¿De qué viviréis el eunuco y tú?

Negué con la cabeza.

—Apenas poseo unas piezas de plata y algunas joyas, pero pretendo abrir una consulta de medicina donde atender a mis pacientes. Son mujeres. Se sienten más cómodas conmigo que acudiendo a un médico varón. Con los honorarios que me reporte podremos salir adelante. No necesitamos mucho. Lo realmente importante para mí es ejercer la medicina.

Me escrutó con asombro.

—¿Qué sabes tú sobre medicina, mujer?

Me ruboricé hasta la raíz del cabello.

—Soy hija del honorable maestro Zheng, médico de quinta generación. Él y vuestro padre fueron mis maestros desde niña. Conozco a la perfección el manejo de una farmacia y la elaboración de gran cantidad de recetas. Me desenvuelvo bastante bien con la medicina tradicional interna y con la externa. También sé tomar el pulso y la lista de mis lecturas sobre tratados de enfermedades es tan larga que necesitaría mucho tiempo para detallarla.

Enarcó las cejas.

Me arrepentí en el acto de haber sido tan sincera y directa. Tal vez él viera en aquella respuesta una falta total de humildad por mi parte. Pero nada menos cierto. Lo único que intentaba era que tomara en serio mis capacidades.

Volví a sentirme sofocada bajo su mirada. Jamás había visto unos ojos tan intensos. Contrastaban con las pestañas espesas y oscuras. Sus cejas eran pinceladas de tinta negra sobre un mar profundo y misterioso.

—Si tan bien preparada estás como parece —me dijo sin acritud alguna—, no te importará responderme a unas preguntas: ¿cómo se llaman los seis niveles energéticos?

—Se llaman Tai Yang, Shao Yang, Yang Ming, Tai Yin, Shao Yin y Jue Yin.

Hice una pequeña reverencia, como la que haría un alumno a su maestro. Él me devolvió una inclinación de cabeza en señal de aprobación, pero prosiguió con su improvisado examen.

—Enumera los nueve tipos de agujas que aparecen descritos en el libro *Nei Jing Ling Shu*.

Respondí sin demora.

—Chai Zhen (aguja puntiaguda), Yuan Zhen (aguja redonda), Ti Zhen (aguja de punta filosa), Feng Zhen (aguja de tres filos), Pi Zhen (aguja tipo daga), Yuan Li Zhen (aguja redonda gruesa de punta afilada), Hao Zhen (aguja filiforme), Chang Zhen (aguja larga), Da Zhen (aguja grande y gruesa).

Volví a hacer una reverencia y él me respondió con otra. Sus carnosos labios se curvaron en un gesto de complacencia.

—Has logrado sorprenderme, dama Alome. Aunque todavía hay algo que no comprendo. No es mi deseo avergonzarte, pero ¿por qué tu padre se niega a acogerte sabiendo de tu desamparo?

—Él está muy enfermo. Ha perdido sus facultades mentales y está postrado en cama. Es su primera esposa quien me ha repudiado. Hace unas semanas murió mi único hermano varón. No hay más hijos en la familia y mi padre adoptará a un sobrino de ella para que lleve su apellido. Es médico, se hará cargo de la farmacia y la consulta, y heredará las recetas familiares. Si vuelvo, madre me venderá al mejor postor. Ya me lo ha advertido.

Frunció el ceño con una mueca de estupor. Volvió a cruzar las manos a la espalda y caminó con lentitud por el salón en un gesto reflexivo. Tras meditar largo rato se detuvo frente a mí.

—Siendo así, lo mejor para ti será que tú y tu eunuco os quedéis en la mansión Cao. No permitiré que la viuda oficial de mi padre pase apuros económicos ni penalidades y, mucho menos, que sea avasallada por su familia natal.

Se me desbocó el corazón. ¿De qué manera podría quedarme en el Pozo de las Luciérnagas sino convirtiéndome en su concubina? Él ya tenía una esposa oficial. Hundí la mirada en el suelo, llena de una humillación que me costó disimular. Era una práctica común que el hijo

heredara las esposas del padre fallecido, pero yo era una primera esposa y convertirme en concubina me haría bajar demasiados peldaños en el escalafón. Sería la mofa de todas las mujeres de la mansión Cao, incluida mi suegra. Hasta sus criadas se reirían de mí.

Hice acopio de todo el valor que pude reunir antes de hablar.

—Esta humilde servidora no desea ser vuestra concubina. Eso sería...

—Veo que eres muy osada, dama Alome —me interrumpió con un frío brillo en su mirada—. ¿Quién ha dicho que serás mi concubina? Mi deseo es que ocupes el puesto de segunda consorte. Y no es una oferta, es un mandato. Me perteneces.

Cerré los ojos con fuerza. Me reproché a mí misma haber sido tan ilusa al creer que Cao Ren me otorgaría la libertad. Yo seguía perteneciendo a la familia Cao. Y, por consiguiente, ahora le pertenecía a él. Ser una segunda esposa tenía más prestigio que ser una concubina de alto rango. Si rechazaba su proposición, sería visto como una afrenta a los ojos de mi familia natal y de los Cao.

—Haré lo que me ordenéis, hijo de mi esposo —respondí secamente.

—Puedes llamarme marido, pues a los ojos de los dioses ya estamos casados, aunque nuestro matrimonio no pueda celebrarse hasta que haya pasado el periodo de luto. Yo me dirigiré a ti como mi esposa. Mientras tanto, me ayudarás con la farmacia y contemplaré la posibilidad de que puedas abrir una pequeña consulta solo para mujeres y niños, siempre que no descuides el resto de tus obligaciones. Siendo mi segunda consorte, no estará mal visto que te dediques a la medicina.

¡Por Buda Amitabha! No podía creerlo. Sentí deseos de pellizcarme para comprobar si estaba despierta.

—Pero, mi señor... —balbucí con las mejillas arboladas de emoción—. La anciana dama no verá con buenos ojos que falte de su lado y que viaje todos los días a la ciudad. Me mandará tareas que ocupen todo mi tiempo. Ha sido así desde que llegué aquí.

Él hizo una pausa estudiada. Dio un largo sorbo al té y me respondió con una calma tal que logré tranquilizarme.

—La anciana dama tendrá que avenirse a razones. No se negará, pues he consentido que las dos viejas concubinas de mi padre se queden con ella para cuidarla. Además, la dama Peonía, mi primera esposa, se ocupará del manejo de la casa. Ella conseguirá que mi honorable antepasada no note tu ausencia. Por otra parte, y puesto que pensaba repudiarte, no creo que disfrute con tu presencia en estos momentos.

Me llevé la mano al pecho agradecida. Pero dudaba mucho de que la esposa de mi nuevo marido se hiciera con las riendas de nuestro hogar. Mi suegra no era una mujer fácil de complacer y menos aún dejaría el gobierno de la casa en manos de una recién llegada.

Él mismo llenó las tazas de té y me tendió una.

—No voy a mentirte sobre las razones que me han llevado a tomar esta decisión, esposa mía. Es por una pura cuestión práctica. Como ya le conté a la anciana dama, paso la mayor parte del día investigando nuevas recetas y el uso medicinal de algunas plantas y minerales; es por eso que apenas podré ocuparme de la consulta y de la farmacia. Te necesitaré a mi lado para que lleves con mano firme el negocio familiar. Es así como llegarás a ser una buena consorte para mí. Me preocupaba dejar estos asuntos en manos de personas ajenas a la familia. Además, yo creo que hay mujeres cuyas capacidades van más allá de las virtudes domésticas. «No importa si el gato es

blanco o negro, mientras cace ratones» —recitó con una inclinación de cabeza—. Mi querida madre fue el ejemplo más cercano. El honorable Xiao Jie me hablaba tanto de ella que llegué a conocerla a través de sus ojos. Poseía grandes cualidades.

Me sorprendió su forma de pensar. Le estaba agradecida por su sinceridad. Él me necesitaba y no había dudado en decírmelo. Otro hombre, en su lugar, se hubiese ahorrado darme explicaciones.

—He mandado a los criados que preparen la cámara nupcial para mí y mi primera esposa. Creo que el pabellón de las Libélulas Azules es muy grande y dispone de veinte habitaciones. Puedes elegir la que gustes.

Asentí con humildad.

—¿Puedo recuperar a mis criadas, Lluvia y Cascabel?

—Por supuesto. Mañana estarán de nuevo a tu servicio. Ahora ya puedes retirarte. El día ha sido largo y triste. Te deseo un buen descanso, esposa mía.

Se despidió de mí con una inclinación de cabeza, a la cual correspondí con recato y obediencia.

En cuanto salí, Longyan y la dama Qiu me recibieron con entusiasmo. Estaban deseosos de saber qué había ocurrido. Yo también sentía una gran curiosidad por el destino de la tercera concubina. Los tres nos apresuramos a llegar a un lugar seguro donde nadie pudiera escuchar nuestra conversación. Nos dirigimos a hurtadillas hasta mi rincón favorito del jardín. Estaba atardeciendo y el estanque reflejaba los matices cobrizos del cielo. Las mariposas danzaban en la superficie del agua y los lotos nocturnos comenzaban a abrirse, destilando su fuerte perfume y su belleza.

Nada más sentarnos en uno de los bancos, no pude reprimirme ni un instante más.

—¿Y bien? —pregunté a la dama Qiu.

—He aceptado ser su primera concubina —dijo emocionada—. Escribiré a mi hermano para contárselo todo. Se alegrará de saber que he ascendido de categoría. Recibí ayer una carta suya poniéndome al corriente de que ya me había elegido un marido. Era un carnicero entrado en años. Tenía cinco hermanas solteras y un hermano mayor casado y con tres hijas. Vivían todos en la misma casa, junto con sus ancianos padres. —Suspiró aliviada—. Mi hermano no pudo encontrarme un marido de más prestigio dada mi condición de concubina y viuda. Él no estaba muy conforme con el casamiento, pero su mujer insistió. Dijo que una boca más en la familia sería un gasto difícil de asumir.

—Entonces, ¿estáis contenta?

—Sí. Mi nuevo señor ha sido muy amable. Me dijo que me eximiría de mis obligaciones conyugales si así lo deseaba. Pero yo le respondí que quería ser madre, pues todavía soy joven. —Se ruborizó al tiempo que sonreía—. Él me respondió que, siendo así, intentaría complacerme.

Me sorprendió que hubiese sido tan sincera con Cao Ren. Ella era tan recatada y tímida... Por otra parte, pensé que a mí no me había dado la opción de elegir si quería ser eximida de esas obligaciones.

Noté en el semblante de Longyan un atisbo de tristeza que él se apresuró a disimular.

—Oh —dijo ella tapándose la boca con apuro—. Pensaréis que soy demasiado frívola, pero nuestro señor es tan joven y apuesto... Sus hijos tendrán que ser por fuerza muy guapos.

Nos reímos muy bajito para que nadie nos oyera.

—Tendréis diez hijos varones tan hermosos como vos, dama Qiu —dijo Longyan—. Vuestro nuevo marido estará encantado.

Ella se sonrojó todavía más.

Era cierto que Cao Ren era muy apuesto, pero yo no podía mirarlo como a un hombre, y mucho menos como a mi nuevo esposo. Mi corazón todavía estaba preso. No había olvidado a Xiong Kun, aunque sabía que a esas alturas él ya viviría en Nanjing y estaría casado con la hija de su nuevo mentor.

—Pero contadnos, hermana —me animó la dama Qiu, ansiosa por saber qué me depararía el futuro—, ¿qué será de vos?

No me hice de rogar.

—Seré su segunda consorte. Además, podré ocuparme de los asuntos de la farmacia y de la consulta. Incluso me permitirá tener un dispensario propio para atender a mis pacientes.

Ambos se mostraron muy sorprendidos.

—¡Es vuestro sueño hecho realidad! —exclamó Longyan—. Me alegro tanto por vos... Pero, amita, ¿estaré de acuerdo con eso la anciana dama?

—Cao Ren ha prometido que ella no se interpondrá en sus decisiones. Y creo que lo logrará. Parece muy sensato e inteligente. Tú me ayudarás en la farmacia y en la consulta, Longyan, tal y como hacías en nuestra casa natal. Servirás té y toallas húmedas a mis pacientes y les darás conversación para que la espera se les haga más amena.

—Estaré encantado de cambiar de aires, mi señora. Yo también echo mucho de menos el bullicio de la farmacia.

Entornó los ojos con nostalgia.

Aquella noche no hubo aviso para la cena. El ágape del funeral había sido copioso y el cansancio hizo mella en todos los habitantes de la mansión. Cuando las sombras se extendieron por todo el jardín y los fanales se fueron encendiendo, nos retiramos a descansar.

Dormí en el cuarto de mi eunuco; ocupé su cama y él extendió un futón en el suelo, como cuando vivíamos en mi casa natal. Las expectativas ante el futuro que nos esperaba a los dos nos impedían descansar. No paramos de cuchichear en toda la noche.

Al día siguiente nos levantamos temprano. Más tarde, con calma, elegiría mi nuevo dormitorio. Recordé que había uno bastante espacioso que disponía de un gabinete y daba a un patio privado con una puerta en forma de luna llena que llevaba a un modesto jardín. Sería el ideal. Longyan me ayudaría a decorarlo. Él poseía un don especial para los arreglos florales y un gusto exquisito para las alfombras y tapices. Haríamos una visita al cuarto trastero, donde sin duda encontraríamos algunos muebles olvidados por el tiempo.

Antes de la hora de la cena, los criados nos avisaron de que la primera esposa había llegado y que nos reuniéramos en el salón para darle la bienvenida.

La casa estaba sumida en el luto. Nuestros ropajes no delatarían la excentricidad de mi suegra, su gusto recargado por las joyas ni los colores chillones que gustaban llevar tía Hui y tía Lan. Tampoco la elegancia armoniosa de los vestidos y aderezos que solía utilizar la dama Qiu. Todas sin excepción vestiríamos nuestras túnicas de arpillera blanca y la simple cinta que recogía nuestros cabellos. Ni siquiera Longyan parecía el mismo, acostumbrado como estaba a ir tan elegante como un pavo real.

Todas las miradas se centraron en la joven que acababa de atravesar el umbral. Calculé que

tendría más o menos mi edad. Avanzó hasta el diván donde estaba recostada mi suegra. Lo hizo a pequeños pasos, con las manos enlazadas en el abultado seno. Se postró ante ella con un *kautou*. Tocó tres veces el suelo con la frente.

—Os serviré y obedeceré —dijo con voz modulada y dulce.

—Sé bienvenida a la mansión Cao, dama Peonía —respondió mi antigua suegra alargando su brazo para que se acercara—. Te presentaré a tus hermanas.

Nos enumeró por orden de rango. Me sorprendió que ya estuviera al tanto de los puestos que ocupábamos la dama Qiu y yo, puesto que no habíamos hablado con ella desde la tarde anterior. Ambas le hicimos una reverencia como esposa oficial. Tía Lan y tía Hui fueron presentadas como damas de compañía de la anciana dama.

La dama era menuda y de aspecto delicado. Su tez, tan blanca como el jade. A pesar del luto riguroso, era de una elegancia sobrecogedora. Tenía un porte lleno de gracia y encanto. Desprendía un perfume a sándalo y jazmín.

Iba acompañada por su doncella personal, a la que presentó como tía Fann. Era una matrona de unos cincuenta otoños, de aspecto saludable y jovial. Más tarde nos enteramos de que había sido concubina del fallecido padre de la dama Peonía y que la crio cuando la madre murió de una penosa enfermedad. Cuando se quedaron solas en el mundo, ambas fueron acogidas por el tío de Peonía, que era el maestro Liu Bai, mentor de Cao Ren, del cual recibió una esmerada educación.

Longyan y yo elegimos un menú muy especial para darle la bienvenida. Seleccionamos un número de platos par, para que su llegada al Pozo de las Luciérnagas resultara auspiciosa. Se ofreció un vino Jiafanjiu, indicado en algunos festejos y funerales. La cena se sirvió en el mirador que daba a uno de los jardines más hermosos de la propiedad. Los árboles estaban engalanados con farolillos de seda blanca. Abrimos de par en par todas las celosías para poder admirar la belleza de las orquídeas y la nube de espuma que creaba el agua al caer desde la cascada artificial.

Apenas habíamos comenzado a comer cuando, de repente, un gran alboroto surgió desde los pasillos contiguos al mirador. Llegaban voces, gritos, sollozos. La cena cesó por completo y toda nuestra atención se centró en el griterío.

«¡Guerra!».

«¡¡Los mongoles han declarado la guerra al Imperio!!».

Varios de los criados, precedidos de tío Pope, irrumpieron en los salones alumbrados con faroles. Sus rostros desencajados reflejaban terror. Las criadas lloraban y se tiraban del pelo con desesperación.

Según supimos más tarde, en el edicto que redactó Kublai Kan decía no sentir enemistad alguna hacia el pueblo de los Song. La declaración de guerra obedecía a las bravatas y actos hostiles que había recibido de nuestro canciller Jia Sidao. Entre estas provocaciones estaba el arresto de varios embajadores mongoles que se hallaban encarcelados desde hacía más de una década —cuando Kublai Kan se autoproclamó emperador Yuan— y que el primer ministro se negaba a liberar.

## II

20 DE JULIO DEL AÑO 1274 DE LA ERA CRISTIANA  
(DÉCIMO DEL REINADO DEL EMPERADOR DUZONG. ERA XIANGCHUN).  
31 DE DICIEMBRE DEL AÑO 1275 DE LA ERA CRISTIANA  
(PRIMERO DEL EMPERADOR GONG DI. ERA DEYOU).

Los días posteriores a la declaración de guerra de los mongoles, todo fue confusión en Lin'an. Sabíamos que solo era cuestión de tiempo que los estragos de la invasión se hicieran patentes en el ambiente general de la población. La guerra avanzaría inexorable. Los mongoles ya tenían una posición dominante en el río Han y habían organizado una gran campaña contra el Imperio. El cuerpo principal de sus tropas marchó hacia el sur de Xiangyang, con Lü Wenhuan a la cabeza. Este general chino fue quien rindió al enemigo las ciudades gemelas de Xiangyang y Fancheng. Se había pasado al enemigo.

La intención de esta ofensiva era la de instar a los altos mandos de nuestros ejércitos a rendirse. Muchos de ellos eran del clan Lü: parientes y antiguos subordinados de Lü Wenhuan que no dudaron en unirse al invasor, traicionando a nuestro emperador Duzong y engrosando las filas de Kublai Kan. La corte se sintió impotente ante esta traición colectiva.

Aun así, la vida de los habitantes de Lin'an proseguía su curso. La gran mayoría eran ajenos al peligro que se cernía con lentitud sobre nuestras murallas. La dinastía Song llevaba más de cuarenta años conteniendo a los mongoles y estas ofensivas eran más frecuentes de lo que cabía desear. Si bien el espectro de la invasión flotaba a nuestro alrededor como una densa nube de polvo, la guerra era un eco lejano todavía.

En el Pozo de las Luciérnagas hubo una gran conmoción seguida de una tensa pero dilatada espera. Confiábamos en que el emperador Duzong y el primer ministro Jia Sidao lograran llegar a un acuerdo de paz, aunque, siendo realistas, las esperanzas eran pocas.

Con el paso de los días, la vida prosiguió su curso y nosotros reanudamos nuestros planes de futuro.

La adaptación de la dama Peonía fue rápida. Me di cuenta enseguida de que era realmente perfecta. Sus manos pequeñas, de dedos largos y refinados, manejaban con tal destreza el hilo de seda que parecían las alas de una mariposa en movimiento. Tocaba la *pipa*, la flauta y el *qin*, pero nunca en presencia de la anciana dama, que prohibió la música en la mansión mientras durara el luto oficial. Servía el té con una elegancia digna de una emperatriz y resultaba una gran adversaria jugando al *go* y al *mahjong*. Todos estos dones hicieron las delicias de la anciana dama, que no tenía más que elogios para ella. Tuve que admitir que la dama Peonía se ganó mi amistad desde el primer momento que la vi. Algo en ella la hacía especial. Tal vez fuese su predisposición para ayudar a todo el mundo sin esperar nada a cambio o ese halo de encanto que la rodeaba. Sin duda poseía el don de la conversación y siempre tenía dispuesta una palabra

amable en los labios.

Su doncella personal, tía Fann, también se adaptó en muy pocos días. Ayudaba en todo lo concerniente a la administración, las comidas y la puesta a punto de la mansión para el invierno. Elaboró una lista con los arreglos que había que asumir en muros, jardines, tejados y establos. Cuántas gallinas comprar, qué puercos sacrificar y qué gansos engordar. Era de trato fácil y se ganó la simpatía de todos, incluidos los criados.

Entre las dos nos ayudaron a Longyan y a mí a acondicionar mis nuevos aposentos y a elegir los mejores muebles del trastero. Escogimos un diván, varios escabeles de porcelana para el jardín, cuatro sillas de medialuna y seis mesas de distintos tamaños. Las criadas y la dama Qiu me ayudaron a confeccionar unas cortinas y las colgamos con unos hermosos ganchos de plata. Colocamos dos tapices en las paredes y varias alfombras. Y aquellos cuartos polvorientos volvieron a la vida. Cuando al fin terminamos, la dama Peonía me hizo un regalo: un jarrón decorado con el dibujo de una rama de ciruelo nevada, símbolo de la voluntad inquebrantable de superar la adversidad. Lo coloqué sobre una mesita alta, de líneas rectas.

—Muchas gracias por todo, primera esposa —le dije con una pequeña reverencia.

—Ha sido un placer, hermana. Es lo menos que puedo hacer por vos. Deseo de corazón que os encontréis cómoda en vuestros nuevos aposentos. —Tomó de la mano a la dama Qiu y luego me la tomó a mí—. Juntas haremos de la mansión de los Cao nuestro hogar.

Al cuarto día de la llegada de Cao Ren al Pozo de las Luciérnagas, tal y como había acordado con él, Longyan y yo lo acompañamos a la farmacia de la Tortuga Negra, el negocio familiar. Estaba ubicada en la misma calle que la farmacia del Pez de Oro, el que había sido mi hogar natal, pero en un lugar más relevante.

Dos días antes, mi esposo hizo una visita para conocer el establecimiento y llevar todo el instrumental que utilizaba en sus experimentos. Al parecer, acondicionó una de las salas como su laboratorio y dejó instrucciones a varios estudiantes y herboristas para que lo dejaran todo listo según sus deseos.

Mi eunuco y yo tomamos un palanquín. Cao Ren cabalgó a nuestro lado montado sobre el caballo de Yunnan que había pertenecido a mi difunto marido.

Tardamos más de una hora en atravesar las puertas de la ciudad. Las calles estaban a rebosar de vendedores ambulantes que voceaban su mercancía. Sobre todo abundaban los curanderos con sus pócimas prodigiosas que curaban todos los males: desde un dolor de cabeza hasta las dolencias del espíritu. Puestos de fideos, aguadores con las angarillas cargadas con tinajas de barro, exorcistas para espantar a los espíritus de la enfermedad. Compradores que madrugaban para adquirir incienso y ofrendas con las que apaciguar a los dioses. En los últimos días, las peregrinaciones a los templos que rodeaban el lago del Oeste se multiplicaron. Nuestro pueblo deseaba la paz del Imperio.

El palanquín se detuvo ante unas elegantes puertas pintadas de rojo con dos magníficos leones de piedra a cada lado. Nada más contemplar aquel pórtico supe que se trataba de una farmacia de primera categoría. Disponía de dos entradas, una orientada al sur por la calle principal, para los pacientes de buena posición, y otra a la que se accedía por una de las calles laterales que daba al norte, para la gente humilde y los campesinos. El tejado era alto, sustentado por columnas bajo los aleros, unidas por listones de madera finamente tallada con cabezas de dragón.

Longyan me tomó de las manos y me las apretó con suavidad en un gesto de entusiasmo. Se lo veía tan emocionado como yo.

Los jardines del patio principal eran muy hermosos. En el centro de este había un estanque cuadrado con lotos azules y peces de colores. Un gran soportal daba cobijo a más de una decena de bancos. Y a pesar de la hora temprana, estaban a rebosar de pacientes. Varios criados servían té. En cuanto nos vieron aparecer, un siervo se hizo cargo del caballo de Cao Ren y lo llevó a los establos.

Mi eunuco se apeó del palanquín y me ayudó a bajar. Todas las miradas se detuvieron en mí. Escuché cuchicheos y exclamaciones apagadas. Yo agaché la cabeza con recato y caminé detrás de mi marido, dejando una distancia de tres pasos, como era la costumbre.

Nada más atravesar la entrada, fuimos recibidos por cinco herboristas.

—Sed bienvenidos a la farmacia de la Tortuga Negra —dijo el de más edad realizando un *kautou*—. Hemos dispuesto todo según nos indicó el señor.

Cao Ren asintió complacido y los operarios se retiraron con una reverencia.

Él mismo me mostró las instalaciones. Longyan nos siguió a una distancia prudencial.

La farmacia olía a alcanfor, a raíz de ginseng y a *moxa*, la «hierba ardiente» que se usaba en la moxibustión y que se aplicaba encendida sobre los puntos de acupuntura. Por encima de estos aromas, predominaba el del incienso que se quemaba ante el altar de Shennong, el dios de la medicina.

La farmacia constaba de dos consultas, un dispensario, una sala de curas, un aula para el aprendizaje y un gran laboratorio donde se llevaban a cabo las decocciones medicinales. Disponía, además, de dos patios particulares con bellos jardines. Uno de ellos daba al nuevo laboratorio de Cao Ren.

En él reinaba un orden minucioso. Me detuve ante un muestrario de alambiques de varios tamaños que se utilizaban también en medicina para las destilaciones de compuestos minerales y la obtención de aceites esenciales. Reposaban sobre pequeñas estufas, en una piedra plana de gran tamaño.

Contemplé fascinada las largas encimeras donde había una ingente cantidad de productos: sulfuro de arsénico rojo y amarillo, azufre, cinabrio, alum, sal, arsénico blanco, conchas de ostras, mica, resina de pino...

—Todavía me faltan algunos compuestos —dijo—, pero tengo lo necesario para comenzar con mis experimentos.

Me mostró la biblioteca. Eché un vistazo a algunos libros. No vi que hubiese muchos dedicados a la alquimia, ya que los conceptos y fórmulas no solían revelarse de forma escrita, sino que se transmitían oralmente de maestro a aprendiz, pero me fijé en que al menos había dos: el *Bao Puzi*, escrito por el alquimista HeHong, y un tratado sobre elixires escrito por Ko Hung. En cambio, abundaban las obras filosóficas; entre ellas estaban el *Daodejing*, de Laozi, el Viejo Maestro, y el *Yijing*, el *Libro de los cambios*.

Cao Ren nos explicó que el fundamento de la teoría alquímica residía en los conceptos taoístas filosóficos. Y la meta principal de los taoístas era alcanzar la inmortalidad, pero observada desde un punto de vista objetivo, que se traducía en una larga vida llena de salud y plenitud. Para ello, los alquimistas solían practicar la meditación y vivir en armonía con la naturaleza.

Vi que, en uno de los rincones, había un pequeño altar erigido a la diosa de los hornillos, la cual solían venerar los antiguos alquimistas. Y en la pared frontal, un tapiz con el *taijitu*, el símbolo del yin y el yang.

No entró en detalles sobre las investigaciones que estaba realizando. Lo que sí dejó claro es que intentaba mejorar, incluso descubrir nuevas fórmulas medicinales.

Salimos del laboratorio y nos dirigió hasta una sala contigua.

—Y esta es tu nueva consulta —dijo con una inclinación de cabeza.

Me tapé la boca para sofocar una exclamación. No podía creerlo. Mis ojos se perdieron en aquellas dependencias. Me maravillé de la antesala. Estaba preparada para la espera de los pacientes. Cada dos bancos, con sus respectivos cojines, había dispuesta una mesita. Varios juegos de té reposaban sobre un mueble de madera de ojo de gallo. Había bandejas, incensarios, tazones y platos. Todo ello de un gusto exquisito.

La otra sala, que era la consulta, estaba amueblada con sencillez, pero no por ello era menos elegante. Un gran escritorio presidía la estancia. Vi un juego de escritura con un soporte de madera de palisandro para los pinceles y una piedra de *duan* para moler las barras de tinta. Había papel de arroz colocado en una caja. Y varias figuras anatómicas femeninas de porcelana.

En un rincón había un diván para los pacientes y en la pared de enfrente, dos cofres y un *yaoxiang* de múltiples cajones.

Tras el escritorio descubrí una pequeña estantería con libros de medicina. No puede evitar tocarlos con las yemas de mis dedos. Sentí un hormigueo en el estómago por la emoción.

Miré a mi marido e hice una profunda reverencia en agradecimiento.

—Gracias, esposo mío —dije con humildad.

—Me complace que te guste. Mi primera esposa y tía Fann han ayudado en la decoración. El trastero de la mansión Cao guardaba grandes tesoros. Los libros pertenecen a la biblioteca de mi padre. Creo que te serán de gran utilidad. He incluido varios tratados sobre partos y todo lo que he encontrado concerniente a enfermedades femeninas.

—Es más de lo que merezco —dije sobrepasada por tanta generosidad.

—No lo creo —me contestó sonriendo—. Hasta mí han llegado los rumores de tu valía. Sé que atendiste el difícil parto de la concubina de tu padre y que lograste la sanación de una niña afectada de viruela. Tendrás que compartir conmigo los remedios que utilizaste para salvarla.

El corazón me latía en las sienes. No podía creer que Cao Ren, un hombre, estuviera manifestando abiertamente mis cualidades como médico. Por primera vez en mi vida sentí que todos mis esfuerzos y mi lucha por aprender el oficio de mis antepasados obtenían recompensa. Mi vida había dado un vuelco y me costaba asimilar mi suerte. Era como si estuviera soñando y en cualquier momento fuera a despertarme.

Respiré hondo e incliné la cabeza por toda respuesta.

Miré a mi eunuco. Tenía los ojos brillantes. Pensé que había sido él quien le contó a mi marido mis logros sin desvelar nuestro secreto: la concubina imperial estaba embarazada gracias a mis remedios.

—Bien —dijo Cao Ren—. Será mejor que comencemos a trabajar. He ordenado a los herboristas que pregunten a las mujeres que acudan a consulta si desean ser atendidas por ti. Tal vez hoy sea un poco pronto para que se anime alguna dama. Daremos tiempo al tiempo.

—Gracias. Mandaré a Longyan a buscar a la señora Chen, la casamentera. Hablaré con ella y

seguro que no tardará en correr la voz.

—Me parece una buena idea. Si, entretanto, necesitas de mi ayuda estaré en mi laboratorio. Ambas salas se comunican a través del jardín. Nos veremos más tarde.

—Que tengas un buen día, esposo mío —le dije con mis mejores deseos.

En cuanto nos quedamos solos, Longyan y yo nos abrazamos como dos niños, cuidando de que no nos viera nadie.

—Pondremos un altar a Guanyin, la diosa de la misericordia, amita. No me cabe duda de que ella ha intercedido por vos para que vuestros deseos se hicieran realidad. Me encargaré de todo.

Yo no merecía tanto después de haberle suplicado a la diosa que no me concediera un hijo del maestro Cao. Pequé de soberbia y arrogante, negándome a ser madre y a aceptar mi amargo destino; sin embargo, la diosa se había apiadado de mí.

—Longyan, gracias por estar a mi lado. —Lo tomé de las manos—. Me siento feliz de poder compartir contigo este momento.

Se me saltaron las lágrimas.

Mi eunuco sacó un pañuelo y me las secó, mientras se esforzaba por contener las suyas.

—Las lágrimas de alegría son las mejores, amita. Bienvenidas sean después de tanto sufrimiento.

Horas más tarde, después de comer, Longyan fue a visitar a la señora Chen para ponerla al corriente de las novedades. No tardó en regresar acompañado de ella y el grupo de *kusangren* al completo. Me sentí una más entre ellas, con mi traje de luto y el cabello recogido con una cinta blanca.

—Vuestro eunuco nos lo ha contado todo —dijo la *meipo* con una expresión de alegría en el rostro—. Permitidme felicitaros. Aunque no sé por dónde empezar... ¿Tal vez por vuestro nuevo matrimonio? ¿O quizá por el consultorio?

Todas nos reímos.

—¡Os deseo cinco bendiciones, sanadora Zheng! Os merecéis tener un poco de suerte.

Hice una reverencia, agradecida. Rápidamente las mujeres comenzaron a hablarme todas a la vez. Tenían verdadera curiosidad por conocer a Cao Ren. No salían de su asombro. Comentaban el extraordinario giro de los acontecimientos, la gran historia de amor entre mi difunto esposo y la hermosa concubina Yimei. No pararon de parlotear hasta que la señora Chen comenzó a sacar paquetitos de una cesta.

—Ya sé que estáis de luto, pero los logros hay que celebrarlos, sanadora Zheng. Me he permitido traer unos dulces y algunos aperitivos fríos. Y, por supuesto, un buen vino de flor de ciruelo para acompañarlos.

Longyan eligió un juego de té y cuencos para el vino. Lo dispuso todo en las mesas de la sala de espera.

—Imagino que no esperabais tener pacientes hoy —dijo la casamentera en voz baja para que no nos oyeran el resto de las mujeres—, pero me temo que hay alguien que os necesita. —Señaló con una discreta mirada a una de las damas, que se cubría el rostro con un abanico. Con el jaleo y la emoción no me había percatado de que no era una *kusangren*. Vestía de forma elegante y lucía joyas costosas.

—Entremos en la consulta —le respondí resuelta.

Una vez dentro, cerré la puerta corredera. La algarabía del exterior se amortiguó. Les pedí

que tomaran asiento. Yo me acomodé tras el escritorio.

—Esta es la señora Li —presentó la *meipo*—. Es la esposa oficial de un magistrado.

La dama cerró el abanico con el que se cubría parte de la cara y dejó al descubierto un feo corte en el labio y un amplio moretón que se extendía hasta la mandíbula derecha. Observé, además, la mella de un diente cuyo raigón estaba negro.

—Ha sido su marido —se apresuró a informarme la casamentera mientras yo examinaba el corte y el interior de la boca, el cual estaba lleno de pequeñas heridas—. Es una mala bestia. Le gusta apostar y cuando pierde se enfurece y se desahoga maltratándola.

Maldije para mis adentros. Había hombres que no merecían nombrarse como tales. Eran verdaderos animales irracionales. Daba igual que fueran cultos o iletrados.

Pedí a la señora Li que se tumbara en el diván. Ella obedeció solícita. Se subió una de las mangas. Tenía un terrible moretón que le ocupaba casi todo el antebrazo y las huellas de unos poderosos dedos marcadas a fuego. Comprobé si estaba fracturado. Luego le rogué que me dejara examinar el resto de su cuerpo. Ella se sonrojó y miró dudosa a la señora Chen. La *meipo* asintió con un gesto, como dándole a entender que no tenía nada que temer y que estaba en buenas manos. La dama accedió, aunque muy avergonzada.

No había lugar de su cuerpo que no tuviera una contusión o el rastro indeleble de los golpes que había recibido de su marido. Algunas cicatrices eran antiguas. Le noté el vientre muy distendido, a pesar de no estar gruesa. Al palpárselo se quejó.

—Acaba de perder un hijo a causa de la paliza —aclaró la *meipo*—. Estaba embarazada de tres lunas. Es el segundo aborto desde Año Nuevo.

A la señora Li se le escaparon las lágrimas. Calculé que tendría unos cuarenta otoños. Su marido ya debería haberla eximido de sus obligaciones conyugales. Estaba mal visto por nuestro pueblo que una mujer madura de una escala social acomodada tuviera hijos, en tanto en cuanto ya tuviera descendencia masculina. Siendo magistrado, seguro que podía permitirse tener varias concubinas.

Cerré los ojos con tristeza. Le ofrecí un pañuelo y esperé a que se calmara un poco. Luego le pregunté directamente a ella.

—¿Habéis expulsado el feto?

—Sí. Hace una semana. Tengo algo de hemorragia.

—¿Cómo es la sangre?

—Muy roja, pero no huele mal.

Respiré aliviada. No parecía haber contaminación.

—Os recetaré un tratamiento para la hemorragia, un ungüento para los moretones y algo para las heridas de la boca.

Me senté tras el escritorio, tomé un pincel de pelo de camello y molí un poco de tinta. El cuerno de ciervo hecho rodajas y macerado en alcohol era lo más indicado para controlar su hemorragia. Los nidos de golondrina le proporcionarían vitalidad, ya que ambos remedios penetraban en los meridianos del hígado y del bazo y abastecían de sangre y de esencia el cuerpo. Para la boca le receté un enjuague de *borneol*, bórax y un compuesto de raíz de regaliz y sal.

Pensé, abatida, que yo podía curar las heridas de la señora Li, intentar sanar su alma con dulces palabras y consejo, pero que jamás lograría salvarle la vida si su marido seguía

maltratándola. Si él no se detenía, la mataría de una paliza.

Sabía que no era muy honorable lo que iba a proponerle a la señora Li, pero me vi en la obligación de intentarlo.

—También os recetaré algo para vuestro marido, pero él jamás deberá saber que se lo estáis administrando.

Ella compuso un gesto de extrañeza. Intenté explicarle lo más llanamente posible mi punto de vista.

—El problema de vuestros males es él. Y hay que tratarlo como si fuera una enfermedad que puede provocaros beber de las fuentes amarillas.

La señora Li se mostró muy sorprendida, pero no hizo preguntas. Yo proseguí.

—Antes de que él se marche a jugar a la casa de té, le daréis cuatro gotas de un elixir disueltas en el té de la tarde. Sería conveniente que se lo sirviera una doncella por la que él tenga especial predilección. Así se sentirá obligado a tomárselo aunque no tenga ganas. Y guardad bien el secreto. Nadie de la casa debe saberlo. Nadie.

—Asilo haré, sanadora Zheng.

—Volved si la hemorragia no remite en pocos días.

Le entregué las recetas.

Antes de salir me dio las gracias y pagó una pieza de plata por mis servicios.

Yo le dirigí una reverencia de agradecimiento. Eran mis primeros honorarios oficiales como médico en la farmacia de la Tortuga Negra.

La señora Chen esperó a que la dama saliera y me dijo muy bajito:

—No imaginaba que fuerais tan astuta, pequeña Akame.

Sonreí. Nada escapaba a aquella mujer. Lo decía por la adormidera que había recetado al marido de la señora Li.

—Oh, yo no diría tanto —respondí—. Se trata solo de una argucia. El señor magistrado necesita ese remedio para templar los nervios. Tendrá tanto sueño que cuando regrese de apostar no le quedarán ganas de pegar a su esposa. Espero que funcione y la señora Li pueda tomarse un respiro.

Advertí en sus ojos una chispa de complicidad y asentimiento.

—Eso os honra. Además de una gran médico, sois una persona maravillosa. —Me dio unas palmaditas en la mano—. Quisiera informaros de algo antes de que salgamos, sanadora Zheng.

—Os escucho.

—Es sobre la criada Albaricoque. Me comprometí a encontrar un nuevo amo para ella, pero no lo consigo. Vuestra madre ha extendido el rumor de que la niña está gafada por lo que ocurrió con la dama Lixue y su hijo. Nadie se atreve a comprarla por miedo a que lleve la mala suerte a sus hogares. Además me han contado algunas criadas de vuestra casa natal que la dama Lin la maltrata sin miramientos. Tiene el cuerpo lleno de moretones y está en los huesos. Casi no le da de comer.

No pude contener mi rabia. Di un manotazo en la mesa para expresar mi impotencia. No me extrañó el comportamiento de madre. Sabía que no quería que nadie comprara a la criadita para tenerla siempre bajo su yugo.

—Si no encontráis amo para ella, yo misma la compraré aunque madre me exija todo lo que tengo ahorrado. ¡No permitiré que la martirice más!

—Aún no está todo perdido. Creo que hay un matrimonio del norte interesado por ella, pero no los conozco. Veremos si son capaces de llegar a un acuerdo con vuestra madre.

—La ayuda que ofrecimos Longyan y yo todavía sigue en pie. Dos monedas de plata y un rollo de brocado. No os olvidéis de añadirlo a la cantidad que ofrezca ese matrimonio.

—Y vos no olvidéis de guardar un poco de dinero en el arcón, mi buena niña. Ahora sí que podéis hacer sisas con facilidad. ¡Ya cobráis un sueldo!

Ambas nos reímos. Aquella mujer no tenía remedio.

Dos días más tarde, tras cenar en el mirador con toda la familia, después de una larga jornada de trabajo, las gemelas me sorprendieron gratamente. Me estaban esperando en mis aposentos con la tina de agua preparada para darme un baño. Pero antes Longyan me quitó los vendajes de los pies y me los lavó con delicadeza en un balde de agua perfumada. A continuación me cortó las uñas y me dio un profundo masaje en las piernas. Las tenía muy recargadas después de un día tan ajetreado. Cuando terminó, las gemelas me ayudaron a desvestirme y me metí en la bañera. Me frotaron enérgicamente los doloridos músculos de la espalda y me enjabonaron. Enseguida se cansaron y comenzaron a jugar con la espuma. Terminaron empapadas y muertas de risa.

Mientras me secaban, repasé los acontecimientos de los últimos días. El balance era muy satisfactorio. Varias mujeres se habían animado a acudir a mi consulta. Una de ellas venía recomendada por la señora Li. También atendí a tres bebés y a cuatro niñas. Además, al día siguiente iría a visitar a la concubina Mariposa Blanca; esperaba con ansiedad volver a verla y conocer la Ciudad Imperial. Longyan y yo habíamos pensado que, con la declaración de guerra, tal vez ella anulara nuestra visita, pero los días pasaron y no recibí notificación alguna que ordenara lo contrario. Eso significaba que nuestra cita seguía en pie.

Me sentía dichosa, plena.

Longyan me colocó de nuevo las vendas y me calzó unas blandas zapatillas de raso. Me perfumé antes de que me pusiera el *zhongyi* de seda blanca. Hacía mucho calor, por lo que decidí dejar a las gemelas acostadas y dar un paseo con mi eunuco por el jardín. Echaba un poco de menos mi rincón favorito.

—Tendrá que ser un paseo corto, mi señora. Debéis informar a vuestro marido sobre la visita de mañana a palacio. No le habéis pedido permiso, y recordad que es a él a quien tenéis que rendir cuentas ahora.

Reconocí que había dejado el asunto hasta última hora porque me faltó valor. No estaba segura de que Cao Ren me diera su consentimiento. No podía decirle que mi paciente era una concubina imperial. Yo había prometido a Mariposa Blanca que guardaría el secreto de su identidad. Para ello no tenía otra opción que mentir a mi marido. Me resultaba desagradable tener que hacerlo.

—Tienes razón, Longyan. Hablaré con él después del paseo.

Poco antes de llegar al puente en zigzag que llevaba al lago, vimos una figura en el embarcadero. Estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas. No tardé en reconocerlo. Era

Cao Ren. Parecía meditar en la posición del loto. El crepúsculo estaba próximo y los débiles rayos del sol incidían sobre las aguas, bañándolo de una luz ambarina.

Nos escondimos tras los altos bambúes. Me daba apuro molestarlo. Esperaría a que terminara su meditación.

Solo se escuchaba el zumbido de los insectos y el sonido de la brisa al mecer las hojas de los árboles.

—Dama Akame, ¿eres tú? —preguntó sin volverse.

Me quedé pálida del susto. Salí de mi escondrijo azorada y me adelanté unos pasos. Creía haber sido discreta en mis movimientos. ¿Cómo había logrado reconocerme?

Ante su presencia sentí un calor sofocante que me nacía en el estómago y ascendía hasta mi rostro.

—Siento molestaros, mi señor, pero necesito hablar con vos.

—Os escucho —dijo sin abrir los ojos, inmóvil en la posición del loto.

—Mañana por la tarde tengo que visitar a una paciente. Tomaré un palanquín desde la farmacia. Me acompañará Longyan.

Él abrió los ojos y me miró con un gesto reflexivo.

—¿Vive en Lin'an tu paciente?

—Sí. Muy cerca de la colina del Fénix.

—Bien. De otro modo ni me lo cuestionaría, sería peligroso. Estamos en guerra. —Hizo una pausa estudiada—. ¿Y quién es ella?

Me mordí el labio con nerviosismo. Comenzaron a sudarme las palmas de las manos.

—No tengo su permiso para decíroslo, solo puedo aseguraros que se trata de una gran dama.

Enarcó las cejas y sus ojos adquirieron un aire felino.

—No es decoroso hacer visitas a domicilio estando de luto, esposa mía. ¿Es acaso una cuestión de vida o muerte? ¿Está muy enferma?

—Sí, mi señor. Lo está —mentí sin pestañear.

—Siendo así, te permito que acudas a atenderla, pero tendrás que regresar a la mansión antes de que oscurezca. Sé discreta en extremo. No te dejes ver en presencia de hombres.

—Asilo haré, esposo mío.

Hice un *kautou* y me retiré.

—Un momento, dama Alome.

Me volví, temerosa. ¿Acaso se lo había pensado mejor?

—Tu perfume... ¿lleva esencia de lirios azules?

—Así es, mi señor.

—Sin duda es una delicada fragancia.

Inclinó la cabeza con suavidad a modo de despedida y yo me alejé a pasos cortos. Aprecié su manera sutil de decirme que le agradaba mi perfume. Sonreí. Era así como había adivinado mi presencia.

Apenas pude dormir a causa de los nervios. No dejaba de imaginar cómo sería verme tras los muros de la Ciudad Imperial. ¿Sería tan grandiosa como decían? Me sentí un poco abrumada por el honor que me hacía Mariposa Blanca. Al estar de luto, no podía vestirme con la elegancia que merecía la ocasión. Tendría que llevar un sencillo *hanfu* blanco y unas zapatillas de basta arpillera. Tampoco podía maquillarme ni lucir un laborioso recogido con mis mejores peinetas y

joyas. También lo lamenté por mi eunuco. Él era muy presumido y le hubiese gustado exhibir sus mejores galas.

Longyan me despertó al rayar el alba. No sé cuál de los dos estaba más nervioso. Puesto que visitaba todas las semanas a su amigo Avispa en la Ciudad Imperial, para él no suponía una novedad, de modo que imaginé que le preocupaba lo mismo que a mí: nuestro aspecto.

—Os lavaré el cabello con cedrela, amita, y os lo peinaré con aceite de almendras para que luzca brillante y sedoso. Luego os pasaré por debajo de cada mechón un incienso encendido, de manera que el aroma penetre hasta la raíz. Ya tengo el baño preparado y le he añadido unas hojas de pomelo para que os purifique.

Accedí de buen grado a todas sus sugerencias.

Ya en la farmacia, la mañana se me pasó en un suspiro. Tuve varias pacientes y entablillé el tobillo a un niño.

A mediodía, Longyan trajo algo de comer de un puesto callejero cercano que solía servir una sopa *wonton* especiada con cilantro. Estaba bastante buena. Comimos en el jardín que daba al laboratorio de Cao Ren. Él lo haría más tarde, en una casa de té cercana, con algunos de los herboristas.

Casi ni terminé mi sopa. Los nervios se acrecentaron llegada la hora de partir. Me eché al hombro mi caja de medicinas y me despedí de mi marido.

—Cinco bendiciones —me respondió él. Luego se dirigió a mi eunuco—: Cuida de ella, Longyan. Confío en ti.

Él le dirigió una profunda reverencia.

El palanquín nos esperaba en la entrada. Las calles hervían de actividad a pesar del calor. Los porteadores sorteaban a los transeúntes. Muchos obreros y peones comían en los puestos callejeros y las calles colindantes a la farmacia estaban a rebosar.

Fuimos zigzagueando por las callejuelas hasta alcanzar la vía Imperial, a la que también llamaban Camino del Cielo, pues por ella pasaban los carruajes del emperador. Estaba revestida de piedras planas y apenas se notaba el vaivén del palanquín. Más al sur, lindando con la colina de los Diez Mil Pinos, llegamos a los barrios más prósperos de Lin'an, donde los comerciantes ricos y los grandes mercaderes vivían en majestuosos palacios y mansiones. Tras atravesarlos, los porteadores nos condujeron al oeste de la colina del Fénix, a espaldas del monte Ziyang.

Mi corazón se aceleró en cuanto vislumbré los altos tejados de los edificios gubernamentales, que se intuían entre la frondosa vegetación y los altos muros palaciegos.

La Ciudad Imperial era grandiosa. Nada de lo que yo pudiera decir para describirla le haría justicia. El recinto era de planta cuadrada y estaba protegido por dos altas murallas almenadas, en cuyas esquinas se alzaban cuatro torres de vigilancia.

Sus cuatro puertas ceremoniales estaban orientadas a los puntos cardinales. Nosotros nos dirigimos a la puerta del Este: dos hojas de madera maciza tan espesas como la altura de un hombre. Eran colosales. Estaban fuertemente custodiadas para impedir la entrada a los intrusos.

Avispa esperaba ante ellas. Iba ataviado con un traje reservado a los eunucos que servían en la corte. Era alto y espigado. Bien parecido. Llevaba el cabello recogido en la coronilla con un pasador de plata labrada. El resto lo llevaba suelto. Longyan salió del palanquín para saludarlo. Yo me quedé dentro, pero dejó la cortina corrida para presentármelo. Nada más verme, el eunuco palideció. Pensé que le había causado asombro mi humilde aspecto, vestida de luto y sin

maquillar, pero me dio la impresión de que acababa de ver a un fantasma, como si reconociese en mí a alguien de un pasado remoto. Intercambió con Longyan una mirada cómplice. Fue muy sutil, pero no me pasó desapercibida. Hizo un *kautou* y me entregó una placa de marfil que hacía las veces de salvoconducto. Me explicó que la placa en cuestión nos permitiría entrar por las numerosas puertas que llevaban a las distintas dependencias.

Pasamos por muchas edificaciones destinadas a oficinas donde se gestionaban los asuntos de Estado. Eran elegantes, con base de piedra, madera lacada y techo con tejas de esmalte. Se conectaban entre sí mediante galerías y caminos de grava. Avispa nos guio hacia el Siheyuan, un patio porticado que señalaba el término de la corte Exterior y el comienzo de la corte Interior. En esta última se erguían el Palacio Imperial y el Palacio Posterior o Hougong, donde residían las consortes, las concubinas del emperador y los eunucos. Ningún hombre podía traspasar sus puertas bajo pena de muerte. Ambas residencias estaban protegidas por una escuadra permanente de la Guardia Imperial.

Me quedé sin aliento al contemplar el esplendor de ambos palacios.

Sus elevados tejados mostraban la profunda elegancia de los pesados aleros, que semejaban alas de águila extendidas. Vi pabellones, teatros, altares y templos donde el emperador veneraba a Buda y a sus ancestros. Estaban medio ocultos entre los tupidos árboles de los inmensos jardines. Las fuentes, los saltos de agua y los ríos artificiales se fusionaban con la exótica vegetación.

Me sentí intimidada ante tanta ostentación de lujo y poder. Era como si hubiese traspasado la frontera entre dos mundos: uno de dioses y otro de mortales.

Tras recorrer varias galerías porticadas y puentes en zigzag, llegamos a los palacios de verano, que eran tan impresionantes como los que habíamos dejado atrás e igual de fastuosos. Ni en mil vidas vería algo tan hermoso.

Avispa nos pidió que nos apeáramos del palanquín y prosiguiéramos a pie. Nos guio hasta unas dependencias de cuyas cornisas sobresalían dragones alados que se alzaban desde torbellinos de agua. Caminamos a través de una plataforma de madera barnizada que se elevaba a unos palmos de un lago, cubierta por un hermoso pórtico. Pasamos por una puerta de luna llena con celosías de madera, de cuyos doseles colgaban cortinas de gasa celeste. Varios biombos de seis cuerpos separaban un espacio al aire libre, elegante y acogedor. A lo largo del pasamano enrejado había incensarios de bronce en forma de grulla.

Descubrí con asombro que los cerezos y ciruelos, plantados en macetones de cerámica, habían sido adornados con flores realizadas en seda y papel de arroz, puesto que no era su época de floración. Parecían tan reales que no pude dejar de alabar su belleza.

Fuimos recibidos por el eunuco de Mariposa Blanca, Rayo de Luna, un joven hermoso, de gran estatura y elegancia en sus ademanes. Tras saludar a Avispa y a Longyan, me dio la bienvenida con un *kautou*. Sus ojos oscuros y penetrantes se detuvieron en los míos. Sentí que él, al igual que Avispa, me miraba con asombro, aunque intentó disimularlo. Me llevó ante la presencia de la concubina imperial.

El aire estaba cargado del dulce aroma a perfume que exhalaban las damas y el susurro de la seda de sus vestidos. La concubina nos esperaba sentada en un diván tapizado con bordados de fénix, el símbolo de las emperatrices y de las concubinas imperiales. Las patas semejaban garras de dragón. Apenas reconocí en ella a la dama disfrazada de campesina que curé en el templo del

Alma Escondida. Su rostro en forma de corazón se había redondeado por el embarazo. Tenía una palidez extrema, a pesar de ir perfectamente maquillada. Su peinado, un alto recogido de intrincados trenzados, estaba salpicado de joyas y llevaba una diadema de perlas y plumas de martín pescador. Su atuendo me dejó sin aliento: un *hanfu* púrpura bordado con un paisaje idílico y una hilera de gardenias con diminutas perlas y piedras preciosas en el bajo, que hacían juego con su ancho cinturón, el cual se ceñía bajo el canesú para dar holgura a la prenda. Era de gasa tan fina que parecía polvo de alas de mariposa.

Varios eunucos, de apenas once o doce años, la abanicaban sin descanso. Dos más espantaban las moscas con flagelos de crin de caballo.

Estaba rodeada de sus damas. Bordaban en grandes bastidores cuadrados, sentadas en sillas de medialuna. Otras leían. Sus vestiduras también me sorprendieron. Jamás había visto ropajes como aquellos. Los bordados eran exquisitos. Me miraron de arriba abajo de soslayo. Se daban codazos unas a otras y reían tapándose la boca.

Las doncellas más jóvenes recogían los pétalos que la brisa desprendía de las flores que bordeaban la balaustrada y los metían en bolsas de seda.

Rayo de Luna, tras ponerse de rodillas, anunció mi llegada y se retiró junto con Longyan y Avispa. Ellos pasarían la tarde en las dependencias de los eunucos.

Mariposa Blanca no se levantó cuando llegué, pero su rostro se iluminó con una sonrisa. Yo realicé un *kautou* completo. Me arrodillé y toqué el suelo tres veces con la frente.

—Toma asiento, sanadora Zheng —me pidió señalándome un mullido butacón a pocos pasos de ella—. Lamento tu luto. Cuéntame, ¿a quién has perdido?

—Es una larga y triste historia, alteza...

—Todas tenemos largas y tristes historias que contar —me respondió con las mismas palabras que utilizó en nuestro primer encuentro. Ambas sonreímos con una mueca cómplice, mientras ordenaba a un eunuco que nos preparara té de crisantemos con agua de lluvia.

Le conté todo lo que el destino me había deparado desde que nos viéramos en el templo del Alma Escondida. La larga y penosa enfermedad de mi padre. Mi casamiento forzado con el anciano maestro Cao. Mi frustración al verme privada de ejercer la medicina. La muerte por viruela de mi único hermano, Lok. El accidente mortal de mi esposo y la sorpresiva aparición de Cao Ren en el funeral.

—Él me ha tomado como segunda consorte —le expliqué—. Ya tenía una primera esposa y está esperando su primer hijo.

—¿Y es bien parecido tu nuevo marido?

Las damas dejaron escapar risitas sofocadas.

—Lo es, mi señora. Además, es médico y practica la alquimia.

Le expliqué mi nueva posición en la casa Cao. Mi consulta para mujeres y niños y lo amable que él había sido conmigo.

—Después de tantas desgracias, la suerte te sonríe al fin, sanadora Zheng. Me alegro por ti. Estás comenzando a obtener los frutos de tu esfuerzo.

El eunuco nos sirvió té en tazas craqueladas de Ruán. Un grupo de damas tocaba suaves melodías desde una barca que recorría lentamente el lago. Me maravilló la elegancia de sus acordes y el modo tan peculiar de su actuación. Parecían hadas de agua con sus vaporosos vestidos flotando en la brisa.

Nos trajeron aperitivos fríos y algunos dulces que ni en sueños había probado. Algunos pastelitos estaban adornados con flores de violeta caramelizada. Eran una delicia para el paladar. Me ofreció un licor de mijo negro. Me sentí muy honrada, puesto que ese era el licor que solía ofrecer el emperador a sus visitas más eminentes.

Dos criadas pasaron con lavamanos y toallas.

—La matrona suprema me ha dicho que estoy demasiado redonda para estar solo de cinco lunas. Me ha prohibido los dulces, pero yo no abuso de ellos. Es más, como muy poco a causa de los nervios.

Antes de que pudiera responderle, una de sus damas la advirtió de que llegaba alguien. Ambas miramos en dirección al cominillo de grava. Vimos que se acercaba un grupo de eunucos. Portaban un toldo dorado bajo el cual iba refugiada una dama. Los seguían una decena de doncellas separadas en dos hileras.

—Es la emperatriz viuda Xie Daoqing —me indicó—. Fue la consorte del difunto emperador Lizong. Todos los días viene a visitarme. Se preocupa por mi estado de salud. Es muy bondadosa.

En cuanto el grupo se acercó lo suficiente, Mariposa Blanca se levantó para saludarla con una profunda reverencia. Sus damas la imitaron. Yo también me postré ante ella.

—Levantaos, niñas —ordenó la emperatriz viuda con un elegante gesto de su mano.

Tomó asiento junto a la concubina en el diván.

—¿Qué tal te encuentras hoy, dama Shui?

—Bien, alteza. Estoy muy feliz. Una buena amiga ha venido a visitarme.

Me ruboricé apocada.

—Permitid que os presente a la sanadora Zheng.

La anciana dama me dirigió una mirada de interés.

—Sé bienvenida a la Ciudad Imperial —me dijo sonriendo con cortesía.

Hice una reverencia y recité la frase formal que solía emplearse para dar las gracias a los emperadores y las emperatrices. Me la había enseñado Longyan.

—«Deseo a su alteza diez mil años de vida. Que vuestra suerte sea tan abundante como el mar del Este y vuestra salud tan plena como las montañas del Sur».

Percibí en el gesto de su majestad que le agradaba mi compostura.

—Bien —dijo mientras apuraba su taza de té—. Será mejor que me marche, debo supervisar los preparativos para la fiesta. Quedan pocos días y aún hay muchos detalles que afinar.

Antes de marcharse, se acercó a Mariposa Blanca y le susurró algo al oído.

—Así lo haré, alteza.

En cuanto ella se alejó lo suficiente, las damas comenzaron con sus habituales cuchicheos y risitas y prosiguieron bordando.

—Demos un paseo, sanadora Zheng. Tengo las piernas un poco entumecidas.

Las damas se levantaron con prontitud y cada una tomó una sombrilla. Los pequeños eunucos se apresuraron a dejar los abanicos y cogieron un parasol, bajo el cual nos metimos Mariposa Blanca y yo. El resto de las mujeres nos siguieron a unos pasos de distancia.

Caminamos bordeando la balaustrada de filigrana que nos separaba del agua hasta que dejamos atrás el pórtico del palacio. Las hojas de los sauces que crecían en la orilla rozaban la superficie del lago. De las ramas más bajas colgaban farolillos de seda blanca con hermosas inscripciones y poemas. Había muchos juncos de agua y lotos blancos.

La barca de las damas que tocaban música nos siguió el paso. La melodía desgarrada del *qin* me llegó al alma. Era un sueño idílico verme rodeada de tanta hermosura, refinamiento y lujo.

—Qué gentil ha sido conmigo la emperatriz viuda Xie —dije agradecida.

—Ya os dije que era muy bondadosa. La pobre sufrió mucho en su matrimonio, pero jamás dejó que nadie viera su dolor. ¿Os gustaría conocer su historia? Es muy interesante.

No me hice de rogar.

—Me encantaría.

—Procede de un gran clan. Su abuelo sirvió como funcionario de alto rango en tiempos del emperador Lizong, el cual lo alabó como poseedor de la conducta de los antiguos. Su alteza nació de una concubina llamada Mao, que tuvo una visión cuando estaba embarazada de ella. Al parecer, soñó con su propio vientre envuelto en nubes de cinco colores, un presagio de buen augurio para un hijo no nacido. Sin embargo, la concubina Mao dio a luz una niña a la que llamaron Daoqing. Además nació ciega de un ojo. Una telilla blanca le cubría el iris y tenía la piel del rostro muy oscura y rugosa.

No pude evitar un gesto de asombro, pues no me había parecido apreciar nada extraño en el semblante de la emperatriz viuda, fuera del deterioro natural en una mujer de su edad. Calculé que rondaría los setenta años. Y sus ojos eran negros y brillantes.

Mariposa Blanca sonrió adivinando mis conjeturas.

—Ya te advertí que se trataba de una historia atrayente, sobre todo para ti como sanadora. —Compuso una graciosa mueca de complicidad y prosiguió con la narración—. Su padre murió cuando ella era una niña, dejando a la familia en circunstancias muy precarias. Al enterarse de esto, la por entonces emperatriz viuda Yang, que recordaba la nobleza del abuelo de Xie Daoqing, pues había apoyado su elección como emperatriz, pidió al emperador Lizong que protegiera a los hijos de la familia Xie. Fue así como ella entró en palacio, pero solo como concubina de bajo rango, pues el Hijo del Cielo dijo que la dama carecía de toda belleza debido a su ojo opaco y su piel oscura. Pero al poco de llegar aquí contrajo el sarampión y gracias a los médicos imperiales, que le dispensaron tónicos y ungüentos en la piel para hacer desaparecer las

vesículas de la enfermedad, la tez de la dama se volvió clara y suave. Los doctores también tomaron la decisión de operar el ojo para quitarle la telilla blanca que lo cubría. Fue así como la dama Daoqing se transformó en una hermosa doncella.

Hice un gesto de asombro. ¿Serían esas operaciones oculares las que realizaba Cao Ren? Recordaba perfectamente que él había hecho alusión a ellas cuando habló con la anciana dama. Aquella narración me pareció de gran valor científico.

—Aun así —prosiguió Mariposa Blanca—, para el emperador Lizong era poco menos que invisible, porque él ya se había enamorado perdidamente de la hermosa dama Yan, la hermana mayor de nuestro canciller Jia Sidao, y quería convertirla en su emperatriz. Esto causó un gran revuelo en la corte, puesto que la dama Yan era de orígenes humildes y no se la consideraba adecuada para el puesto. Las habladurías fueron insufribles. Tanto fue así que el emperador no tuvo más remedio que claudicar a las presiones que recibía de la emperatriz viuda Yang. Al fin, la dama Daoqing fue nombrada *guifei*: honrada consorte. Meses más tarde se convirtió en emperatriz. Aunque para el emperador su favorita siguió siendo la dama Yan, a la que obsequió también con el rango de *guifei*. Y, para empeorar las cosas aún más, la dama Yan le dio un hijo varón.

Las damas no contuvieron sus risitas y chismorreos.

—Ya veis que la vida de una mujer no es fácil ni tan siquiera en palacio. La emperatriz viuda Xie tuvo que soportar grandes desprecios por parte del emperador, al que, según dicen, le gustaban tanto las mujeres que no dudó en meter en su lecho hasta monjas budistas; incluso ordenó criar a una en palacio para que al crecer se convirtiera en una de sus concubinas. También le encantaba rodearse de cortesanas.

Llegamos a un pabellón de forma hexagonal y doble tejado. Desde allí había una magnífica vista del lago y de la vegetación que crecía en ambas orillas. Vi garzas, patos mandarines, ocas y pavos reales. Atisbé el tejado de otro palacio más, de donde provenían multitud de cantos de pájaros.

—Es el palacio de las consortes y concubinas de los emperadores difuntos. Nosotras lo llamamos la Mansión de las Viudas. Algunas son tan viejas que están encorvadas, calvas y desdentadas. Se pasan el día bordando vestidos y zapatos para los príncipes. A veces hacen trabajos manuales: flores de seda y de papel para adornar los árboles. Fabrican jaulas con palitos de bambú, en forma de pagoda, que luego cuelgan de las ramas. Tienen cientos de pájaros. También crían grillos y gusanos de seda. Todo eso las ayuda a sobrellevar su soledad, aunque dudo que las salve de la locura. Muchas parecen estar poseídas por el espíritu del zorro. Por las noches se escuchan gritos y sollozos que el viento arrastra hasta mi palacio. Parecen fantasmas hambrientos.

De repente, los ojos de Mariposa Blanca se llenaron de lágrimas. Una de sus damas se apresuró a ofrecerle un pañuelo. Ella lo rechazó con un gesto desabrido y ordenó que las damas se retiraran. Yo hice un *kautou* antes de obedecer su orden.

—Tú no, sanadora Zheng. Quédate.

Volví a sentarme en el banco mientras ella se enjugaba las lágrimas. Sus damas no fueron muy lejos, pero se mantuvieron a distancia.

—He ordenado que se vayan porque no quiero que sepan nada de mis penas. Ellas parecen compadecerse de mí, pero creo que en el fondo se alegran de mi desgracia. Sé que hay espías

entre ellas. Sufro mucho, sanadora Zheng.

—Estoy aquí para servirlos, mi señora —dije intentando consolarla.

—¿Tenéis alguna cura para un corazón roto? —me preguntó ella con una sonrisa amarga—. Pues esa es mi enfermedad y no otra. Su majestad me ha olvidado. Ya no soy su favorita. Ahora frecuenta a otras mujeres y a cortesanas. Se pasa el día ebrio o embriagado por pócimas afrodisíacas. Ese es el motivo por el cual estás tú aquí. Ante mis quejas, ha accedido a que me visites. Me concede cualquier cosa que le pido, menos su presencia en mi lecho. Duermo sola todas las noches.

—Tal vez no yace con vos por miedo a que se malogre el embarazo.

—No. Ya obró del mismo modo con otras en mi situación. Él no me desea. Ahora entiendo a mis pobres hermanas, que se suicidaron ante la indolencia del emperador... Y luego está la maldita guerra. La incertidumbre me tiene el corazón encogido. ¿Qué será de nosotros? ¿Qué será de mi hijo no nacido? Si los mongoles invaden la capital, matarán a todos los descendientes del emperador Duzong sin importarles que sean solo unos niños. Los miembros de la dinastía seremos brutalmente asesinados hasta que no quede ni uno bajo el cielo.

Se cubrió el rostro con las manos y lloró desconsolada.

—Mi señora —intenté apaciguarla—, no debéis afligiros. El enemigo no llegará hasta la capital. Los mongoles nos asedian desde hace muchos años. Aceptarán un acuerdo de paz a cambio de más oro y seda.

Dije aquello sin ninguna convicción. Ella pareció no escucharme, tal era su angustia. Me mostró las palmas de las manos.

—Las tengo destrozadas de tanto cortar peces y aves para ofrecérselas a los dioses. Pido por el hijo que llevo en mi seno. ¿Qué madre no lo haría al verlo en peligro?

Me pregunté qué sabía ella exactamente de la guerra. Mariposa Blanca parecía llevar una existencia totalmente ajena a lo que pasaba fuera del Palacio Posterior. Su mundo era muy reducido y dudaba mucho que en las conversaciones entre damas estuvieran incluidos los asuntos de Estado.

—¿Acaso estáis al tanto de la verdadera situación en la que se encuentra el Imperio? —le pregunté.

Me miró con gesto grave.

—Puede que las mujeres estemos confinadas tras estos muros, pero las criadas y los eunucos, no. En el Hougong los rumores corren como el viento. Las noticias llegan a las oficinas de la corte Exterior y se filtran rápidamente hasta el Palacio Posterior. Mi eunuco, Rayo de Luna, me pone al corriente de todo lo que ocurre dentro y fuera del Palacio Imperial. Me informa puntualmente cada mañana, mientras me maquilla, me peina y elige mi vestuario. Me cuenta las intrigas de las consortes, las traiciones que maquinan, los sobornos a los eunucos, las ansias de escalar puestos de las concubinas de bajo rango. Los abortos, los suicidios, las muertes inexplicables... Hay más de tres mil mujeres en el Gran Interior que se odian las unas a las otras sin conocerse. Venderían su alma para no acabar viviendo en la Mansión de las Viudas. Yo misma la vendería si no lo hubiera hecho ya.

Me quedé pálida ante sus palabras. Sabía por propia experiencia la rivalidad y las envidias que se gestaban en la vida de las mujeres que convivían bajo un mismo techo, y no olvidaba lo mal que lo había pasado cuando la anciana dama me llamó astuta y embustera. Todavía

recordaba los sapos en mi bañera y las vejaciones a las que me habían sometido ella y las concubinas Hui y Lan. Imaginé que en el Hougong los escarnios serían a una escala inimaginable.

Mariposa Blanca me cogió las manos con ternura y forzó una sonrisa.

—Oh, pero basta ya de lágrimas y de malos augurios. No ha sido mi intención asustarte. Pensarás que soy una amargada que no agradece la suerte que tiene siendo la madre del hijo del emperador. —Se llevó las manos al abultado regazo—. Ya estoy de cinco lunas. En palacio es costumbre que una matrona acompañe a la madre desde la séptima luna de embarazo hasta que dé a luz. Te he hecho venir para pedirte que seas tú la encargada de traer a mi hijo al mundo.

Me debatí entre la conmoción y la ansiedad. Mis rodillas comenzaron a temblar. Si hubiese estado de pie, se me habrían doblado. Sentí una mezcla de emoción, orgullo y miedo. Un miedo atroz. Eran muchas las historias que corrían sobre los castigos que recibían los médicos imperiales si erraban en sus diagnósticos. Fui consciente de que si algo salía mal, lo pagaría con mi vida. Aun así, no podía declinar semejante ofrecimiento. Hubiese sido una afrenta terrible y toda mi familia caería en desgracia.

—Esta humilde servidora no merece un honor tan grande, mi señora.

Mariposa Blanca me miró con benevolencia.

—Tu modestia te honra, sanadora Zheng, pero he de insistir. Ha sido una decisión muy meditada por los médicos y matronas imperiales. Debéis tomaros esto como una orden del Hijo del Cielo. Así os será más fácil aceptar mi ofrecimiento.

El corazón se me desbocó. Mis manos iban a traer al mundo al Hijo del Dragón.

—Siendo así será un honor para mí, alteza —contesté con una reverencia—. Pero no es mi intención ofender a la matrona suprema. Sé que esa gloria le corresponde a ella.

—Todo está ya hablado —respondió resuelta—. Ella está al tanto de los detalles sobre tu intervención en el parto de una concubina de tu padre. Fue informada por varias criadas de las damas de compañía de la emperatriz viuda Xie que, como sabrás, frecuentan la farmacia del Pez de Oro. Además, se entrevistó a decenas de matronas, pero ninguna de ellas tenía tanta experiencia como tú. Su majestad el emperador está de acuerdo con mi decisión. También hará llamar a mi madre para que me acompañe hasta el momento del parto. Con vosotras dos a mi lado, nada he de temer. Cuando se cumpla la séptima luna, vendrás a vivir a la Ciudad Imperial. La fecha exacta será elegida por los astrólogos imperiales para que sea auspiciosa. Tu alojamiento estará en mi palacio, en unos aposentos contiguos a los míos. Longyan dormirá con mis eunucos, en otro pabellón. Te servirá como tiene por costumbre. Sé el gran cariño que te une a él.

De repente, las dudas me atenazaron. ¿No podría ver a mi familia en todo ese tiempo? ¿Qué pensaría al respecto Cao Ren?

Mariposa Blanca pareció leer mi pensamiento.

—No te preocupes. Podrás ver a tu marido, pero en las salas de visita de la Corte Exterior. Dentro de unos días llegará a la mansión de los Cao una carta de palacio dirigida a él. En ella se le pondrá al corriente de tu nuevo nombramiento y de las normas en cuanto a las visitas. Cuéntale cómo nos conocimos, pero no le digas nada sobre el tratamiento de fertilidad que me recetaste. Ese seguirá siendo nuestro secreto. Seguro que se sentirá muy orgulloso de ti.

Ignoraba ese punto, pero se iba a llevar una gran sorpresa. Ni yo misma daba crédito a todo

lo que me estaba pasando.

Volví a darle las gracias utilizando una de las frases de protocolo, a la que ella respondió con un gesto de venia.

Regresamos al palacio disfrutando del atardecer. El sol declinaba bañando el lago de una patina dorada. El canto de los pájaros se intensificó y una leve brisa sacudió nuestros ropajes. Por unos instantes, las gasas de las vestiduras de Mariposa Blanca semejaron alas de fuego. El aire olía a jazmines y a gardenias. Intenté capturar todas las imágenes posibles en mi mente para siempre: la barca en forma de dragón donde navegaban las damas que tocaban música; el pabellón que acabábamos de dejar atrás; el grupo de damas que nos seguían con el regazo lleno de flores, que habían recogido durante el paseo. Me pareció todo tan mágico e irreal...

Cuando llegamos al zaguán, un eunuco nos ofreció toallas húmedas y otro nos sirvió té de jazmín.

—Nuestra visita toca a su fin, sanadora Zheng. Los eunucos no tardarán en tocar sus gongs anunciando la hora de la cena. Pero antes, tengo que decirte algo que me pidió la emperatriz viuda Xie. Te ha invitado a una fiesta que se celebrará el duodécimo día.

Me llevé la mano al pecho por la emoción.

—Su alteza estará muy complacida si aceptas —prosiguió—. Se servirá un refrigerio frío en los jardines que rodean el lago central de los jardines imperiales. Todas las consortes estaremos allí. El emperador acudirá a una de las óperas, por lo que no será difícil que lo veas aunque sea de lejos. Tu eunuco puede acompañarte.

No salía de mi asombro. ¡Iba a conocer al emperador!

—La invitación te llegará a la mansión de los Cao. Espero con impaciencia nuestro próximo encuentro, sanadora Zheng.

Me tomó de las manos. Luego, hizo un gesto a los eunucos pequeños. Ellos entraron en el palacio y, al poco, salieron llevando paquetes de todos los tamaños. Estaban envueltos en fina seda roja, atados con cordones dorados que terminaban en gardenias realizadas en seda. Los dejaron sobre los escabeles que descansaban junto a mi butaca. Acto seguido, dos damas trajeron varias cajas de madera llenas hasta los bordes de regalos y las depositaron a mis pies.

Me sentía tan desbordada que no supe cómo actuar. Me tapé la boca para ahogar una exclamación.

—Vuestra generosidad es excesiva, alteza.

—Son solo unos regalos de cortesía para ti y tu familia. Espero que sean de tu agrado. Cuando estés a mi servicio cobrarás los honorarios que te corresponden como médico imperial. Es mi manera de agradecerte la ayuda que me prestaste cuando más necesitada estaba. Nunca olvidaré nuestro encuentro en el templo del Alma Escondida. —Se acarició la barriguita.

—Yo tampoco lo olvidaré jamás, alteza.

No abrí ninguno de los regalos, tal y como mandaban las normas de cortesía. Hubiese sido una ofensa desenvolverlos en presencia de Mariposa Blanca. Lo haría cuando llegara al Pozo de las Luciérnagas.

En ese momento llegó Avispa, precedido de Longyan y Rayo de Luna.

—La visita ha concluido —dijo Rayo de Luna con una reverencia.

Dio orden a los eunucos pequeños para que llevaran los regalos hasta mi palanquín, que esperaba a poca distancia de la parte de atrás del palacio.

Ella se despidió de mí entregándome una botella de vino de flor de ciruelo, como la primera vez que nos conocimos.

—Cinco bendiciones, sanadora Zheng. Nos vemos en la fiesta.

Sus damas de compañía inclinaron la cabeza para despedirme.

Los eunucos nos siguieron hasta el palanquín. Esperaron a que entráramos y depositaron los paquetes y las cajas en los huecos que quedaban libres. Muchos tuvimos que llevarlos sobre el regazo.

Según nos alejábamos, Longyan me miró con admiración.

—Amita, ya os dije que la gargantilla de jade era solo el principio. Mariposa Blanca es una dama muy agradecida. Os ha colmado de regalos.

—Y eso no es todo —le respondí yo—. Me ha nombrado su médico personal. Atenderé su parto.

—Pero... ¡Eso significa que tendremos que vivir en la Ciudad Imperial!

—Así es. Dentro de dos lunas nos trasladaremos.

—¡Por Buda! ¿Y qué dirá el nuevo amo?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, pero tú y yo volveremos a palacio para una fiesta dentro de unos días. La emperatriz viuda Xie en persona nos ha invitado.

Longyan tuvo que abanicarse. Se quedó pálido.

—Puede que, incluso, conozcamos a su majestad el emperador. Jamás en mi vida pensé en semejante honor.

—Sí, tal vez podamos verlo de lejos —puntalicé yo.

—Y nosotros vestidos de luto... ¡Que Buda Amitabha nos proteja!

No cerré la cortinilla. Quería empaparme del paisaje, alargar un poco más mi visita.

Miré a mi eunuco: su rostro revelaba preocupación. No me confesó lo que lo afligía hasta que dejamos atrás los muros de la Ciudad Imperial.

—Amita, la situación aquí es caótica. Su majestad no está en sus cabales. Se pasa la mayor parte del día ebrio y no acude a las audiencias diarias. Deja todos los asuntos de Estado en manos de sus ministros. Avispa y otros eunucos de mi confianza han hablado de conspiraciones. Creen que un gran peligro se cierne sobre el Hijo del Cielo.

Negué con la cabeza en un gesto de impotencia. La historia de nuestro pueblo estaba plagada de fratricidios, asesinatos e intrigas entre clanes en pos de ostentar el cetro del poder. Muchos ansiaban el trono y cualquier desequilibrio en la corte era tomado como excusa para iniciar una rebelión.

—Mariposa Blanca teme por su hijo —le revelé—. Su estado de salud es delicado a causa de la preocupación. Si no sigue mis consejos, no puedo asegurar que el embarazo llegue a buen término. El feto está desasosegado. Ella necesita tranquilidad espiritual.

—Pues me temo que no la encontrará en Gran Interior, mi señora. Mariposa Blanca es ahora el punto donde van a parar todas las maldades y maldiciones de sus rivales. Son muchas las que desean su caída en desgracia. Su eunuco, Rayo de Luna, me ha contado que hace pocos días pilló a una de las criadas envenenando su té. ¡Gracias a la providencia que la descubrió! La criada fue torturada para que confesara quién le había dado la orden, pero no consiguieron que hablara y fue decapitada.

En mi interior empezó a crecer una furia sorda. Un miedo atroz me retorció las tripas.

El Hougong me pareció un mundo de luces y sombras, de oscuros secretos y artificios. Una red descomunal de oro puro, donde todo el que caía en ella quedaba atrapado, cegado por su esplendor. Me sentí como una polilla que acababa de caer bajo el hechizo de su luz. ¿Me quemaría las alas?

Llegamos al Pozo de las Luciérnagas cercano el anochecer. Las antorchas del portalón estaban ya encendidas. Tío Pope nos abrió el paso. La cabeza todavía me daba vueltas pensando en todo lo que había ocurrido: el reencuentro con Mariposa Blanca, la belleza de la Ciudad Imperial, mi nombramiento... Era como si todavía no hubiese despertado de un hermoso sueño.

Al bajar del palanquín me sorprendió ver en el pórtico de entrada a la dama Peonía, la dama Qiu y tía Fann. Mi corazón se aceleró.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunté sobresaltada, imaginando que habían recibido malas noticias con relación a la salud de mi padre.

—Nada malo, hermana —respondió la dama Peonía—. Aguardábamos vuestra llegada para cenar. Nuestro esposo nos dijo que estabais visitando a una paciente importante y que llegaríais antes del anochecer. Sabemos que trabajáis mucho e imaginamos que os gustaría ser recibida por vuestras hermanas.

—Os lo agradezco de corazón. —Les dediqué una reverencia—. Habéis llegado como caídas del cielo. En el palanquín hay algunos regalos. Creo que entre todos podremos llevarlos al comedor.

Movidas por la curiosidad, se apresuraron hasta allí. Longyan les mostró los paquetes con regocijo. Ellas se mostraron sorprendidas ante la magnitud de los obsequios. Tía Fann dio un respingo.

Les expliqué que mi paciente me había hecho esos presentes como muestra de gratitud.

—¡Por la diosa de la misericordia! —exclamó tía Fann—. Debe de tratarse de una dama muy rica.

—Lo es —dije sin poder evitar mi dicha.

Tuvieron que ayudarnos tío Pope y varios criados más para llevarlos al comedor. Allí estaban la anciana dama, tía Hui y tía Lan, que, al vernos aparecer cargadas, no reprimieron su sorpresa y profirieron toda clase de exclamaciones al tiempo que se levantaban con premura de sus asientos.

—¡Alabado sea Buda! —exclamó la anciana dama—. ¿Qué es todo esto?

La dama Peonía, tras dejar los regalos que llevaba sobre una silla, se lo explicó y ordenó a un criado que llamara a Cao Ren antes de que nuestra honorable antepasada y sus damas de compañía se abalanzaran sobre ellos para abrirlos.

Nuestro esposo no se hizo esperar. Todo el jaleo de voces y grititos de impaciencia se detuvo de golpe ante su presencia. Al entrar y ver tal despliegue de obsequios esparcidos por todas

partes se mostró confundido.

Tras un intercambio de cortesías, procedí a explicarle. Él tomó uno y lo examinó.

—Esto es seda imperial. ¿Puedes decirme ahora quién es tu paciente? —preguntó tomando asiento en uno de los butacones que quedaban libres.

—Sí, mi señor. Ella me ha autorizado a contaros cómo nos conocimos y de quién se trata.

—Toma asiento. Te escucho.

Lo puse al corriente del primer encuentro entre Mariposa Blanca y yo en el templo del Alma Escondida, pero le oculté lo del tratamiento de fertilidad. Luego, lo del colgante de jade que recibí como agradecimiento y la invitación para visitarla en la Ciudad Imperial. A cada detalle que contaba, todas las mujeres de la casa lanzaban exclamaciones. Por último, lo informé de mi nombramiento como doctora personal de su alteza; que supervisaría el embarazo y atendería su parto.

Tras esa última revelación, un grave silencio se adueñó de la sala.

Los ojos claros de Cao Ren se detuvieron en los míos. Su mirada era profunda y arrebatadora. Vi dureza en ella, pero también un atisbo de ternura y preocupación. El corazón me latía en las sienes, las piernas me temblaban. La incertidumbre se podía masticar.

—Jamás, en la historia del Imperio del Centro, se supo que ninguna concubina imperial tuviera una sanadora personal. Has hecho historia, esposa mía. Y para añadir un honor más a tu lista de méritos, darás el primer aliento al Hijo del Dragón. Te felicito por ello. Me siento muy complacido.

Suspiré aliviada mientras el silencio de las mujeres se rompía con sus parabienes. Se escucharon cuchicheos y gritos contenidos tras las puertas del salón. Los criados abarrotaban el pasillo. Me arrodillé ante Cao Ren y toqué el suelo tres veces con la frente.

—Vuestra humilde servidora os da las gracias. El nombramiento oficial llegará por correo en breve.

Él asintió con un movimiento de cabeza.

La anciana dama no pudo permanecer impasible y dio su opinión, como tenía por costumbre.

—Hijo de mi hijo, ya te advertí que la dama Akame era astuta como un zorro. Todo esto es contrario a la tradición. Ninguna mujer debe ocupar el puesto de un hombre.

—Honorable antepasada —respondió Cao Ren—, el nombramiento de mi esposa es un mandato del Hijo del Cielo. Si tenéis algo que recriminarle, id a quejaros ante él. Tal vez su majestad os escuche antes de ordenar que os decapiten.

La anciana apretó los dientes y dio un resoplido de rabia. Simuló un desmayo. Tía Huí y tía Lan se apresuraron a atenderla mientras componían una mueca de humillación y rencor. La dama Peonía intervino rauda para aplacar su orgullo herido.

—Buena madre, pensad en la plata que ganará la dama Akame para la familia y en todos estos regalos que con tanta generosidad ha compartido con nosotros. Estoy segura de que vuestras hermanas de juramento arderán de envidia en cuanto se enteren de su nombramiento.

Ella enarcó sus pintadas cejas con un gesto pensativo. Se recompuso enseguida. Tía Huí y tía Lan rieron satisfechas.

Dirigí una mirada de admiración hacia la dama Peonía. Acababa de vencer a la anciana dama con sus armas. La rata era avara y muy vanidosa, mientras que la humilde liebre, con su encanto natural, era capaz de convencer a una lagartija de que era un dragón.

—¿Podemos abrir ya los regalos, hijo de mi hijo? ¡Ardo de impaciencia!

Cao Ren rio abiertamente. Me encantó oír su risa, era espontánea y natural.

—Abridlos, pues, honorable antepasada.

Las mujeres cayeron como una plaga de langostas sobre los paquetes. De ellos fueron saliendo cajas labradas en plata, otras de laca, collares de cuentas de incienso, peines de aloe, pequeños lingotes de plata con la frase «Que se cumplan todos tus deseos», otros más en forma de pez, medallones de plata y oro, piezas de satén imperial, bolsas de seda bordadas, dos cajas de barras de tintas exóticas, té variados, espejos, pendientes de oro y plata, y seis *honfu* de excepcional calidad y hermosura que estaban metidos cada uno en su caja.

—¡Estos ropajes son para mi señora! —reclamó Longyan, quitándoselos de las manos a tía Huí y tía Lan—. No estará de luto eternamente y sé, por el eunuco Rayo de Luna, que la honrada consorte los eligió expresamente para ella.

Custodió las cajas como si fueran un tesoro. Tía Fann, mucho más sutil que ellas, eligió, sin despeinarse, un surtido de regalos de la mejor calidad para la dama Peonía.

Mi marido miraba el espectáculo con una actitud jocosa. No era para menos, pues tía Huí y tía Lan ya estaban desgredadas y con los vestidos desbaratados. Yo, por mi parte, intenté repartir los regalos lo más equitativamente posible. Tomé dos medallones de oro y las cajas de tintas exóticas. Me guardé con disimulo uno de los medallones en el bolsillo de mi *hanfu*. El otro se lo ofrecí a mi marido, junto con las cajas de tinta.

Él los recibió con un gesto de cortesía.

Cuando al fin terminó el reparto, el comedor parecía un campo de batalla.

Tía Fann se encargó de recoger los trozos de seda y los cordones dorados donde iban envueltos los regalos, y la dama Peonía ordenó a los criados que sirvieran la cena.

Mi marido estuvo pensativo todo el tiempo. Más de una vez lo sorprendí mirándome cuando él creía que no me daba cuenta. ¿Qué pensaría de mí? ¿Realmente se sentía orgulloso de mi nombramiento o era solo una postura?

Después de cenar, me pidió que diéramos un paseo por el jardín a la luz de la luna. Me sentí azorada y nerviosa. Anduve unos cuantos pasos por detrás de él, como me correspondía, pero él me indicó que me adelantara y caminara a su lado.

Enlazó sus manos a la espalda mientras paseábamos.

—Perdonad mi atrevimiento, mi señor, pero habéis estado muy callado durante la cena.

—Sopesaba la situación. Solo es eso. Sé que no hay mayor honor para un médico que ser llamado por su majestad imperial. Me siento muy orgulloso y feliz por ti. Aunque debo reconocer que me costará un tiempo asimilar la noticia. Jamás hubiera imaginado algo así. Mi vida ha cambiado mucho en apenas unas semanas. Todavía estoy intentando amoldarme a mi nuevo hogar y a vosotras..., mis nuevas y sorprendentes esposas.

Algo en el tono de su voz reavivó mis dudas. ¿Y si él en realidad no aprobaba mi nombramiento y solo intentaba ser cortés? Busqué en su rostro algún indicio de falsedad, pero no lo encontré. Caí en la cuenta de que, al tenerlo tan cerca, estaba conteniendo el aliento. Exhalé hondo para que no me lo notara.

—¿Me permitís haceros una pregunta personal, mi señor? —Él entornó los ojos mirándome con fijeza e hizo un gesto con la mano animándome a proseguir—. ¿Cómo era vuestra vida antes de llegar al Pozo de las Luciérnagas?

Esbozó una sonrisa dulce.

—He dejado atrás una existencia tranquila, ordenada, sin sobresaltos, en comunión con la naturaleza. Mi primera esposa y tía Fann se ocuparon de darme un hogar confortable y han satisfecho hasta el más pequeño de mis deseos. Pasaba la mayor parte del tiempo enredado en mis experimentos y disfrutaba con ello. Voy a ser padre, ¿qué más podría desear un hombre?

—Entonces, eso significa que no hubieseis cambiado vuestra vida por nada del mundo.

—Así es, esposa mía. Pero un hombre debe aceptar los cambios, encarar las adversidades y afrontar lo que la providencia tenga a bien mandarnos. No me acobardan los cambios, si es eso lo que te preocupa.

—Lo que realmente me preocupa es el futuro... —dejé caer sin atreverme a profundizar en mis miedos.

—¿Puedes ser más concreta?

—Vuestra humilde servidora teme parecer osada ante vos si soy del todo sincera.

—No temas. Ya te tengo por osada, mujer; pero sin duda ese no será el peor de tus defectos.

Me quedé perpleja. Noté que hacía esfuerzos por no sonreír. Hizo un gesto con la mano para que hablara con entera libertad. Me sinceré con él.

—Si realmente la Cámara de los Zhou acepta ir a la guerra, todos estaremos en manos del destino. Es inevitable pensar qué ocurrirá si los mongoles vencen al ejército Song y se adueñan del Imperio. ¿Qué será de las familias que han apoyado a la dinastía? Cortesanos, altos funcionarios, maestros, médicos imperiales...

En mis oídos todavía resonaban las palabras de Mariposa Blanca: «Si los mongoles invaden la capital, asesinarán a todos los descendientes del emperador Duzong sin importarles que sean solo unos niños. Los miembros de la dinastía seremos brutalmente asesinados hasta que no quede ni uno bajo el cielo». ¿Harían lo mismo con sus súbditos más allegados?

Cao Ren compuso un gesto grave.

—Unos serán ejecutados y otros serán reabsorbidos por el sistema oficial del Imperio Yuan, que ha adoptado el mismo estilo de gobierno que el nuestro. Dicen que Kublai Kan es criticado por su propio pueblo por abrazar las costumbres chinas. Aunque dudo mucho que sea justo con los *han*, ya sean funcionarios o campesinos, ricos o pobres. Los mantendrá en los puestos más bajos del Estado para que no supongan un peligro de sublevación.

Su respuesta me sorprendió por sincera, pero no me tranquilizó. Él prosiguió hablando.

—Yo me preocuparía por un futuro aún más cercano, ¿no temes perder la vida si el hijo de nuestro emperador muere en el parto?

Sentí un escalofrío, como si me hubiesen pasado un dedo helado por la espalda. ¡Claro que tenía miedo! Pero no solo por mí, sino también por toda mi familia. Ellos también pagarían cara mi ineptitud.

—Ocurrirá lo que tenga que ocurrir —contesté intentando ocultar mis verdaderas emociones—. Tal y como vos habéis dicho, nuestro destino está en manos de la providencia. Mi deber es intentar que madre e hijo estén sanos y hacer todo lo posible para que esa desgracia no ocurra. Creo que, si cuido de la madre, el bebé tendrá más posibilidades de nacer fuerte. Así conservaré mi cabeza sobre los hombros.

—Bien —dijo juntando las yemas de los dedos—. Esa es la respuesta que esperaba de ti. Creo que estás preparada para afrontar tu destino. Por otra parte, sería un desperdicio que una

cabeza tan hermosa saliera rodando desde el cadalso.

Me sonrojé hasta la raíz del cabello. ¿Eso había sido un intento de cumplido?

Al ver la expresión de mi rostro soltó una carcajada tan franca que acabé riendo yo también. Pensé que mi señor tenía un sentido del humor un tanto ácido, pero que sin duda «ese no sería el peor de sus defectos».

Llegamos caminando hasta el sendero que llevaba a las casitas de las mujeres. Él se detuvo frente a la puerta de luna llena que llevaba al patio. Sentí una curiosidad malsana. ¿Iría a dar las buenas noches a la anciana dama o sus pasos le conducirían hasta los aposentos de la dama Qiu? Estimé que era demasiado tarde para mostrar sus respetos a nuestra venerable antepasada, pues el gong ya había dado la hora del buey. Me decanté por la segunda opción.

—Cinco bendiciones, esposa mía —me dijo con una leve inclinación de cabeza a modo de despedida—. Te deseo un buen descanso.

Y se alejó, dejándome un tanto confusa. Si en realidad iba a mantener trato carnal con la dama Qiu, había sido poco delicado, según mi opinión. Estaba pasando por alto las normas del luto: no mantener relaciones conyugales durante dos años. Aunque, en la práctica, de todos era sabido que ningún hombre que no perteneciera a la nobleza o al funcionariado cumplía esa regla, pues las leyes eran más permisivas con la gente corriente. Sobre todo si no había descendientes varones en la familia.

Cuando llegué al pabellón de las Libélulas Azules reinaba un profundo silencio. Longyan me había dejado una lámpara de aceite prendida a la entrada. La cogí y me encaminé a mis aposentos.

Las gemelas dormían enroscadas sobre sus colchones, al pie de mi cama. Me fijé en que llevaban prendidas dos gardenias de seda, de las que traían los cordones dorados de los regalos, en cada moñete. No se las habían quitado ni para dormir. Sonreí. Seguro que eran un detalle de Longyan.

De pronto me acordé del medallón de oro que me había guardado en el bolsillo. Era para él. Pensé que ya estaría durmiendo. Aun así, retrocedí sobre mis pasos y me dirigí a su habitación.

El cuarto se hallaba a oscuras, pero la luz de la luna entraba por la ventana e iluminaba su figura. Estaba sentado en el suelo, sobre una esterilla.

—¿Todavía despierto? —le pregunté acercándome con la lámpara.

—El sueño me rehúye, amita. Será por tantas emociones juntas.

Noté sus ojos enrojecidos y rastros de lágrimas sobre sus mejillas.

—¿Qué te pasa, Longyan?

—No es nada, mi señora. Es esta tonta luna, que me ha puesto nostálgico.

Me senté junto a él.

—Sincérate conmigo, mi buen eunuco. ¿Acaso te comentaron algo tus amigos de la corte sobre mí? ¿Por eso estás preocupado? Noté que me miraban con asombro. Tal vez pensaron que era fea o demasiado humilde para ser la sanadora de Mariposa Blanca.

—Oh, mi pobre niña... —Me tomó de las manos—. No es nada de eso. Todo lo contrario. Se sorprendieron de vuestra hermosura. Esperaban encontrar una vieja matrona con la cara llena de verrugas y lo que apareció ante ellos fue una preciosa orquídea.

Ambos reímos, pero no le creí. Aun así, no insistí. Preferí cambiar de tema, pues, a pesar de su risa, su mirada triste me llegó al alma.

—Estoy melancólico, amita. A veces pienso tonterías; idioteces en las que un eunuco jamás debería pensar.

—¿Te estás refiriendo al... amor?

Suspiró.

—¿Qué puedo saber yo sobre el amor? Es algo a lo que no tengo derecho. ¿Qué mujer se fijaría en un castrado?

—Longyan, creo que estás enamorado.

Volvió a suspirar.

—Lo confieso. He pecado de ingenuo al creer que una dama se sentía atraída por mí. Pensé que éramos almas gemelas, que ella abrigaba hacia mí sentimientos puros, más allá de la barrera de nuestros cuerpos; pero me he equivocado. La dama que reina en mi corazón es como las demás mujeres. Quiere trato carnal y desea hijos por encima de cualquier otra cosa. No la culpo. El único culpable soy yo por haberme permitido a mí mismo creer en algo inalcanzable.

Dejé que se desahogara, mas no le pedí que me confesara quién era su amada porque yo ya había advertido esa especie de vínculo especial que comenzó a tejerse en torno a ellos dos al poco de llegar al Pozo de las Luciérnagas. Estaba segura de que se trataba de la dama Qiu. El pobre estaría sufriendo mucho para atreverse a contarme sus males de amor, aunque guardara en secreto su identidad. Seguro que había escuchado los rumores de las criadas sobre la visita de mi esposo a la dama en cuestión. A ellas no se les pasaba nada por alto, pues un criado les habría advertido con antelación que tuvieran a punto los aposentos para la llegada del señor.

—Longyan, nosotros no decidimos a quién entregamos nuestro amor —le dije apenada.

Él cerró los ojos con fuerza.

—Siendo así, cuando me castraron también tendrían que haberme arrancado el corazón.

Lo dijo con tanta amargura que sus palabras me hirieron profundamente. Eran el reflejo vivo de su dolor.

—No digas eso, Longyan. Sufro al escucharte hablar así.

Se arrodilló e hizo un *kautou*.

—Os suplico perdón, amita. Me he dejado llevar por la rabia y los celos. Eso no es digno de mí.

Le pedí que se levantara y le entregué el medallón de oro que tenía guardado en el bolsillo.

—Sé que este presente es un mísero consuelo para ti en estos momentos, pero deseo que lo tengas.

—No lo merezco, mi señora —respondió con humildad.

Se lo puse en la palma de la mano y le cerré los dedos.

—De un corazón roto a otro corazón roto.

Él me dirigió una sonrisa triste al tiempo que nos abrazamos y lloramos juntos.

No. No era fácil ser mujer. Pero tampoco lo era ser eunuco.

Los días que siguieron fueron muy ajetreados. Tuve que compaginar mis idas y venidas a la farmacia con los preparativos de la Fiesta del Doble Siete. Las mujeres del Pozo de las Luciérnagas estaban muy emocionadas porque, a pesar de que la familia estaba de luto, celebraríamos el festival con sencillez. Y, de paso, también festejaríamos mi decimoctavo cumpleaños, pero a condición de que no se mandaran invitaciones a amigos ni conocidos.

Desde primeras horas de la mañana sentí que sería un día muy especial. Longyan y las gemelas vinieron a despertarme. Dejó una bandeja sobre la cama con un cestillo lleno de panecillos de la larga vida. Tenían forma de melocotón y estaban bañados en un almíbar rojo y rellenos de puré de judías dulces. Se servían muy calientes.

—¡Larga vida, amita! —me deseó Longyan.

—¡Larga vida, mi señora! —gritaron al unísono las gemelas.

Las miré de arriba abajo. Estaban preciosas con sus moñetes adornados de alegres guirnaldas de flores naturales. Estrenaban *hanfu* y zapatos en un hermoso azul turquesa que ellas mismas habían ayudado a confeccionar. En la Fiesta del Doble Siete era tradición estrenar vestimenta y ellas estaban exentas de llevar luto.

Les di las gracias y compartí con ellos los panecillos y una buena taza de té con flores de violetas.

La Fiesta del Doble Siete era una de las celebraciones que las mujeres esperábamos con verdadero anhelo porque era muy romántica. Su origen provenía de una leyenda sobre la historia de amor del vaquero Niu Lang y la hermosa hada tejedora Zhi Nu.

Longyan me la había contado de niña. Quise que se la narrara también a las gemelas para seguir la tradición. Él se sintió muy complacido, pues le encantaban las historias de amor.

—Id a mi jardín —les dije—. Las glicinias están en todo su esplendor.

Muchas criadas, sobre todo jovencitas, se sumaron a ellas en cuanto se enteraron de que mi eunuco iba a relatar la leyenda. Tía Fann y la dama Qiu se sentaron en escabeles en torno a él para escucharlo mejor.

—Niu Lang era un pobre vaquero —comenzó Longyan—. Un día, paseaba con su vieja vaca cuando vio como siete hermosas hadas celestiales bajaban del cielo para darse un baño en el lago. Eran las siete hijas del emperador celestial. Nada más ver a la más pequeña, Zhi Nu, se enamoró de ella. Le pareció muy bella, y su tarea en el cielo consistía en tejer nubes y arcoíris.

»Su vaca, que era mágica, adivinó enseguida los sentimientos que embargaban a su amo y le

dijo que si quería que la tejedora se quedara en la Tierra, le robara la capa celestial, pues sin ella no podría regresar a su reino.

»El vaquero así lo hizo. Cuando las hadas dieron por concluido su baño, se vistieron con sus capas celestiales, pero Zhi Nu no la encontró. El tiempo para regresar a su casa celestial se agotaba y sus hermanas tuvieron que dejarla sola en la Tierra con gran pesar. Ella lloró angustiada y Niu Lang, conmovido por su pena, salió de su escondite y le confesó que se había sentido atraído por ella y que le había escondido la capa para que no pudiera marcharse. Se la devolvió y le pidió perdón. Pero ella ya no pudo volver a su reino.

»Él, apesadumbrado, le ofreció que fuera su esposa. Zhi Nu accedió animada por la honestidad que había demostrado Niu Lang al confesar su falta y también porque pensó que era bien parecido.

»Fue así como vivieron felices durante años, en los cuales tuvieron una niña y un niño. Ella tejía hermosas telas y él cuidaba de su vieja vaca y de su huerto. Pero mientras en la Tierra habían pasado años, en el cielo solo transcurrió un instante. Cuando el emperador y la emperatriz celestiales se enteraron de la ausencia de su hija pequeña, entraron en cólera. La emperatriz ordenó a sus guardias que la trajeran de regreso. Zhi Nu había transgredido las leyes celestiales al casarse y tener hijos con un mortal.

»Los guardias, obedeciendo órdenes, arrancaron a Zhi Nu de los brazos de su amado y de sus hijos y la llevaron de regreso a su reino.

»La vaca mágica le dijo al vaquero que ella era ya muy vieja y que estaba a punto de morir. Y que el único modo de recuperar a su esposa sería curtir su piel y echársela por encima. Así podría viajar hasta el cielo.

»Esa misma noche la vaca murió. Y él no tuvo más remedio que curtir su cuero, a pesar de la pena que sentía por su fiel compañera. Cogió a sus dos hijos, los metió en una gran cesta y se echó la piel por encima. Pero cuando él estaba a punto de reunirse con su esposa, la emperatriz celestial sacó uno de los largos alfileres de oro que sujetaban sus cabellos y rasgó el cielo para separarlos. Ese rasgón se transformó en un río de estrellas: Tian He, el Río Celestial.

»Ambos podían mirarse, pero el inmenso río les impedía reunirse. No podrían volver a estar juntos jamás.

»El tiempo pasó, pero tanto Zhi Nu como Niu Lang y sus hijos siguieron allí, en orillas opuestas, día tras día.

»La emperatriz celestial, al ver que el amor de los dos era puro, se conmovió. Ordenó a las urracas que construyeran un puente con sus alas para que ambos se reunieran, pero con la condición de que solo podrían hacerlo una vez al año. El séptimo día del séptimo mes lunar.

»Si hoy se mira hacia el cielo no se verá ninguna urraca, pues todas están construyendo el puente para el encuentro de los amantes.

Las niñas aplaudieron con los ojos llenos de lágrimas. La dama Qiu y tía Fann sacaron sus pañuelos entre suspiros.

Sonreí emocionada, recordando que a mí me pasó igual que a las gemelas.

Les pedí que nos ayudaran a erigir un pequeño santuario con papeles de colores donde colocamos flores y fruta fresca para homenajear el gran amor entre el vaquero y la tejedora. Tallamos melones con formas de flores y pájaros. Preparamos, todas juntas, *qiao guo*, unos deliciosos dulces realizados con una masa frita a base de almíbar, harina y sésamo. Las gemelas

lo pasaron en grande amasándolos y dándoles la típica forma retorcida, mientras Yamiko terminaba de cocinar algunos platos típicos de la fiesta como las raíces y semillas de loto, junto con otros que no podían faltar en los cumpleaños: el pastel de arroz «ocho tesoros» y los fideos de la longevidad para desearme larga vida.

La dama Qiu, la dama Peonía y yo dispusimos una gran mesa con algunos aperitivos fríos. Las criadas más jóvenes, incluidas Lluvia y Cascabel, colocaron sus útiles de costura para el concurso de bordado, que duró hasta la hora de comer.

En mi honor, colgaron en una de las paredes del salón pancartas de tela roja con los signos de la longevidad bordados en negro.

Cao Ren presidió la mesa junto a la anciana dama. El resto de las mujeres nos sentamos alrededor por orden de rango. Recibí las felicitaciones de todos y comenzaron a entregarme regalos. Me sentí abrumada. No esperaba tanta generosidad. Incluso habían llegado cestas llenas de frutos secos, dátiles y dulces de varias pacientes y una caja de té prensado de la mejor calidad de la señora Chen, con una nota de felicitación. Lamenté no haber podido invitarla, aunque ella estaría celebrando la Fiesta del Doble Siete con su familia y le habría sido imposible asistir.

Los obsequios fueron muy diversos, desde piezas de seda hasta utensilios de plata para el tocador. Cao Ren me regaló dos volúmenes de medicina, *Prescripciones para enfermedades de mujeres*, de Zhang Zhong Jing. Y Longyan, un precioso cuello de zorro blanco.

Pero lo que más me sorprendió fue un regalo que llegó desde la Ciudad Imperial, de parte de Mariposa Blanca. Venía tapado con una gran funda de raso azul oscuro con bordados de peonías en color blanco. Cuando uno de los criados quitó la funda, quedó al descubierto una enorme jaula de marfil con forma de pagoda. En ella había un pájaro *mind* del Himalaya. Era negro azulado, con dos guedejas de plumas amarillas en la nuca y alrededor del cuello. Tenía el pico naranja.

En cuanto le dio la luz, comenzó a saludar y a decir frases formales que se utilizaban en la corte, causando un gran revuelo.

—¡Es un pájaro parlanchín! —exclamó la anciana dama.

«Me llamo Pluma de Oro», dijo el ave varias veces. «Soy un pájaro bonito», volvió a decir, provocando las risas y la admiración de todos.

En una carta venían todas las instrucciones sobre su crianza y sus gustos sobre fruta y alimentos.

La comida pasó a un segundo plano, porque todos estábamos pendientes de las monerías del pájaro hablador.

El menú que habían elegido la dama Peonía y la dama Qiu fue exquisito. Yamiko se había superado con el cerdo Dongpo y unos riquísimos buñuelos de grasa de ganso. Un lujo que la andana dama criticó por caro, pero al que no hizo ascos.

Ellas y las antiguas concubinas tía Hui y tía Lan estuvieron realmente amables, sobre todo cuando les permitimos que jugaran al *mahjong* con su viejo amigo, el adivino Lobo Plateado, que se presentó a los postres.

Ya al anochecer, las mujeres casadas llevamos a cabo otros concursos, como el de enhebrar agujas a la luz de la luna llena. Y para las más veteranas preparamos un duelo de adivinanzas. Me constaba que la anciana dama era una gran adversaria.

Cao Ren, Longyan, Lobo Plateado y tío Pope fueron los jueces mayores. El resto de los criados eligieron a las finalistas.

Fue un día inolvidable.

A la medianoche contemplamos la hermosura de la luna y las estrellas reflejadas en el lago.

La dama Qiu tocó el *qin* y Longyan, animado por la hermosa melodía, entonó varias canciones románticas. Di gracias al cielo por que estuviéramos lo suficientemente lejos como para que no pudiera oírlos la anciana dama, pues clamaría a los dioses por infringir el luto.

La dama Peonía me pidió que diéramos un paseo rodeando el lago. Cao Ren fue a buscar más vino. Tía Fann prefirió quedarse y disfrutar de las canciones.

Aproveché el paseo para preguntar a la primera esposa cómo se encontraba de su embarazo.

—Estoy llena de energía —me contestó—. Si no fuera por lo gorda que me estoy poniendo, no creería que estoy embarazada. El bebé es muy tranquilo y ni siquiera he sentido náuseas en los primeros meses. Tía Fann me cuida mucho, aunque es un poco mandona con los alimentos prohibidos y por las tradiciones que se empeña que lleve a rajatabla. Tampoco deja que se me acerquen tía Hui y tía Lan, porque sus hijas nacieron muertas y no quiere que me traspasen su mala suerte. A veces me siento un poco agobiada, pero cuando pienso en mi hijo la presión desaparece.

Bajo la luz de la luna llena, su rostro se veía más hermoso que nunca, sin sombra de cansancio ni languidez.

—Aunque, no creáis, tengo un poco de miedo al parto. ¿Es verdad que duele mucho? He oído decir a algunas criadas que es como si te partieran por la mitad.

Dejé escapar un par de carcajadas nerviosas. La pobre realmente parecía angustiada, pero su forma de preguntármelo me hizo gracia. Naturalmente no iba a alimentar su miedo con una respuesta afirmativa.

—No puedo hablar por experiencia propia, hermana —le contesté—, pero creo que depende de cada mujer. He visto muchas que han parido en pocas horas y apenas se han quejado. Lo único que sí puedo confirmaros es que en cuanto tengáis a vuestro hijo en los brazos olvidaréis todo lo demás.

Suspiró aliviada.

—Y vos, hermana, ¿no deseáis tener hijos?

—No sé... Más adelante, tal vez. Soy muy joven todavía.

—Bueno, tía Fann dice que cuando una muchacha cumple las dieciocho primaveras ya comienza a ajarse. Además, si lo que os preocupa es poder seguir ejerciendo la medicina, podéis compaginar perfectamente ambas tareas. Las mujeres cuidaremos de vuestro hijo mientras vos estéis en la farmacia o en la Ciudad Imperial.

Enarqué las cejas. ¿Con dieciocho primaveras ya comenzaría a ajarme? ¡Por Buda Amitabha! Me sentí tan vieja como la anciana dama. Aunque la verdad era que todavía no se había despertado en mí el deseo de ser madre. Para serlo, yo debía tener trato carnal con mi marido, y solo de pensarlo me ruborizaba.

Ella sonrió ante mi gesto y siguió hablando.

—Bueno, seguro que tía Fann exagera, pero fue ella quien me aconsejó que animara a nuestro marido a visitar los aposentos de la dama Qiu sin esperar los dos años de luto oficiales. Nuestra hermana desea ser madre y no es tan joven como nosotras.

Me sorprendió su naturalidad al contarme todo aquello. Me reafirmé en la idea de que había sido educada para ser la perfecta primera esposa, cuyo cometido era evitar las riñas y rencillas

entre las mujeres de su casa y alentar una convivencia apacible, aunque me constaba que no solía ser así en la mayoría de las familias. Tanto las esposas oficiales como las concubinas sentían celos mutuos y las relaciones entre ellas solían ser bastante tirantes. Cada una competía por ser el centro de atención del marido. El ejemplo más cercano lo había visto en mi propia casa natal. ¿Acaso Peonía no sentía celos al tener que compartir el amor de su marido? ¿No temía que Cao Ren se enamorara de la dama Qiu, a pesar de la diferencia de edad entre ambos?

No me atreví a exponer mis dudas en voz alta.

—Sois muy bondadosa, hermana —le dije en cambio.

—Estoy segura de que será una madre excelente. Ella desea una niña. Ojalá la diosa de la misericordia le conceda su deseo. Nuestros hijos se criarán juntos. Seremos una gran familia. Si hay algo que añoro en este mundo es eso, dama Alome. Me crie sola, sin padres ni hermanos. Gracias a tía Fann y a mi tío, el maestro Liu Bai, no me faltó cariño, pero siempre añoré tener hermanas. Quiero que mi hijo se críe en una casa bulliciosa, llena de niños. ¿Qué sentido tiene ser mujer si no puedes disfrutar de la maternidad?

Acepté su comentario con una amable inclinación de cabeza y obvié comentarle mi parecer al respecto. Mi vida había dado un giro completo desde que había enviudado de mi primer marido. Todas las presiones familiares que recibí para engendrar un heredero se esfumaron con la llegada de Cao Ren. No me veía condicionada a tener un hijo para sentirme una mujer completa, aunque reconocí que la tradición me obligaba a ello. Tenía la responsabilidad de perpetuar la siguiente generación. No tener descendencia estaba considerado como el peor de los pecados. Y no me olvidaba de que llegado el momento yo también tendría que rendir cuentas a Yama, el rey de los infiernos.

—Una casa con muchos niños es una casa con suerte —agregó ella—. Eso dice la anciana dama.

—¿Y qué tal os trata? —le pregunté, sin olvidar lo ruin que fue conmigo.

—Bueno, me trata como cualquier suegra trata a una nuera joven. Se queja por todo. No la culpo, es mayor y está en su derecho. Aunque sé cómo complacerla y sus quejas duran poco.

No esperaba menos de ella.

Al pasar por la dársena nos salió al paso Cao Ren. Nos saludó con una radiante sonrisa.

—Veo que las dos orquídeas más hermosas del jardín se han escapado aprovechando la luna llena.

Peonía se sonrojó y bajó la vista con recato. Yo sonreí, igual de sonrojada, y le dediqué una reverencia.

—Excusadme, esposo mío —dijo de repente la dama Peonía—. Creo que tía Fann se estará preguntando dónde estoy. Aún quedan tareas por supervisar antes de retirarnos a descansar.

Él hizo una inclinación de cabeza por toda respuesta y ella se marchó a pequeños pasos.

Cao Ren centró toda su atención en mí.

—Te deseo larga vida, esposa mía.

Me entregó una pequeña caja de palisandro taraceada con nácar. Nuestras manos se rozaron al cogerla.

Me animó a abrirla con una sonrisa sugerente. Dentro había una peineta de carey con mariposas engastadas en piedras de ámbar.

Jamás había visto un adorno tan bonito. Se parecía a los que llevaban las damas de la corte.

—Deseo que la tengas —me dijo—. Perteneció a mi madre, la dama Yimei.

Me dejó muda de gratitud. Me sentí invadida por una emoción de desasosiego ante la idea de no estar a la altura de un presente tan valioso, pues no se me escapaba que para Cao Ren tendría una gran carga emocional.

Ante mi silencio, tomó la peineta de la caja. Deslizó la cinta que sujetaba mi cabello y pasó con lentitud sus dedos por varios mechones. Se acercó mucho a mí para aspirar mi perfume y me la prendió con delicadeza.

—Estás tan bella como una diosa —me susurró al oído.

Su cercanía y la suavidad de su voz otorgaron al momento una inesperada intimidad. Sus labios rozaron mi mejilla. No pude evitar temblar mientras sus dedos me acariciaban la línea del cuello. El corazón se me desbocó como si fuese un pájaro intentando escapar de una jaula.

—Es... preciosa —musité al fin, sin apartar mis ojos de los suyos, tan azules, tan puros. Había un brillo especial en su mirada. Una mezcla de deseo y ternura.

¿Alguna vez me había mirado así un hombre?

Tomó el borde de una de las mangas de mi *hanfu* y lo besó. Fue un gesto tan casto, pero al tiempo tan sensual, que sentí una cálida bocanada en mi vientre.

—Te deseo buenas noches, mi dama —dijo a continuación con una inclinación de cabeza—. Que descanses.

Y se alejó por uno de los puentes que atravesaban el lago.

Me quedé allí parada como si mis lotos dorados hubiesen echado raíces. Todavía temblaba y la sensación de salto al vacío persistía.

A la mañana siguiente, justo cuando nos preparábamos para partir hacia la farmacia de la Tortuga Negra, un mensajero de la Ciudad Imperial trajo la invitación de su alteza para la fiesta que se celebraría el duodécimo día. Fue entregada en mano a mi marido, pues el mensajero esperaba respuesta.

Cao Ren, después de leerla, se dirigió al escritorio y contestó la misiva. La depositó sobre la bandeja de plata del mensajero y este se marchó raudo.

—No me dijiste nada sobre esta invitación, esposa mía.

—Oh, perdonad a esta sierva, mi señor. Con todas las emociones de ayer se me olvidó.

—He confirmado tu asistencia —dijo secamente.

Su contestación me pareció un tanto fría después de nuestro acercamiento de la noche anterior. Tal vez se sintiera excluido al no ser invitado, pero yo era su segunda esposa, un rango más bajo que el de la dama Peonía. De haber sido su esposa oficial, él me hubiese acompañado.

La mañana se me fue en un suspiro en la farmacia. Se había corrido la voz de que yo era la sanadora personal de Mariposa Blanca y la consulta estaba abarrotada de pacientes. Sobre todo abundaban las damas de clase acomodada.

Poco después de comer, un operario me dijo que había tres pacientes más en la sala de espera.

Pedí a Longyan que les sirviera té mientras me refrescaba un poco con unas toallas húmedas.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando regresé y vi a las tres mujeres que me esperaban. Eran la dama Yan —la primera concubina de mi padre—, Albaricoque y Luna de Plata, la antigua criada de Longyan, a la cual no había visto desde que me casé con el maestro Cao y a ella la desposaron con un comerciante de vinos del norte.

—¡Por Buda Amitabha! —exclamé llena de alegría.

Dudé sobre a quién abrazar primero. La dama Yan no me dio opción. Me abrió los brazos con lágrimas en los ojos.

—¡Mi querida niña! —exclamó ciñéndome en un apretado abrazo—. Cuánto te he echado de menos. Disculpa que nos presentemos así, sin avisar, pero hemos querido darte una sorpresa. Me he escabullido de la casa con la excusa de comprar hilo para una labor. La señora Chen nos contó todo lo que ha ocurrido después de la muerte inesperada del maestro Cao. No ahorró detalles. Nos dijo que ahora pasabas consulta en la farmacia de la Tortuga Negra. Además, todo el barrio está enterado de que has recibido un nombramiento de su majestad el emperador como sanadora

personal de una de sus concubinas. ¡No podía creerlo! ¿Es verdad lo que se cuenta?

—¡Sí que lo es! —solté entusiasmada.

—¡Alabado sea Buda! Heorado muchas veces para que tus sueños de ser médico se cumplieran, pero jamás imaginé que fueras a volar tan alto. ¡Nuestra pequeña Alome en la Ciudad Imperial!

En cuanto la dama Yan me soltó de su abrazo, Albaricoque se acercó con timidez. Estaba muy delgada y tenía moretones en los brazos, tal y como me contó la señora Chen en su última visita. Me agaché a su altura y le acaricié la mejilla picada por la huella indeleble de la viruela. Tras el brillo marchito de sus ojos vi la profunda tristeza de la pérdida.

—Gracias, mi señora, por cuidar de mí cuando estuve enferma. He venido a despedirme, pues mañana salgo para el norte con mi nueva ama.

Señaló a Luna de Plata. Me llevé la mano a los labios para ahogar un grito de alegría.

—¿Es eso cierto? —cuestioné mirando de arriba abajo a la compañera de mi niñez.

—Lo es —respondió ella sonriendo, al tiempo que acariciaba el cabello a Albaricoque.

Me costó reconocerla bajo la capa de maquillaje, el adorable peinado que lucía y las ropas elegantes, pero eso pasó a un segundo plano cuando mis ojos se detuvieron en el bebé que cargaba en brazos. Era un hermoso varón, tan gordito como un pequeño Buda. Gorjeaba feliz ante el alboroto que reinaba a su alrededor.

—Pero ¿quién eres tú, pequeñín? —Él me agarró con fuerza uno de los dedos y lanzó un gritito de placer.

—Se llama Jian —me dijo Luna de Plata con una luz especial en la mirada. Se la veía orgullosa de su retoño.

Según la costumbre, cuando una criada que había crecido en la casa de su amo se casaba y tenía su primer hijo, solía ir a visitarlo para presentárselo, pues entre ellos había cierto grado de parentesco. Y allí estaba ella, con sus mejores galas, haciendo honor a la tradición. Longyan no cabía en sí de gozo. Tomó en brazos al chiquillo y lo paseó por toda la farmacia para que lo vieran los herboristas y los criados.

—Pero, cuéntame, Luna de Plata, ¿qué tal te trata tu marido? ¿Eres feliz?

—He tenido suerte, mi señora —me respondió con una radiante sonrisa—. Mi esposo es un hombre bueno. No me pega. Me quiere mucho y consiente todos mis caprichos. No tengo suegros y solo comparto casa con la única tía de mi marido, que es una viuda sin hijos. Una mujer muy dulce. Nos llevamos como hermanas. Me ha enseñado a cocinar, a tejer y a bordar.

Aquello me pareció todo un prodigio, ya que su fuerte no eran las tareas domésticas. Se escabullía en cuanto podía. Recordé la tarde en la que la señora Chen llegó a mi casa natal con el adivino Pequeño Lobo para concertar mi matrimonio y al regresar a mis aposentos me encontré con Luna de Plata tumbada en su futón. A ella acababan de decirle que le habían encontrado un marido. Ambas lloramos ante la idea de casarnos. Brindamos con el vino de flor de ciruelo que me regaló Mariposa Blanca. ¡Qué lejanos me parecían aquellos días!

—¿Cómo es que te llevas a Albaricoque al norte?

—La dama Yan me escribió contándome las penurias por las que estaba atravesando la criadita después de lo que ocurrió con la dama Lixue y con vuestro hermano. Y como ya tenía pensado venir a Lin'an desde que nació el niño para presentárselo a mi señor Longyan, lo hablé con mi marido y él ha aceptado comprarla. Ella se criará feliz en el norte. Cuando cumpla los

veinte años la casaré con un buen hombre, tal y como hicieron conmigo.

—Albaricoque no podría estar en mejores manos. Eres una buena mujer, Luna de Plata. Me siento muy orgullosa de ti.

No pudimos reprimir las lágrimas. Solo dejamos de llorar cuando Longyan trajo a su pequeño, que berreaba de hambre. Ella se apresuró a cogerlo y le metió el meñique en la boca para que se calmara. Le indiqué que se reclinara en el diván de la consulta para alimentarlo. Allí estaría más cómoda. Albaricoque se quedó con ella asumiendo ya su tarea de sirvienta. Cambió de pañales al pequeño Jian antes de que su madre lo amamantara. Se la veía feliz junto al niño.

Los demás salimos al jardín y nos sentamos en un banco, orillando unos parterres de glicinias de un morado intenso. Longyan preparó más té y nos lo sirvió.

La dama Yan limpió el borde de su taza con un pañuelo y dio un sorbito.

—¡Té con cítricos y violetas, mi preferido! —exclamó con un mohín de satisfacción—. Hacía muchos años que no lo probaba.

—Es de la remesa que me regaló la concubina imperial —respondí yo, feliz al verla tan contenta.

Mis ojos se escurrieron hasta la puerta abierta del laboratorio de mi marido. Su figura se recortaba en el umbral. Seguramente se había asomado al escuchar nuestras voces y risas. Lo saludé con una inclinación de cabeza. La dama Yan me imitó. Él nos dirigió un *kautou* de cortesía. Sus labios se curvaron en una sonrisa plácida. Luego se retiró al interior. Longyan se apresuró a servirle una taza de té y se la llevó.

—Oh, pequeña Akame, tu nuevo marido es muy apuesto —me dijo la dama Yan con una mueca picara—. Viendo cómo te trata y todo lo que has conseguido desde que él llegó, no tengo más remedio que decir que has tenido mucha suerte. ¡Cuánto me alegro por ti! Cuando se entere la dama Lin rabiará de envidia. Qué lástima que tu padre no pueda presenciar todo lo bueno que te está ocurriendo.

Sentí un pellizco de aprensión cuando lo nombró. Temía que si le preguntaba por él me diera malas noticias.

—¿Cómo va todo por casa? ¿Y mi padre?

—Tu padre empeoró hace unas semanas. La dama Lin hizo llamar a los bonzos y a los sacerdotes taoístas; incluso trajo a varios adivinos y curanderos para que realizaran un exorcismo. Pensábamos que todo estaba perdido hace dos noches, cuando le dio el último ataque, pero sobrevivió. No ha recobrado el conocimiento desde entonces. Le dan de beber gracias a una delgada caña conectada a un embudo muy pequeño. Los hermanos herboristas echan el agua y luego soplan por ella. Es una ardua tarea, pero no creo que valga de mucho porque la enfermedad lo está devorando vivo y se ha quedado en los puros huesos. Tiene heridas por todo su cuerpo de estar tanto tiempo encamado.

Aquello me dejó espantada. ¿Qué clase de existencia llevaba mi padre? ¿Sería consciente de lo que ocurría a su alrededor o permanecía aletargado sin sentir ni padecer? ¿Sufriría? Me pareció que era un muerto en vida. ¿Qué mal habría hecho mi padre en sus vidas anteriores para estar pagándolo tan caro en esta reencarnación?

—¿Sigue ocupándose de él Li Rong? —pregunté con temor.

—No. El sobrino de tu madre no ha vuelto desde que se fue a Suzhou huyendo de la viruela. Ante la falta de noticias, la dama Lin mandó a un criado para que intentara averiguar qué ocurría.

Yo me he enterado de todo por la cocinera, porque tu madre jamás me cuenta nada. Este criado regresó hace una semana y le contó que Li Rong se hospeda en la mansión de un amigo suyo. Al parecer, la familia es muy rica y gastan a manos llenas. A los hombres de esa casa les gusta jugar y beber, y las mujerzuelas. Cuentan que el muy atontado se ha dejado enredar por una flor de la peor calaña y que él le consiente todos sus caprichos. La dama Lin ha tenido que mandarle dinero varias veces, pero en la última carta le ha dicho que no le dará más hasta que no vuelva y se haga cargo de sus deberes como hijo adoptivo. Entre ellos está el de casarse con su prometida, la hija de un comerciante. La boda está prevista para dentro de dos semanas. Si él no regresa a tiempo, la vergüenza caerá sobre la casa de los Zheng. Puede que la familia de la novia pida una indemnización si no cumple su compromiso. Aunque si conocieran a Li Rong, rezarían para que no se presentara a la boda. Ese joven es un sinvergüenza y un holgazán. No quiero pensar en la vida que le dará a esa muchacha cuando estén casados.

Me quedé helada. Por un momento pensé en el calvario por el que estaría atravesando madre. Si Li Rong no volvía, todos sus planes se irían al traste. Bien mirado, no merecía mi piedad. El karma le devolvería lo que había sembrado. No podía olvidar lo dura que fue conmigo cuando le pedí regresar a mi casa natal: «Tú perteneces ahora al clan Cao, y cuando mueras tu alma les pertenecerá también».

—Entonces, ¿quién está cuidando de mi padre, aparte de los hermanos herboristas?

—Un doctor muy anciano que se llama Wu Fai. Era amigo de uno de los maestros de tu padre, o al menos eso dice. Es un buen médico, pero casi no ve y está encorvado. Lo he pillado varias veces dormido en la silla del consultorio. Aun así, hace su trabajo y los pacientes no están descontentos. Él tuvo la idea de administrar agua a tu padre a través de la caña hueca.

Suspiré aliviada. Yo conocía al doctor Wu Fai. Lo vi muchas veces en la farmacia hablando con mi padre y en algunas reuniones de las que solía realizar en su pabellón del té. Eran viejos conocidos y no dudé de sus cualidades como médico.

—¿Y los estudiantes?

—Se han marchado todos. El otro día escuché a uno de los hermanos herboristas hablar sobre Xiong Kun. —El corazón me dio un vuelco al escuchar su nombre—. Al parecer les había escrito una carta. Se casó y su mujer está esperando su primer hijo. Creo que ahora vive en Nanjing. Suele escribir a los hermanos Long para interesarse por la salud de tu padre.

Intenté disimular ante la dama Yan el dolor que me produjo la noticia de la próxima paternidad de Xiong Kun. Él había rehecho su vida, dejando atrás todo recuerdo sobre mí. Me cuestioné en el acto por pensar semejante cosa. ¿Qué importaba ya eso? Yo también la había rehecho y sería una desagradecida con la providencia si me quejara. Aunque mi corazón sí tenía memoria y todavía lo añoraba, tendría que aprender a olvidarlo. Lamer mis heridas, ungir mis cicatrices.

—¿Crees que madre me dejará ver a mi padre?

—No, pequeña Akame. Ha advertido a los criados de que si apareces por la farmacia te prohíban la entrada. Te ha repudiado y maldice tu nombre cada vez que alguien te menciona. Ella jamás dejará que lo veas. Si muere, no te avisará.

—¡No se atreverá a hacer semejante cosa! En algún lugar de su cuerpo, mi madre debe de tener un corazón.

—No te engañes. Esa mujer nació sin él. Está vacía como una calabaza seca.

Jamás la he visto derramar una sola lágrima. Ni tan siquiera lloró cuando murieron sus tres hijos varones.

La dama Yan tenía razón. Me estaba engañando a mí misma. Madre era una mujer sin entrañas. Nunca me había querido, pero ahora no se molestaba en disimularlo. Era como si yo le hubiese infligido un gran agravio y tuviera la necesidad de vengarse de mí para aplacar su dolor.

—¿Qué harás si mi padre...? —No me atreví a nombrar la muerte en voz alta.

—Cuando mi señor nos abandone para beber de las fuentes amarillas, yo regresaré a mi casa natal. Prefiero vivir con mis ancianos padres a seguir compartiendo techo con ella. Es capaz de venderme a un prostíbulo, la muy zorra. Sé que, tarde o temprano, seré el blanco de su ira y de su amargura. No quiero terminar mis días colgándome de un árbol o en el fondo de un pozo. Cuando mi señor no esté, ya nada me retendrá en Lin'an. Estamos en guerra. Mi aldea es muy pequeña. Tal vez los dioses se apiaden de mí y los bárbaros pasen de largo. Ya no soy joven y allí encontraré la tranquilidad de espíritu que necesito.

No me extrañó en absoluto la decisión que había tomado la dama Yan. ¿Quién en su sano juicio querría vivir el resto de sus días junto a una mujer así?

Luna de Plata y Albaricoque se unieron a nosotras en cuanto el bebé terminó de mamar.

Longyan les ofreció té de cítricos y violetas. Lo alabaron bastante, sobre todo la criadita, que no había probado en su vida más que té del más corriente.

—Tenemos que marcharnos ya, pequeña Akame. La dama Lin estará preguntándose dónde me he metido. Además, el marido de Luna de Plata ya habrá llegado de repartir unos pedidos que tenía pendientes. Seguro que la está esperando en la puerta trasera de la farmacia.

—Así es —afirmó Luna de Plata—. Pasaremos la noche en una posada y partiremos de regreso al norte en cuanto salga el sol.

Longyan le dio cuatro piezas de plata para que le comprara algo al pequeño Jian. Yo les entregué a ambas una bolsa de té y varias bolas de incienso. A la criadita le regalé una de mis estolas de seda. Me despedí de ellas con lágrimas en los ojos. Estaba segura de que volvería ver a la dama Yan antes de que se marchara a su aldea, pero sería muy difícil un reencuentro con Luna de Plata y con Albaricoque.

Llegamos a la Ciudad Imperial cuando el atardecer declinaba. La luz del sol producía un aura ambarina en las tejas esmaltadas de las techumbres y dotaba de un tono cobrizo los frondosos árboles que se alineaban a ambos lados de las avenidas cubiertas de gravilla blanca. De las ramas colgaban largas hileras de farolillos rojos.

Avispa se unió a nosotros tras atravesar las puertas del Siheyuan, el patio porticado que señalaba el término de la corte Exterior y el comienzo de la corte Interior, donde tuve que presentar de nuevo la placa de marfil que me fue entregada en mi primera visita. Tras un intercambio de cortesías, el eunuco guio nuestro palanquín hasta las cercanías de un hermoso lago. Allí proseguimos el recorrido a pie.

Una miríada de antorchas y quemadores de leña otorgaban destellos dorados al agua y sus alrededores. En los senderos habían esparcido incienso en polvo y la atmósfera estaba cargada de su aroma y del que despedía el almizcle que se quemaba en trípodes de bronce.

En una de las esquinas del lago, una escalera con balaustrada de mármol se hundía en sus aguas. Podían verse embarcaciones con cabezas de dragón en las quillas y grandes torreones techados en las cubiertas. Más que barcos, parecían lujosas viviendas flotantes.

Una multitud de mujeres y hombres se habían diseminado a lo largo de las orillas para admirar a las orquestas que tocaban sobre grandes plataformas. Los niños jugaban en las proximidades, perseguidos por sus nodrizas. Reían y gritaban emocionados.

Lo más selecto de la aristocracia estaba esa noche en la Ciudad Imperial. Admiré el ropaje de las damas y la elegancia de los caballeros. La mayoría lucían flores de seda en su *futou* o en los sombreros alados. Me sentí una privilegiada, aunque no pude evitar un pellizco de culpabilidad al pensar que, más allá de los altos muros imperiales, los mendigos se hacinaban intentando llevarse algo de comer a la boca. Comenzaba a ser consciente de que la nobleza vivía el presente y que los pobres les importaban poco o nada.

Avispa nos condujo hasta un teatro al aire libre. Disponía de un quiosco para el emperador, la emperatriz y sus otras consortes. Lo rodeaban varias gradas para los altos cargos del Estado y el resto de la corte.

A nosotros nos correspondían los asientos más alejados, separados del resto por varios biombos según nuestra categoría, pero antes de ocuparlos, Avispa nos llevó ante la presencia de la emperatriz viuda Xie y sus damas.

De nuevo me sentí sobrecogida por la elegancia de su alteza y de las mujeres que la

acompañaban. Sus abanicos de plumas de faisán causaban admiración y sus joyas eran ostentosas.

Me postré ante ella con gran reverencia y le di las gracias por la invitación con una de las frases formales de protocolo.

Ella me sonrió con dulzura.

—Espero que disfrutes de la ópera, sanadora Zheng. Parece que hoy nos acompañará el tiempo. No hace demasiado calor.

—Será una velada magnífica —respondí yo.

Mariposa Blanca llegó en ese momento y la emperatriz viuda se excusó y volvió con sus damas.

Fijé mi atención en la concubina imperial. Lucía una diadema de plata con piedras de ámbar con la forma de un ave fénix. La larga cola de su *honfu* llevaba bordada una grulla sobre un paisaje dorado a juego con su estola.

—Estáis muy hermosa, mi señora —le dije con un *kautou*.

—Tú también lo estás, a pesar de tus ropajes de luto —me respondió—. Me alegro tanto de volver a verte...

De repente, todas las cabezas se volvieron hacia un sendero que llevaba hasta el teatro. Habían esparcido incienso en polvo de color amarillo. Un palanquín con palio de oro, conducido por dieciséis portadores, se acercaba lentamente. Era de color dorado con dragones bordados. Iba escoltado por más de una veintena de eunucos y una escuadra de guardias.

—¡Es el cortejo imperial! —exclamó entusiasmada Mariposa Blanca.

El corazón me dio un vuelco por la emoción. Miré a Longyan. Su rostro tenía una expresión arrobada. ¡Íbamos a conocer al Hijo del Cielo!

Avispa nos indicó que era el momento de volver a nuestros puestos, detrás de los biombos.

Mariposa Blanca me tomó de las manos y se despidió de nosotros.

—Nos veremos más tarde, sanadora Zheng. Deseo que disfrutes de la ópera. —Dirigió una pequeña inclinación de cabeza a Longyan y este hizo un *kautou* completo.

Volvimos lo más rápido posible a los asientos que nos había indicado Avispa.

La litera se detuvo a pocos pasos del quiosco. El látigo del eunuco jefe restalló tres veces. Era la llamada al silencio y todo el mundo se arrodilló.

El emperador Duzong bajó del palanquín. Contuve el aliento cuando mis ojos se detuvieron en él, pues estaba prohibido mirarlo. Su figura era imponente. Iba ataviado con un *hanfu* a media pierna de satén dorado, ribeteado con cenefas bordadas con olas en hilo de plata. La túnica bajera era de tablas plateadas, haciendo juego con las distintas capas superpuestas de su amplia bocamanga. Llevaba un ancho cinturón amarillo, forrado de piedras preciosas y jade. De él colgaba una orla de tela terminada en pico, en tono oro viejo, bordada con un dragón de cinco garras. Iba tocado con un alto gorro cuadrado con dragones y olas.

Era imponente, sí. Jamás había visto a un emperador ni ropajes tan fastuosos, pero me pareció que cojeaba y que no era hermoso. Su rostro dejaba traslucir la vida disipada que llevaba. No aparentaba treinta y cinco años, me pareció mayor.

Cuando se sentó en el trono, todos tocamos el suelo con la frente nueve veces en señal de respeto y exclamamos al unísono: «Diez mil años», «Diez mil años».

Luego ocupamos nuestros asientos.

Momentos después, el emperador hizo un gesto al eunuco jefe y este ordenó que diera comienzo el espectáculo. Los tambores resonaron y los actores salieron a escena.

Antes del comienzo de la función, la compañía llevó a cabo varios montajes introductorios para expresar sus deseos de felicidad, longevidad y prosperidad a los ilustres espectadores. Tras lo cual se representaron algunos preludios antes de que comenzara la obra principal. El repertorio me pareció exquisito. Constaba de dos historias clásicas: *Romance de los Tres Reinos* y *El espejo roto*, que fueron interpretadas en el estilo *quyl*, en el que se alternaban prosa hablada y fragmentos cantados. Los actores llevaban un maquillaje muy elaborado y el vestuario era espléndido.

En uno de los intermedios, Longyan me indicó dónde estaba sentado nuestro canciller Jia Sidao.

—El Grillo... —susurré recordando el apodo por el que era conocido por el pueblo llano.

Lo miré con disimulo a través de una de las rendijas del biombo, pero sin poder evitar mi gran curiosidad. Al verlo, pensé que en ese personaje impecablemente vestido de gris perla y negro, de rostro redondo, frente despejada y ojillos porcinos, descansaban todas las esperanzas del Imperio para combatir a nuestros enemigos.

Nada más terminar la representación, el Hijo del Cielo se levantó y abandonó el trono ante la sorpresa de los que, como Longyan y yo, habían esperado su presencia con verdadero anhelo. Noté la cara de decepción de la emperatriz Quan y de las concubinas, aunque lo disimularon con sonrisas forzadas cuando él se despidió de todas.

—¿Se retira tan pronto su majestad? —susurré a Longyan.

—Lo esperan otras obligaciones. No hay que olvidar que estamos en guerra.

Poco después, el canciller Jia Sidao, varios ministros y altos funcionarios también dejaron sus asientos discretamente.

—¿Veis, mi señora? Con toda seguridad se trata de un asunto de suma urgencia.

Me pareció una explicación plausible.

Los biombos de separación fueron retirados y pude contemplar con mayor libertad a las damas de la corte, que cuchicheaban disgregadas en corrillos. Apenas quedaban hombres entre el auditorio.

La emperatriz viuda Xie fue la encargada de atender a los actores cuando fueron desfilando ante el quiosco donde estaban sentadas. Les entregó bolsas con piezas de plata y elogió su gran talento. La emperatriz Quan, por su parte, estuvo conversando con ellos largo rato y les ofreció cestas con obsequios.

Fuimos conducidos hasta un gran pabellón donde se serviría el banquete, el cual se retrasó más de lo deseado, en espera de que llegara el emperador. Durante ese tiempo hubo varios espectáculos de variedades. Marionetas de hilos, primorosamente elaboradas y maquilladas como si fueran actores de carne y hueso, danzaron y cantaron.

Después, un grupo de músicos amenizó la velada. Largas hileras de sirvientes esperaban a que se diera la orden de servir la cena.

Entretanto, los eunucos entraban y salían de la galería llevando y trayendo mensajes. Se respiraba un ambiente tenso, a pesar de la calma que se pretendía aparentar.

Longyan no pudo disimular su nerviosismo.

—Voy a ver si me entero de algo, amita. Es raro que, con tanto retraso, el emperador no haya

ordenado que comience el banquete sin él.

Fuera ya era noche cerrada. Miré a Mariposa Blanca, que estaba sentada en la mesa de las consortes, muy alejada de mí. La vi pensativa, tan preocupada como el resto de los comensales.

De repente, a través de los corredores nos llegó un gran jaleo de voces que se alzó por encima de la música, hasta que esta cesó por completo. Los pocos caballeros que nos acompañaban se levantaron alarmados.

Longyan, Avispa y Rayo de Luna, seguidos de una veintena de eunucos, llegaron presurosos. Sus rostros eran el vivo reflejo de la ansiedad.

Rayo de Luna se postró ante Mariposa Blanca.

—Nos han ordenado que todas las mujeres y los niños se refugien en el palacio de la emperatriz viuda Xie. Tenemos que conducirlos hasta allí a la mayor brevedad posible. Una escolta a caballo aguarda junto a los palanquines.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —preguntó ella espantada—. ¿Dónde está su majestad el emperador?

—No sabemos nada, mi señora. No nos han dado explicación alguna.

El caos se adueñó de los salones. Corrían rumores. Unos decían que los mongoles habían llegado a Lin'an. Algunos eruditos lo desmentían categóricamente. Supimos por varios funcionarios que habían cerrado todas las puertas de la Ciudad Imperial por seguridad, y que estaban fuertemente custodiadas por soldados.

Los tres príncipes fueron conducidos por sus nodrizas hasta la puerta, donde varios guardias imperiales los esperaban para escoltarlos en un palanquín.

Mientras nos encaminábamos a la salida, pedí explicaciones a Longyan.

—Dime qué está pasando. ¿Qué dicen los demás eunucos?

Lo vi reticente a contestarme.

—Habla, mi buen eunuco —insistí con el corazón encogido—. No temas asustarme, porque ya estoy muerta de miedo.

—Dicen que esto solo puede tratarse de un golpe de Estado palaciego. Quieren arrebatar el poder al emperador. Ya os dije que había escuchado rumores cuando vinimos la primera vez a la Ciudad Imperial. Culpan al emperador y a nuestro canciller Jia Sidao del avance mongol y de no haber asumido sus responsabilidades. El pánico se ha adueñado de la corte ante las últimas noticias que han llegado sobre el avance del enemigo.

No hizo falta que Longyan me explicara mucho más para saber que corríamos un grave peligro. Si el golpe de Estado palaciego se llevaba a cabo con efectividad, la sangre correría a raudales.

Las mujeres nos apresuramos a llegar a las sillas de mano. A pesar de intentar guardar las apariencias siguiendo las órdenes de los eunucos y los guardias, el nerviosismo fue inevitable y el caos reinaba a nuestro alrededor. Todas queríamos ponernos a salvo y nadie miraba por nadie. Algunas emprendieron el camino a pie, al ver que los palanquines estaban ocupados. Otras intentaban entrar a la fuerza, echando a la que ya estaba sentada, haciendo valer su rango superior.

Me quedé espantada. El miedo hacía aflorar lo peor de nosotras mismas.

Un palanquín se detuvo a nuestro lado. Iba escoltado por dos guardias imperiales y por los eunucos Avispa y Rayo de Luna. Era el de Mariposa Blanca, que corrió la cortinilla y me

apremió para que entrara. Mi eunuco nos siguió a pie, junto a los demás. Corrió tanto como los porteadores, que entre chillidos e insultos consiguieron abrirse paso entre la muchedumbre hasta alcanzar la avenida que llevaba al palacio de la emperatriz viuda Xie, cercano a la Mansión de las Viudas.

Cuando llegamos, casi no quedaba ninguna sala libre. Estaban atestadas. Gracias al embarazo y a la posición de Mariposa Blanca como honrada consorte, nos acomodaron en un apacible rincón, donde había varios divanes, mesitas y escabeles, separado de la estancia principal por unas cortinas y biombos.

El ambiente estaba cargado del penetrante perfume del incienso que ardía en el santuario anejo a las dependencias de la emperatriz viuda. Muchas damas se habían reunido allí para orar ante las imágenes de Guanyin y de Lohan, el dios de la sabiduría orientadora. Pasaban las cuentas de sus *japamalas* o recitaban el sutra del Diamante.

Otro grupo leía a media voz. Las más, bordaban a la luz de las velas. El calor era sofocante y los abanicos pasaron a ser indispensables.

Los tres príncipes jugaban con un teatro de sombras en miniatura con ayuda de sus nodrizas y eunucos. Sus risas infantiles rompían la quietud que reinaba ante la tensa espera.

La guardia que custodiaba el palacio anunciaba el paso de las horas golpeando un tambor de bronce. Yo ya había perdido la cuenta de los golpes de gong, pero por la extraña claridad que entraba por las celosías de las ventanas, supe que el amanecer se aproximaba.

Mariposa Blanca estaba pálida. Le indiqué que se reclinara en uno de los divanes y que intentara dormir.

—En otro tiempo, no tan lejano, su majestad hubiese mandado una nota para reconfortarme. Siempre lo hacía cuando una reunión se alargaba más de lo previsto o departía con sus ministros durante toda la noche. Cada día que pasa está más lejos de mí.

Me pareció que su actitud no era muy realista. Parecía negarse a encajar la cruda realidad que nos rodeaba. Ordené a un pequeño eunuco que la abanicara. Tenía la frente cubierta de sudor.

—No penséis en eso ahora —le dije, intentando que se tranquilizara—. Seguro que recuperáis su favor en cuanto vea la carita del recién nacido.

—¿En verdad lo crees?

—¿Qué padre no se conmoviera con la madre de su hijo varón?

—Puede ser, pero su majestad ya tiene tres hijos varones. Para él no será ninguna novedad.

—No sería la primera vez que el hijo de una concubina obtiene el título de «heredero aparente». Nuestra historia está llena de esos ejemplos.

—Tienes razón —respondió ella secándose el sudor con un pañuelo perfumado—. Oh, no soporto esta espera. ¿Qué estará ocurriendo?

De repente se escucharon voces de hombre desde el otro lado del gran salón. Parecían discutir a gritos. Nos llegó el ruido metálico de las armas de la guarnición que protegía el recinto y el grito de uno de ellos preguntando «¿Quién va?».

Las mujeres gritaron espantadas al ver que habían entrado hombres en el Gran Interior. La idea común era que nos violarían y torturarían para luego matarnos de forma despiadada.

Más de una treintena de damas se hacinó en tropel contra las paredes del rincón más alejado de la entrada. Estaban realmente aterrorizadas y muchas ya habían sacado sus puñales para suicidarse en cuanto los intrusos atravesaran la entrada. Preferían la muerte a verse deshonradas.

Se oyó el ruido de los cerrojos de las puertas al descorrerse.

Sentí que me abandonaba la respiración. Un peso enorme y helado me aprisionaba el pecho. Las manos de Mariposa Blanca buscaron las mías y me las apretó con fuerza. Leí en sus ojos la desesperación.

De pronto, los portones se abrieron de par en par con estruendo y una veintena de eunucos entraron en el palacio rápidamente. Fuera, las voces volvieron a atronar mientras el viento arrastraba el rumor del acero y el relinchar de los caballos: «Debéis llevarnos ante la presencia de la emperatriz viuda Xie. Es una cuestión de Estado».

Los eunucos, azorados, subían persianas y plegaban biombos buscando a sus amas para reunirse con ellas.

Avispa y Rayo de Luna pasaron a través de las cortinas de separación. Este último llevaba un farol sujeto a un listón de madera. Estaba lívido. La luz del fanal temblaba bajo su mano crispada.

Se arrodilló a los pies de su señora sollozando. Tenía la mirada hundida en el suelo. Permaneció callado unos angustiosos instantes, mientras sus hombros se sacudían por el llanto.

Ella, llena de ansiedad, perdió los nervios.

—¡Habla de una vez, maldito!

Él levantó la cabeza, pero no se atrevió a mirarla.

—¡El Hijo del Cielo ha muerto! —exclamó con el terror reflejado en el rostro.

Mariposa Blanca reaccionó como si le hubiese desgarrado el alma. Se dejó caer de rodillas. Unas lágrimas incontenibles anegaban sus ojos. Lloró, gritó e injurió a los dioses. Se llevó los dedos a los temblorosos labios para detener sus insultos. Después, mientras se sujetaba el vientre, pidió perdón a esos mismos dioses a los que había ofendido, como temiendo que alguno maldijera a su hijo no nacido.

Rayo de Luna no osó levantarla del suelo. Dejó que diera rienda suelta a su dolor. Sus sollozos se unieron a los del resto de las consortes y concubinas, cuyos eunucos también las habían informado de tan terrible noticia.

Solo Longyan tuvo la entereza suficiente para interpelar a Rayo de Luna mientras le arrancaba el farol de las manos y le ofrecía vino caliente.

—¿Cómo ha sido? Hace apenas unas horas gozaba de buena salud. Se lo veía esplendoroso.

—Nadie lo sabe. Dicen que cayó fulminado como si lo hubiese atravesado un rayo. Otros afirman que ha sido asesinado aprovechando el jaleo que ha provocado la insurrección. Todo es muy confuso. El caos reina en la corte. Nuestro canciller Jia Sidaó ha sido culpado de corrupto y de permitir el avance de los mongoles. Los ministros piden a gritos su cabeza. —Hizo una pausa para tomar aire y luego prosiguió—. Una escuadra de la Guardia Imperial lo protege tras las puertas de sus aposentos. Varios ministros afines a su causa han venido a buscar a la emperatriz viuda Xie para que interceda por él. Lo han hecho fuertemente escoltados. Ella es ahora la persona con más poder de la dinastía hasta que se abra la caja donde se guarda el testamento del difunto emperador y salga a la luz quién es el heredero al trono del Dragón.

Descorrimos los cortinajes que nos separaban del resto de las mujeres. Ellas obraron del mismo modo. Nuestras miradas se centraron en la emperatriz viuda Xie.

Seis de sus eunucos se arrodillaron frente a ella. Tras una breve conversación, su alteza se puso en pie con el rostro desencajado. Parecía que fuera a desmayarse. Aun así, caminó con la

cabeza erguida, como si una tabla invisible le sujetara la nuca. Se detuvo frente a ellos, que permanecían de rodillas.

—¡Llevadme ante el Gran Consejo! —ordenó.

Varios de sus eunucos le recomendaron que no fuera. Podría tratarse de una trampa para acabar con su vida.

Ella hizo caso omiso a sus advertencias. Salió del palacio custodiada por una cohorte de eunucos que la condujeron hasta el exterior, donde esperaba una escuadra de la Guardia Imperial y los ministros que habían requerido su presencia.

Mientras la veía caminar con paso decidido, rodeada por un halo de dignidad encomiable hacia un futuro incierto, admiré a aquella mujer. Me pareció muy valiente.

Tras su partida, el palacio entero se convirtió en un lugar de oración donde perdimos la noción del tiempo sin que llegaran noticias. Estaba atardeciendo y la angustia comenzaba a cobrarse su precio.

Mariposa Blanca, echándose mano al vientre, se sobresaltó súbitamente.

—¡No siento a mi hijo! —exclamó llena de temor.

—Tumbaos en el diván, mi señora —le indiqué al tiempo que la tomaba por el brazo para ayudarla.

Pedí a Rayo de Luna que me trajera un cojín y se lo coloqué bajo la muñeca.

—Os tomaré el pulso para cerciorarnos de que todo va bien.

Su agitado corazón estaba desbocado por el dolor. Intenté sentir el pulso de perla, que me confirmaría que el embarazo seguía su curso. Tras unos angustiosos instantes, lo noté. Era fuerte. Sentí algo más. El pulso de pie era cambiante en ambos lados. Se detenía a intervalos regulares, a los que seguía un ritmo bien definido.

¡Mariposa Blanca esperaba gemelos!

Dudé si ponerla al corriente de tan magnífica noticia. No sabía cómo lo encajaría, dado su estado de conmoción. Opté por guardar mi información en secreto.

—Vuestro hijo goza de buena salud, alteza —le dije con un gesto tranquilizador.

—Alabada sea la diosa de la misericordia... —murmuró exhausta, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

Me dio la impresión de que su llanto era una mezcla de alegría, tristeza y miedo.

—Mi hijo nacerá sin padre —balbució.

—Pero tendrá la mejor de las madres —respondí para animarla.

—Yo solo seré su madre natural. Si mi hijo es un varón, le pertenecerá a la emperatriz Quan, pues es la primera consorte. Tras la muerte de su majestad, ella será nombrada emperatriz viuda y su poder aumentará en la corte. Su único hijo es el heredero aparente y, si el testamento no indica lo contrario, será el próximo emperador. Es a ella a la que mi retoño llamará «madre».

Guardé silencio. Comprendía perfectamente su dolor. Yo misma había tenido que llamar madre a la dama Lin. Fue ella la que ató los hilos de mi destino al convencer a mi padre de que me casara con el maestro Cao y la que me había apartado, con malas artes, del estudiante Xiong Kun.

Quise consolarla diciéndole que su hijo sería exclusivamente suyo durante un mes. Así lo estipulaba la tradición, pero me pareció poco consuelo para ella en un momento tan amargo.

—Vuestro hijo os querrá más a vos —le dije en cambio—. Sois su verdadera madre y os

llevará siempre en el corazón.

Ella sonrió y se acarició la barriga.

Los eunucos volvieron a escabullirse para conseguir algo de comida. Tardaron en regresar, pero lo hicieron con las manos repletas de cestas de fruta que ellos mismos habían recogido de los árboles del huerto. Prepararon más té y comimos en silencio. Muchas damas no quisieron probar bocado. Estaban agotadas a causa del sufrimiento y la incertidumbre.

Escruté los rostros inexpresivos de las concubinas más jóvenes. Algunas no tenían ni quince años. No pude evitar pensar en cuántas de ellas acompañarían al difunto emperador en la muerte para otorgar gloria y honor a su señor. Cuántas pedirían un cordón de seda para ahorcarse, se arrojarían a uno de los pozos, se tragarían sus pendientes de oro o tomarían veneno.

Negué al aire, llena de impotencia.

El sol cambió de posición varias veces antes de que la emperatriz viuda Xie regresara. Estaba más demacrada que cuando se marchó. Su rostro parecía un sudario reseco por el sol.

—¡El orden se ha restaurado! —Notificó a un auditorio de mujeres desgarradas por el dolor de la pérdida y por la tensión de los amargos momentos vividos en aquellos aposentos—. El emperador ha viajado de vuelta a su origen. Los monjes taoístas y los bonzos ya están orando por el Hijo del Cielo. El trono del Dragón está vacío, pero no lo estará por mucho tiempo. Retiraos a descansar. Nos esperan días difíciles. El luto ha comenzado.

Poco a poco, las damas fueron abandonando el palacio de la ahora gran emperatriz viuda y se dirigieron a sus respectivas residencias.

Los eunucos cambiaron los farolillos rojos de los jardines y paseos por otros de color blanco. Todos los espejos de latón bruñido se cubrieron con paños. Las joyas, abalorios y peinetas se guardaron en los joyeros. Las cajas de maquillaje, en los arcones. La ropería imperial repartió prendas blancas para el luto, que fueron sustituyendo las elegantes vestiduras de las damas.

Mariposa Blanca se quedó dormida con las pestañas húmedas por las lágrimas.

La miré con dulzura. Con la cara lavada, sin joyas ni ostentosos aderezos, su rostro en forma de corazón me dejó ver a una dama tan joven que casi parecía una niña.

Su eunuco, ataviado con las túnicas de luto, la miraba con verdadera devoción. Su mano sostenía la de ella. Sonreí. No hacía falta ser ningún experto para saber que la amaba más que a su vida.

—Rayo de Luna, no te separes de su alteza ni un instante. Duerme a los pies de la cama si es preciso. Y si la ves muy nerviosa, pide que le preparen esta tisana en la farmacia imperial a un herborista de tu plena confianza. —Le entregué un pequeño rollo donde venía detallada la receta—. La relajará y dormirá mejor por las noches.

Salimos de la Ciudad Imperial escoltados en todo momento por Avispa y un par de guardias imperiales. Tuve que mostrar mi placa de marfil en cada uno de los controles de seguridad que habían establecido en los accesos que iban desde el Hougong hasta la corte Exterior.

Cuando al fin el palanquín atravesó la puerta del Este y nos despedimos de Avispa, bajé de la silla de manos y cerré los ojos para aspirar los aromas que llegaban del lago del Oeste. El aire olía a alcanfor, a madreselva y al árbol de la canela. Cuando los abrí, la silueta de Cao Ren estaba frente a mí.

Tenía el rostro desencajado y lo noté ojeroso. Un mechón de pelo le caía sobre uno de sus altos pómulos y llevaba barba de varios días.

Tuve unas imperiosas ganas de abrazarlo y dejar que mi cabeza reposara en su pecho para reconfortarme, pero fue él quien me abrazó. Lo sentí temblar. Su corazón palpitaba tan fuerte que percibí los latidos a través de su túnica de luto. Aspiré la sutil mezcla de su perfume al contacto con su piel.

Me miró a los ojos y vi un brillo en los suyos que logró cautivarme. ¿Era miedo a perderme lo que leí en ellos? ¿O acaso estaba dejándome llevar por lo que yo misma percibía nacer en mi interior al tenerlo tan cerca?

—Vámonos a casa —me dijo besándome en la frente y cogiéndome en brazos—. Las mujeres están muy preocupadas por ti.

En ese instante no tuve duda alguna. Ren me amaba. Y fue entonces cuando me sentí como un ciruelo recién nacido zarandeado por el brutal viento del norte.

## Nota de la autora

La acción de esta bilogía se desarrolla a través de veintidós años de la vida de su protagonista, coincidiendo con las últimas dos décadas de las incursiones mongolas —de las cuatro que fueron en total— para conquistar el Imperio del Centro, el que más tarde sería conocido como China. El nombre «China» aparece escrito por primera vez en el año 1516, de la mano del escritor y navegante portugués Duarte Barbosa (1480-1521), que escribió *El libro de Duarte Barbosa (Lluro de Duarte Barbosa)*, encuadrado en la literatura de viajes. Aun así, me he tomado la licencia de llamar China al Imperio del Centro para aprovechar la familiaridad del nombre con el lector actual. En el siglo XIII este imperio estaba gobernado por la dinastía Song del Sur o Song Meridional, también llamada Sung, que abarcó desde los años 960 al 1279 de la era cristiana y fue derrotada por Kublai Kan, nieto de Gengis Kan, en la batalla naval de Yamen. Esta fue, según los expertos, una de las batallas navales más grandes de la historia.

Decir que para escribir esta bilogía me he enfrentado a un gran reto como escritora es quedarse corta. Plasmar cómo se gestó la parte final de la unificación de lo que hoy conocemos como China ha sido una tarea de tal magnitud y dificultad que me ha exigido un proceso de documentación exhaustivo. Apenas hay traducida al español información sobre la batalla de Yamen, también llamada del Monte Ya o batalla de Yaishan, ni sobre las contiendas que se llevaron a cabo en los más de diez años que duró la última etapa de la guerra mongol-Song. Y no olvidemos que, tal y como dijo el escritor Eric Arthur Blair, más conocido por el seudónimo de George Orwell, «la historia la escriben los vencedores». Novelar qué ocurrió desde el punto de vista chino —el bando perdedor— me ha costado meses y meses de búsqueda. Trazar mapas, contrastar datos, opiniones de expertos y un sinfín de trabajos y tesis doctorales, además de libros y novelas escritos por expertos e historiadores. He sido, por tanto, lo más fiel posible a la historia, pero también he jugado con esos vacíos o dudas razonables que se me planteaban en el proceso de documentación. Creo necesario comentar aquí cuáles han sido.

Uno de los datos fue la imprecisión sobre las causas de la muerte del emperador Duzong. Según algunas crónicas, murió de repente, de muerte natural; pero otros creen que fue envenenado.

Otro dato más fue la muerte del último emperador Song, el emperador niño Huaizong, también llamado Bing Di. Según las crónicas, fue llevado al suicidio por el consejero Lü Xiufu, que se arrojó al mar sujetándolo con fuerza. Pero su cadáver nunca fue encontrado, tampoco su

tumba.

Y, por último, la muerte del comandante en jefe Song, Zhang Shijie. Algunos historiadores aseguran que se ahogó en una tormenta, tras conseguir huir de la batalla naval de Yamen. Otros, que tras su huida jamás se supo nada de su paradero.

Y esta bilogía no sería una narración de ficción histórica si yo no hubiera «completado» la historia que no fue escrita. ¿Qué ocurrió con las mujeres de la corte mientras huían de Lin'an? ¿Dónde se hospedaron? ¿Cómo llenaban su tiempo? Un millar de preguntas sin respuesta, pues en el siglo XIII, en China, apenas existían crónicas ni información alguna referente a las damas de palacio. Solo breves apostillas de emperatrices y honradas consortes, las cuales sí he utilizado. Para novelar lo que jamás fue escrito, me apoyé en lo que sí sabía y en la lógica más elemental. Pido disculpas a los historiadores por ello, pero sin duda comprenderán que se trata de licencias de la autora. También las pido por los posibles errores en los que pueda haber incurrido, teniendo en cuenta la vasta documentación a la que me he enfrentado.

En cuanto a la ambientación de las ciudades, sobre todo de la capital Lin'an y la Ciudad Imperial (de esta última hoy quedan solo unas pocas ruinas descubiertas recientemente), he intentado representarlas tal y como eran en el siglo XIII. Sin embargo, he preferido no abusar de los nombres propios que los chinos otorgaban a todas las estancias, palacios, jardines, fuentes y estanques para no cansar al lector. No obstante, sí he respetado el nombre de los palacios de recreo de los poetas de la época y de la aristocracia más poderosa de entonces.

Asimismo, he sido fiel con las recetas, hierbas, vegetales, sustancias minerales y animales que componen el gran vademécum de la medicina tradicional china, así como con sus aplicaciones a las distintas enfermedades y con las técnicas que se utilizaban: tomar el pulso (pulsología), moxibustión, acupuntura, masajes y usos de plantas y vegetales medicinales (fitoterapia). Siempre con mi máximo respeto hacia una forma de sanación milenaria. Los elementos que nombro en la bilogía están tanto en español como en chino (pinyin). En el glosario podrán encontrar su definición. Las recetas que indico en esta bilogía son copia de las que incluyen algunos tratados de herbología y medicina tradicional china consultados durante mi documentación. Por tanto, quiero advertir al lector que han sido reproducidas con el único fin de ofrecer una mayor veracidad a la narración y que no se trata de ninguna información médica para ser usada sin consultar con un médico o un especialista.

No podía pasar por alto hacer referencia aquí a la medicina que existía solo para mujeres, llamada Funke. Y quiero nombrar a dos médicas sanadoras de las que he tenido constancia durante mi documentación, que ejercieron su profesión durante la dinastía Song: Zhang Xiaoniangzi (cirujana) y Xing Shi. Ninguna de ellas fue contemporánea de Akame, mi protagonista.

En cuanto a la cultura, religión y costumbres del pueblo chino en el siglo XIII (vendado de los pies, casamientos, funerales, ceremonias y castración), me he guiado por las que he creído más acertadas para la provincia en la que se desarrolla la acción de la novela, pues cada región, dependiendo de la etnia o el clan, tenía las suyas y hay muchas variantes de las mismas costumbres.

Por último, apostillar que China no sería liberada del dominio mongol hasta el año 1368 de la era cristiana, con la llegada al trono del Dragón de la dinastía Ming, de origen *han*. Aun así, son muchos los que afirman que China jamás volvió a ser China tras la caída del Imperio Song del

Sur. Un debate que todavía hoy perdura.

# Dramatis personae

## PERSONAJES HISTÓRICOS DEL LIBRO I (EL POZO DE LAS LUCIÉRNAGAS).

**BAYAN:** general del ejército mongol.

**EMPERADOR DUZONG:** Zhao Qi (1240-1274). Sexto emperador de la dinastía Song del Sur.

**EMPERADOR LIZONG:** Zhao Yun (1205-1264). Quinto emperador de la dinastía Song del Sur.

**EMPERADOR NIÑO DUANZONG:** Zhao Shi (1269-1278). Primer hijo del emperador Duzong. Octavo emperador de la dinastía Song del Sur.

**EMPERADOR NIÑO GONGZONG (Gong Di):** Zhao Xian (1270-1323). Segundo hijo del emperador Duzong. Séptimo emperador de la dinastía Song del Sur. Abdicó del trono del Dragón al ser hecho prisionero por los mongoles y llevado a la corte de Kublai Kan.

**EMPERADOR NIÑO HUAIZONG (Bing Di):** Zhao Bing (1272-1279). Tercer hijo del emperador Duzong. Noveno y último emperador de la dinastía Song del Sur.

**EMPERATRIZ QUAN:** primera esposa del emperador Duzong y madre de su segundo hijo, el emperador niño Gong Di.

**EMPERATRIZ VIUDA XIE DAOQING:** (1210-1283), primera esposa del emperador Lizong y tía del emperador Duzong.

**HONRADA CONSORTE JIA YU:** concubina del emperador Lizong. Hermana del primer ministro Jia Sidao.

**JIA SIDAO:** (1213-1275), primer ministro del emperador Lizong hasta 1264 y del emperador Duzong hasta 1275.

**KUBLAI KAN:** (1215-1294), último kan del Imperio mongol y primer emperador de la dinastía Yuan. Nieto de Gengis Kan.

**LÜ SHIMING:** último miembro del clan Lü, leal a los Song.

**LÜ WENHUAN:** comandante chino perteneciente al poderoso clan Lü. Rindió la ciudad de Xiangyang a los mongoles y se pasó a sus filas.

**ZHANG HONGFAN:** militar chino que llegó a ser comandante en jefe del ejército.

**ZHANG SHIJIE:** comandante en jefe del ejército Song del Sur. Considerado uno de los héroes

de la dinastía Song del Sur.

#### PERSONAJES DE FICCIÓN DEL LIBRO I

**AGUA CLARA:** criada de la dama Lin.  
**ALBARICOQUE:** criada de la dama Lixue.  
**ANCIANA DAMA:** señora Cao. Suegra de Akame.  
**AVISPA:** eunuco de la Ciudad Imperial. Amigo de Longyan.  
**CAO REN:** hijo del maestro Cao.  
**CARACOLA:** criada de la dama Yan.  
**CASCABEL:** criada de Akame.  
**DAMA AKAME:** (sanadora Zheng). Única hija del maestro Zheng.  
**DAMA LIN:** primera esposa del maestro Zheng.  
**DAMA LIXUE:** segunda concubina del maestro Zheng.  
**DAMA PEONÍA:** primera esposa de Cao Ren.  
**DAMA QIU:** tercera concubina del maestro Cao.  
**DAMA YAN:** primera concubina del maestro Zheng.  
**DAMA YIMEI:** madre de Cao Ren.  
**DAMA ZHU:** tercera concubina del maestro Zheng.  
**HALO LUNAR:** geomántico, amigo de la anciana dama.  
**JINTAO HUO:** amigo del maestro Zheng.  
**LI RONG:** sobrino de la dama Lin.  
**LICHI:** criada de cocina de la mansión Cao.  
**LLUVIA:** criada de Akame en la mansión Cao.  
**LOBO PLATEADO:** adivino, amigo de la anciana dama Cao.  
**LOK:** hijo del maestro Zheng y de la dama Lixue. Hermano de Akame.  
**LONG (hermanos Bao y Jie):** herboristas de la farmacia del Pez de Oro.  
**LONGYAN:** eunuco de Akame.  
**LUNA DE PLATA:** criada de Longyan.  
**LUNA MISTERIOSA:** criada de la dama Qiu.  
**MAESTRO CAO:** médico. Primer marido de Akame.  
**MAESTRO LIU BAI:** médico. Tío de la dama Peonía.  
**MAESTRO WU FAI:** médico. Trabaja en la farmacia del Pez de Oro.  
**MAESTRO ZHENG:** médico. Padre de Akame.  
**MANDARINA:** criada de cocina de la mansión Cao.  
**MARIPOSA BLANCA:** dama Shui. Concubina (consorte pura, honrada consorte y señora talentosa) del emperador Duzong.  
**PEQUEÑO JIAN:** hijo de Luna de Plata.  
**PEQUEÑO LOBO:** Adivino.  
**RAYO DE LUNA:** eunuco de Mariposa Blanca.  
**SEÑORA CHEN:** *Meipo* (casamentera).

**SEÑORA LI:** paciente de Akame.

**SEÑORITA LIAN:** paciente de Akame.

**TÍA FANN:** concubina del difunto padre de la dama Peonía.

**TÍA HUI:** segunda concubina del maestro Cao.

**TÍA LAN:** primera concubina del maestro Cao.

**TÍA MEI:** matrona.

**TÍO POPE:** portero de la mansión Cao.

**WU HUAN:** general. Antiguo amo de Longyan.

**WU YAO:** primera esposa del general Wu Huan, antiguo amo de Longyan.

**XIAO JIE:** tutor. Padrastro de Cao Ren.

**XIONG KUN:** alumno predilecto del maestro Zheng.

**YAMIKO:** cocinera de la mansión Cao.

**ZORRO GRIS:** adivino de Wu Huan, antiguo amo de Longyan.

## Glosario

**Albayalde** (polvos de): del árabe *al-bayüd* («blancura»), designa el carbonato básico de plomo que desde antiguo se usaba como componente de un cosmético llamado *cerusa*, cuyo nombre proviene del griego *keros* («cera»), que pasó al latín *cera*, «cerussa», la cual ya usaban las mujeres griegas del siglo V a. C. para obtener un cutis blanco.

**Anciana dama:** título honorífico que se les otorgaba a las mujeres más ancianas de la casa de rango medio-alto.

**Baiyao:** linimento, remedio de la medicina tradicional china para curar heridas y contusiones. Beneficia el riego sanguíneo.

**Beber de las fuentes amarillas:** fallecer.

**Bomba de trueno:** estaba fabricada por dos piezas de hierro fundido del tamaño de un cuenco unidas entre sí en forma de bola. En su interior llevaba unos 450 g de pólvora. Se lanzaban desde un cañón de hierro fundido llamado «eruptor del trueno de la nube voladora» (*fei yun pi-li pao*) y cuando impactaban se escuchaba un estruendo acompañado de potentes luces. Para incendiar un campamento se necesitaba una decena de bombas de trueno.

**Bomba incendiaria** (*huopao*): estaba fabricada con materiales combustibles que albergaban en su interior pólvora con un gran porcentaje de nitrato de potasio. En las batallas navales se lanzaban desde trabuquetes que se montaban en la proa de los juncos de guerra. Al contacto con la madera de los barcos enemigos, estos se incendiaban.

**Bordado al estilo yue:** también llamado bordado cantonés. Data de la dinastía Tang.

**Borneol** (*bingpian*): *Dryobalanops aromática*, alcanfor de Borneo, alcanfor de Sumatra o alcanfor malayo. Los tallos se cuecen al vapor y se dejan enfriar para obtener los cristales de *borneoi*. Junto con otros compuestos, en medicina tradicional china se emplea, entre otras cosas, para las úlceras o heridas bucales.

**Cabargar a lomos del dragón:** También «colapsar». Se decía cuando el emperador había fallecido o estaba a punto de morir.

**Caballo de Yunnan:** eran los más valorados durante la dinastía Song. Eran originarios de Yunnan, en la estepa tibetana.

**Caishi:** «flores de lluvia», de las que se decía que eran flores de piedra caídas del cielo. Eran adorno frecuente de los estanques pequeños de los jardines. Son milenarias y hay varios tipos. Se formaron a consecuencia del calor de la lava volcánica, la cual derritió sus componentes, que al mezclarse con otros elementos químicos formaron dibujos exquisitos dentro de la piedra. Las más valoradas son las que tienen figuras que semejan animales, humanos o paisajes.

**Cedrela** (*xiangchun*): *Cedrela sinensis* o *Toona sinensis*, cedro chino, cedrela o caoba china. Árbol de la familia de las meliáceas de origen chino cuya madera tiene una agradable fragancia. Sus hojas son comestibles y su sabor es parecido al de la cebolla. La corteza se utilizaba para elaborar una decocción que, según la tradición china, usada después del lavado, en el último enjuague, estimulaba el crecimiento del cabello. También la usaban, del mismo modo, para prevenir los piojos, pues la madera de este árbol contiene aceites que alejan a toda clase de insectos.

**Ciclo lunar**: referido a la mujer, sangrar, menstruar, ciclo menstrual. La mujer menstruaba cada 28 o 29 días por término medio, que en el calendario lunar chino equivale a un ciclo completo de todas las fases de la luna, de ahí el nombre que le otorgaban en la antigüedad.

**Cinco bendiciones**: saludo que consistía en poner las manos con las palmas juntas a la altura del pecho y hacer una pequeña inclinación de cabeza al tiempo que se decía: «Cinco bendiciones».

**Congee**: arroz glutinoso que se toma como desayuno. Puede incluir verduras.

**Corneja en la rama de un ciruelo** (ser una): ser muy feliz.

**Daji** (semillas machacadas): *Euphorbia pekinensis*, especie fanerógama de la familia de las Euphorbiaceae. Planta herbácea perenne, nativa de Asia (China, Japón, Corea y Manchuria). Las semillas, marrones y alargadas, se extraen de su fruto, que es una cápsula globulosa. La savia de su tallo, parecida al látex, es tóxica al contacto con la piel. Es una de las cincuenta plantas fundamentales de la medicina tradicional china.

**Dar el aliento de la vida a un recién nacido**: la matrona soplaba con fuerza sobre la nariz y la boca del recién nacido para que respirara por sí mismo. En el caso de un príncipe, se decía «dar el aliento de la vida al hijo del Dragón».

**Droga de fuego**: pólvora.

**Dulzor en la sangre** (enfermedad del): diabetes.

**Erhu**: instrumento musical de cuerda frotada que se toca con un arco; también llamado «violín sureño».

**Esconder el brazo roto en la manga**: disimular el dolor.

**Ezhu**: *Cúrcuma zedoaria*, cedoaria. Es una planta herbácea perteneciente a la familia de las Zingiberaceae. Es originaria del sur y el sudeste de China. Su raíz es muy apreciada en la medicina tradicional china por sus cualidades en enfermedades relativas al ciclo menstrual.

**Fen**: equivale a un minuto.

**Flor** (*hua*): apodo con el que se llamaba a las mujeres que ejercían la prostitución, principalmente a las que trabajaban en casas de té de mayor o menor prestigio.

**Futou**: era un tipo de sombrero masculino, generalmente negro, de dos fajas (suaves o duras), que tenía un apoyo duro en el interior para mantener la forma. Solían llevar flores prendidas. Había varios tipos de flores, según el rango: grandes flores de gasa en rojo, amarillo y rojo plateado; grandes flores de seda en rojo y rojo plateado, y grandes flores naturales.

**Gingko** (*Gingko biloba*): árbol de la familia de las ginkgoáceas, de madera apreciada por su dureza y resistencia. Suelen alcanzar entre 20 y 30 metros de altura.

**Go**: juego de mesa de estrategia milenario de origen chino.

**Gongos**: un gran disco de metal suspendido mediante cuerdas en un armazón de madera. Se golpea con un mazo, su sonido es metálico y tiene bastante resonancia.

**Guifei:** honrada consorte. Título que se les daba a las concubinas de más alto rango del emperador.

**Hacer nubes y lluvia:** mantener trato carnal.

**Hanfu:** traje tradicional chino, utilizado por la etnia *han*. Constaba de varias capas según el uso (*zhongyi*, *hanfu* y *zhaoshan*). Había varios tipos: el informal y el formal usado por la corte (*chaofu* y *mianfu*).

**Herederero aparente:** título que se le otorgaba al hijo mayor del emperador, aunque podía dárseles también a otros de los hijos o familiares más cercanos.

**Hezi** (fruto): *Terminaría chebula*, chebula, arura, mirobalano. Árbol de la familia de las Combretaceae. Existen más de cien especies. Se utilizan tanto sus extractos como el fruto, el cual contiene los mayores componentes bioactivos para usos medicinales.

**Hoai:** planta cuyas hojas se utilizaban para perfumar y purificar el agua del baño.

**Hong mu:** madera roja añejada con la que se construían muebles de alta calidad.

**Hougong:** Palacio Posterior.

**Huangqin** (raíz seca de): *Scutellaria baicalensis*, escutelaria, casquete chino. Planta perteneciente a la familia de las Lamiaceae de origen asiático. Una de las cincuenta plantas fundamentales de la medicina tradicional china. Su raíz es muy apreciada.

**Japamala:** rosario budista.

**Ji:** medida para líquidos o aceite.

**Kautou:** saludo en señal de respeto. El más común consistía en inclinar el cuerpo hacia delante, envolviendo uno de los puños con la otra mano a la altura del pecho. Otro era postrarse de rodillas, de manera que la frente tocara el suelo.

**Konghou:** instrumento chino de múltiples cuerdas y punteado, de la familia del arpa. La caja de resonancia se parece a la de una *pipa*. A cada lado de la caja de resonancia hay una fila de puentes sobre los cuales se extienden de 36 a 44 cuerdas. Había tres tipos: el vertical, el horizontal y el que tenía una cabeza de fénix.

**Li:** milla china. Medida de longitud equivalente a unos 560 metros.

**Mahjong:** juego de mesa de origen chino. En su versión clásica, estaba compuesto de 144 fichas realizadas en marfil, madera o bambú. Es parecido al dominó. Su historia es algo confusa, pues existen distintas fuentes que atribuyen su invención a Confucio (500 a. C.); otras sitúan su origen en el reinado del emperador Tai Zong (626-649), de la dinastía Tang; durante la dinastía Ming (1318-1644) o en la rebelión Taiping (siglo XIX).

**Mahuang** (raíz de): *Ephedra sínica*, efedra china, efedra. Planta fanerógama originaria de China e India, perteneciente a la familia de las Ephedraceae. Una de las cincuenta hierbas fundamentales de la medicina tradicional china. Se utilizan las raíces, hojas, tallos y bayas.

**Mano de Buda** (*Citrus medica* var. *sarcodactylis*): esta cidra crece como arbustos o árboles pequeños. El fruto está fragmentado en estrechos gajos que semejan los dedos de una mano. Apenas tiene jugo. Su cáscara es gruesa y puede utilizarse en cocina. Tiene un perfume penetrante parecido al azahar. Se usaba desde antiguo para elaborar perfumes y cosméticos. Es una ofrenda típica de los templos budistas, sobre todo en China y Japón.

**Maogen** (raíz de): *Ranunculus acris*, ranúnculo, botón de oro, hierba belida, pata de gallina. Planta herbácea perenne de la familia de las Ranunculaceae que se encuentra en Europa y en Asia. Se usan tanto las raíces como las hojas y el tallo.

**Meipo:** casamentera. Existieron en China desde la dinastía Zhou (1046-256 a. C.). Eran las mediadoras para concertar los matrimonios de conveniencia. Su salario era bastante elevado, pues se llevaban un buen porcentaje de la familia que solicitaba sus servicios. Su estatus dependía de la cantidad de matrimonios que lograran concertar con éxito. Aunque era un trabajo realizado por mujeres, también había hombres que se dedicaban al oficio.

**Mingyuan:** cuando una persona está predestinada para amar a otra y ser correspondida.

**Morin khuur:** instrumento musical de cuerda de origen mongol parecido a un violín, cuyo mástil termina en una cabeza de caballo tallada.

**Moxiong:** pieza triangular de tela para sujetar los senos.

**Órganos fu:** entrañas: estómago, intestino grueso, intestino delgado, vejiga y vesícula biliar.

**Órganos zhang:** vísceras: corazón, hígado, bazo, pulmón y riñón.

**Osmanto (guihuá):** *Osmanthus fragrans*, arbusto de la familia de las oleáceas. Puede medir hasta doce metros de altura. Florece a comienzos del otoño y la fragancia que despiden sus flores blancas o naranjas es embriagadora.

**Pao:** o «tesoros de la virilidad», los órganos sexuales masculinos.

**Papel de Xuan:** papel elaborado a base de paja y corteza de sándalo. Tiene un suave perfume y se elabora en la ciudad de Xuan. Es muy apreciado.

**Piedra de duan:** piedra para moler barras de tinta, también llamadas *Duanyan* o *Duan Yan*. Cada una de ellas era única por los distintos minerales que componían la piedra, de ahí su fama. Su producción comenzó con la dinastía Tang. Se producían en Duanxi, ciudad de Zhaoqing, en la provincia de Guangdong.

**Pipa:** instrumento musical de cuerda pulsada que tiene forma de pera.

**Pulso de perla** (también llamado pulso deslizante, pulso liso o rodante): a través de él y de otros factores puede determinarse un embarazo, si se esperan gemelos y el sexo del nonato. Es el pulso que se palpa en la arteria radial y produce una onda redondeada que se siente en la yema del dedo. Esta es amplia en longitud y regresa a su estado normal hasta que vuelve de nuevo. Como si deslizáramos un collar de perlas por los dedos. Este pulso cambia según va creciendo el feto.

**Pulso de pie:** está asociado al pulso de perla del embarazo y puede determinar el sexo del nonato y si se están gestando gemelos.

**Qi** (pronunciada ¡chee!): flujo vital que corre a través de todo ser vivo.

**Qin:** instrumento musical de cuerda pulsada.

**Qingci:** verdeceladón (porcelana verde). Las piezas de porcelana eran tratadas con un vidriado gris verde pálido y se forzaba su craquelado para que semejara la transparencia del jade. Eran las favoritas de los emperadores de la dinastía Song y de la corte.

**Rito de los lirios:** inicio del vendado de los pies de las niñas chinas.

**Rocío de meigui:** perfume de agua de rosas.

**Ruzhou:** porcelana china famosa por su color azul, cuerpo ligero, grano fibroso y textura suave. La técnica de su fabricación se perdió durante la guerra, al final de la dinastía Song del Norte. Gracias al esfuerzo de los artesanos, la técnica ha sido restaurada en las últimas décadas.

**San po tsai:** niña esposa.

**Sau nai-nai:** mujer encargada de amamantar a un niño ajeno.

**Señor de los Diez Mil Años:** otro de los nombres que se le daban al emperador, al igual que

Hijo del Cielo o Dragón, cuando se referían a su simiente (la simiente del Dragón).

**Sheemai:** felices pulsaciones, embarazo. El diagnóstico se conseguía tomando el pulso a la mujer.

**Shengdihuang** (raíz fresca de): *Rehmannia glutinosa*, planta perteneciente a la familia de las Orobanchaceae, dedalera china, guante de zorro. Una de las cincuenta plantas fundamentales de la medicina tradicional china. Se utilizan sus raíces y sus hojas.

**Shigengteng** (hojas de): *Gymnema sylvestre*, gumar, gurmar booti (en sánscrito). Arbusto trepador de la familia de las Apocynaceae, nativa del sur de China y de India. Sus hojas se usaban para «la enfermedad del dulzor en la sangre» (diabetes).

**Siheyuan:** patio porticado que señalaba el límite del Gran Interior y el comienzo de la corte Exterior.

**Sol:** nombre que le otorgaban a un varón recién nacido, hijo del emperador.

**Suanpan:** parecido a un ábaco. Sirve para contar.

**Sutra/s:** discursos dados por Buda y sus discípulos más cercanos en los que se explican las distintas vías para alcanzar la iluminación. Se asocian al budismo y al hinduismo. Pasaron de la tradición oral a la escrita. Los más conocidos son el sutra del Loto, el sutra de la Guirnalda, el sutra del Diamante y el sutra del Corazón.

**Tallo de jade:** pene.

**Tian He:** Río Celestial. Es la Vía Láctea.

**Valle:** partes íntimas de una mujer.

**Vino huangjiu:** se destila del mijo, del trigo, del arroz y del arroz glutinoso. Hay muchas variedades y distintos colores: beis, marrón amarillento y marrón rojizo. Se sirve caliente o frío.

**Vino samshoo:** se destila del arroz y era llamado «espíritu ardiente» en la antigüedad.

**Wuyao** (raíz de): *Lindera aggregata*, lindera. Arbusto espeso, que crece de forma salvaje en todo el sudeste de China y que pertenece a la familia de las Lauraceae. Su raíz es muy apreciada en la medicina tradicional china, ya que regula el *qi*.

**Yaoxiang:** mueble que disponía de múltiples cajones para guardar las hierbas medicinales de uso corriente.

**Yi-jia:** soporte de madera para colgar el *hanfu* e impedir que se arrugue.

**Zhongyi:** túnica interior de la que se compone el *hanfu*.

## MESES

(Una luna equivale a un mes occidental).

**Febrero:** primer mes

**Marzo:** mes del albaricoque

**Abril:** mes del melocotón

**Mayo:** mes de la ciruela

Junio: mes de la granada

**Julio:** mes del loto

**Agosto:** mes de la orquídea

**Septiembre:** mes del olivo oloroso  
**Octubre:** mes del crisantemo  
**Noviembre:** buen mes  
**Diciembre:** mes del invierno  
**Enero:** último mes

#### LAS DOCE RAMAS TERRESTRES Y LAS HORAS DEL DÍA

**Zǐ:** hora de la rata, 23:00-1:00  
**Chǒu:** hora del buey, 1:00-3:00  
**Yīn:** hora del tigre, 3:00-5:00  
**Mǎo:** hora del conejo/liebre, 5:00-7:00  
**Chén:** hora del dragón, 7:00-9:00  
**Sì:** hora de la serpiente, 9:00-11:00  
**Wǔ:** hora del caballo, 11:00-13:00  
**Wèi:** hora de la oveja/cabra, 13:00-15:00  
**Shēn:** hora del mono, 15:00-17:00  
**Yóu:** hora del gallo, 17:00-19:00  
**Xū:** hora del perro, 19:00-21:00  
**Qhài:** hora del cerdo, 21:00-23:00

#### MONEDA

La moneda oficial era el *qián*. Una moneda delgada de bronce perforada en el centro para poder insertarla en una cuerda. Había cuerdas de cien y de mil *qián*. A estas cuerdas se las llamaba sertas. Una sarta de mil *qián* equivalía a un *tael*, el cual correspondía a unos cuarenta gramos de plata pura.

En la época Song ya existía el papel moneda.

## Agradecimientos

Dar las gradas siempre es algo parecido a desnudar el alma. Hay muchos nombres detrás del trabajo que implica sacar adelante una novela. Y más cuando escribir esta bilogía ha significado para mí un antes y un después en mi carrera como escritora y como persona. Un antes del cáncer de mama y un después. Por tanto, mi primer agradecimiento es para todos y cada uno de los médicos, cirujanos, ATS o DUE, técnicos y auxiliares que me han atendido en el Hospital Universitario de Fuenlabrada y que todavía me atienden. Un guiño a los chicos y chicas del Servicio de Oncología Radioterápica. Hay que ser una persona muy especial para atender a los pacientes que reciben tratamiento, y ellos lo son. Siempre con una sonrisa, una palabra amable y un gesto de cariño.

A Adelaida Herrera, por creer en mi trabajo contra viento y marea y sacar adelante esta bilogía tan especial para mí. A todo el equipo de Click Ediciones, por su gran labor y profesionalidad.

A mis oidores: Marga Fernández y Ricardo Albiol. Paciencia es poco.

A Fernando Montes y a Selene Jiménez por estar ahí.

A Resu Bonilla, que además de amiga siempre está dispuesta a darme las primeras impresiones sobre mis manuscritos. Su ayuda en esta bilogía ha sido inestimable. Ella viajó a China y me trajo a Guanyin.

A Gemma Minguillón, compañera de letras y amiga. Siempre dispuesta a ayudar.

A Diego, que ya no está, pero sigue ahí, en mi memoria. A Mary e Ismael por su ayuda incondicional.

A Viviana Marín, mi maestra. Ella me enseñó lo que no estaba en los escritos.

A mis compañeros de andadura, en especial a los de Mesa de Escritores: Resu, Cefe, Diego, Raquel, Álvaro. Sois los mejores, chicos.

A Baco, por seguir compartiendo literatura y rastros de vida.

A los compis de La Buena Letra: Ángeles, Jorge, Elena, Raúl... Seguimos compartiendo amigos. A los de la antigua EsferadeLetras: Chusa, Pilar... A María José, mi segunda maestra, y los compis de los talleres de la Biblioteca Antonio Machado. A las chicas de los talleres Mujeres Creativas de la Casa de la Mujer, todos de Fuenlabrada. Con ellos di mis primeros pasos. Aprendí y me enseñaron a compartir.

A mis tíos y tías. A mis sobrinos. Sobre todo a los que leen: Amanda, Samy, Jenny y Bea.

Especial mención a Paco, que nos dejó después de una larga lucha. Siempre en mi corazón.

A mis hermanos, sobre todo a Cenicienta, la Bella Durmiente y la Señora de las Piedras. Vuestra Maléfica siente mucho el tiempo para compartir que os roba su vocación de escritora. Prometo resarciros, pero sé que volveré a las andadas. A mi madre, que con ochenta y cinco años, además de leer mis novelas, me da caña para que no le dé carpetazo a esto de escribir.

A los Guardianes de las Llaves: Rafa, Itziar y Eric Cabañas. Os quiero. Sin vosotros no soy nada.

A ti, aprendiz de escritor, buscador insaciable de llaves maestras. A ti, lector: gracias de corazón por permitir que abra la cerradura de los sueños.



LUISA FERRO (Madrid). Sus relatos han conseguido diferentes premios y menciones en certámenes como «El tren y el viaje», Renfe 2008; «Ciudad de Getafe» 2009 (Semana Negra); «Ser Madrid Sur» 2009, Cadena Ser; «María Moliner» 2010; «Domingo Santos» 2011, entre otros.

Antologías: *Crónicas de la Marca del Este. Vol. II* (Holocubierta Ediciones, 2011); *Antología Z. Vol. 6* (Dolmen Editorial, 2012); *Legendarium III* (Ediciones Tombooktu, 2012); *Fantasmagoría* (Ediciones Tombooktu, 2013).

Novelas corales: *España. La novela* (Dolmen Editorial, 2018); *España. La novela II, La caída de un imperio* (Dolmen Editorial, 2021).

Novelas: *Alcander* (Click Ediciones, 2014. Grupo Planeta). *El Círculo del Alba* (Planeta, 2016).